ALFONSO GOIZUETA

EL SUEÑO *DE* TROYA



Planeta

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Citas

Prefacio

Referencia histórica

I. EL NARRADOR EN EL GINECEO: (...)

II. BUCANEROS DE TIERRA

III. VILLA THYMBRA

IV. LA COLINA DE LOS DÁRDANOS

V. EL REY PERJURO

VI. EL HIJO DE ODISEO

VII. LA JERUSALÉN DE LOS PAGANOS

VIII. LOS HOMBRES DE FEZ BERMELLÓN

IX. LAS DUNAS

X. A LOS PIES DE LA COLINA

XI. EL ARQUEÓLOGO DE LOS DARDANELOS

XII. EL ENCUENTRO

XIII. COMIENZAN LAS EXCAVACIONES

XIV. EL DOCTOR CONZE LLEGA A HISARLIK

XV. LA HISTORIA DE LOS DOS ARQUEÓLOGOS

XVI. EL TEMPLO DE LOS SÍMBOLOS

XVII. UN MATRIMONIO DISPAR

XVIII. EL ERRANTE

XIX. DIARIO DE EXCAVACIÓN

XX. EL INVENTOR DE FICCIONES

XXI. EL AMERICANO

XXII. EL ORO DE LA ILÍADA

XXIII. NUEVOS DESTINOS

XXIV. EL CAPATAZ

XXV. EL CAPITÁN KEITH

XXVI. LA NOCHE

XXVII. LOS CIERVOS

XXVIII. EL MUERTO

XXIX. EL ESCRITOR

XXX. EL ENTIERRO

XXXI. LOS HOMBRES

XXXII. LA TORMENTA

XXXIII. EL SUEÑO

XXXIV. SIRENUM SCOPULI

XXXV. SOFÍA

XXXVI. EL ÚLTIMO ARQUEÓLOGO

XXXVII. MI CONFESIÓN

XXXVIII. EL MAPA DE HISARLIK

XXXIX. EL ASEDIO DE TROYA

XL. CASANDRA

XLI. LA MURALLA

XLII. ABANDONEN LAS PÁGINAS

XLIII. A LA SOMBRA DE HISARLIK

XLIV. LA CIUDAD DE LA ILÍADA

XLV. LOS TURCOS

XLVI. LA ÚLTIMA NOCHE EN HISARLIK

XLVII. EL HIJO DEL DIOS DE LOS LADRONES

XLVIII. LA VERDAD Y LA JUSTICIA

XLIX. EL FUGITIVO DE LA REALIDAD

L. EL RESUCITADO

LI. REGRESO A HISARLIK

Epílogo

Nota del autor sobre el destino del tesoro de Troya

Notas

Créditos

El sueño de Troya

Alfonso Goizueta

Planeta

A mi padre

¿Cómo puede salir el prisionero si no atraviesa el muro?

HERMAN MELVILLE, *Moby Dick*

La realidad siempre nos traiciona; lo mejor es no darle tiempo y traicionarla antes a ella.[1]

JAVIER CERCAS, *Soldados de Salamina*

Prefacio

No deja de ser paradójico, dado que estas son las últimas palabras que escribo de *El sueño de Troya,* colocar estos párrafos al principio de la novela. Mi resistencia a ponerlas donde ordenada y cronológicamente corresponden —es decir, al final del libro, y bajo el título «posfacio»— se debe a que considero que es aquí, antes de dar comienzo la narración, donde más sentido tiene encontrar lo que a continuación voy a exponer.

La lectura de lo que sigue no es, en absoluto, condición necesaria para poder adentrarse en la novela, y el lector que quiera simplemente zambullirse en la aventura arqueológica que sigue no tiene más que pasar la página sin un solo remordimiento. Dado que estas palabras no son necesarias para la comprensión de la novela, ¿para qué sirven, pues?, se preguntará quien siga conmigo. Bien, aparte de para desahogo de su autor —que después de dos años tortuosos se resiste a dar por concluido el libro que tanto lo ha acompañado y enseñado, y pretende dilatar el momento de la despedida con este último ardid—, este prefacio revelará el auténtico significado de la novela que el lector tiene entre manos.

Ésta es, afirmo, mi novela más autobiográfica hasta la fecha. Si bien trata de personajes que nada tienen que ver conmigo, la historia que he escrito ha acabado representando mi vida como no ha hecho ninguna de mis novelas. El lector que se adentre en ella

encontrará —ya se lo espera— a un arqueólogo, Schliemann, obsesionado con encontrar una ciudad perdida desde la antigüedad y en cuya existencia nadie cree. Un arqueólogo, cuya vida ha entrado en barrena, parte a la Grecia de Homero en busca de un sentido. Si el lector sustituye su figura y la de los otros personajes por la de un escritor (tan joven como el narrador), obsesionado desde pequeño con la mitología griega y los textos de Homero, que busca azarosamente una novela que le aporte sentido después de un súbito triunfo, algo que lo sacuda del letargo natural de la existencia; si esto hace, digo, hallará el auténtico motivo por el cual descarté tantas otras ideas para simples novelas históricas y me decanté por la presente.

El proceso de escritura ha sido, además, el más arduo hasta ahora. Lo ha sido por motivos que parecen evidentes y que no creo menester explicar aquí, dado que no tengo intención de justificarme ni mucho menos de compadecerme de mí mismo. Simplemente, aludo a ello para explicar la razón (extrañísima, casi mágica) por la que aun en los peores momentos, en los días de mayor zozobra, decidí seguir adelante con el proyecto. Nada tuvo que ver en ello la presión de mis editores, de mis compromisos, de mis lectores o de cualquier otro elemento exógeno que se pueda imaginar. El motivo procedía del mismo corazón de la novela.

Por imposible que suene, conforme la iba escribiendo me percataba de que la novela estaba reproduciendo en la realidad lo mismo que describía en la ficción. Así como Schliemann y el resto de personajes buscaban en el seno de la colina de Hisarlik y acababan encontrando no una sino nueve Troyas, y descubriendo que la ciudad de la *Ilíada* estaba en realidad compuesta de muchas otras, yo iba excavando esta novela entre las ruinas y escombros de cinco versiones diferentes que escribí de la misma. *El sueño de Troya* es,

como Hisarlik, un maremágnum de relatos sacados de aquí y de allá, con tramas, giros, personajes y frases provenientes de versiones y escritos diferentes que se han ido combinando en capas de sedimento hasta conformar el libro final. Es una novela arqueológica en el sentido más literal, en tanto que es un yacimiento obscuro y extraño formado por estratos superpuestos pertenecientes a periodos, ánimos y estilos dispares, tal y como lo es el yacimiento de Troya.

Mi aventura y la de Schliemann han transitado en paralelo, cosa que no ha dejado de sorprenderme y asustarme. Me he topado con los mismos obstáculos para hacer encajar esta novela que el arqueólogo a la hora de casar sus descubrimientos con la Troya mítica que tenía en la cabeza. Schliemann y su escritura se me han resistido como a él se le resistió la excavación de Hisarlik; su desesperación por esa Troya que tenía delante, pero que se le escapaba, ha sido la mía. Cuanto más se afanaba él en dar con la ciudad, cuanto más se deslizaba por la pendiente de la locura, más tortuosa se volvía mi escritura, pero también más obcecado mi empeño por llevar la novela a término, como si la monomanía del personaje hubiera saltado de la página y entrado en mi mente. Había momentos en los que no sabía si estaba escribiendo la historia de Schliemann en busca de Troya o la mía.

Darme cuenta de que el folio actuaba como un espejo de la realidad más que como un mero soporte de la fantasía fue precisamente lo que me impulsó a no abandonar el libro. Sabía que, por confusa y ardua que fuera la tarea, tenía que seguir adelante (aunque sólo fuera por curiosidad) para descubrir hasta dónde podía llegar esa insólita curvatura del tiempo y el espacio, de la realidad y la ficción. Es algo que jamás me ha sucedido y que me ha hecho ser consciente como nunca antes de los poderes de la literatura. Por

tanto, no podía sino dar cuenta de ello al principio de esta narración. Porque, en definitiva, la escritura de esta novela ha supuesto excavar en las ruinas que hay en mí para sacarla a la luz. Comparto esta breve confesión sin otro particular que invitar al lector a hacer lo mismo mientras lee los capítulos que siguen, a preguntarse qué Troya hay en su interior y, si se atreve, a ir también en su búsqueda.

A. G.

Madrid, 3 de julio de 2025

Referencia histórica

Tras el gran diluvio que desbocó los mares cuando la Tierra era todavía reciente, el héroe Dárdano, hijo de Zeus y la pléyade Electra, cruzó los estrechos rugientes que ponían enemistad entre Europa y Asia y se refugió con sus seguidores en una colina costera. Allí establecería su reino y fundaría su ciudad, que la posteridad llamaría Troya.

Generaciones después, ésta pereció a manos de los griegos, quienes con un astuto truco —un caballo de madera— lograron penetrar sus murallas y reducirla a cenizas. Aunque la historia de la guerra de Troya jamás cayó en el olvido, durante siglos se consideró mera ficción, un mito producto de la fantasía del poeta Homero.

Todo cambió el día que un hombre apolillado y desencantado de la vida salió en su búsqueda seguro de que podría encontrarla y probar su existencia.

I

EL NARRADOR EN EL GINECEO: (...)

Mi memoria ya no es lo que era, pero aun así confío en acordarme de todos los detalles de esta historia. Si alguno se me escapa, intentaré suplirlo con una invención que pase desapercibida, disfrazándola quizá de recuerdo verosímil.

No me parece algo tan grave. Uno puede y, si se me apura, *debe* imaginarse su vida, inventándose sus recuerdos, a fin de hacerla menos dolorosa cuando se contemple desde la vejez. Así lo han sostenido grandísimos escritores (futuros, si bien no consigo ubicarlos en la línea del tiempo ni despacharlos con un «me sucedieron», pues nunca fui —¡ya hubiera querido!— su predecesor en nada). Frente a lo que siempre se ha dicho, no es el futuro sino el pasado (nuestro propio pasado) lo que podemos escribir a voluntad como si fuera una página en blanco, llenándolo con cuantas aventuras queramos, por fantasiosas que sean, pues, al cierre de la vida, a la memoria aturdida por los vapores de la muerte inminente le será imposible discernir entre los recuerdos que fueron reales y los que fueron ficción... Si es que acaso los recuerdos son algo más que ficciones.

Dicho esto, procedo a relatar esta historia que, por la naturaleza de su protagonista, desde hace tiempo me fascina tanto como me atormenta.

Hace años (no importa cuántos) conocí a un hombre tan hastiado de cuanto lo rodeaba que decidió rebelarse contra la realidad, imaginando de nuevo su pasado, escrutando fantasiosos destinos para su futuro, y trufando su presente de aventuras tan fingidas como extraordinarias. Así, en el momento de morir —derribado por la fiebre un húmedo 26 de diciembre de 1890, en la ruinosa *suite* del Gran Hotel de Nápoles—, pudo volver la vista sobre su pasado y decirse, felizmente, que había tenido la vida que siempre soñó. El hecho fue que vivió aquellas aventuras con tantísima verosimilitud y creyó en ellas con tanta fe, que todos los que de ellas participamos —ya fuera en persona o a través del estudio póstumo de su figura en los libros— las tomamos por incuestionablemente verdaderas. En otras palabras: la ficción acabó saltando de la página y contagiándose al mundo. Temo por tanto que cualquier intento (como el presente) de confinar de nuevo la novela a la página y desvelar los hechos tal como fueron esté condenado al fracaso. En este caso, como en tantos otros, ni el alquimista más diestro podría separar y devolver a sus formas elementales la realidad y la ficción; ambas están irremediablemente adulteradas con impurezas de la otra, se han convertido en una aleación de estructura molecular demasiado enrevesada como para devolverlas a su estado elemental.

Me voy por las ramas. Estaba hablando de aquel hombre al que conocí y que me fascinó.

Todas las fascinaciones, en especial las fascinaciones oscuras como las que aquí relato, surgen porque encontramos en el sujeto fascinante (y a menudo aterrador) algo de nuestro propio ser. Algo compartimos, por lo general algo que nos avergüenza, o que quizá desconocemos de nosotros mismos, pero que sospechamos poseer en alguna recóndita cueva de nuestro corazón. Por ínfima que sea

esta partícula compartida, la sentimos colosal, pues la sombra que proyecta sobre nosotros, sobre nuestras conciencias, en verdad lo es. Llega incluso a atormentarnos la pesadilla de que el ser que nos causa esa suerte de horror fascinado (ese *awe* que tan finamente referirían los ingleses) seamos en realidad nosotros mismos.

En el tiempo en que sucedieron estos hechos, yo soñaba con ser escritor y descifrar los arcanos de la literatura, transitar los límites entre la realidad y la ficción, dominar los maleficios de la narración, desafiar el tiempo y sus reglas, adentrarme en las metáforas para perderme en sus laberintos, sentir el sinsabor de las obsesiones a las que sólo la tinta consigue dar cauce. Creo que por eso me causó tal fascinación alguien capaz de inventarse las aventuras de su vida. El hombre del que hablo había escrito su propia novela sobre la realidad en vez de sobre papel, y con sangre en vez de tinta. Cuando lo conocí —hablaré pronto, muy pronto, de él, lo prometo—, yo contaba con veinte años de edad y estaba todavía lejos, muy lejos, de escribir como para comprender su artificio. Sin embargo, sospecho que aun entonces algo ignoto en mi ser ya predisponía cada una de mis células para la tarea de comprender lo visible y lo invisible a través de la literatura, por lo que su empeño no me resultó del todo ajeno.

Lo que sí era yo por aquel entonces era un empedernido lector. Pasaba los días en las bibliotecas embriagado por el ceroso olor del papel viejo, en el que se mezclan aromas de humedad y madera, y a veces notas sulfurosas, sobre todo cuando se han empleado ciertos químicos para preservar las páginas de los incunables, o para envejecer las de libros modernos y hacerlos pasar por reliquias. Las novelas eran las únicas aventuras en las que me embarcaba; mis libros me ofrecían todos los mundos del conocimiento (que no son pocos) y eso me bastaba. Un paseo de vez en cuando por nuestra

cenicienta Atenas, una subida a la acrópolis, la escritura de un poema, breve y muy malo, sentado en un mármol frente al mar completaban mi felicidad. No me consideraba el tipo de hombre al que la vida fuese a deparar acción y grandes hazañas, pues éstas sólo les vienen, confiaba yo entonces, a quienes se afanan en buscarlas, por ejemplo a mis tres mejores amigos.

Ioannis, Miguel y Pedro siempre andaban buscando que la vida los sorprendiera. En vano me animaban a ir de excursión con ellos a bucear cerca del cabo Sunión, donde decían se hallaba el pecio de un galeón veneciano; al agreste monte Parnaso, donde un arqueólogo francés había descubierto las ruinas del templo de Apolo y las musas; o simplemente a colarnos en la fiesta de una joven de buena familia de quien se rumoreaba había dejado al prometido y estaba ansiosa por encontrarle un sustituto. Me querían y creo que me respetaban, pese a que se dolieran de tener como cuarto integrante del intrépido grupo a un mosquetero poco avenido a la épica. Es posible que algo en mí los envidiara, o que al menos se preguntara, con precoz nostalgia, si al final de la vida no me arrepentiría de haberme privado de correr aventuras y sufrir desengaños, si no eran precisamente ésos los años para ser como eran mis tres amigos, cuando todavía los huesos lo soportaban. No obstante, aunque a veces albergara esa duda, lo cierto es que me sentía cómodo en mi vida y complacido con mis aficiones; no era en absoluto un insatisfecho crónico, a pesar de albergar a veces esa duda. Por suerte, cada vez que me invadían esos sentimientos de lástima por la juventud efímera, por los años que se prometían fiel recuerdo del anterior y honrada promesa del siguiente, mi padre me consolaba y me desquitaba de tales pensamientos.

El buen hombre había sido médico en nuestra guerra de independencia contra los otomanos. Nunca me habló de sus años en

el frente, pero no me hizo falta: siempre vi en sus dolidos ojos azules el sufrimiento que ocasionan, aun a la vejez, los recuerdos indelebles de una guerra en la juventud. Por eso mi padre despreciaba (y yo con él) el ánimo de mártir de mis amigos que, como tantos otros chicos de nuestra edad, al poco de abandonar la Academia Militar, identificaron ese romántico correr aventuras de las novelas con hacer la guerra en el mundo real. Con aquello jamás fantaseé.

Decidido sin pudor a una pequeña existencia burguesa, presto a abdicar de la posibilidad de una vida corta pero ancha, cumplidos los veinte años esa primavera y sobrevivido el paso obligatorio por la Academia Militar (lo cual habría sido imposible sin el apoyo de Ioannis, Miguel y Pedro), opté por matricularme en la facultad de Derecho. Albergaba la esperanza de convertirme en un abogado mediocre o funcionario del Estado, algo que me permitiera continuar dedicando tiempo a mis lecturas y, quizá en un futuro, probar suerte con la escritura, que lejanamente me tentaba como una sirena.

Mis tres amigos no ocultaron su decepción al enterarse de mis planes. Aun cuando no eran ningún secreto, los pobres diablos habían llegado a pensar que, a la hora de la verdad, me lanzaría, como los héroes de antaño, a por mis armas al oír el redoble del tambor, abandonaría la seguridad del gineceo chorreando un coraje viril por cada uno de mis poros y atendería la llamada de la gloria. Me acusaron de contentarme con vivir media vida, de ansiar apolillarme en mi biblioteca soñando con un mundo que en realidad se encontraba ahí fuera, al alcance de mi mano, un mundo que además necesitaba de mí, me dijeron, de mi conocimiento, porque ahí fuera, amigo Nicholas, se está librando una batalla entre el bien y el mal, entre las fuerzas de la civilización y la barbarie, y el esfuerzo de cada hombre cuenta.

¡Qué gran aventura tenían en la cabeza...! Era la época de los nacionalismos y por entonces no había joven en Grecia ni en Europa que no creyera que la forma de vida patria estaba en peligro y que era menester acudir a las armas para defenderla de sus enemigos —invisibles en su mayoría.

Es cierto, no obstante, que para Grecia el enemigo era perfectamente concreto y visible, a la par que muy cercano. Nuestro joven país apenas contaba con cuarenta años de independencia y, al otro lado del mar Egeo, el Imperio otomano, nuestro antiguo opresor, continuaba relamiéndose la herida de nuestra sedición y enseñando los dientes. Bajo su yugo quedaban aún decenas de poblaciones griegas que soñaban con ser libres. La última en rebelarse había sido la heroica isla de Creta. La revuelta patriota, comenzada cuatro años antes, en 1866, había terminado en derrota, pero algunos focos rebeldes todavía aguantaban en las montañas, dispuestos a organizar la resistencia. Ésa era, según mis amigos, la batalla en que se decidía el signo de nuestro tiempo: era imperativo para todo griego de bien acudir en ayuda de los cretenses para expulsar al enemigo.

—Nosotros *sí* vamos a alistarnos en el cuerpo de voluntarios de la Armada —me dijo Ioannis.

Ese plural que denotaba, como es obvio, que yo no, fue la más dolorosa acusación de cobardía que jamás haya sentido. Y no sólo por venir de quien vino, sino porque, con las miradas cómplices de Pedro y de Miguel, la supe basada en un fundamento tan terrible como incuestionable. A eso le siguió una retahíla de reproches, a todas luces ensayada, con la que, en resumidas cuentas, los tres proclamaron solemnemente que la vida pertenece a los valientes y a los patriotas, que ellos habían decidido qué tipo de hombres eran y que necesitaban saber qué tipo de hombre era yo, supongo que para

determinar si continuaban siendo mis amigos o no. No tuve más remedio que darles la respuesta que querían escuchar y presentarme al día siguiente con ellos en la avenida del puerto, donde la Marina organizaba a los voluntarios. Mi mano trazó las grafías de mi nombre en la lista de inscripción bajo la estrecha vigilancia de mis amigos y luego se estrechó con la del oficial encargado del reclutamiento —un joven algo mayor que yo, embutido en una orgullosa casaca azul en la que brillaban tres engreídas medallas—. Éste, leyendo mi nombre de la lista, me dijo: «Gracias, ciudadano Nicholas Yannikis, por prestar tu sangre a la Causa griega». Con ello, se deshizo la severidad en el semblante de mis amigos, que, recuperando el candor más cariñoso de los trotes tempranos de nuestra amistad, estallaron en vítores, me abrazaron y corearon a gritos mi nombre. Auné todos mis esfuerzos para lograr una sonrisa —desolado como estaba por la premonición de muerte segura que timbraba la frase homérica del oficial—. No tiene sentido negar ahora que si me enrolé fue tanto por miedo a que mi cobardía ahuyentara a mis amigos, como porque temía que lo que decían fuese cierto: que el mundo es cosa de hombres de acción, y que mi actitud pusilánime me estaba abocando a desperdiciar la vida.

Contagiado del entusiasmo de mis camaradas (y estando aún como estaba lejana la fecha de partida) mis dudas parecieron disiparse. Diría que incluso llegué a sentir en el pecho un ardor guerrero como el que sólo había encontrado descrito en las novelas. Atenienses alistándose para liberar Creta de sus tiranos; éramos como los protagonistas del mito de Teseo y el Minotauro, me repetía sin cesar. Hasta fantaseábamos con la posibilidad de una batalla contra los otomanos en las ruinas del laberinto y de encontrar a una bella Ariadna a la que rescatar...

Pero conforme fue acercándose el momento de hacerse a la mar, mi valentía se reveló un mero espejismo. Mi familia no conocía mis intenciones y el secreto me ahogaba como una piedra atada al cuello de un náufrago. La presencia del *Radamantis,* la fragata en la que navegaríamos hacia Creta, fondeada en el puerto y que yo alcanzaba a ver desde mi ventana, me inspiraba el terror de una pesadilla.

Fue entonces cuando resolví una infame pero necesaria añagaza para evitar mi partida. Sabiendo que mi padre jamás me permitiría marchar a la guerra, fingí la equivocación de dejar a la vista pruebas irrefutables de mis intenciones a fin de que las encontrara y me prohibiese embarcar, quedando así intacto mi honor. Mi argucia surtió el efecto deseado y esa misma tarde el viejo médico acudió a casa de un célebre almirante al que había salvado la vida en el pasado para que le devolviera el favor salvando ahora la de su hijo. Milagrosamente, mi nombre desapareció de la sacra lista de voluntarios y todos mis juramentos con él. Protegido tras los muros de mi encierro, a salvo de los remordimientos, vi desplegarse las velas de la fragata y al viento llevársela hacia la bruma del mediodía. Sólo cuando hubo desaparecido por completo, respiré tranquilo.

Y en efecto, aquello me salvó la vida. A las pocas semanas, recibimos la noticia de que el *Radamantis* había naufragado a escasas millas de la isla de Creta. Se dijo que una tormenta se la había llevado a pique, pero también corrió el rumor de que el barco había estallado en pedazos tras rozar con una mina submarina plantada por los otomanos. Aquella teoría era improbable y a todas luces surgía del dolor de quienes se resistían a creer que todo hubiera sido un acto fortuito, una decisión de dioses resabiados, pero la responsabilidad del enemigo sirvió para dotar de heroicidad a la tragedia y consuelo patriótico a nuestros corazones, que al tiempo se emponzoñaron con odio renovado por el vecino oriental.

Sufrí una espantosa crisis de conciencia: Ioannis, Pedro y Miguel habían perecido en las procelosas aguas del Egeo creyéndome un hombre valiente que, de haber podido, se habría hundido con ellos. Ahora que estaban muertos y gozaban de la omnisciencia de las ánimas, sin duda verían a través de mis mentiras y sabrían con certeza lo que soy: el mayor y más terrible de los hipócritas. No tuve siquiera coraje para presentarme en los funerales. Temía que, en el instante mismo de poner un pie en el templo, se me revelara el Señor del Apocalipsis, con su corona de espinas, su espada llameante y sus siete estrellas en la mano, como al oscuro Juan en la cueva de Patmos, y denunciara ante todos mi pecado abominable. Me quedé paralizado a la puerta de la iglesia de San Nicolás, patrón de la Marina, incapaz de dar un solo paso. Los padres desconsolados y el resto de allegados y fieles, al cruzarse con mi estatua, me dedicaban tiernas palabras de ánimo que yo recibía como el peor de los castigos.

Desde entonces, la vida se me volvió insoportable. Dejé de comer, de dormir; horrendas visiones atormentaban mis sueños: veía los maderos del buque flotando sobre una gran cavidad de espuma blanca y los cuerpos de mis amigos hundiéndose lentamente en el abismo bajo las olas. Sentía mi existencia como un insulto a su recuerdo —¿por qué ellos, valientes, y no yo, cobarde?—, y en una ocasión obré para matarme. Lo tenía todo planeado, pero el condenado azar quiso que los criados de mi padre me descubrieran justo cuando me anudaba la soga al cuello, tras lo cual se me ocultaron las cuerdas y los venenos y se me puso bajo una vigilancia estricta, propia de un demente.

En mi desolación, acabé culpando a mi padre de lo sucedido. Lo acusé de haberme condenado a una vida de vergüenza, de impedirme morir como un hombre a bordo del *Radamantis*. Y

llegado un punto ardiente de nuestra discusión lo llamé cobarde. Claro que aquéllos no eran mis verdaderos sentimientos; tan sólo quería aliviar la culpa que me carcomía tratando de creerme mi propia mentira sobre el soldado valiente y el padre pusilánime. Él se quedó paralizado. No me contestó, ni con palabras ni alzándome la mano. Se quedó atónito, mirándome sin furia pero con decepción, atravesado por una puñalada amiga. En ese momento, supe que ahora sí había cruzado el umbral de una condena insalvable y que hasta el fin de mis días llevaría impregnada en la memoria aquella mirada de dolor de mi padre.

Después de aquello, la condescendencia por mi sufrimiento se borró de su rostro y nuestra relación quedó herida para siempre. Entre nosotros cayó un terrible silencio en el que el eco del insulto rugía con la fuerza de una maldición. Mi madre y mis hermanos creían que todo se debía a mi desesperanza y que el tiempo, que todo lo cura, devolvería las aguas a su cauce, pero mi padre y yo sabíamos la verdad: nada nos curaría de aquello. Yo lo veía en sus ojos devastados, que a su vez miraban dentro de los míos y encontraban la ruina humeante de mi conciencia.

Al poco hizo por expulsarme del hogar y manumitirse así de la esclavitud de ser el padre de un hijo tan ingrato. Me consiguió un empleo en una casa importante de la ciudad para entrar como secretario, ayudante, o el puesto que tuvieran a bien darme, y con ello dio por concluidas sus responsabilidades para conmigo. Me acompañó a la entrevista en el que fue nuestro último paseo juntos. Con los años he ido inventando las cosas que nos dijimos en un nostálgico intento por dotar de significancia aquel momento, pero hoy ya no tiene sentido engañarme: el trayecto lo realizamos en el mismo silencio con el que llevábamos semanas flagelándonos el uno al otro.

La mansión se hallaba en la avenida de la Universidad, apenas a unas manzanas del palacio real y la plaza Síntagma. Pertenecía a una muy buena familia entre cuyos miembros figuraba el mismísimo patriarca ortodoxo de Atenas. Atravesé las rejas de hierro forjado y recorrí el camino de grava que serpenteaba entre césped y cipreses hasta la entrada. Antes de tocar la campana me volví para ver a mi padre, confiando en la misericordia de una sonrisa o un gesto de suerte que perdonara mis faltas. Fue en vano: se había ido sin esperarme. Nunca me he vuelto a sentir así de solo. En el fondo, sé que me lo merecía.

Agarré la cuerda de la campana y la hice sonar varias veces. Tardó unos segundos en abrirse una ranura en la puerta, por donde asomó el rostro receloso de un mayordomo al que di mi nombre y mis referencias. Me estuvo mirando de arriba abajo largo rato, como si no acabara de creerme, antes de hacerme pasar. Sin mediar una sola palabra, me condujo a través de la casa —cruzamos tres recibidores ricamente decorados con frescos en techos y paredes, salones atestados de muebles estilo Imperio, galerías de baile con suelo de mármol y arañas de cristal— hasta una pequeña antesala en la que me indicó que esperara. Por supuesto, no me dio la más mínima información acerca de mi futuro empleador.

Allí aguardé durante casi una hora a que alguien me llamara o simplemente se acordara de mí. Durante los primeros veinte minutos de espera no me atreví a moverme, convencido de que de un momento a otro se abriría la puerta del despacho y me harían pasar. Pero el aburrimiento acabó liberándome de mis miedos e invitándome a curiosear por las estancias aledañas. Reparé en que todos los frescos representaban escenas de la mitología griega, en concreto de la guerra de Troya. Identifiqué sin esfuerzo la escena del juicio de Paris, en el que el príncipe troyano decide sobre la belleza

de tres diosas decantándose por la de Afrodita, que en compensación le entrega el amor de Helena, la más bella de las mortales y esposa de Menelao, rey de Esparta; la del duelo entre Aquiles y el príncipe Héctor, que acaba con la muerte de este último; la súplica del rey Príamo de Troya por recuperar el cuerpo de su hijo y la compasión final del héroe de pies ligeros...; y la más famosa, la del caballo de madera entrando a la ciudad con los griegos dentro. El ciclo épico parecía dar la vuelta por todas las estancias de la casa.

En todo caso, aquellas pinturas no fueron lo único que llamó mi atención.

Sobre las repisas se exponían toda clase de sorprendentes antigüedades: fragmentos de mármol con relieve, bustos de actitud reflexiva, antiquísimas piezas cerámicas de arcilla pintada, monedas en oro y cálices en plata; tesoros de épocas perdidas, rescatados del olvido de la historia. Me dispuse a examinar una vasija en la que se representaba a las Musas cuando escuché el crujido atroz de una puerta abriéndose a mis espaldas. Regresé corriendo a la antesala, anticipándome a un despido aun antes de haber sido contratado. Mas allí no me esperaba un enojoso empleador de aire severo, sino una joven de unos dieciocho años y de la que al instante quedé prendado, como si fuera yo un héroe de antaño, o más bien un adolescente pueril. Era menuda y delicada, con la piel pálida, el cutis ligeramente picado y aun así brillante. La larga cabellera azabache envuelta en cintas le caía en cascada por los hombros, estrechos y sutilmente encorvados por lo que luego supe había sido una infancia encerrada entre lecturas. Sus grandes ojos homéricos —glaucos, o de color esmeralda— me estudiaron en silencio, temí que desaprobando mortalmente mi curiosidad, pero enseguida sus labios me tranquilizaron con una sonrisa cómplice.

—¿Usted es el hijo del doctor Yannikis? —preguntó. Tenía la voz de una adulta inteligente.

No pude más que asentir.

—Su padre me salvó la vida cuando contraje la viruela a los tres años. Estoy en deuda con él. —De nuevo sonrió, mostrando esta vez sus pequeños y hermosos dientes.

Me tendió su mano envuelta en un guante de muselina para que la besara, cosa que hice sin lograr que mis mejillas contuvieran el rubor.

—Mi nombre es Sofía Schliemann —se presentó.

Estaba tan nervioso que no reparé de primeras en lo germánico del apellido.

Me hizo pasar a un estudio. Ella se sentó tras el escritorio y me señaló dónde hacerlo yo. Sofía estudiaba con detenimiento mis rasgos, rasgos que yo a veces, ante el espejo, había fantaseado si no bellos, al menos sí diferentes o interesantes, los de un escritor o poeta atormentado, pero que ella sin duda vería tan sombríos como eran en realidad: mis ojos de expresión triste por los lentes que usé desde chico, mi nariz torcida con caballete, mi cara macilenta, la delgadez enclenque de mi pecho y mis brazos, el viejo traje que había sido de mi padre y que mi madre, con mil esfuerzos, arreglaba cada año para que siguiera pareciendo nuevo... Debí de parecerle un pobre diablo, un hijo natural, o, peor, un bohemio sin oficio. Cada vez me aferraba con más fuerza al portafolios de cuero en el que llevaba la carta de recomendación de mi padre, como única esperanza de salvación.

—El puesto es de secretario, ya se lo habrán comentado, ¿verdad?

Asentí sin convencimiento. Me costaba mirarla a la cara y a cada rato conjuraba mis emociones para desterrar la rojez de mis mejillas, aunque ésta se me resistía.

—Discúlpeme, señorita. ¿El puesto es para ser *su* secretario? —pregunté con un ligero balbuceo.

De serlo, me parecería harto imposible no aceptar el empleo. Cómo no servir a esa joven por quien mi cuerpo y mi espíritu ya se había declarado con un amor adolescente...

Ella soltó una risa exánime.

—No, en absoluto. Usted sería el secretario del doctor Heinrich Schliemann. Él no se encuentra actualmente en Atenas, razón por la cual me estoy encargando de hacerle yo la entrevista.

Confieso que me sentí aliviado y a la vez frustrado de que mi trabajo no fuera a consistir en facilitar la vida de aquella encantadora joven, redactando sus cartas y resolviéndole los asuntos. En cualquier caso, servir como secretario de su padre también me permitiría estar cerca de ella. Curioso, lector, cómo de pronto parecían haberse disipado de mi pecho todas las melancolías.

—Creo que su padre no le habrá comentado los detalles de este puesto —prosiguió la señorita Sofía.

—No, lo cierto es que no.

—Lo suponía... —dijo misteriosa—. Este trabajo no es en Atenas, sino en Turquía, concretamente cerca de Dardanelos, donde se encuentra ahora mismo el doctor Schliemann y donde aún habrá de pasar mucho más tiempo. ¿Es esto un inconveniente para usted, el trasladarse de forma indefinida a Dardanelos?

Apenas pude creer aquella venganza siniestra: mi padre me había impedido alistarme para ir a defender a nuestros hermanos griegos a Creta, pero no tenía inconveniente en enviarme como secretario de su amigo Schliemann al vasto y peligroso Imperio otomano. Recordé a mis camaradas, los imaginé flotando en el fondo marino entre las ruinas de su pecio, y el dolor se me atravesó en el pecho: tendría que haber desobedecido a mi padre, tendría que haber embarcado

como polizón en aquel buque y haberme hundido con ellos. Viajar a Turquía como un mero secretario cuando había estado tan cerca de morir por la noble causa de Grecia tenía para mí el viso de la traición.

La joven repitió la pregunta ante mi silencio.

—No, no es un inconveniente —contesté—. Pero ¿qué motivo ha llevado allí al doctor?

Me encontré con un gesto de asombro al otro lado del escritorio y de inmediato reconduje mi impertinencia.

—Quiero decir... Lo pregunto para saber cuáles serán las funciones que de mí se requerirán. Si es por un asunto de negocios o si es simplemente una travesía...

No tuve la certeza de que mis palabras bastaran para enmendarme, pero la señorita Schliemann pareció pasar por alto mi descaro.

—Todavía no se lo puedo decir —respondió, evitando mirarme—. Conocerá sus funciones y el motivo de nuestra presencia en Dardanelos una vez haya aceptado el trabajo y se haya embarcado hacia allí. En deferencia a su padre, le diré que entre manos tenemos un importante secreto. No podemos arriesgarnos a que usted lo sepa y luego rechace el empleo.

La joven abrió el cajón del escritorio y extrajo un sobre color crema.

—Yo parto mañana, pero aquí tiene usted un pasaje para el vapor de la semana que viene. Tiene hasta entonces para decidir. Si accede, sepa que alguien lo estará esperando cuando desembarque.

Comprendí la necesidad de discreción, pero esgrimí que no podía pretender que aceptara la oferta sin conocer ni un mísero detalle. Ella negó con la cabeza. Al hacerlo, un furtivo bucle le cruzó la frente. Pensé entonces en lo ridículas que eran mis exigencias, y que

sólo por la oportunidad de verla cada día, el viaje merecería la pena aunque fuera a los confines del mundo.

—Sé que es poca información la que le ofrecemos. Y créame que me incomoda no poder darle más. Sin embargo, permítame una pregunta, señor Yannikis. ¿Usted se considera un patriota?

—¡Pues claro que sí! —proclamé empleando un vozarrón. En aquel tiempo, como en este, esa pregunta no podía contestarse de otra forma si es que no se quería el ostracismo, aunque sin duda lo hice con un grito exagerado que compensara mi cobardía pretérita.

La señorita Schliemann sonrió complacida. Me dio la sensación de que alguien, quizá mi padre, le había recomendado apelar en caso de duda al sentimiento nacional, seguro de que mi culpa decantaría la balanza.

—Entonces venga con nosotros a Dardanelos. Le aseguro que, de triunfar nuestra expedición, el pueblo griego obtendrá el mayor triunfo de su historia.

II

BUCANEROS DE TIERRA

Cuando volví a casa, descubrí que mi padre se había ido. Mi madre me dijo que lo demandaba una urgencia médica en la ciudad de Patras y había tenido que partir de inmediato. Por conmiseración con la pobre mujer no cuestioné su historia, pero viendo sus ojos enrojecidos por el llanto de una más que segura pelea, supe que el viejo médico ya había dado por saldada su relación conmigo. Me retiré a mi cuarto cargando con un sentimiento negro y amargo en el pecho que no era otro que el de la soledad del huérfano repentino. Pasé toda la noche en vela, peleando con las sábanas estranguladoras, dando vueltas y vueltas a mis culpas y ahogándome en la angustia. Mi vida, de un día para otro, había naufragado. No tenía amigos, no tenía padre, mis planes de estudiar leyes y convertirme en un aburrido funcionario me eran inservibles... ¿Qué quedaba para mí en Atenas? Nada, salvo una muerte lenta a manos de la desesperanza. Haciéndome un nudo en el corazón, me volví sobre las almohadas y alcancé de la desolada mesilla el pasaje a Dardanelos.

Sé que no he sido el primero ni seré el último en tomar la aventura como un sucedáneo del suicidio. Unos se lanzan a la mar tras la estela de leviatanes que confirmen la existencia del Creador o terminen de desmentirla. Hay otros que se alistan como voluntarios para luchar en guerras lejanas por una causa que desconocen, o

para guardar en desoladas fortalezas fronteras vastísimas por las que hace siglos no asoma ningún enemigo. Y también hay quienes guiados tan sólo por el mapa raído de algún bucanero borracho, se adentran en peligrosísimas y profanas junglas, donde se topan con gentes primigenias de colores inauditos y costumbres terroríficas y fascinantes; pueblos que ignoran el valor del oro y el diamante, aunque aprecian y defienden la vida de sus árboles con la suya propia. A mí se me presentaba la oportunidad de enrolarme en una extraña expedición cuyos detalles ignoraba, pero que, llevándome a Dardanelos, en el seno del Imperio otomano, de seguro también entrañaría algún tipo de peligro mortal. Mentiría si dijera que la señorita Sofía no me gustaba lo suficiente como para aceptar el empleo, o si asegurara que el misterioso y desconocido doctor Schliemann no me suscitaba curiosidad, pero es cierto que ante el futuro lleno de amargura que esa noche le profeticé a mi vida, la idea de cruzar el Egeo y viajar a Turquía adquirió un atractivo indiscutible. Y puesto que ya no tenía nada que perder, en vez de embarcarme en un ballenero, de lanzarme a explorar selvas perdidas o de poner, tanto monta, el cañón del rifle contra la sien, me uní a esa expedición de desconocidos dispuesto por primera vez en mi vida a que el destino me sorprendiera.

Una semana después (con la ausencia mi padre, todavía en la lejana Patras, sirviendo como último acicate de mi partida), empaqué unas cuantas camisas, calzones y chaquetas, un par de libros, me despedí de mi madre y mis hermanos y me dirigí al puerto de Atenas. Después de a lo sumo dos días, si los vientos eran favorables, me hallaría frente a la ciudad de Dardanelos.

Aunque sea en efecto un viaje corto, de no más de ciento cincuenta millas marítimas, cruzar el Egeo siempre ha tenido para mí el viso de una travesía oceánica; no en vano, es un mar con

vocación de océano dado que separa dos mundos muy distintos: de un lado la solemne Europa, de la que Grecia es última frontera, y del otro, el Asia vasta y arcana, cuyo primer baluarte es la costa dentada de Turquía. Durante siglos los imperios más poderosos han tratado de controlar este estrecho ponto y sus remolinos de islas; en él se han librado las batallas más legendarias entre los contendientes oriental y occidental a amo de la tierra: la de Salamina entre persas y griegos; la de Accio entre Roma y sus amantes enemigos, Marco Antonio y Cleopatra; la de Lepanto entre sarracenos y españoles; o la de Quíos, durante nuestra guerra de independencia, en la que acabamos de un plumazo con el buque insignia de los otomanos. Cuántos pecios contendrá este fondo marino, cuántos hombres habrán devorado estas olas selacias... Entre ellos, Ioannis, Pedro, Miguel, arrancados tan jóvenes del barco de la vida...

Encaramado al castillo de popa, miré hacia atrás y vi mi hogar, la tierra que se alejaba, la efímera estela de espuma blanca y el reguero de mis recuerdos que dejaba el vapor desaparecer poco a poco de la superficie del agua.

Enjugué dos lágrimas y me uní al resto de pasajeros en la cubierta. No tenía por delante más que unas cuantas horas de navegación apacible —eran unos días próximos a la primavera—, por lo que eché mano de mi libro y me acomodé en una butaca de teca a disfrutar de la lectura. Me sumé así a uno de los grupos que conforman, en estas travesías, el curioso ecosistema de un barco de pasajeros: el grupo de los que hacemos la travesía zambullidos en nuestras novelas, de las que sólo levantamos la cabeza de cuando en cuando para contemplar el mar. Compartimos la cubierta con los ajedrecistas, que como nosotros ansían el silencio y huyen de los jugadores de naipes o dados, por lo general mucho más ruidosos.

Somos pasajeros discretos e incluso algo tímidos. Aborrecemos la vida social de abordo y sin embargo conformamos una curiosa sociedad entre nosotros en la que participamos, ya digo, con miradas furtivas por encima de las páginas o las piezas, que nunca dicen nada y que mantienen, ante todo, el silencio.

Sin embargo, el segundo día de navegación, un pasajero vino a molestar la tranquilidad de nuestro universo. Sin importarle la calma en la que viajábamos, corrió hacia la borda con grandes aspavientos y por allí vació varias bocanadas de bilis entre berridos espantosos. Cuando acabó se volvió hacia nosotros, lectores y ajedrecistas, que lo mirábamos juiciosos, y juntó las manos en una ridícula súplica de clemencia. Luego se dejó caer en la mesa que había al lado de la mía y pidió un té. Tenía ojos de un verde desorientado y la piel de un amarillo pálido. Se manoteaba sin cesar la espesa barba para quitarse las motas de vómito y luego, Dios santo, con la misma mano se repeinó las greñas cenicientas del cabello revuelto. Claramente, se percató de que lo miraba y me dirigió una sonrisa de soslayo.

—Disculpe el espectáculo —me rogó, hundiendo el morro en la taza humeante—. Tanta agua no va conmigo. Embarqué en Marsella hace días y aún no se me ha pasado el mareo.

Me avergoncé un poco de haberlo juzgado con tanta dureza.

—No se preocupe —le dije—. Todos tenemos nuestra némesis. La mía son las alturas.

Eché mano de mi pitillera y le ofrecí un cigarrillo para el mareo. El hombre lo tomó muy agradecido. Fumar juntos sellaba definitivamente nuestra aquiescencia como compañeros de viaje, una curiosa relación que se presta a las confianzas de la amistad sin abandonar las distancias del trato desconocido.

Se llamaba Philipp Déthier. Era abogado e iba rumbo a Constantinopla.

—Nicholas Yannikis, secretario —me presenté de vuelta, sin que dejara de parecerme extraño darle a un cargo tan nimio la apariencia de un título nobiliario—. Desembarco en Dardanelos.

—Ah, secretario... —repitió Déthier tras dar una larga bocanada que aclaró el color enfermizo de su piel—. ¿De un arqueólogo o de un diplomático? Es lo único en Dardanelos que puede requerir un secretario griego.

No tenía forma de contestarle y no quise quedar de necio (o peor, de incauto) confesando que ignoraba quién era mi empleador y a qué se dedicaba.

—Empresario —mentí.

Creo que el francés me miró suspicaz, aunque quizá simplemente fuera a causa del mareo.

—¿Es que hay muchos arqueólogos en Dardanelos? —le pregunté acto seguido, en un intento de evitar que ahondásemos en la identidad de Schliemann.

—En Dardanelos y en todo el Imperio otomano —me explicó, limpiando con un hálito de vaho sus simpáticos anteojos—. En otras latitudes del mundo hay bucaneros, piratas y bandidos; pero en éstas hay arqueólogos. No navegarán bajo la bandera negra, serán en su mayoría elegantes caballeros trajeados y versados en los clásicos, pero la profesión es la misma. Vienen siguiendo la pista de yacimientos, excavan en las ruinas en busca de antigüedades (oro, bronces, mármoles), que luego sacan de manera ilegal del país y venden a coleccionistas y museos de toda Europa. Si los descubren, dicen que estaban salvando piezas de arte de la barbarie musulmana... —Déthier chasqueó la lengua, indignado—. A veces no sé en qué lado del mundo abundan más los bárbaros.

Me sorprendieron las opiniones de ese prócer del derecho francés, que iba bien trajeado y con el bigote cuidado, tal y como acababa de describir a los arqueólogos-bucaneros.

—Convendrá conmigo en que los otomanos no tienen aprecio alguno por el arte clásico. Lo consideran pagano e iconoclasta —le dije—. Vengo de Atenas. Allí los turcos usaron durante décadas los peñascos derruidos del Partenón como material de construcción.

—No le falta a usted razón, señor. Y sin ánimo de restar culpa a los otomanos, recuerde: ¿quién fue el que en 1812 sacó los hermosos mármoles del Partenón de *su* ciudad, de *su* acrópolis? Un británico, lord Elgin; que por cierto fue también responsable de que dos importantes estatuas acabaran hechas pedazos, así como de que otras tantas se hundieran con el barco que las transportaba a Inglaterra. Aunque supongo que a usted, como griego y ateniense, no he de recordarle el asunto.

Ciertamente, no hacía falta. El expolio de los mármoles del Partenón hacía más de cincuenta años todavía supuraba como una herida infectada en la memoria de Grecia. Y supurará por los siglos de los siglos. Quizá fuera verdad que lord Elgin y otros arqueólogos hubieran salvado esas piezas y muchas más de una destrucción más que probable en alguno de los conflictos que asolaban el tormentoso Oriente otomano. Pero cuántas veces, parado frente a las esculturas en los museos de media Europa, he visto en ellas no a libertos agradecidos, sino a dignos prisioneros de guerra que no ceden un ápice la severidad ante quienes los contemplan fascinados o desdeñosos. No puedo evitar pensar que las esculturas del Partenón, las del Mausoleo de Halicarnaso, las de los templos de Cnido, Milo y Samotracia, que dignifican el Museo Británico y el Louvre de París, son en realidad arte robado, no salvado: las piezas son rehenes de una guerra desigual, están condenadas a soportar estoicas a una

horda de turistas que apenas les dedica una mirada, no digamos ya un pensamiento de respeto, cuando pasan ante ellas, obcecados como están en encontrar por las salas laberínticas lo que aparece destacado en sus folletos informativos. Veo en los lisos ojos de los mármoles una tristeza desnortada: las piezas se han vuelto extranjeras; ya no pertenecen al mundo del que fueron arrancadas. De volver un día a su lugar de origen, lo harían como forasteras: piezas británicas, francesas o alemanas; el cielo del Egeo ya no las reconocería. Ese regreso es, sin embargo, mucho soñar, pues quienes las obtuvieron jamás accederán a liberarlas. Su posesión es más valiosa que cualquier rescate que se pudiera pagar por ellas. Esas piezas magníficas conectan el presente glorioso de las naciones europeas con el antiguo pasado de Grecia —un instante de belleza como no ha vuelto a conocer la civilización humana—. Quienes las poseen dominan el tiempo. Y es que cuando uno sostiene entre las manos una antigüedad que no han sostenido manos humanas desde hace dos o tres milenios, se siente que el tiempo desaparece, que las cuerdas cronológicas que trenzan el universo aflojan su tensión; el espíritu del ayer entra en contacto con el de hoy, y momentos antes separados por siglos de olvido y de distancia de pronto se solapan. Pasado, presente y futuro se unen para formar la trinidad del instante, que es como el ojo de los dioses, y revelan así que todos los tiempos humanos en verdad suceden a la vez.

—En cualquier caso —prosiguió el francés—, esa época de impunidad para los arqueólogos pronto tocará a su fin.

—¿Por qué motivo? —pregunté con curiosidad.

Déthier miró alrededor y luego se acercó a mí, como para confiarme un secreto.

—El Imperio otomano se está rearmando —me dijo, y al hacerlo exhaló una bocanada de aliento ácido que a punto estuvo de

mandarme a mí a vomitar por la borda—. El Gobierno ha expedido una directiva a todos los *jedives* (así llaman los turcos a sus gobernadores provinciales) desde Turquía hasta Túnez, ordenando cercar cualquier yacimiento arqueológico a la vista, incautarse de mármoles, mosaicos y sobre todo oro, y enviarlo a Constantinopla. Cualquier europeo que crea que puede echar mano de una antigüedad y sacarla ilegalmente del país acabará entre rejas.

Tomé eso último por un eufemismo más que evidente. La brutalidad otomana era de sobra conocida en todo el mundo. Los testimonios de los rebeldes de la isla de Creta, de los combatientes de la guerra de independencia griega, ¡el silencio atronador de mi propio padre, que nunca refirió las cosas que había visto en el frente!, confirmaban que cruzarse en el camino de un sarraceno no era algo a lo que uno pudiera sobrevivir.

Un escalofrío me recorrió el espinazo cuando el barco hizo sonar su profunda y melancólica bocina para anunciar el avistamiento de tierra más allá de la bruma.

—Ahí está Dardanelos. Ésa es su parada.

Según fue surgiendo la costa de Turquía entre la niebla, la aprensión fue creciendo en mi interior. Lo cierto es que no estaba en absoluto seguro de a qué me iba a enfrentar, y movido por la emoción del viaje no me había siquiera parado a contemplar la siniestra realidad que me aguardaba: estaba a punto de desembarcar en una tierra salvaje poblada de enemigos, de intimar con las gentes que no hacía mucho habían querido a los griegos muertos o sometidos.

El vapor viró hábilmente entre los peñascos, puntiagudos como dientes de dragón, que forman el angosto paso de los Dardanelos. De un lado queda el pueblo, del otro la península de Galípoli. El agua rugiente del mar Negro se desploma con la fuerza de una catarata

prehistórica sobre la cuenca del mar Egeo; ningún barco puede remontar la corriente si no lo acompaña el viento, por lo que la parada en Dardanelos no pudo durar más de una hora. Agarré mis maletas y me despedí del abogado Déthier estrechándole la mano y deseándole buena ventura. En ese instante, sentí la premonición de un amistoso reencuentro, quizá dentro de muchos años, quizá incluso en otra vida.

III

VILLA THYMBRA

Dardanelos era una ciudad de ecléctica extrañeza, una criatura híbrida entre medina medieval y Constantinopla en miniatura, con minaretes perdidos en la niebla, comerciantes arreando animales por las calles (algunas todavía de barro), y a la vez, con un puerto industrioso y ajetreado, consulados de naciones de medio mundo, y un cielo de humo negro que manaba de las altísimas chimeneas de las fábricas. En cuanto bajé al muelle por la resbaladiza pasarela, un humor putrefacto de pescado y salitre estuvo a punto de derribarme. Saqué un pañuelo perfumado y me lo coloqué bajo la nariz para contener el mareo. Son los nervios, me dije, tan sólo los nervios. Eché un vistazo a mi reloj de bolsillo —las agujas pasaban de las cuatro de la tarde— y luego a mi alrededor. Trataba de identificar a mi contacto en la muchedumbre que atestaba el muelle cuando caí en la cuenta de que no tenía un solo dato sobre la persona que habría de recogerme. Puesto que el barco había llegado con la puntualidad prevista, me subí el cuello del abrigo y me resigné a esperar a que alguien me contactara.

Supongo que mi estampa debía de ser harto ridícula: un joven de traje de paño, cargando con una maleta de cuero, solo en mitad del puerto pestilente y el barullo de pandemonio que lo atestaba: turcos macilentos que vendían fruta enmohecida y pescado de mirada turbia tratando de endosarme alguno de sus productos; árabes de

rostro rasgado, en enseñarme sus bagatelas; también se me acercó una gitana de piel amarilla, llena de pendientes y tatuajes, que insistió tanto en leerme la fortuna que no tuve más remedio que soltarle una moneda para que me dejara en paz. Ella, sin embargo, se empeñó en que cogiera una carta de la baraja que me ofrecía. Más por curiosidad que por creencia, alargué la mano y saqué un naipe del tarot enmohecido. «Ouuu», se lamentó la vieja arrugando mucho los ojos y torciendo la sonrisa. El destino me había obsequiado con la figura de un vagabundo de aires bufonescos que caminaba por un campo agreste: tenía el cabello greñudo adornado con ridículas plumas, un hatillo con los enseres inútiles de su vida al hombro y los pies enredados en un caminar enclenque. Me miraba a través del dibujo con una expresión desquiciada y perturbadora. El arcano sin número. *Il Matto*, rezaba la inscripción en italiano. «*El Loco*». Solté la carta como si quemara y la vieja gitana estalló en carcajadas. Sentí que todas las miradas de la muchedumbre se volvían sobre mí, algunas recelosas, otras, conmiseradas: como si hubieran reconocido en mí al portador de alguna calamidad. Me volví hacia el muelle esperando ver el vapor y al abogado Déthier con sus simpáticos anteojos y su semblante afable todavía asomado a la borda, pero el navío ya era apenas un sucio nubarrón en el horizonte. Un trueno retumbó sobre mi cabeza, soltando un chispeo aciago que en pocos segundos se convirtió en aguacero y disipó el gentío. Mirando la desbandada bajo la lluvia, sentí completa mi desgracia. En ese momento, cosa curiosa, pensé en mi padre, en que todo era una amarga lección suya, un escarmiento para que aprendiese que las aventuras no son como en las novelas: que uno llega a los confines extraviados del mundo y está solo, absolutamente solo, sin más recursos que la propia inteligencia y el exiguo valor.

—¿Señor Yannikis? ¿El secretario?

Levanté la vista del suelo encharcado y me topé con un otomano de tez color café y rostro afable, de mi edad, igual de escuálido que yo, aunque algo más alto. Iba vestido a la europea, pero sus rasgos orientales eran imposibles de ocultar, así como el acento, rasposo en la garganta, con el que había pronunciado mi nombre.

—Sí, soy yo —tartamudeé.

Sin mediar una sola palabra más, el turco me cubrió con su paraguas, pasando a mojarse él, y cogió mi maleta.

—Vengo de parte de su empleador. Si es tan amable el señor de venir conmigo...

Lo seguí hasta una calle aledaña donde aguardaba un carruaje que había visto mejores días y del que tiraban con esfuerzo dos rocines alazanes que no los verían más. El sirviente me abrió la puerta de la cabina y echó dentro mi maleta.

—¿Dónde vamos? —le pregunté.

—Lo están esperando en Villa Thymbra. A unas pocas horas de aquí. No se apure el señor, ¡al menos allí no está lloviendo!

El turco cerró la escotilla, se encaramó al pescante del cochero y chasqueó el látigo. Los caballos relincharon molestos y arrancaron al trote por el incómodo barrizal de las calles, en cuyos baches el carruaje se agitaba como un barco en plena tempestad.

Me acomodé en el asiento, que quizá en otro tiempo fue mullido, y me resigné al largo viaje. Masticaba cierto miedo y zozobra, y lo único en lo que podía pensar para consolarme era en encontrar el rostro conocido de la joven hija de Schliemann al llegar. Aquella enigmática joven me había cautivado como creo que jamás lo había hecho mujer alguna. No había sido yo muy prolífico en aventuras amorosas por entonces: la estricta vigilancia primero de padre, luego de los curas del internado y finalmente de los oficiales de la

Academia, había impedido los devaneos del cuerpo, dejándome únicamente los de una muy tímida fantasía casi siempre envenenada de culpa. Sin embargo, he de confesar que nunca habría imaginado que pudiera existir una mujer como Sofía Schliemann. Más allá del cabello negro y sedoso, de sus delicados movimientos al caminar, de su perfume de higos silvestres, y de todos esos otros atributos de feminidad en los que tan tediosa como comprensiblemente caen los poetas al describir a sus amadas, lo que a mí me gustaba de ella era lo inteligente de su mirada glauca. Harto estaba de las historietas de mis amigos (en el recuerdo os llevo, compañeros), en las que la dama era siempre una necia extrovertida, afanada en lograr amoríos para hace rabiar a las amigas celosas o desquiciar a la madre entrometida; harto de esas mujeres aniñadas que, por mucha edad que adquieran, nunca abdican de las ácidas artes de la adolescencia para seducir a los hombres y doblegar sus voluntades; harto, en general, de la vanidad (democráticamente repartida entre los sexos) de todos los jóvenes de mi edad, a los que movían los placeres mundanos y el medrar en la sociedad. Amé a mis amigos, habría estado con ellos hasta el final, bien lo sabe Dios, como bien sabe que no hay día que no me arrepienta de no haber compartido su destino; pero, cielos, no puedo evitar pensar lo siguiente: cuando vieron entrar el agua desbocada por las vías abiertas en el casco de la nave, cuando apareció ante ellos la muerte llevando tras de sí todos los recuerdos de sus magras vidas, y vieron lo poco que se habían preguntado por el sentido de la existencia, lo poco que habían reflexionado sobre la angustia y la incertidumbre, lo prolíficos que habían sido en los placeres y los afectos más efímeros; cuando vieron todo eso, me pregunto, sabiendo que nada podían hacer ya por salvarse salvo encomendarse a los santos y dioses de las aguas, ¿no se dolieron de su inacción, de su falta de filosofía?, ¿no se

preguntaron, con amargura, si todo cuanto habían hecho había merecido la pena? Una simple mirada de Sofía Schliemann me había bastado para saber que en nada era como las demás jóvenes que hasta ahora se habían cruzado en mi camino. Una sola mirada, para saber que me hallaba, por primera vez en la vida, frente a un alma como la mía.

El carruaje dio un tumbo que me hizo botar dentro de la cabina.

—¡Lo siento, señor! —me gritó desde fuera el cochero.

Me froté el área del golpe, donde pronto me aparecería el chichón, y saqué la cabeza por la ventanilla.

—¡Tenga más cuidado...!

El turco movió la mano en señal de disculpa.

Habíamos abandonado la ciudad y el carruaje ahora transitaba por camino agreste, rumbo de la campiña. Nos dirigíamos hacia el horizonte claro del sur con el sol cayendo a nuestra diestra. El cielo había perdido sus nubes; el viento, su virulencia. Volví la cabeza hacia el lugar de donde veníamos y vi los altos minaretes y fustes industriales de Dardanelos devorados por las nubes de tormenta.

—Le dije que en el campo no estaba lloviendo. En esta época del año, las tormentas se concentran sobre todo en los estrechos. Bajan del mar Negro y se quedan allí atrapadas, lo que es un fastidio para los marinos. Pero el interior del país, en la llanura... Aquí rabia el calor como si fuera verano.

No le faltaba razón al turco. El sol de la tarde poco menos que agredía aquel árido paraje. Una mínima brisa, cargada aún con olores de jara y mimosa, hacía ondear los arbustos de adelfa y los olivos que cubrían las colinas. Algo más allá se veían grupos de aldeanos de túnicas blancas y turbantes colorados braceando con sus hoces entre las mieses, y pueblos encalados con los postigos cerrados para protegerse del calor.

—¿Falta mucho para llegar? —pregunté.

—Muy poco ya. Hay que dar un pequeño rodeo para entrar en la finca. Ahora nos encontramos en la depresión de los afluentes del río Escamandro.

Miré a mi alrededor, confundido. No se intuía fuente alguna de agua en la cercanía; el campo agostado estaba tan seco que habría bastado una chispa para convertir el país entero en una llanura infernal.

—No veo ningún río...

—Porque el Escamandro y sus afluentes son de cauces sinuosos y esquivos. Pero confíe en mí: éste es el camino.

Dejé ir un suspiro y volví a meter la cabeza en la cabina, apoyándola en el cristal caliente. Aquellos parajes turcos no eran tan diferentes de los de la campiña griega, pensé, también agreste y achicharrada por el estridor eléctrico de las cigarras, con campos mediterráneos que se extienden hasta el fin de lo visible, fragantes a lentisco y santolina, cielos rasos y límpidos, de color de bronce como decía Homero, surcados de agudos milanos, como falsas águilas de Zeus. Y, sin embargo, algo había en la cara de la luna, visible desde la media tarde, que me recordó que estábamos del otro lado del Egeo, en el reverso oriental del mundo.

La finca se encontraba más lejos de lo que en un principio había supuesto. Todavía padecí dos horas más de viaje. Atrás fueron quedando las últimas aldeas, las últimas casitas de los campesinos. Tuve la sensación de que nos íbamos alejando de los lares habitados del mundo, e introduciéndonos en páramos prehistóricos nunca pisados por el hombre. Con las últimas luces del día alcanzamos un vallado que delimitaba el acceso a una extensa plantación de olivos, vides y robles valonios ahogada por la maleza y sumida en el

abandono. El turco se apeó de la diligencia y abrió la cerca. Luego se asomó a mi ventanilla.

—Mire allí. —Y señaló una loma solitaria, oscurecida por el ocaso, en la que se levantaba una vetusta casa solariega—. Ésa es Villa Thymbra, la casa del señor Frank Calvert, su anfitrión y mi amo.

—¿Frank Calvert? —repuse confundido—. ¿Y qué hay del doctor Schliemann? —Y qué hay de su hija, pensé para mí.

—Los Schliemann también son huéspedes del señor Calvert —aclaró—. ¿No se lo habían comentado?

Negué estúpidamente con la cabeza. El turco también parecía sorprendido. De nuevo, se subió de un salto al pescante y volvió a azuzar a los caballos, que sintiendo próximo el reposo de la cuadra, apuraron el paso hacia la villa.

Aquella casa —singular y aun así no desprovista de encanto— estaba tan fuera de lugar como pronto descubrí lo estaban sus moradores. Se trataba de una antigua construcción de piedra vista, con muros de color arena, ventanas de medio punto con postigos desconchados, antaño pintados de verde, y tejados a cuatro aguas con chimeneas de ladrillo. A pesar de su arquitectura de casa de campo inglesa, el edificio parecía sacado de una Toscana decadente; sobre todo, pensé, por las celosías oxidadas de la fachada, donde se entrelazaban los ramajes de un inmenso rosal petrificado. Pero al entrar la diligencia en el patio principal, en el que había una fuente sin agua y llena de yerbajos, vi algo que me provocó un escalofrío: por las esquinas se apilaban piezas de mármol antiguo —sobre todo vi discos de fuste de columna y losas con relieves desleídos— como lápidas blanquecinas de un cementerio familiar. ¿Dónde diablos me encontraba?

El turco cogió mi equipaje y me pidió que lo siguiera.

—Puedo llevarla yo —insistí al ver que le pesaba y que le incordiaba para abrir el gran cerrojo de la puerta principal.

—En absoluto, señor.

—¿No hay más sirvientes para ayudarlo? —pregunté, mirando la diligencia aparcada en la puerta y los caballos rumiando las malas hierbas que brotaban del suelo.

—No, señor. En la casa tan sólo estamos la cocinera y yo. Pero nos valemos perfectamente. —Abrió la puerta y me invitó a pasar—. Siga al bueno de Amir. —Y por primera vez, como si fuera de su guarida le hubiese dado miedo hacerlo, me reveló su nombre.

El interior de la casa no era menos curioso que su fachada. Por doquier se veían raros artefactos antiguos —vasijas de bronce, ánforas pintadas con figuras rojas y negras, pequeños frisos de mármol, fragmentos de capiteles de columnas— expuestos eminentemente sobre las cómodas, las repisas de las chimeneas o en vitrinas de cristal. Pero también los encontré amontonados en sitios menos nobles y sobre todo insospechados, como en el cuarto de baño de invitados, donde un brazo de bronce servía como toallero junto al aguamanil de terracota; en el mismo suelo, haciendo de peso para evitar los portazos en días de corriente; entre las cacerolas de la cocina, en la alacena, en la bodega, e incluso en el estanque sin agua del jardín. La casa era como un inmenso gabinete de curiosidades en el que, daba la casualidad, se podía vivir.

Seguí a Amir por un largo pasillo atestado de piezas con pánico de rozar alguna con el codo y tirarla al suelo —tanto era lo que ocupaban—. El turco llamó dos veces a la puerta al final del corredor y, sin esperar respuesta, abrió una mínima ranura para asomar la cabeza.

—El señor Yannikis, secretario del doctor Schliemann, acaba de llegar, señora.

Oí cómo se acercaban los pasos angelicales de Sofía y pude por fin encontrar refugio en su imagen familiar.

—¡Celebro que haya decidido unirse a nosotros, señor Yannikis! —Me tendió la mano para que se la besara, pero en verdad la joven, muy emocionada, parecía dispuesta a lanzarse a mis brazos (o quizá esa percepción fuera un espejismo provocado por mis deseos)—. Pase, pase. Le voy a presentar a nuestro anfitrión.

Comparado con el despacho al que accedí, en el resto de la casa reinaba un orden sobrio. Allí eran los libros los que devoraban la amplitud del espacio, estrechando sobre nosotros las paredes y acotando la altura de los techos. Se encontraban por todas partes, no sólo en los anaqueles y estanterías que daban la vuelta a la habitación, sino también apilados en columnas en las esquinas del cuarto, puestos como mesita de café entre un sofá y dos butacones de terciopelo rojo, e incluso dentro de la gran chimenea apagada. Una pesada atmósfera de humedad, carcoma y papel viejo, que ni siquiera el aire de la ventana abierta conseguía purificar, cargaba la estancia. Lentas nebulosas de polvo flotaban de aquí para allá por aquel universo de locura, volviéndose visibles tan sólo cuando un rayo de sol incidía a través de los cristales turbios del mirador. Junto a esa única fuente de luz natural, sentado al regio escritorio de ébano, con su nariz prominente y aguileña, sumido en sus estudios y ajeno a su alrededor, vi por primera al señor Calvert.

Era un hombre alto y delgado, de hombros anchos y espalda encorvada. Sospeché que rozaría los cincuenta años, pese a aparentar más. Tenía el cabello abundante y ensortijado, de un apagado color ceniza. Dos gruesas patillas se arrastraban por la línea marcada entre el pómulo y el mentón y se le arremolinaban en las

mejillas. Su rostro era estrecho, ovalado y poco expresivo; su cuello, largo y venoso, apenas llenaba el de la camisa, que le bailaba suelto por debajo de la nuez sujeto por un fláccido corbatín de seda negra. Iba vestido con un traje pobretón, de color pardo que disimulaba los lamparones de café, muy arrugado y con un remiendo visible en la sisa. A pesar del aspecto de desamparo (incluso de mendicidad, podía uno pensar viendo aquella casa desbordada de trastos y aquel cuarto sin ventilar), aprecié en él el raro porte de un aristócrata venido a menos que no se escandaliza de su decadencia.

No era, eso sí, el más amable ni gentil de los hombres —al menos de primeras—. Ni siquiera se movió cuando Sofía le llamó la atención sobre mi presencia. Yo, que ilusamente había estirado la mano para estrechársela, padecí con vergüenza el tener que retirarla, y fui despachado con un mohín perezoso.

—¿Es usted arqueólogo, topógrafo o antropólogo? —me preguntó al cabo de un rato, retirándose los pequeños anteojos. Hablaba en inglés con voz grave, hermosa de escuchar, y con un acento que evocaba el polvoriento aleteo de las polillas. Con el tiempo supe que era oriundo de la isla de Malta, en ese entonces colonia del Imperio británico.

—No, señor —le respondí.

Calvert mordió la patilla de sus gafas con desaprobación.

—¿A qué lo ha traído aquí entonces, señora?

Sofía Schliemann suspiró entre dientes.

—Necesitamos toda la ayuda que podamos reunir, señor Calvert.

—Soy el nuevo secretario del doctor Schliemann —me apresuré a puntualizar, creyendo que especificar el motivo de presencia sería de ayuda. Me equivoqué.

—¡Secretario! —Calvert amagó con soltar una risotada—. ¿Dónde te crees que estás, muchacho?

No quise confesar que, en efecto, no tenía ni idea de dónde estaba ni de lo que de mí se requería, aunque pensé que no habría mejor ocasión que ésa para demandar de la señorita Schliemann todas las explicaciones que me faltaban. Me dispuse a pedirlas y a contestar a Calvert, cuando el sonido mortuorio de un gong de cobre nos llamó a la cena.

—Venga, siéntese con nosotros —me ofreció Sofía.

Me sentí algo apurado y ella lo notó.

—¿Qué cree, que lo hemos contratado como criado?

En verdad había llegado a considerarlo. En cualquier otro lugar del mundo civilizado, un joven secretario tendría un rango ligeramente superior al de cualquier miembro común del servicio, pero sólo tras muchos años probando ser un servidor leal, hábil y voluntarioso, podría haberse vuelto lo bastante indispensable como para sacudirse los grilletes de la servidumbre y pasar a ser considerado casi parte de la familia, sentándose con ella a la mesa.

Agradecí la deferencia y acompañé a la joven Sofía y al amargo Calvert hasta el comedor. Moría de hambre.

La estancia tenía menos artefactos que el resto de la casa. Allí estaba, sin embargo, la pieza más valiosa de la colección. Metida dentro de una hornacina en la pared e iluminada por el foco tembloroso de una vela con cristal, había una delicadísima escultura de mármol, apenas arañada por los siglos, que retrataba a una antigua diosa. El peplo estaba cincelado con maestría, al igual que el cabello, que le caía sobre el hombro. En la cara, una expresión meditativa, agachado el mentón como si acaso contemplara lo que sostenía en la mano (que le faltaba) o al mismo espectador. Pensé que sería la diosa Hera, esposa de Zeus, pero de inmediato lo descarté al comprobar que faltaban los atributos principales con los que se la representaba —el cetro, el pavo real, algún signo de

realeza—. Era Atenea, concluí, la diosa de la sabiduría y la guerra. Pero ¿una Atenea representada sin casco ni armadura?, pensarás, lector, que de seguro habrás visto decenas de imágenes de la diosa con su coraza y sus armas, por ejemplo en los cuadros de Rubens o de Rembrandt. Pues sí, una Atenea sin indumentaria guerrera. Una Atenea de la paz, como la *Atenea Lemnia* del gran Fidias, desprovista de sus atributos castrenses para simbolizarla como la diosa negociadora que, en pose reflexiva, piensa cómo lograr el fin de una contienda y asegurar la paz. Aunque no había nada en la escultura que la identificara como tal, salvo la imaginación de quien la miraba y le buscaba un significado, estaba convencido de que me hallaba ante la patrona de Atenas y de que aquello era un signo del venturoso porvenir que me aguardaba en el Oriente otomano.

Tomé asiento en un lugar discreto en la esquina de la mesa, decidido a no hablar mucho y a observar todo cuanto aconteciera, pero mi empeño tuvo poco recorrido, pues Sofía demandó que ocupara el puesto frente a ella. Se sentaba a la derecha de Calvert, justo enfrente de la estatua de Atenea, que parecía su misma blanca silueta.

—¿Qué hay del doctor Schliemann? —pregunté, seguro de que usurpaba su lugar.

Calvert me miró de una forma que no supe interpretar.

—El doctor Schliemann nunca cena con nosotros.

—Así es —confirmó Sofía—, pronto verá que, de los usos cotidianos, aun de los más esenciales como la cena o el almuerzo, mi marido huye como de la peste.

De repente sentí como si una tremenda bofetada me derribara y me hundiera en el barro. ¿Su marido? De todas las posibilidades, reconozco que jamás habría contemplado que aquella joven fuera la mujer del doctor Schliemann, a quien en mi cabeza ya había

imaginado de la edad de mi padre, que era más o menos la de Calvert. ¿Cómo era posible que aquella encantadora muchacha, por lo menos dos o tres años menor que yo, estuviera casada con un hombre que duplicaba con creces su edad? Mis ojos se deslizaron hacia la mano de la señorita (perdón, señora de) Schliemann y, en efecto, comprobé que una terrible alianza de oro engarzaba a su fino dedo anular. La última vez, ésta me había pasado desapercibida, cubierta como estaba por el mitón de muselina. El beso que había plantado alegremente en su mano, soñándolo incluso el comienzo de una aventura del corazón, resultó haber sido una promesa de vasallaje feudal al hecho mismo de su matrimonio. Al instante sentí cómo se marchitaban todas las esperanzas que de manera inconsciente había albergado, ¡muchas más de las que había pensado! Hice por disimular que la noticia me causaba sorpresa, pero estoy seguro de que tanto Sofía como el señor Calvert se dieron cuenta. En efecto, ahí estaba el rubor rebelde de mis mejillas revelando mi secreto.

Carraspeé y di un sorbo al vino para tranquilizarme.

—Entonces, él... ¿no viene por aquí?

—Al doctor le basta con un almuerzo ligero en su tienda. Cree que las comidas a la mesa son una pérdida de tiempo —repuso.

¿Tienda? Cada vez entendía menos sobre el lugar y la gente con la que me hallaba.

—Perdóneme, señora, pero... ¿dónde se encuentra exactamente el doctor Schliemann?

Ambos cruzaron miradas suspicaces. Saltaba a la vista que Calvert estaba incómodo y hastiado con mi presencia y mis preguntas, intuí que, de haber estado en sus manos, me habría franqueado de regreso a Atenas en el primer barco. Pero, en cambio, Sofía sí honró su parte del pacto resolviendo al fin el misterio del doctor, su marido.

IV

LA COLINA DE LOS DÁRDANOS

Más allá de los confines de Villa Thymbra, pero todavía en tierras del señor Calvert, había un yacimiento arqueológico. El emplazamiento se llamaba Hisarlik, que en turco significa «colina del castillo», pero que mis anfitriones denominaban con el nombre mucho más poético de «colina de los dárdanos». Unos meses atrás, el doctor Schliemann se había asociado con el señor Calvert para excavar en aquel lugar y desentrañar los restos de una civilización antigua.

—Creemos que Hisarlik es el yacimiento de la mítica ciudad de Troya —dijo Sofía.

La miré incrédulo.

—¿Troya? ¿La ciudad de la *Ilíada*?

—La misma. La colina está compuesta de varios estratos. En los superiores, hace años, el señor Calvert encontró muestras de una ciudad romana, *Ilium Novum,* Nueva Ilión, y de su predecesora griega, Ilión; edificadas, todo apunta, sobre los restos de la Troya descrita por el poeta Homero. Ésta estaría en las profundidades de la colina. Hablamos de una ciudad del final de la Edad de Bronce, alrededor del 1200 antes de Cristo. Ésa es la fecha en la que las fuentes antiguas sitúan el desarrollo de la guerra de Troya.

—Aguarden un momento —supliqué—, ¿me están diciendo que creen en la veracidad histórica de la *Ilíada*? ¿En que la ciudad de

Troya, los héroes, las huellas de Helena y Paris, el caballo de madera; que todo eso se encuentra bajo nuestros pies?

De nuevo se hizo el silencio, y al instante lamenté haberme expresado con un tono tan descreído. Seguro que se arrepentían de habérmelo contado.

—La guerra de Troya es un hecho histórico, señor mío —intervino Calvert, clavándome con sus palabras un puñal de desdén; entendí que yo era el último de muchos ignorantes al que aleccionaba sobre el asunto, y que estaba harto—. Los historiadores del pasado no la ponían en duda. Tucídides, en su *Guerra del Peloponeso,* menciona la guerra de Troya como proyecto de Agamenón, rey de Micenas y por tanto más poderoso de los caudillos aqueos, y revisa a la baja el número de contendientes aportado por Homero; Heródoto lo hace en su *Historia,* donde asegura que los antiguos persas veían la guerra de Troya como el inicio de la enemistad entre Oriente y Occidente, entre Grecia y Asia; y el historiador grecorromano Dión de Prusa incluso asegura en sus escritos que la guerra no la ganaron los griegos, sino los troyanos. Si hoy se cuestiona la verdad de Troya es sólo a causa del escepticismo ufano de la modernidad, que ha decidido que la ciudad jamás existió simplemente porque es incapaz de encontrarla. Pero Troya es un hecho, y nosotros vamos tras sus pasos. Ése es el único propósito por el que excavamos en la colina: para desenterrar el pasado de los troyanos, comprender quiénes fueron y qué fue lo que les pasó.

Calvert entrelazó los dedos en un gesto que parecía de ruego por la redención de la estulticia humana. Me fijé en sus manos ásperas, calludas y llenas de arañazos; ésas no eran las manos de un académico que nunca había abandonado la torre de marfil, concluí. Aquel hombre sabía de lo que hablaba porque los tesoros de aquella

casa —rastros, supuse, de la *Ilíada*— los había desenterrado empuñando él mismo el pico y la pala.

—Sin embargo, como bien le dice *madam* Schliemann, la Troya del mito es una ciudad de la Edad de Bronce, por lo que sus ruinas se hallarán en el seno de la colina y aún llevará tiempo desentrañarlas. Las excavaciones están todavía en una fase muy inicial.

No quise hacer muchas más preguntas, temiendo que además de ignorante me presumieran también impertinente, pero las dudas se agitaban furiosas en mi seno. ¿Cómo podían estar seguros de que aquél, justamente aquél era el emplazamiento de Troya? ¿Qué pretendían encontrar y qué iban a hacer con ello? Recordé a Philipp Déthier y nuestra agitada conversación en el vapor a Dardanelos. El Oriente otomano estaba plagado de arqueólogos ávidos como bucaneros de expoliar tesoros antiguos y llevarlos a Europa; probablemente yo había entrado a trabajar al servicio de uno.

El reloj barroco sobre la chimenea dio la hora en punto. Calvert se levantó sin mediar palabra, como llamado a un deber inaplazable, y regresó a su estudio.

—Es un trabajador empedernido —explicó Sofía—. Muchas noches no duerme, sino que se queda leyendo sus libros.

—¿En qué trabaja exactamente?

—La arqueología no es como quizá usted la imagina, señor Yannikis. No consiste en llegar y cavar hasta dar con una ruina. Es un proceso delicado, sobre todo en un yacimiento como Hisarlik. Hacen falta muchas horas de estudio sosegado para delimitar bien las zanjas y las trincheras de excavación antes de lanzarse a picar en la tierra. El señor Calvert vive obsesionado con esos cálculos. Ahí donde lo ve, lleva toda la vida aquí en Villa Thymbra, buscando la manera de dar con las ruinas de Troya.

—¿Y su marido...? —¡Cómo me dolía decirlo!

Sofía esbozó una sonrisa peregrina.

—Mi marido también. No se hace a la idea de lo que ha padecido para llegar hasta aquí, de los largos y duros años de estudio al albur de catedráticos que nunca confiaron en su proyecto. —La joven extrajo un cigarrillo y, a falta de encendedor, lo prendió con la llama de la vela—. Debe de ser muy difícil, ¿no cree? Saber que quienes te educan en realidad te desprecian, si no te compadecen por ingenuo o por loco.

—¿A qué se refiere? —pregunté echando también mano de mi pitillera.

—Heinrich es un hombre de negocios muy prestigioso —respondió —. Su tesón y perseverancia son muy admirados. Viene poco menos que de la nada: su padre lo tuvo que abandonar con unos parientes menos misérrimos que él, por supuesto nunca fue a la universidad, y sin embargo se las ingenió para aprender nueve lenguas y labrarse una buena carrera como comerciante de índigo. Antes de cumplir los treinta años se había hecho con una fortuna considerable. No importa el sector ni el país en el que se encuentre, los ha recorrido casi todos; la minería en Estados Unidos, la agricultura en Venezuela, el textil en Alemania y Rusia... Allá donde se muevan bienes y dinero, saben del señor Schliemann, de sus métodos y de su ejemplo. Pero —¡ay!— este mundo gusta de las normas escritas en piedra y recela de los que tratan de perseguir demasiadas metas al mismo tiempo...

Sofía se llevó el pitillo a los labios y entornó sus grandes ojos mitológicos mientras aspiraba. Durante un instante, aquel gesto le confería el aspecto de una mujer adulta examinando los recuerdos de su lejana juventud.

—Cuando hace unos años mi marido dijo que abandonaba el mundo de los negocios, porque creía cumplida esa etapa de su vida

y pretendía dedicarse a la arqueología, los que siempre lo habían admirado sacaron las garras y saciaron con un vicio enfermizo las envidias secretas acumuladas durante años. ¿Qué vas a saber de esos temas, si ni siquiera recibiste una educación superior? No eres más que un cazatesoros en busca de prestigio. Un nuevo rico, un *parvenu* que, viendo cómo lo miran por encima del hombro los que han nacido con algo en la cabeza, busca comprar su entrada al refinamiento y la sofisticación. Eso le decían los más conmiserados. Mas nada lo desalentó.

»A los cuarenta años se matriculó en la Universidad de París para recibir educación en arqueología, y aunque era buen alumno tampoco allí dudaron en tacharlo de loco, fantasioso e iluso, en especial cuando reveló su proyecto de ir en busca de las civilizaciones homéricas, de los reinos de los héroes de la *Ilíada* y la *Odisea.* Antes podrían encontrarse los fósiles de los árboles del Edén en la honda Mesopotamia que los cimientos de Troya en la costa de Turquía, le dijeron. Pero mi marido perseveró, ésa es la principal de sus cualidades, contra todos los desprecios y los insultos de sus profesores, los mismos que en un principio habían visto pasión y habilidad en él, pero que al conocer sus planes y sus sueños le habían vuelto la espalda como a un apestado, porque los sueños ajenos son una peste, ¿sabe usted?, la gente los desprecia y los rechaza porque en el fondo los envidia, porque no quieren aceptar que carecen sueños propios, que sus vidas están vacías y faltas de propósito. Esos profesores, como le digo, muchos de los cuales, conscientes de su riqueza, además lo habían sondeado para ver si financiaba alguno de sus proyectos, ahora lo acusaban de ser una vergüenza para la profesión, de falso arqueólogo, de aficionado, o peor, de demente. Pero ¿a quién le hace falta la aprobación de los demás cuando se tiene tanta fe en uno mismo y en su propósito?

»Heinrich nunca necesitó del apoyo de los demás, toda su vida sobrevivió estando solo. Él sabe que Troya se encuentra en el seno de esta colina, y le demostrará al mundo lo equivocado que está; y entonces el mundo implorará su perdón, e incluso alegará que siempre albergó una esperanza secreta en su triunfo. Nadie quiere estar con los que pierden... y el éxito siempre da argumentos para reconsiderar nuestras lealtades iniciales. Ya verá, cuando esto acabe, cómo lo celebran como el arqueólogo que es.

—¿Y si no? —la interrumpí.

Ella parpadeó atónita.

—¿Cómo dice? —repuso, apagando la colilla y llevándose un nuevo pitillo a la boca. Esta vez, la ayudé a encenderlo.

—Si no encuentra Troya —dije, acercándole la llama de mi mechero—. Si resulta que no es más que una leyenda y que la colina de los dárdanos está hueca.

Sofía exhaló una bocanada de humo azul; las volutas danzaron como fantasmas por el aire, alrededor de las velas lívidas, descorriendo una sombra etérea, casi invisible, sobre la estatua de Atenea.

—Troya está en Hisarlik, señor Yannikis —me dijo—. Se lo aseguro.

—¿Usted no tiene duda?

—Ninguna.

—Insisto en lo de *usted,* señora Schliemann. ¿Usted cree en la ciudad, más allá de lo que cree su marido?

La joven me miró con detenimiento. Quizá mi falta de fe la hubiera insultado, quizá acabara de incluirme en esa larga lista de enemigos infieles, descreídos de la leyenda y de la pericia de Schliemann. Pero no se enojó; de hecho, me pareció que hasta le complacía mi osadía.

—Antes de responderle, ¿me permite que le haga una pregunta personal, muy íntima? Si no la quiere contestar, no me ofenderé.

—Creo que hemos pasado el umbral de las ofensas con esta conversación —respondí, alcanzando el decantador y sirviéndonos otras dos copas de vino—. La contestaré, a condición de que haga usted lo mismo.

—Trato hecho —prometió, levantando hacia mí su copa.

—Adelante, entonces.

Sofía esbozó una sonrisa inteligente y traviesa, y disparó:

—¿Cree usted en Jesucristo, nuestro Señor?

Quedé convertido en estatua de sal. No esperaba esa pregunta. Ella notó mi reparo, pero no alivió el bombardeo:

—¿Cree en Su padecimiento camino del Calvario, en la crucifixión, el descenso y triunfo en el Hades, y la resurrección al tercer día, la ascensión? ¿Cree en las profecías, en...?

—Sí, sí, ya la he entendido —respondí apresurado—. ¿Por qué lo pregunta?

—Contésteme primero.

Aunque su pregunta claramente rebasara los límites de una conversación decente, no podía molestarme: habíamos pactado las reglas del juego y estaba obligado a dar respuesta si quería que ella hiciera lo propio. Pero lo cierto es que no supe qué responder. Me recordé frente a la iglesia de San Nicolás, el día de honras fúnebres a mis amigos, temiendo precisamente eso: tener fe, porque de tenerla habría de admitir la posibilidad de que se me apareciera el Cristo vengativo e inmisericorde a recordarme mis pecados.

—Es complicado... —repliqué.

—No lo pregunto con malicia, perdóneme si le he parecido insolente. Lo pregunto porque, a fin de cuentas, de la Troya del rey Príamo y de Helena y Paris tenemos lo mismo que de la Jerusalén de

Jesús y de su martirio en el Gólgota: palabras pronunciadas y transcritas hace milenios, pero que aún reverberan en nuestro tiempo. Aquéllas nadie las niega y a pesar de ello el ser humano ha vivido obsesionado por hallar las pruebas de esa verdad incontestable: reliquias como la lanza de san Longinos con la que se le hirió en el costado, el grial que recibió Su sangre, el madero en el que murió, la sábana con la que fue amortajado Su cadáver..., como si acaso no la creyera del todo, como si necesitara de una prueba definitiva para reafirmar su fe. Vuelvo a la pregunta que todavía le debo contestar, no la olvido. ¿Creo en Troya, en su existencia? La respuesta es que *quiero* creer en ella. ¿Es eso lo mismo que una creencia dogmática? Yo diría que no. Por eso estoy aquí, con mi marido, tras el rastro de las pruebas. ¿Confío en que las encontraremos? Sin duda. Si no, ¿por qué demonios molestarse en ir en su busca?

Le devolví una sonrisa.

—¿Y su marido? ¿Qué opina el doctor Schliemann?

—Mi marido y yo compartimos este proyecto —respondió sin dudar—. Troya es una cuestión de fe, pero nuestro matrimonio no. Jamás dudaré de Heinrich Schliemann. Más que creer en Troya, es en él en quien creo. Lleva luchando por esto toda su vida. No puede estar equivocado.

No intuí entonces que aquello en realidad no me lo decía a mí, sino a sí misma, a fin de convencerse o bien de la existencia de Troya, o bien de la viabilidad de su matrimonio; acaso de ambas cosas.

Sofía apuró la copa de vino y apagó la colilla sobre el plato.

—Es tarde y debe de estar cansado del viaje. Mañana al alba pondremos rumbo al yacimiento. Poco a poco, empezará a entenderlo usted todo.

Sí, estaba agotado. Me despedí de ella y subí a mi alcoba, aun sabiendo que apenas conseguiría dormir. ¡De qué manera! Cientos de pensamientos y el olor de las sábanas ajenas me lo impedían. ¿Adónde había ido a parar? A una casa de locos, me dije, decididos a encontrar una ciudad a todas luces perdida; de quijotes obsesionados con que la realidad de alrededor reprodujera lo que sus corazones deseaban: las ciudades arcaicas, las escenas de contiendas mitológicas, los palacios magníficos de dinastías heroicas, los túmulos funerarios que contuviesen los huesos de los héroes... Calvert y Sofía parecían a simple vista dos personales racionales, pero ambos se habían mostrado vehementes a la hora de defender que la Troya descrita por Homero existía y que su guerra había sido un hecho histórico irrefutable. En efecto, esa veracidad la aseguraban *algunos* historiadores clásicos; pero eran muchos más, una legión de hecho, los que desde el tiempo antiguo aseveraban exactamente lo contrario: que Troya y su mito no eran más que la fantasía del padre de la literatura occidental, si es que el propio Homero había existido algún día, claro... ¿Con qué pruebas contaban para excavar? ¿Qué pistas habían seguido que desembocaran en esa colina agreste, Hisarlik? ¿Y cómo identificarían las ruinas de lo que fuera que encontraran con la Troya del mito?

Di vueltas sin remedio entre preguntas de imposible respuesta. Sudoroso y desesperado, resolví esperar al sueño encaramado a la ventana, fumando en el alféizar. La noche estaba tranquila y su frescor ayudó a serenarme. En el aire se mezclaban el olor amargo de las aceitunas fermentadas a los pies de los olivos y el denso perfume de los jarales. El viento apenas quebraba el silencio del campo con un murmullo al acariciar las copas de los grandes castaños. Entonces capté, a lo lejos, en el oeste, una luz amarilla que se movía; o tal vez fuera mi vista la que temblara a causa del

cansancio. Agucé la vista. Parecía una luz humana. ¿Serían las luces del yacimiento? Quizá los obreros prefirieran trabajar a salvo del calor de mediodía, o quizá se los hiciera excavar a todas horas y sin descanso, a fin de desenterrar cuanto antes la ciudad. De repente, me sorprendí a mí mismo preguntándome con sinceridad: ¿se encontraría Troya ahí? Me parecía imposible. Pero no porque al igual que muchos creyera que Troya era como la Atlántida o el reino andino de El Dorado. Lo que me resultaba imposible de creer, o más bien de entender, era que aquella leyenda —sobre la que en definitiva se asienta nuestra civilización y nuestra comprensión de los hombres y su mundo— tuviera una localización exacta, una ubicación en la Tierra. Que fuera, en definitiva, asible, mortal y material. Lo perdido tiene un viso legendario del que carece lo encontrado, y temí por la suerte de la leyenda, por el significado de la *Ilíada,* si es que verdaderamente el doctor Schliemann, el señor Calvert y Sofía localizaban la ciudad en el seno de la colina de los dárdanos. ¿Podría volver a ser la misma?, me preguntaba. No la historia, sino la vida...

V

EL REY PERJURO

No tenía conciencia de haberme quedado dormido cuando llamaron a la puerta. Me desperté sobresaltado, mirando ansioso a mi alrededor sin reconocer dónde estaba. La luna se había movido entre los árboles y el cuarto estaba sumido en la oscuridad. Volvieron a llamar, esta vez con algo más de insistencia.

—Buenos días, señor —sonó la voz de Amir al otro lado—. Saldrán hacia el yacimiento en media hora. Aquí le dejo el desayuno.

Me froté los ojos y me retorcí en las sábanas, ensopadas de sudor. Apenas había descansado. ¿Qué hora sería? Me arrastré fuera de la cama, encendí el candil y me salpiqué la cara con agua helada.

La bandeja del desayuno constaba de un tazón de café negro y humeante, y un plato con frutas y fiambres que me forcé a comer previendo una mortal jornada de trabajo. Se escuchaban ruidos por la casa: todos se estaban poniendo en marcha sin perder un minuto. De golpe sentí la sangre más líquida en las venas. Fue como en mi niñez, cuando mi padre y mis hermanos salían de caza a una hora temprana como aquélla, anterior al alba, y yo escuchaba sus pasos azorados por la casa dormida, prestos a salir tras el rastro de las bestias nocturnas. Aunque yo no participara nunca de aquellas partidas, sentía el raudal de ilusión que sin duda sentirían ellos. En el fondo, los envidiaba...

Cargué el café de azúcar y me vestí apresuradamente, temiendo que se me fuera a dejar atrás. En apenas unos minutos estuve listo y bajé corriendo las escaleras. El reloj de pie del vestíbulo marcaba las cinco de la mañana. En el patio me esperaban la señora Schliemann y el señor Calvert, portando faroles en las manos crispadas que les daban un aspecto de aparición de ultratumba. Sofía, que la noche anterior lucía un sedoso traje de terciopelo verde, ahora vestía de faena con un traje gris con pocos encajes y llevaba el cabello recogido bajo un sombrero de ala ancha. Calvert, por el contrario, llevaba el mismo traje de hacía unas horas, o acaso uno igual de arrugado; claramente, no era hombre que se preocupase por su aspecto, pero, como antes referí, lector, era precisamente lo desaliñado de su atuendo lo que acentuaba los rasgos aristocráticos de su carácter.

Intercambiamos un saludo (soñoliento por mi parte) y nos encaramamos a los caballos que Amir acababa de ensillar. Estaba seguro de que, recién salido de la Academia Militar, impresionaría a mis empleadores con mi porte y habilidad de jinete, pero al verlos echar a cabalgar frente a mí, vi una vez más chafadas mis expectativas y ofendido mi orgullo. Sofía, en particular, cabalgaba con la soltura de una amazona bajo las estrellas, tan brava como erótica.

Marchamos oscuros hacia una oquedad negra y sin confines. Nuestros farolillos apenas alcanzaban a iluminar unos cuantos pasos por delante de nosotros. Si alguien, un pastor o quizá el demonio de vuelta de alguna diablura, miraba hacia el oeste desde una de las colinas que rodeaban la finca, vería cuatro pequeñas lucecitas humanas temblando inseguras y no podría distinguir si eran luciérnagas o espíritus. A nuestras espaldas pronto se encendería el amanecer, pero nosotros, hincando con saña los estribos en los

costados de los caballos, parecíamos afanarnos en galopar más deprisa que el amanecer, como si acaso el yacimiento de Troya sólo fuera visible a los rayos inciertos y mentirosos de la luna.

El camino que recorríamos —un agreste carril de polvo— atravesaba el secarral de cerros cubiertos de olivo y grandes castaños, pero al cabo de una hora, escuché los cascos de los caballos chapotear en el barro. Un hedor de lodo marino y peces al sol me arrugó la nariz y me revolvió el estómago.

—Son las ciénagas de Hisarlik —refirió la señora Schliemann—. Quedan algo más al sur, cerca de los afluentes del río Escamandro.

—¡Son verdaderamente apestosas! —dije mientras echaba mano de mi pañuelito de colonia para colocármelo bajo la nariz.

—Y peligrosas —advirtió Calvert—. Le aconsejo que no se acerque a menos que quiera que se lo lleven fiebres alucinógenas y tengamos que enterrarlo en el yacimiento. Los lugareños hablan de aldeas enteras asentadas en los lodazales que quedaron convertidas en cementerios. ¿No es cierto, Amir?

El sirviente, algo más rezagado, asintió:

—Malaria.

—Ya lo ve —dijo Sofía—. Troya sigue siendo un reino maldito, como en los tiempos remotos...

Volví sobre mis lecturas y recordé la leyenda del río Escamandro. Contaba el viejo mito que Aquiles lloró el día que mataron a su amante Patroclo, el único que había conseguido conquistar su corazón de hierro, y que cuando ya no le quedaron más lágrimas con las que soportar la pena, se dejó ir en un frenesí de violencia. Él solo cargó contra una compañía de troyanos, dispuesto a abrirse paso hasta la acrópolis segando la cabeza de todo aquel con el que se topara. Decenas murieron tratando de detenerlo. No pudo entrar en Troya, pero aferrado a su venganza se negó a dar sepultura a los

muertos: si a él, quitándole a Patroclo, le privaban de la paz en vida, sus enemigos tampoco hallarían la paz en la muerte. De modo que cargó los cuerpos desmembrados y sanguinolentos de sus víctimas y los echó al río Escamandro, que corría cerca de Troya y daba sustento a la ciudad. Los dárdanos morirían bebiendo la sangre de sus vástagos y compatriotas. Con todo, tal acto no quedó indemne, al menos no ante la ley de los dioses.

Estaba Aquiles echando los cuerpos al río, que bajaba desbordado, cuando el agua, turbia de tanta sangre, se agitó como en una tempestad. Los pájaros volaron en desbandada y un horrible silencio lo ahogó todo, incluido el zumbido de las moscas que devoraban los cadáveres en las riberas. De repente, el caudal se desbocó con un rugido, llenándose de remolinos espumosos. Aquiles vio levantarse ante él al dios colosal del Escamandro, un gigante enfurecido que puso al río de pie y lo lanzó contra su enemigo. Tan sólo la intercesión de Atenea, que lo cogió en volandas, salvó al héroe de morir ahogado en el agua, que desde entonces corrió envenenada, irrigando el suelo de la Tróade con sangre sin vengar. Por suerte, aquel hedor de los muertos olvidados no nos acompañó por mucho rato. De lo contrario, creo que habríamos desfallecido.

Los caballos vadearon el arroyo y salimos de la depresión pestilente. Pronto empezó a soplar un poniente tímido y húmedo que disipó los malos humores y me trajo a los labios el sabor de la sal, así como el arrullo lejano de las olas a los oídos: el mar, aunque todavía invisible, ya estaba cerca. En minutos, remontamos la última vaguada y nos encaramamos a un altiplano desde el que se veía una landa extensa y solitaria. La señora Schliemann señaló un punto en el oeste; poco a poco logré intuir allí, entre los estertores espectrales de la madrugada, la silueta de un promontorio: la colina de los dárdanos. Era inmensa, como una gran bestia prehistórica dormida

bajo la arena: el viento, su respiración; el rumor de la tierra, su ronquido; el temblor de los árboles, a razón de sus sacudidas somnolientas. El alba cada vez iba describiendo más de sus detalles —si bien en esa luz misteriosa toda visión se volvía lívida e inestable, y el mundo y sus cosas parecían formar parte de un sueño—. Vi sus cornisas, altas y escarpadas, asemejando sus miembros monstruosos; sus salientes arriscados, negros y puntiagudos como los cuernos dorsales de un dragón; sus desfiladeros aristados de rocas afiladas, sus horribles garras; y sus trazas de cuarzo brillante, las cicatrices de luchas sangrientas sobre una piel de escamas negras.

Dimos un largo rodeo antes de descender hacia el campamento, que se hallaba a los pies de la colina como el de un ejército invasor. Ya había sonado la corneta castrense y las partidas de obreros fatigados emprendían perezosamente el camino hacia las zanjas del yacimiento para iniciar la jornada. Al cruzarse con nosotros, nos saludaron llevándose algunos la mano al sombrero de paja y otros al turbante. Había entre los trabajadores gentes de lo más variopintas: fornidos negros africanos de expresión heladora; indios del Raj de ojos húmedos; turcos de semblante fiero; árabes, sarracenos y berberiscos, con barba y chilaba; y algún que otro europeo de rasgos balcánicos; hombres de todas las razas y naciones, civilizadas y bárbaras, recogidos de los sitios más inesperados, ¡quién sabe con qué pasados a sus espaldas!, bien podían ser forajidos, jefes de tribus ancestrales, nobles huidos de alguna revolución lejana, astrólogos, asesinos, charlatanes, uno de ellos quizá el mismo Lucifer, disfrazado y de nuevo en la historia.

A quien no se veía en las zanjas ni en las obras, ni siquiera (como yo lo imaginaba) paseando meditabundo en la colina, era al máximo responsable de aquel empeño. La presencia del doctor Schliemann,

sin embargo, era más que palpable. Tras cada uno de los movimientos marciales de los mineros, tras cada palada de tierra y cada pico hincado en la roca, se adivinaba la orden precisa y calculada de quien, guiado por una especie de omnisciencia, orquestaba la búsqueda desde la distancia.

Sofía echó un vistazo a su reloj de bolsillo y esbozó una mueca apretando la comisura de la boca.

—A estas horas mi marido acabará de levantarse y estará ocupado preparando la jornada —me dijo—. Será mejor esperar a más adelante para presentárselo, pero de todas formas iré a verle y le anunciaré que ya se ha unido usted a nosotros. Nos reuniremos aquí a mediodía. Aproveche mientras tanto para ver el yacimiento.

Asentí resignado, sospechado que aquello era otra prueba para demostrar mi paciencia. Sofía y Calvert marcharon cada uno camino de sus rutinas y me quedé solo y desorientado en medio de aquel campamento que despertaba, sin saber hacia dónde dirigirme ni con quién hablar. Me volví pues hacia la colina y me contemplé a su sombra. Era un monstruo obtuso y deforme, un montículo de tierra sedimentosa, negra y rojiza, que parecía erguirse como por casualidad en aquel emplazamiento por lo demás llano.

Localicé un sendero que serpenteaba hacia la cima y el cielo encarnado y comencé la subida. La pendiente era mayor de lo que de primeras parecía y, como el sol naciente apenas aguantó frío una hora más, no tardé en empezar a jadear con fuerza. El camino era corredizo y hasta las cabras montesas —había un par de ellas por allí, buscando yerbajos prehistóricos entre las peñas achicharradas— andaban con cuidado para no despeñarse. Tras media hora, alcancé la cima. Allí el viento batía con fuerza las matas de adelfa venenosa, de santolina grisácea perlada de oro y de lentisco salvaje, así como una enorme higuera que sobrevivía en la cima, aguerrida entre dos

piedras. Me refugié del sol bajo sus ramas y perdí mis pensamientos en la árida lejanía. Desde allí se veía la landa de los dárdanos disiparse en la distancia; la casa de Calvert, Villa Thymbra, al este, encajada entre lomas de olivos; y a lo lejos la cadena montañosa del monte Ida, azulada y robusta contra la palidez de la mañana. Miré hacia el sur y divisé el cauce de un afluente del Escamandro, las ciénagas grises y lo que intuí eran las pequeñas casas de la aldea abandonada. Sentí una gran tristeza por aquellas gentes, por el páramo gris y yermo, y pensé si en verdad la blanca ciudad de Troya se habría podido asentar en un lugar tan hostil.

De pronto, oí una voz furibunda:

—¡Daos prisa, gandules, si no queréis que os cosa a latigazos con la fusta!

Me asomé entre las peñas al precipicio que se abría a mis pies. Algo más abajo, en uno de los salientes de la ladera, un grupo de obreros terminaba de delimitar una zona de excavación, colocando grandes vigas de madera contra la pared vertical del desfiladero, a modo de contrafuerte. La voz y aquellos gruesos modales pertenecían a Georgios Photidas, uno de los capataces, aunque ése y otros detalles sólo los supe más tarde. Era griego, de la isla de Calcis, y menudo (quizá por ello necesitara crecerse con esa fiera actitud de colonizador por la que era temido). Iba uniformado de color caqui, con la camisa abierta mostrando orgulloso el áspero vello en el que se enredaban los colgantes de tres medallas virginales. En la mano llevaba, en efecto, una fusta y un rollo de planos con el que señalaba los puntos sobre los que apoyar los contrafuertes. Fumaba con ansiedad, desesperado por la parsimonia de sus esbirros a los que criticaba con insultos relativos a la raza. Él, que tenía un porte más semítico que heleno, se sentía eclipsado por la corpulencia de los negros y los rasgos exóticos de los arábigos,

razón por la cual resolvía despreciarlos. Era minero de profesión —así lo delataban las manos tupidas de callos, la mugre indeleble de sus mejillas y su aura codiciosa—, y lo habían reclutado para la misión de Troya en los Estados Unidos. Allí había sido un profesional muy valorado por los señores de la Fiebre del Oro, pues su complexión delgada y su escasa altura le permitían introducirse en las grietas angostas de la montaña y alcanzar los más remotos pozos preñados de oro. Esas mismas razones explicaban su presencia en la colina de los dárdanos, que todos esperaban se abriera con un chasquido, como una nuez, si se perforaba la zona correcta. Qué duda cabía que a ese hombre no lo movía el anhelo de comprobar si en el interior de aquella rugosa nuez de piedra se hallaban los laberintos de la *Ilíada.* Si había accedido a excavar en Hisarlik era porque había una promesa de oro en el horizonte. Había estado en otros yacimientos y sabía bien que los antiguos tenían la bizarra costumbre de dejar enterradas sus riquezas a fin de que en el futuro alguien las encontrara y se acordara de ellos. Georgios Photidas era experto en rescatar del tiempo aquel tipo de memoria.

No supe si delatar mi posición o por el contrario permanecer oculto, como un bandido, encaramado a la gran higuera. De ese modo, quizá escuchara algo sobre alguna conjura secreta o un misterio inconfesable (así de rauda volaba mi imaginación), pero me temo que Photidas no era de los que se prestan a deleites de la fantasía protagonizando traiciones semejantes. Era un ser rudo y de acción, y pronto tuve la ocasión de comprobarlo. No me dio tiempo a esconderme antes de que él trepara con habilidad hasta la cima —alertado, creo, por el ruido de mis pasos— y me descubriera.

—Usted es el secretario, ¿no es cierto? Oí a los hombres hablando de que se uniría usted al equipo de arqueólogos.

Iban rápido las noticias en el yacimiento, noté, mucho más que las excavaciones.

—Así es —le dije y me presenté, excusándome con amabilidad por si había interrumpido sus trabajos.

A Photidas no le interesaban mis disculpas.

—Quisiera saber qué puede hacer un secretario en un lugar como éste —me desafió.

¡Otro que dudaba de mi valía sin que yo tuviera nada con lo que rebatirlo! Sin embargo, no estuve dispuesto a permanecer en silencio y doblegado ante Photidas, de modo que resolví con la imaginación:

—La señora Schliemann cree que mi conocimiento de los textos antiguos puede ayudar a desentrañar los misterios de la colina y acelerar la excavación.

El capataz emitió un gruñido y me miró con suspicacia.

—¡Ah, de modo que fue la señora quien lo contrató...! Eso lo explica todo —masticó con amargura—. A la señora y a usted les pregunto: ¿acaso quedan más pistas que descifrar? Ya hemos encontrado la ubicación de la ciudad y todo lo que queda es excavar. Para eso necesitamos hombres fuertes, no secretarios. —Y se forzó a añadir—: Con mis respetos.

Yo le sonreí desafiante.

—Llegado el caso, no se preocupe que también podré contribuir a eso. Fuerza tengo y disciplina no me falta: deme un pico y cavaré donde me digan.

Photidas soltó una risotada, mostrando sus pálidas encías de pocos y renegridos dientes.

—Es usted gracioso, señor secretario.

—Le agradezco el cumplido; no me lo habían dicho nunca. En cualquier caso, algo quedará por descifrar, de lo contrario la señora

Schliemann no me habría hecho venir. Creo que es un asunto que aún debaten sólo los arqueólogos y los ingenieros, pero del que seguro los capataces tendrán noticia pronto.

El capataz abandonó la sonrisa y se acercó amenazante, abriendo mucho los ojos, desnudando el color amarillento de sus iris.

—Muchacho, éste es un territorio peligroso y estás muy lejos de casa. —El tuteo agravó de pronto la nota de violencia en su voz.

—No temo a los turcos —respondí.

—No, no es a los turcos a los que hay que temer. Ellos no se acercan por aquí... Verás, muchacho, ésta es una tierra embrujada. Pesa una maldición sobre esta landa, una maldición vieja y terrible que asola a los hombres con terribles fiebres, pústulas sangrientas y los hace enloquecer...

—¿Maldición? ¿Se refiere a la malaria de las ciénagas del Escamandro?

—No. Aunque el Escamandro, como bien dices, es un nido de malaria, serpientes y lodazales traicioneros. La maldición es otra. Pensé que un secretario educado y flamante como tú habría oído hablar de estas cosas. ¿No te suena la leyenda del rey Laomedonte?

La conocía perfectamente. El rey Laomedonte de Troya, nieto de Dárdano, el fundador de la ciudad, solicitó al dios de los mares, Poseidón, y al del sol, Apolo, que lo ayudaran a construir las inexpugnables murallas de su fortaleza. Ellos accedieron a cambio de un pago de treinta dracmas, pero cuando llegó el momento de honrar la deuda, Laomedonte se negó a hacerlo. Los dioses enviaron sus desgracias e hicieron caer sobre la casa de Troya una terrible maldición. El rey perjuro murió al poco tiempo entre suplicios y en el transcurso de una generación, lo hicieron sus sucesores, incluido su hijo el rey Príamo, y con ellos la ciudad entera.

—Exacto —dijo esbozando una espantosa mueca—. Han pasado milenios, pero los lugares como éste nunca se sacuden sus muertos ni sus condenas. Algunos hombres están inquietos, ¿sabes, muchacho? Dicen haber visto espectros: insólitos reflejos en la colina, formas humanas hechas como de bruma; son los troyanos asesinados brutalmente por los griegos, que ni siquiera respetaron a los que se refugiaban en los templos. Dicen los hombres que ahora se levantan para seguir haciendo la guerra contra los invasores de su ciudad...

—¿Va a decirme que cree en esas patrañas?

—En California vi a gentes mucho más sabias que tú y que yo rehusar, aun a punta de pistola, adentrarse en las minas donde sabían que los indios sepultaban los cadáveres de los suyos. Tampoco se atrevían a cruzar los recintos sagrados de los nativos, ni a cortar sus árboles. En los años de la Fiebre, el rugido del oro ensordeció a muchos, y no se prestó oídos a cosas que debieron haberse tenido en cuenta. —Photidas se llevó la mano al pecho y besó uno de sus escapularios—. ¿Sabes que en una ocasión apareció una oveja muerta junto a esta higuera?

—¿De veras? —repuse con cínico interés.

—Sí, y no te molestes en decir que fueron zorros, buitres, lobos o cualquier bestia. El animal había sido degollado de una forma sacrificial. No quedaba en él una gota de sangre. Los muertos se la habían bebido.

—¿Los muertos? —La historia comenzaba a fascinarme.

Photidas asintió.

—Las ánimas. Según los antiguos, salían del Inframundo al olor de la sangre y, tras beberla en los sacrificios, podían recuperar el habla y volver a pasear por la Tierra.

Aquello que describía se contaba en el undécimo canto de la *Odisea.* Tras varios años en la mar en su regreso a Ítaca desde Troya, el héroe Odiseo había tenido que practicar dicho ritual para poder hablar con las ánimas a la salida del Inframundo. Entre ellos aparecieron el rey Agamenón, el adivino Tiresias y Aquiles. También apareció su viejo amigo Áyax, con quien quiso hablar para que le perdonara por una afrenta en vida, pero su amigo se negó a contestarle y su espíritu se dio la vuelta y desapareció.

—Cualquiera que le oyera, señor capataz, se lanzaría a escribir un fantástico cuento de terror —le dije—. Pero me temo que no es eso para lo que me ha contratado el doctor Schliemann, sino para asistirle en los aspectos técnicos de la excavación.

—Me alegro. No sería sensato escribir sobre los muertos y menos aún en un sitio como éste... —Miró la posición cada vez más alta del sol y decidió que era hora de regresar a trabajo. Se puso su sombrero e hizo ademán de despedirse—. Te recomiendo, en cualquier caso, muchacho, que no deambules por aquí después de la puesta de sol.

Lo miré desafiante mientras se alejaba. Estaba claro lo que pretendía. Mi incorporación al equipo le había hecho temer una merma del dividendo, ya de por sí muy fraccionado entre los más de cien trabajadores que había en Hisarlik. Recurrir a relatos tremebundos y supersticiones para ahuyentar a los crédulos era un viejo truco de bárbaros, y sin duda uno que él habría aprendido tras experimentarlo en sus propias carnes —como de hecho había apuntado—. Lo cierto era que Photidas conocía los elementos de una buena historia de fantasmas. Pero más allá de aquello, me pareció un hombre del que mantenerse alejado. Un mal instinto me erizaba el vello de la nuca cada vez que me cruzaba con él.

VI

EL HIJO DE ODISEO

A mediodía, un sol justiciero arrojó rayos de plomo fundido y puso en fuga a los obreros, que huyeron bajo los castaños a fumar y echar tragos de vino. Yo, sin embargo, saludé animoso aquella luz cenital y potente, pues anunciaba la hora de conocer a mi anfitrión. Mi decepción fue mayúscula. El doctor Schliemann no podría recibirme aún, me dijo Sofía. Estaba demasiado ocupado. Las primeras incisiones en zanja se preparaban para los días siguientes y no sobraban las horas para ultimar preparativos.

—Pero no se preocupe, le hablé de usted y recibió con mucho agrado la noticia de que se haya unido a nosotros. Tiene gran interés en ponerse a trabajar con usted lo antes posible, Yannikis.

¡De qué manera, diablos!, quise preguntar a gritos. Pero ni ése ni en muchos de los días siguientes obtuve respuesta. Parecía que mi ansia por conocer al doctor Schliemann actuaba de alguna forma maligna dilatando todavía más los asuntos que lo ocupaban. Calvert y Sofía entraban a verlo en su tienda sin que a mí se me invitara. Yo me quedaba mirando el vaivén de las cortinas con el viento, padeciendo conforme mi curiosidad iba poco a poco convirtiéndose en una honda perturbación. ¿Qué podía ser lo que lo mantenía fuera de la luz?

Pasadas dos semanas, empecé a pensar que el doctor no era sino una invención que Calvert y Sofía —a quienes imaginé amantes—

planeaban usar como chivo expiatorio cuando las autoridades otomanas los sorprendieran en la ilegalidad de la excavación. Harto de esperar, y decidido a sorprenderlos, una tarde conjuré mi valor para entrar en la tienda del doctor. El resplandor tembloroso de las lámparas asomaba por debajo de la cortina y se oían voces inquietantes. Me acerqué, con el terror galopando en mi pecho, cuando de pronto escuché un quejido gélido y espectral proveniente del interior. Salí corriendo de allí, sin intención de mentárselo a nadie, y prometiéndome a mí mismo no volver a acercarme a la tienda.

Al día siguiente, y sin preguntar nada, Sofía me dio una nueva explicación sobre la demora de Schliemann. Estaba aquejado de un poco de fiebre, pero no era nada grave. Pregunté si no sería mejor que abandonara el yacimiento y regresara a Villa Thymbra hasta recuperarse.

—Oh, buena suerte convenciéndolo —me dijo—. Es un hombre tan obstinado como incansable. Ahora mismo, aun entre fiebres, se encuentra repasando por enésima vez todos sus planos de excavación y sus fuentes históricas. No se hace usted a la idea de todo lo que hay que leer antes de lanzarse a cavar...

Pues una vez hincados el pico y la pala, lector, ya no hay regreso posible a la paciente paz del estudio; algo se apodera del espíritu al remover la tierra, al trazar la zanja de batalla, algo inexplicable y poderoso que lleva al hombre a cavar y cavar hasta hallar lo que busca o morir en el intento.

—Le digo, señor Yannikis, que ésta es una ciencia muy extraña, tortuosa y larga, que horada la superficie de la tierra igual que la del alma.

No tuve más remedio que resignarme a esperar. Entre tanto, no se me ocurrió mejor forma de distraerme que intimar con los mineros.

Me puse a seguirlos por el yacimiento, armado con un cuaderno de notas en el que iba apuntando todo lo que me referían. Hablaban de sus vidas y sus lugares de origen, de sus familias y sus creencias, pero lo que me interesaba de verdad era obtener de ellos información sobre los entresijos del yacimiento y en particular sobre nuestro misterioso patrón. Descubrí que, como yo, pocos lo conocían en persona. Habían sido reclutados por los capataces y los ayudantes del doctor, si no por el señor Calvert directamente. Lo que sabían de Schliemann era poco más de lo que sabía yo, e incluso menos, pues casi todo lo que referían estaba basado en supercherías.

Partían de un dato (verídico, supongo) soltado con cuentagotas por alguien que de verdad lo conocía, un capataz o un ingeniero; para cuando la información alcanzaba los estratos más bajos del yacimiento ya se había convertido en un rumor legendario, delicioso para la imaginación. Y es que los hombres a los que angustia la monotonía de sus vidas y la estrechez de sus horizontes tienden a explicar la realidad con causas mágicas, a fin de volver algo más interesantes sus insípidas existencias. No siempre es éste un acto consciente, diría más bien que en absoluto lo es. A veces las ocurrencias son sencillamente fenomenales. Basta decir que el viento al soplar no suena como de costumbre, o que la tetera tardó hoy en hervir menos de lo normal, y el fuego, más en prenderse, y el resto del día versará en torno a la emocionante posibilidad de que inminentemente acontezca algo extraordinario. Seguro que esto provoca tu risa, lector, pero te aseguro que son manifestaciones elementales de una forma de pensamiento muy extendida entre seres humanos de toda condición. Y es que te sorprendería saber cuánto ansía el hombre hacer realidad el mito y cómo de increíbles son las contorsiones mentales a las que se presta para que la vida

sea más mágica, o mejor, más honrosa, penosa, bella, triste, ¡o qué sé yo!, pero *algo;* algo más que un paréntesis casual entre la nada y la muerte.

La misteriosa ausencia del patrón invisible alimentaba, como te imaginarás, rocambolescas leyendas entre los trabajadores. A éstas quise prestar especial atención, convencido de poder desentrañar entre tanto mito algún detalle verosímil sobre el todavía desconocido. A la hora de más calor, me uní a los mineros bajo el frescor polvoriento de los árboles a compartir el taco y beber de una bota de vino. Saqué una pitillera y la ofrecí a la tropa, y mientras cada uno se servía, lancé la pregunta.

—Oigan, muchachos, ¿y ustedes qué saben del pasado del doctor Schliemann?

Cada versión fue más disparatada. Una particularmente curiosa la oí de labios de un minero de tez aceitunada y fino bigote, que venía de la costa meridional de España.

—Yo he oído que es el último descendiente de uno de los héroes de la guerra de Troya. Por eso está aquí buscando sus restos. Es un asunto de familia. Cuestión de sangre.

—¿Pero qué diabluras cuentas, perro majadero? —espetó otro minero. Éste era un norteamericano del Medio Oeste, fuerte y rudo, de piel blanca enrojecida por el sol y que debía de volcar sobre cualquier hispano la reciente belicosidad de su nación contra los mexicanos.

—Es la verdad —se defendió el español—. He oído que proviene de la familia del héroe Odiseo.

—¡Si no sabes ni quién es ése!

—¡Sí que lo sé! Es el héroe astuto, el viajero, el que ideó lo del caballo de madera. Lo sé porque luego viajó por las costas de España, como Santiago.

El americano estalló en carcajadas. Lo cierto es que era gracioso ver cómo unos meses excavando en la colina de los dárdanos habían bastado para que, de meras oídas, aquellos rudos mineros supieran no pocas cosas de mitología: Odiseo, el caballo, los extravíos en el viaje de regreso por el Mediterráneo. Había en ello incluso un tierno retorno a la equidad del pasado; esos hombres no habrían leído la *Ilíada* ni la *Odisea,* pero ni falta les hacía; recuerda, lector, que las primeras narraciones épicas se transmitieron de forma oral y desordenada, como hacían nuestros mineros ahora.

Continuó la diatriba.

—¡Eres un necio diciendo esas cosas! —rio el americano.

Entonces intervino otro, un hombre barbudo de brazos fuertes cubiertos con los tatuajes de alguna armada extranjera.

—Cállate, que puede ser verdad lo que dice.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque yo ya he excavado con el doctor. Me reclutó hace cinco o seis años en Nápoles para su primera expedición, que fue a la isla de Ítaca. Ahí es donde vivía y reinaba Odiseo.

Algunos me miraron a mí como para confirmar que no se inventaba eso último; les di gusto, asintiendo académicamente con la cabeza, y atendiendo después, como un biólogo experimental, a la reacción de las criaturas.

—¡Ves, ves! —saltó el español—. Fue a buscar los huesos de Odiseo a Ítaca primero, y como no los encontró vino aquí, a Troya.

—Pero si Ítaca no es más que un terruño rocoso y desgajado del oeste de Grecia... —refunfuñó un minero griego que se había puesto del lado del americano.

—Lo es —dijo el marino de Nápoles—. Pero recuerdo bien aquella excavación. Al doctor le fascinaba una antigua ruina que los nativos

llamaban... ¿Sabéis cómo, compañeros? El castillo de Odiseo, pero encontró poco entre esas ruinas y declaró finalizada la expedición.

El español soltó una palmada triunfal.

—¡Mil demonios, debimos habernos apostado algo!

Yo los miraba conteniéndome para no intervenir demasiado y aguar sus fantasías. De haber existido Odiseo, y de haber ido a la guerra de la *Ilíada* (lo que ya es mucho suponer), sus huesos no se encontrarían en Troya, dado que fue uno de los supervivientes. De estar, estarían en el fondo del mar, como los de mis pobres amigos y los de tantos otros hombres que fueron en busca de la vida y sus aventuras. Odiseo tardó diez años en volver a Ítaca tras el final de la guerra, pero aún los hados reservaban para él otro viaje hacia aguas inexploradas al oeste del conocimiento, de donde ya sí que nunca volvería. Era divertido, no obstante, verlos inventar. Ya querrían muchos novelistas, descontentos con el punto final de sus textos y trayectorias, que se les ocurrieran con tanta facilidad historias como esas.

El obrero americano frunció el ceño, disgustado por su derrota. Todos sus compañeros parecían aceptar la ascendencia heroica y la búsqueda de los huesos del padre como motores de la expedición. Pero él seguía teniendo su propia teoría y estaba claro que le quemaba en la boca. De modo que, empleando mi autoridad como hombre con estudios entre los bárbaros, pedí silencio al resto y dije que yo sí que quería escuchar su versión. Me costó que accediera, se batía en retirada como un niño enrabietado, pero finalmente, tras tomar un trago, se avino algo a regañadientes a mi deseo.

—Yo he oído de gente en California que, en su juventud, el patrón fue forajido, que hizo un botín grande durante la Fiebre del Oro del 48, y que después huyó a Europa perseguido por la justicia y el gobierno. Quizá el viejo diablo tenga el tesoro aquí escondido, como

buen bucanero, y después de tantos años se haya olvidado del punto exacto en el que lo enterró.

Se hizo el silencio. Los mineros intercambiaron miradas y lo ojearon de arriba abajo con suspicacia. Y de pronto estallaron en una batería de carcajadas.

—¡En ese caso que lo reparta!

—¡Y tú llamabas al otro majadero!

—¡Vaya cosas te inventas!

Esta vez yo no pude unirme a la divertida burla. El relato claramente tenía elementos de fantasía, pero en la profusión de risas nadie veía lo que yo: aquélla era, con gran probabilidad, la hipótesis más plausible de todas sobre nuestro misterioso doctor.

VII

LA JERUSALÉN DE LOS PAGANOS

Troya se fundó en los tempranos compases del mundo, después del gran diluvio. Sí, también los dioses griegos, vengativos y crueles como los de cualquier panteón, enviaron el agua torrencial contra los primeros hombres para castigar sus faltas. Un día el cielo se tornó del color del averno, el mar se revolvió embravecido y todos los animales de la tierra corrieron a ponerse a salvo en las montañas, intuyendo la catástrofe. Llovió durante cuarenta días y cuarenta noches en los que casi todos los seres humanos acabaron pereciendo. Uno de los que sobrevivieron fue Dárdano, un pastor que vivía en la región de la actual Tracia. A él lo avisó una diosa —Cibeles, dicen algunos, que en compensación le habría exigido extender su culto allá donde fuera; la pléyade Electra, que según muchas tradiciones era su madre; o bien la propia Palas, dicen otros, cuya escultura santa, el *Paladio,* sacó de un templo y llevó consigo antes de que lo anegaran las aguas—. Fuera quien fuese, la deidad se le presentó en sueños y lo conminó a reunir a sus seguidores y refugiarse en las tierras altas. El pastor tomó a unos pocos de su aldea, cerca de Samotracia, y emprendió el viaje hacia las montañas que había al este. La tormenta los sorprendió en camino. Cuando fueron a cruzar a Asia encontraron que el mar Negro, que hasta entonces había estado encerrado tras espesas cordilleras, había reventado el dique montañoso que lo separaba del Egeo y ahora

descendía hacia el sur transformado en una furiosa catarata. Dárdano y los suyos amarraron balsas de caña y se dispusieron a cruzar la atronadora corriente de agua; muchos de sus amigos se ahogaron, y si él sobrevivió de nuevo fue por intervención milagrosa de la diosa que lo protegía. Así cruzó el angosto mar que hoy lleva su nombre (Dardanelos) y alcanzó en la otra orilla un promontorio aislado y lo suficientemente alto como para proporcionarle refugio de las olas. Allí también se habían cobijado los últimos supervivientes de una tribu de la zona. Dárdano los inició en el culto de los Grandes Dioses y se casó con la hija del jefe. En esa colina fundaron una aldea, y desde allí vieron pasar el diluvio y volver a salir el sol. La ciudad en la que pronto se convirtió la aldea de Dárdano no es otra que Troya, también llamada Ilión (por Tros e Ilo, sus hijos, que terminaron de erigirla), y dárdanos se llamaron en adelante, por el padre superviviente del cataclismo, todos sus moradores.

Ya en nuestro tiempo, cada primavera solía amenazar un amago de dicho diluvio sobre Hisarlik.

Hacia el final de una tarde de mayo, horribles truenos comenzaron a anunciar un aguacero. Todos corrieron a cubierto, pero siendo la primera vez que veía descargar una tormenta en la antigua Troya, no pude reprimir la curiosidad de subir a la colina a verla acercarse. «¡Lo puede partir un rayo a usted!», me advirtió temeroso el minero español. Le pedí que no se preocupara y aseguré que bajaría antes de que la tormenta tocara tierra. Me coloqué la capa sobre los hombros y eché a andar hacia la cima. El bochorno era sofocante y el fermento de la tormenta ya se olía en el aire, pero mi pecho se batía de entusiasmo, ajeno a cualquier miedo o precaución. Inmensos nubarrones iban cercando el horizonte, rumiando lejanamente sus truenos. Duras ráfagas de viento hacían ondear la

hierba y levantaba crestas en las olas. Parecía como si todos los seres vivos hubieran desaparecido de la tierra (o más bien no hubieran llegado nunca a habitarla); la landa de los dárdanos estaba más vacía que nunca. Mis labios describieron entonces una sonrisa. ¿Qué tendrán las tempestades, lector, que cuanto más fuerte sacuden la naturaleza más calmo dejan el espíritu? Siempre he encontrado en los días de lluvia y relámpagos el consuelo que otros hallan en las jornadas brillantes del estío. Será que el pandemonio de elementos chocando entre sí ensordece el de mi interior y me permite contemplar, aunque sea brevemente, el universo en silencio.

Sudaba a mares cuando alcancé la cima, pero de pronto sentí que me invadía el frío de los malos augurios. Al mirar a mi alrededor, vi que no estaba solo: una figura esbelta y fantasmal, velada por la luz tamizada de la tormenta, me esperaba junto a la higuera. Alertado por el crujido de mis pasos, se volvió hacia mí. Pude entonces comprobar que no era sombra sino hombre, y aun no habiéndolo visto nunca, lo reconocí al instante: el doctor Schliemann.

No puedo decir que me decepcionara su aspecto, aunque al verlo entendí que no había llegado a imaginarme con exactitud qué clase de ser se escondía tras ese extraño nombre. Era bastante alto, de sobra rebasaría el metro ochenta, y pese a frisar los cincuenta, todavía resistía en él el recuerdo de una juventud corpulenta. Iba vestido con un traje de tela áspera, color pardo, con chaleco cruzado de cuyo bolsillo sobresalía la cadena dorada de un reloj, camisa blanca ceñida al cuello con una fina pajarita, y un bombín ancho de estilo colonial sobre la sien alopécica. Ya cerca de él aprecié la gran severidad de su rostro redondo, surcado de arrugas de expresión en la frente y alrededor del bigote. Tenía la piel, antes blanca, curtida por el sol de castigo de Hisarlik. No parecía descendiente de Odiseo, pero tampoco un forajido de California; opino que tenía más bien el

aire de un profesor avellanado, desencantado de sus estudios, o quizá de un lector insaciable, harto ya de sus libros. Lo que más me llamó la atención fueron sus ojos. Eran heladoramente azules, pequeños e incisivos. Mi padre me había enseñado a mirar siempre a los ojos, aun a los que nos aterran; los de Schliemann no infundían miedo, pero sí misterio, y fue en ellos donde, en contraste con la inquietante sencillez y sobriedad del resto de sus rasgos, descubrí a un hombre herido en lo más profundo del alma.

Me saludó llevándose la mano al bombín y luego se dio la vuelta para regresar a sus pensamientos. Creí que como yo miraría el horizonte, la landa solitaria y la tormenta inminente, pero no, su atención estaba fija en la higuera. Ésta era un árbol frondoso, de tronco negruzco, casi carbonizado y retorcido, con grandes hojas picudas y de un color rojizo; aunque se trataba de una higuera silvestre, bien podía haber sido, pensé, esa otra que llaman higuera del diablo —maldita más de una vez en la antigüedad por divinidades de distintos credos—. Schliemann la miraba con un detenimiento exhaustivo, como si siguiera el fluir de la savia desde las raíces hasta la base del tronco y hacia las ramas.

—Ya que va a ser usted mi secretario, joven Nicholas Yannikis, supongo que conoce bien la *Ilíada* —me dijo de pronto.

No entendí cómo había logrado identificarme. Estaba tan sorprendido que apenas pude contestar a su afirmación balbuceando y asintiendo bruscamente con la cabeza.

—Recite entonces el verso 143 del canto vigesimosegundo.

La petición era cuanto menos extraña, pero no quise dar pie a que se dudara de mi aptitud, de modo que hice memoria y lo empecé a entonar.

—Así vuela Aquiles en su...

—*Volaba* —interrumpió severo, volviéndose a mirarme de reojo—. Se traduce por un imperfecto.

Me hundí en la vergüenza de un alumno inseguro.

—Continúe.

Aclaré la garganta y empecé de nuevo, agarrotado por el miedo:

—*Así volaba Aquiles en su furia derecho hacia él, mientras Héctor huye... huía* —me enmendé a tiempo— *bajo los muros de los troyanos y, pasando ambos por la atalaya y la higuera silvestre batida por el viento, se fueron cada vez más lejos por un camino de carros, hasta llegar a dos...* —la memoria me fallaba— *¿fuentes?*

—*... dos manantiales de hermoso fluir, donde brotaban las fuentes del voraginoso Escamandro.* —Los labios del doctor Schliemann describieron una leve sonrisa. Parecía complacido—. ¿Qué le dice todo esto, mi buen señor Yannikis?

Medité mi respuesta durante unos instantes. Las manos me sudaban y supe que al hablar me temblaría la voz: no quería fallar y presentía que sólo tendría una oportunidad con él. Después, se desvanecería.

—Es el canto de la batalla... —comencé, tratando de ganar tiempo; el silencio parecía peor que una respuesta equivocada—... del gran duelo con el que se salda el argumento del poema. En él, Aquiles mata a Héctor y se condena a sí mismo, atando después el cuerpo a su carro y paseándolo ante las murallas de Troya.

—Sí, así es, pero más allá de la historia, ¿qué refieren estos versos?

Hundí la barbilla, cada vez más nervioso.

—Es... —El sudor corría frío en su presencia. Pero de pronto lo vi —. Es la descripción del paraje.

—¡Precisamente! —proclamó triunfal el doctor—. Es la descripción de la situación de Troya. Las altas atalayas, las fuentes del

Escamandro, hoy sólo ciénagas, que quedan hacia el sur, y la higuera batida por el viento que los vio correr junto a las murallas. —Y señaló el tétrico árbol bajo el que nos encontrábamos—. Según la *Ilíada,* Aquiles persiguió a Héctor alrededor de la ciudad durante días; después de vencerlo, arrastró el cuerpo alrededor del túmulo de su amante Patroclo, al que Héctor había matado creyéndolo el Peleida. Ya ve, señor Yannikis, que todo en Troya son malentendidos, falsas percepciones... —Schliemann entonces se volvió y con su bastón describió un círculo en el horizonte turbio de tormenta—. Pero Homero nos concede otra pista, una que sólo yo he sabido ver: la circunferencia de los muros. Troya podía rodearse en carro en menos de un día. Eso fue lo primero que hice al llegar a Hisarlik: realizar el trayecto de Aquiles y calcular la distancia y las diferencias entre hacerlo a caballo, en carro y a pie. ¿Y sabe qué? Lo conseguí. La circunferencia de la colina es la apropiada.

Me pareció harto curioso dirimir de esa manera la ubicación de la ciudad, pero Schliemann hablaba absolutamente convencido de lo científico de su método y en un tono tan académico —sin los desvaríos de los dementes ni las demencias de los novelistas— que, si no se prestaba mucha atención a lo que decía, sus cálculos bien podían pasar por fiables. Aun así, no dejaba de ser extraño que utilizara la *Ilíada* como única guía de excavación. O una mente superior le había revelado el secreto de su veracidad, o de lo contrario no se entendía aquella fe evangélica en un texto de cuya autoría y hechos tantos desconfiaban —recuérdame, lector, ¿cuántos Homeros había detrás de Homero?—. Si de veras encontraba Troya bajo la colina de los dárdanos, quedaría claro que las casualidades en este universo nuestro las guía una fuerza de voluntad incomprensible. (Tomen nota de esto los científicos y los astrólogos,

y pongan fin de una vez a sus diatribas; o renuévenlas, declarando cada cual su triunfo).

—Como ve, el resto de los elementos también concuerda con la historia —prosiguió el doctor—. Entre quienes buscaron Troya en el pasado, hubo quien hipotetizó sobre otras ubicaciones. En Punta Sigeo, por ejemplo, donde cierran las fauces los Dardanelos. Ahí dijo un arqueólogo hace más de setenta años que se encontraba el fondeadero de los barcos aqueos y los túmulos funerarios de los héroes. También se habló de Pinarbasi, algo más al oeste de aquí; una colina semejante a ésta, en la bordadura misma del Escamandro. Pero todo ello relatos y pistas falsas, créame. Nada cuadra con la *Ilíada* como este lugar. Cuando llegué la primera vez a Hisarlik lo supe. El señor Calvert acudió a mí con todo tipo de documentos y objetos encontrados a lo largo de los años, pero nada de eso me interesaba. Yo sabía que Troya estaba aquí, y tan sólo unas brazas de tierra me separaban de ella. ¿Conoce esa sensación de certeza absoluta, cuando la corazonada es tan poderosa que amenaza con hacer estallar el pecho en llamaradas? Es una certeza de fe, de estar ante lo sagrado.

Los pálidos ojos de Schliemann desbordaban de emoción cuando hablaba, si bien de una emoción maldita. Confieso que la inquietud que despertaba en mí era tan poderosa como la tentación de conocer su causa e incluso compartirla.

—No sé si es usted consciente, joven Yannikis, de lo que Troya representaba para la antigüedad —prosiguió—. No difería de esas otras ciudades que hoy mueven la fe de los hombres marcando el rumbo y el propósito de la humanidad. Cuando el mundo lo gobernaban no hombres de nuestra fe cristiana sino aquellos a los que hoy llamamos paganos, la ciudad de los dárdanos era lo que

hoy es para nosotros Jerusalén, que vio los últimos días del Nazareno, un lugar sagrado, un sitio de encuentro con la eternidad.

»Recuerde que Alejandro, con todo su ejército presto para la conquista de Asia, tomó de pronto un desvío para visitar las ruinas de Troya. Aunque en su época la ciudad era tan sólo una aldea, rindió homenaje en la tumba de Aquiles y en el templo donde después de tantísimos siglos aún acudía un goteo de vírgenes a rendir culto a una diosa de nombre velado. El gran rey del tiempo antiguo, el hombre que emprendió el camino hacia el confín del mundo, tuvo antes de partir la necesidad de verse entre las ruinas que hoy buscamos, solo, en silencio. ¿Por qué cree que lo hizo...? — A continuación, le preguntó al aire—: ¿Y qué hay de Roma, el otro de los grandes imperios sobre cuyas ruinas se construyeron todos los demás?

Schliemann señaló un punto en la llanura abierta a los pies de Hisarlik. Era como si allí viera dispuestos a las mismísimas legiones que invocaba, como si allí, junto aquel quiebro o aquella roca, viera aparecidos a los césares que habían fracasado en el empeño que ahora abanderaba él.

—Las grandes dinastías romanas se consideraban, por encima de todo, troyanas, y miraban hacia el Oriente imaginando con orgullosa nostalgia dónde estarían las ruinas de su patria original. No en balde fue el príncipe troyano Eneas quien, tras huir de su ciudad saqueada por los griegos, puso rumbo al Lacio, en Italia, para fundar una nueva Troya en las colinas del Tíber. Julio César visitó las ruinas que hay bajo nuestros pies y honró culto, tal y como hizo Augusto, que además ayudó a reconstruirlas. Sin embargo, ninguno de los dos llegó al nivel de reverencia de Calígula, que, harto de la Eterna, pretendió convertir esta colina en capital del Imperio, y de Nerón, de

quien dicen mandó incendiar Roma sólo para llorarla como si fuera Troya.

Yo lo escuchaba en silencio, hechizado por sus palabras.

—Algo hay en esta landa solitaria en la que ahora excavábamos, algo íntimamente vinculado con lo sagrado. Y después de mucho pensar, creo haberlo descubierto: es lo mismo que hace sagrados a nuestros santos lugares. Dígame, ¿qué tienen de hipnótico Jerusalén, La Meca o Medina? —me preguntó, señalando el punto del horizonte hacia el que quizá se encontraran—. ¿Qué hay entre los muros de aquellas ciudades que ponga directamente en contacto con el Origen? ¿Por qué han corrido ríos de sangre para que este o aquel imperio, de una fe u otra, controlase la Roca, la Colina, el Muro?

Guardé silencio durante unos instantes, temiendo ofrecer una respuesta obvia que me desacreditase ante aquel hombre, híbrido entre la erudición y la fantasía, pero Schliemann no dudó en apurarme con un gesto de impaciencia.

—Porque es un lugar sagrado para las tres religiones, el epicentro de cada fe —repuse acelerado.

El doctor negó con la cabeza.

—Porque fue allí donde se vertió la última sangre de linaje divino y donde por última vez se oyó la voz de las profecías. Así sucedió en Troya, que fue el escenario del primero de los apocalipsis. Todo tiene que ver con cómo empezó la guerra. ¿Recuerda cómo fue, joven Yannikis?

Esa sí me la sabía.

—El rapto de Helena, reina de Esparta y esposa de Menelao, la mujer más bella del mundo, por parte del príncipe Paris —contesté.

—¡No, no, no! —replicó, ahora sí, ofuscado—. Bueno, quiero decir, sí, ése es el motivo episódico; pero la auténtica causa de la guerra

de Troya sólo se atrevió a revelarla el poeta Hesíodo, en un texto oscuro y del que tan sólo quedan unos fragmentos prácticamente ilegibles. La guerra fue un ingenio de Zeus para destruir a los semidioses que moraban entre el común de los mortales.

En ese momento, me pareció, lector, oír un trueno. El viento en efecto arreciaba y los negros nubarrones estaban sobre nuestras cabezas. Pero Schliemann parecía mantenerse ajeno a la tormenta inminente y a la posibilidad de que un rayo nos partiera. No temía a los elementos; diríase más bien lo contrario, que los elementos lo temían a él.

—Como le iba diciendo, Zeus, o el dios que en el cielo hubiera, comprendió que los divinos medraban demasiado en el mundo de los hombres, hasta el punto de que con sus escarceos amorosos habían poblado la Tierra en exceso de semidioses. Cierto que éstos tenían valor, arrojo y nobleza, que eran los portadores de un linaje heroico; pero también era eso lo que los volvía demasiado poderosos e impredecibles. Nada podría seguir el orden natural de las cosas mientras entre los hombres latieran corazones inmortales. Como no podía exterminarlos a todos uno a uno, pues sería fatigoso el trabajo, Zeus resolvió provocar la mayor de las contiendas sabiendo que ninguno de los hijos semidivinos rehusaría la llamada de la batalla y la ocasión de la gloria. Su plan fue un acierto: diez años de guerra, y sobre la colina de los dárdanos murieron prácticamente todos los que contaban con un adarme de sangre que perteneciera al cielo.

»Al término, Zeus decretó que ningún dios volviera a intimar con criaturas mortales. Desconsolados, los padres divinos se retiraron del mundo al espacio más allá del universo, pasando a ocuparse sólo de cosas que exceden nuestro entendimiento. Allí es donde hemos conocido nosotros a los dioses, cuando ya estaban casi muertos. De

modo que la guerra fue el último episodio de la mitología y el primero de la historia; igual que para nosotros la muerte de Cristo marcó el fin del tiempo de los profetas y el comienzo del de los hombres.

Schliemann de nuevo me dio la espalda; ora me hablaba a mí, ora oteaba el horizonte, como para mantener a raya la tempestad mientras durara su relato.

—Pero hay algo más allá de la maravilla del mito... —murmuró—, algo relacionado no sólo con Troya y su historia, sino con el hecho físico de buscar el pasado, de cavar en busca de algo. Muchas veces imaginamos el tiempo como una flecha disparada que se va alejando de nosotros por el espacio. Pero... ¿sabe? Yo creo que a Cronos no le corresponde una forma horizontal, sino una verticalidad aguda y eterna en la que el futuro es la cúspide inalcanzable y el pasado el último de los infiernos. Por eso cavar en la tierra tiene un viso de regreso al pasado, de negación del cielo al que estamos obstinadamente destinados y de descenso al averno. Los que cavamos preferimos adorar lo pretérito, lo que está muerto. Lo fascinante de la arqueología, téngalo presente, Yannikis, es que está hilvanada con lo Oscuro. Un yacimiento nos recuerda que todas las religiones y las culturas son mortales, como lo son los hombres y sus deidades, sean las que sean.

Ante la mención de lo divino, un trueno volvió a sacudir el cielo. Esta vez una gruesa gota de lluvia, cargada con polvo de algún desierto lejano, dejó sobre mi frente una marca de barro. Schliemann me la retiró con los dedos.

—Estamos ante el umbral de la posteridad, joven Yannikis. Lo que aquí vamos a encontrar, lo que está bajo nuestros pies, cambiará el curso de la historia. —Luego me cogió por los hombros con un ademán paternal—. De usted espero disposición y valentía, y que

esté en el yacimiento todos los días, ayudando en cuanto sea posible a desentrañar las ruinas de la ciudad. Quiero que analice los textos homéricos en busca de pistas, que se arremangue y cave en las trincheras con el resto, que vigile de cerca a los obreros, que como ha visto son bárbaros en su mayoría. Y que al mínimo indicio de reliquia, venga a verme.

Asentí bruscamente, con un ademán de cadete ante su oficial.

—Muy bien. Y ahora pongámonos a cubierto. Esta vieja higuera silvestre no va a protegernos. Mañana al alba preséntese en mi tienda, quiero enseñarle algo.

Se despidió de mí, sin darme oportunidad de mediar palabra y dejándome sumido en una confusión de la que sólo pude extraer una cosa: Sofía había estado en lo cierto, aquello era una cuestión de fe. El doctor Schliemann no era un arqueólogo, sino un cruzado, en él brillaban los rescoldos de un antiquísimo dogmatismo, una misión del alma a la no podía renunciar sin condenarse. Aún tardé en descubrir los arcanos que impulsaban al alemán en su monomanía, pero tras nuestra primera conversación ya supe que provenían de más allá de este mundo.

Mas a pesar de lo ominoso, y de lo retorcida que a simple vista se adivinaba su obsesión, no pude evitar que mi corazón empezara a caer víctima del mismo hechizo. Mientras miraba a mi alrededor y veía las nubes rodar las unas sobre las otras por el horizonte y el rayo rasgarlas con sus destellos, pensé que aquel paraje desolado era el mismo que vieron Dárdano y sus seguidores al bajar de la balsa; que aquellos humores de humedad eran los mismos que respiraron; el color vinoso de mar, el mismo que vieron sus ojos; y esta quietud ancestral, la misma que los había acogido. Recuerdos muy antiguos, pertenecientes a vidas ajenas y vividas hace siglos despertaron de pronto en mi interior. No sé de qué modo habían

arribado a mi memoria, pero de pronto me sentí descendiente directo de esos primeros dárdanos, si no directamente uno de ellos. ¿Cómo iba a sorprenderme que todos los que excavaban en Hisarlik creyeran sin fisuras en la leyenda, si eran, en todos los sentidos, parte de ella? ¿Y cómo no iba ese joven Nicholas Yannikis, apenas destetado de la ingenuidad y por tanto anhelándola con amor todavía, a dejarse embaucar y arrastrar a las peores profundidades por la posibilidad de semejante aventura?

VIII

LOS HOMBRES DE FEZ BERMELLÓN

No recuerdo exactamente qué mariscal enloquecido de las guerras napoleónicas (si es que era de aquéllas) viajaba con toda la biblioteca de su castillo a cuestas, temiendo que lo sorprendiera alguna situación de la contienda (o de la vida) habiéndose dejado atrás justo el libro que contenía la solución; y es una lástima no saberlo, porque Schliemann era claramente descendiente suyo —al menos en lo que se refería a esa manía demencial—. Dentro de su tienda de campaña, donde me personé al alba del día siguiente, se apilaban decenas de altísimos estantes cargados de libros, incunables y pergaminos. Eran tantos que parecía un armazón de papel y palabras lo que sujetaba la lona de la tienda, y que, de desequilibrarse las torres de libros, todo se vendría abajo. El ambiente era estanco, húmedo y penumbroso, sin más luz que la que proporcionaba un solitario quinqué en la mesa del doctor.

—¡Aquí, al fondo! —me llamó su áspera voz germánica.

La seguí a tientas por el laberinto de estanterías hasta alcanzar el otro lado de la tienda, que era mucho más grande de lo que de primeras se adivinaba. Lo descubrí sentado al escritorio, con cara de muchas noches de insomnio, examinando bajo lupa un antiguo documento.

—Disculpe la escasa luz. Trabajo mejor así, mucho más concentrado —me dijo—. Vamos, siéntese.

Busqué dónde hacerlo. Frente al escritorio tan sólo había una otomana cubierta de libros que no me atreví a poner en el suelo hasta que, con una especie de gruñido, molesto por mi indecisión, el doctor me lo consintió.

—¿Qué le parece esto, Yannikis? —me preguntó arrojándome de pronto el documento que analizaba.

Lo acerqué con cuidado al quinqué para estudiarlo. Se trataba de un antiguo mapa. Nada más cogerlo percibí (además del tacto rugoso del pergamino, hojaldrado por el tiempo) que desprendía un olor infame, como a verdura húmeda rozando lo podrido. Schliemann confirmó que ése era el olor que adquieren los libros, igual que los hombres, justo antes de que la carcoma comience a consumirlos. En efecto, la tinta estaba desleída y apenas conseguían verse los trazos débiles y temblorosos que dibujaban el litoral neblinoso de los Dardanelos, sus bahías secretas, sus colinas costeras y el curso de los dos grandes ríos de la región, con sus nombres —Escamandro y Menderes— escritos en carboncillo o lapicero con una letra picuda y empecinada. La sección entre los ríos, además, estaba señalada con círculos concéntricos furiosamente dibujados entre los que se adivinaba, hincado más que escrito, el nombre de Hisarlik.

—Aunque ya nos encontremos aquí, justo en el lugar que el mapa señala, todos los días, al alba, echo mano de mi lupa y me siento para analizarlo de nuevo, buscando una pista, una clave, que hayamos podido pasar por alto. —Schliemann me hizo una seña con la mano—. Dele la vuelta.

Del otro lado del pergamino, el dibujo mostraba el alzado de la colina. El doctor fue señalando con el dedo y explicándome que cada línea se correspondía en realidad con cada uno de los estratos de roca y sedimento, al lado sus posibles edades estratigráficas. En el

primero se hallaban los restos de la ciudad romana *Ilium Novum* —señalada con pequeños dibujos de templos, columnas y lo que parecía ser una terma—, en el siguiente los cimientos de la ciudad helenística de Ilión, la que se construyó después del reinado de Alejandro, en el siguiente se hallarían, supuestamente, los de la ciudad arcaica, y así uno tras otro hasta alcanzar el estrato inferior de las ruinas de la mítica Troya, que en teoría reconoceríamos por las marcas de haber sido asolada por la guerra en las postrimerías de la Edad de Bronce. Cuando cuestioné cómo se sabría que la destrucción de una ciudad se debía a la violencia humana y no al mero paso de los milenios, Schliemann me respondió con aire mistérico:

—Porque el fuego deja una marca indeleble en los edificios, Yannikis. Y por los muertos.

—¿Los muertos?

Mi empleador asintió con seriedad.

—En los yacimientos de ciudades caídas tras una guerra uno no se encuentra a los muertos ordenadamente dispuestos en cementerios ni necrópolis, sino entre las ruinas de lo que fueron calles, casas, templos, muchas veces con una daga petrificada todavía entre los huesos.

—¿Y por qué sólo aparecen representados los estratos en la parte oriental de la colina? —pregunté, mostrándole en el mapa que el lado occidental aparecía vacío, y que sólo en el lado oriental había símbolos de leyenda indicando la posible ubicación de ruinas.

—Según lo ha estudiado el señor Calvert, la colina es en parte un promontorio artificial y, en otra, roca natural. Los primeros moradores de Troya, los seguidores de Dárdano, se refugiarían en el promontorio original y poco a poco empezarían a levantar un túmulo de tierra en el que fueron construyendo la ciudad. El señor Calvert

encontró las ruinas de un templo romano hace años en la parte oriental de la colina, en este saliente —señaló—, orientado hacia el amanecer. Lo más probable es que sea aquí donde se localicen el resto de edificaciones de Troya.

—De modo que el lado occidental de la colina, el que da al mar...

—Es simplemente un baluarte de roca, en efecto. En su día, dice Calvert, el mar rompía contra ese acantilado. —Schliemann estiró la mano, pidiéndome que le devolviera el documento—. Ésta quizá sea la posesión más valiosa que hay en la colección del señor Calvert. ¿Sabe por qué? —Negué con la cabeza—. Es el único mapa existente en el mundo que señala la colina de Hisarlik como posible emplazamiento de las ruinas de Troya. Ya le dije ayer que son muchos los que a lo largo de la historia han ido en busca de sus restos, muchos los que han tratado de llegar al paraje en el que nos hallamos, perdiendo incluso la vida en el intento. Sólo nosotros, gracias a este documento, que se corresponde exactamente con lo que describe la *Ilíada,* hemos logrado identificar la auténtica colina de los dárdanos. Esto se lo digo, Yannikis, para que tenga usted conciencia de lo importante que es que las labores de este yacimiento se mantengan en el más absoluto secreto. Nadie sabe que estamos aquí y nadie ha de saberlo hasta que no llegue el momento. Y no crea que se lo digo por la vanidad de ser pionero en nada, sino porque nuestras vidas corren peligro.

—¿Qué quiere decir, doctor?

Schliemann se revolvió en su asiento.

—Usted es un patriota griego. Sé que no he de ilustrarle sobre la barbarie de la que son capaces los turcos, pues su pueblo, que es el de mi amada mujer, ha sufrido como ningún otro en la historia reciente la tiranía de los mahometanos. Bien, sepa que esa amenaza pende sobre nosotros también aquí: no estamos a salvo; la

posibilidad de que esos perros de fez bermellón nos embosquen es real. Ya lo han hecho en el pasado y las víctimas fuimos la señora Schliemann y yo. Fue hace unos meses, cuando todavía estábamos en Atenas preparando nuestra expedición...

En aquellos últimos días de verano, cuando septiembre templaba el estío, la capital de Grecia gustaba de emular un París mediterráneo. Las calles desbordaban de vida: graciosas parejas andaban de la mano; marinos impolutos, como si pertenecieran a la Royal Navy, abarrotaban el puerto tras regresar de las maniobras de agosto; hermosas jóvenes vestidas con encajes blancos, con negros entrecejos espesados por el sol y mejillas sonrosadas, tomaban con ellos cafés en las terrazas de las plazas; camareros de levita impecable y bigotillo les servían, haciendo equilibrios con las bandejas mientras luchaban incansables contra las palomas; perros de pelaje ceniciento dormían la siesta del calor sobre las ruinas milenarias de la biblioteca de Adriano, o en las gradas tupidas de hiedra del teatro de Dioniso, donde se deleitaban escuchando a los mirlos cantar con más sentimiento que las sopranos de la Garnier. Atenas podía tener la solemnidad de las grandes ciudades europeas y el abejeo bullicioso de las medinas orientales; pero su luz, blanca y serena, mezcla pentélica de mármol, mar y cielo, era única en el mundo. En medio de aquel paisaje, Schliemann se fijó de pronto en una criatura discordante.

Se trataba de un espécimen robusto, un varón de gran tamaño, piel aceitunada y densa barba negra. El fez bermellón que adornaba su cabeza delataba su origen oriental y lo hacía resaltar en la masa gris de caminantes como la sangre sobre la nieve. A pesar de que claramente no era parte de la multitud, sino que estaba clavado en medio de ella, nadie parecía echarle cuenta; los atenienses pasaban a su lado y de largo sin siquiera mirarlo. Por un instante, Schliemann

temió ser el único capaz de verlo. Tuvo incluso la inquietante sensación de que se reconocían. Aunque en cuestión de segundos el otomano se perdió entre la multitud, agravando así la sensación de que se lo había imaginado, el doctor no consiguió sacudirse el mal presagio de encima y llegó a su cita con Sofía arrastrando un ánimo pesaroso. Ella esperaba su regreso de la oficina de correos sentada en un café cercano al palacio real, mirando distraída a los jóvenes solteros de su alrededor, que se reían con grandes aspavientos mientras conversaban con las muchachas.

—¿Todo bien, señor Schliemann? —le preguntó con una sonrisa.

Aún no se acostumbraba a llamarlo Heinrich y en las ocasiones más inocentes (a veces las más inconvenientes) todavía se le escapaba llamarlo «señor Schliemann». Había sido una boda sencilla, incluso precipitada, pero en ese momento asumían que todo había transcurrido con la celeridad propia de las buenas decisiones.

—Todo en orden, señora Schliemann —repuso él, abandonando ya sus presentimientos y sacando del bolsillo de su chaqueta un sobre remitido desde Dardanelos—. Por fin, la carta del arqueólogo Calvert.

Sofía se apresuró a leerla. Era una nota breve. Lo realmente interesante era el documento que la acompañaba. La joven desdobló el papel amarillento con cautela.

—Curioso mapa...

Schliemann procedió a explicárselo.

—Tiene que ser ésta la ubicación. No hay duda.

—No crees que Calvert pueda mentirnos, ¿verdad?

Schliemann recordó su primer encuentro con el arqueólogo inglés, acaecido algunos meses atrás. Le había parecido que Calvert tenía el ánimo de un animal herido, lo que en ocasiones lo volvía receloso de compartir detalles. Sus grandes silencios y su parca actitud

constituían un motivo más que legítimo de suspicacia, pero aun así Schliemann no creía que fuera un estafador. Era, en todo caso, un hombre consumido por la esperanza, que muchas veces es el peor de los males; el inglés llevaba muchos años de su vida —veintiocho para ser exactos— buscando Troya sin resultado. Ahora, por fin, en colaboración con Schliemann, tenía una oportunidad de encontrarla; no iba a desperdiciarla fácilmente.

—Calvert nos necesita tanto como nosotros a él —resolvió—. No va a mentirnos, igual que no está en nuestro interés mentirle a él.

—Entonces hemos de partir pronto —dijo Sofía.

—De inmediato —confirmó su marido.

Fue entonces cuando sucedió. Schliemann no podía asegurar si primero los vio y luego escuchó los disparos o si fue al revés. Seis hombres con fez bermellón sobre las cabezas irrumpieron en la plaza empuñando sus armas y se abalanzaron sobre ellos. El doctor apenas tuvo tiempo de buscar entre sus ropas el viejo revólver Colt Navy 1851 que portaba por precaución desde sus tiempos en América. Al apretar el gatillo, sintió que una fuerza rígida le sacudía la mano y acto seguido el brazo entero. El angosto cañón de siete milímetros estalló en una nube de pólvora y Schliemann a punto estuvo de soltar la antigualla cuando le empezaron a quemar los dedos...

—¿Ha disparado alguna vez un arma, Yannikis? ¿Ha quitado alguna vida?

—No, señor —contesté con cierto apuro, como si acaso me avergonzara o lo creyera una muestra de cobardía—. Mi padre fue médico de guerra. Siempre temió las armas de fuego y me prohibió enrolarme como voluntario en la expedición de socorro a los rebeldes cretenses.

—Hizo bien su padre. Un hombre sabio... —dijo Schliemann antes de continuar su relato.

Los otomanos los habrían acribillado allí mismo, en plena plaza, pero era tal el torrente de transeúntes, levantados al vuelo por el pánico repentino, que milagrosamente lograron escabullirse. Venían a por él, lo supo sin asomo de duda, por lo que le dio a Sofía el mapa. La miró pensando que sería la última vez que la vería y le gritó que corriera, que no mirara atrás, y con el que creyó su último deseo le suplicó que siguiera ese mapa y encontrara Troya por los dos. Tras eso, el tumulto desbandado de la plaza se llevó a cada uno en una dirección.

Sofía corrió sintiendo la muerte tras sus talones. Eran tres sus persecutores y aun en la distancia que los separaba los veía inmensos, hombres fuertes como dioses del averno salidos de grietas en el suelo capaces de cogerla en volandas y llevársela de ahí sin que le fuera posible hacer nada. No importaba los callejones por los que se adentrara, los caminos que tomara intentando esquivarlos o despistarlos —por los aledaños de la acrópolis, en los barrios abigarrados de la antigua judería, en las plazoletas donde se arremolinaban los mercaderes levantando sus puestos y azuzando a sus animales de carga—; los turcos siempre aparecían, ubicuos en su persecución. Cada vez que creía que les había dado esquinazo y echaba un vistazo fatal sobre los hombros para comprobarlo, perdiendo segundos vitales, encontraba a los diablos en la muchedumbre, los pares de ojos sarracenos, inflamados y ardientes, fijos en ella. Pero no podía dejar que la atraparan. Sentía las uñas clavándose en la palma de la mano de tanto que apretaba el mapa de Calvert, la clave de todo aquel misterio, el punto exacto donde empezar la excavación.

Oyó otro disparo y los gritos de la gente que corría despavorida. El tiroteo atrajo a los soldados que montaban guardia en el palacio cercano, y también ellos, incapaces de controlar el remolino de personas, acabaron disparando al aire. El caos aumentó y se apoderó de las calles, pero al menos en medio de aquella marea humana Sofía logró pasar desapercibida hasta esconderse en un callejón cercano. Ya no podía correr más. Había perdido los zapatos en la huida y tenía en carne viva los pies, destrozados por los golpes contra los adoquines. El corazón se batía furibundo, luchando por liberarse de la opresión férrea del corsé. Estaba a punto de desfallecer. De nuevo oyó gritos y disparos. Más fuerzas del orden habían irrumpido en la batalla urbana. Sin perder un instante se ocultó tras unos toneles y se llevó la mano a la boca tratando de contener la respiración jadeante, antes de que el oído agudo del depredador la localizara.

Así aguantó dos horas de tiempo lento y doloroso, las más largas de su vida, hasta que finalmente oyó decaer el estruendo de la estampida. Un angustioso silencio fue cayendo conforme la tarde daba paso a la noche. No podía quedarse allí, arriesgándose a que se abalanzaran sobre ella en la oscuridad de las calles vacías; tenía que volver a casa. El terror todavía le agarrotaba los músculos, pero a base de coraje logró doblegarlo y arrastrarse hasta la esquina del callejón para echar un vistazo a la calle. Nadie. Quizá fuera una trampa, pensó. Quizá estuvieran aguardando a que diera un paso en falso para cazarla. Daba igual; no habría otro momento. Conjuró todo el valor que fue capaz, guardó el mapa dentro del armazón del corsé y echó a andar con la cabeza gacha. Trataba de no llamar la atención, aunque imaginando su traje polvoriento, su palidez aterrada y su cabello enmarañado, supo que tal cosa era imposible.

Apretó el paso y cruzó la plaza vacía con una bola de hierro en la garganta. Los faroleros habían encendido el gas de las lámparas, pero la débil llama que se consumía dentro de los orbes de cristal y hierro forjado apenas hacía retroceder las tinieblas. Ansiosa, ojeaba los alrededores, buscando a los hombres de fez bermellón apostados en las esquinas, aguzando el oído para ver si notaba el deslizar silencioso de sus pasos o el desfundar helador de sus cimitarras. Siguió andando apresurada y finalmente alcanzó las luces de su casa. Cruzó atemorizada el jardín —¿quién le decía que no la estarían esperando agazapados junto a los cipreses o los arbustos de la entrada?—, y aporreó la puerta hasta que se abrió y se precipitó al interior.

Schliemann se llevó la mano al hombro y fingió una mueca de dolor.

—A mí un balazo me rozó aquí, justo por encima de la clavícula, aunque comparado con lo que podría habernos pasado, apenas es un rasguño. Fue un milagro, Yannikis, un auténtico milagro. Unos centímetros más a la izquierda y me habría atravesado el cuello. Pura intervención divina. Ya lo ve, este mapa —y de nuevo lo sostuvo en el aire— es vital.

—¿De modo que los otomanos saben que usted se plantea excavar las ruinas de Troya? ¿Cómo se enteraron?

—Tienen espías por todas partes. Lo importante es que sin este mapa que le acabo de enseñar, no saben dónde la andamos buscando. Pero que eso no le haga pensar que estamos a salvo. Tarde o temprano nos encontrarán. Para cuando lo hagan más vale que hayamos rescatado las reliquias de la civilización troyana, o nos fusilarán y nos echarán a las zanjas del yacimiento antes de hacerlo saltar por los aires.

—¿Cree que ésa es su intención, doctor?

—No tenga ninguna duda. Y no sólo porque pretendan destruir los restos de Troya por razón de su dogmatismo iconoclasta, no. Pretenden robarle a Occidente su pasado, amigo Yannikis; privarlo de la que fue su única luz, la de la civilización griega.

Oyendo hablar a Schliemann, imaginé los restos del naufragio del *Radamantis,* permanentemente humeantes sobre el frío mar de mi memoria, y a mis amigos hundiéndose bajo la superficie de las olas. Lo que hasta entonces siempre había sido una hipótesis de pesadilla —que una mina otomana hubiese hundido el barco destinado a auxiliar a los rebeldes de Creta— se convirtió en una certeza a la luz del relato que acababa de escuchar. Aquello atizó en mi seno los rescoldos de una guerra antigua y el deseo de encontrar el tesoro troyano y devolverlo a Grecia, de ir incluso a la batalla por defenderlo. ¿A la batalla contra quién?, habría tenido entonces que preguntarme. Aún hoy, detenido en este examen de mis recuerdos, no consigo dar con la respuesta. Contra los turcos, me digo, que habían matado a mis amigos. Contra el mundo de mi alrededor, contra sus circunstancias. Quizá contra mí mismo.

IX

LAS DUNAS

Pasé el resto del día atareado. El doctor me entregó unos informes redactados por él, en los que describía la orografía de la región y su relación con los antiguos mitos, encomendándome transcribirlos en sus cuadernos. Estaba preparando sus memorias. Schliemann tenía una letra atormentada, de grandes quiebros y agudos picos. Descifrar una sola de sus palabras constituía toda una hazaña de arqueología lingüística, y no sólo por lo jeroglífico de su caligrafía, también por sus ideas, tan insólitas como retorcidas. Estuve horas encerrado en la penumbra, encadenado a los tortuosos renglones de mi patrón. Cuando cayó el sol, me encontraba pálido y fatigado como si hubiera estado cavando con los mineros. Mis pulmones anhelaban aire fresco y mis ojos una realidad más allá de aquellos malditos escritos. Me escabullí del campamento y seguí un sendero de tierra que serpenteaba hacia el oeste. Caminé entre fragantes matas de lentisco salvaje y alcornoques polvorientos, alejándome del yacimiento y yendo a parar al mar, brillante y frío a esa hora, de un intenso color azul que pacificó los fantasmales humores suscitados por el oficio literario.

La playa se extendía hacia una lejanía ondulante en la que el viento mecía las mansas dunas de espuma y las grandes olas de arena. La luz poniente al otro lado del mar caía sobre aquella orilla como antaño lo hizo el verso, y suscitaba en mí una curiosa

melancolía. Imaginé que era allí donde habrían recalado las naves aqueas, entre aquellos médanos habrían asentado el campamento con el ánimo fervoroso y presto a la conquista, y de aquellos esteros cenagosos habrían sacado agua y abrevado a los caballos... Ninguno de los que tan valientemente se había alistado para ir en rescate de Helena habría supuesto en el momento de llegar que pasarían diez años varados como auténticos náufragos en esa landa, y que bajo esas mismas dunas en las que clavaban sus tiendas acabarían estando sus tumbas. Ignoraban que los cielos crueles mandarían todo tipo de plagas sobre ellos; que los caudillos que tenían que liderarlos se pelearían, egoístas, entre sí; que la victoria acabaría pesando sobre sus conciencias lo que la peor de las derrotas; que el regreso aún duraría una vida entera y que para muchos no llegaría nunca.

Agucé el oído. En aquel silencio sepulcral, en el que sólo al aire se le permite entonar sus letanías, había llorado Aquiles sobre el cuerpo de Patroclo, y el rey Príamo por el de su hijo Héctor, suplicando de rodillas que se lo devolvieran. También yo podía oír su llanto y sentir en mi pecho su dolor. Ioannis, Pedro y Miguel...; sé que vuestras tumbas se encuentran a cientos de leguas de aquí, en las entrañas submarinas de la isla de Creta, pero viendo ante mí las de los héroes de la *Ilíada,* no puedo evitar imaginaros en ellas. Al fin y al cabo, una idéntica promesa de venganza y de aventura os arrancó de la vida en plena juventud. Un mismo enemigo oriental, rival acérrimo de Grecia, fue vuestro asesino. Quiero acercarme, arrodillarme ante vuestros túmulos, dejaros una flor silvestre o un pensamiento, pero no puedo. Me digo que es por culpa y por vergüenza, pero sé que es por miedo en realidad, miedo a que súbitamente el viento arrecie, se lleve la arena para formar una duna nueva más allá, y deje al descubierto que no hay ningún sepulcro bajo este suelo.

Anduve en silencio por la orilla, volviendo la cabeza de vez en cuando para ver mis huellas desaparecer, cuando me topé con una senda marcada por pies pequeños que corría desde los pliegues del traje de Sofía Schliemann. Caminaba sola, con la cabeza hundida, unos pocos metros por delante de mí. Su cabello negro, libre del moño con el que normalmente lo domaba, flotaba desordenado en el aire, igual que sus ropas, que lo hacían fantasmagóricas, dándole el aspecto de una aparición. Verla causó en mí la misma fascinación y el mismo misterio que si lo hubiera sido.

La llamé, pero el viento se llevó mis palabras. Cuando me acerqué y le puse una mano en el hombro, ahogó un grito.

—¡Creí que era usted uno de los mineros! —dijo, claramente aliviada de verme—. El yacimiento puede ser un lugar agotador, lleno de gente. ¿Usted también viene aquí buscando la soledad?

Asentí bobamente. Tanta confianza como había sentido acercándome a ella y ahora era incapaz de hablar en su presencia. Tampoco quería confesarme aturdido tras pasar horas deambulando por los laberintos dementes del doctor, y que me creyera débil, lento al trabajo o pronto a la queja.

—Yo también —prosiguió—. Pero no se lo diga al doctor Schliemann, me advirtió de los peligros que entraña que una mujer camine sola por un sitio así.

—Puede que tenga razón —me oí comentar.

—Bueno, en ese caso, ya está usted conmigo.

Sentí el pudor enrojeciendo mis mejillas. De poco podría valerla si de pronto nos emboscara un bandido otomano, tan enclenque y macilento como era y sigo siendo. No obstante, que Sofía confiara en mí como su protector hinchió mis labios con una sonrisa.

—¿Ha visto? —me dijo, señalando las crestas de arena—. Las dunas bajo las que enterraron a los héroes. Parece mentira que

estemos en el mismo sitio que pisaron ellos, tantos siglos después..., que fuera aquí donde desembarcaron los aqueos hace casi tres mil años, clamando venganza contra los troyanos, decididos a morir con tal de llevarse a Helena de vuelta con ellos. Mire allí, Yannikis, a la colina. —Seguí su dedo soñador hacia el horizonte hasta que se topó con el contorno de Hisarlik, que con su verticalidad quebraba la distancia—. Imagine que allí donde ahora sólo vemos un promontorio de tierra fue donde Aquiles, Agamenón, Áyax, Menelao y el resto de héroes y reyes griegos vieron levantarse las torres de la mayor ciudad de su época, las murallas inexpugnables construidas por los inmortales, los pendones púrpuras de la casa real de Dárdano...

Me era fácil imaginarlo —cómo no—, pero lo cierto, lector, es que habría visto proyectada sobre la colina cualquier cosa que Sofía me refiriera. Sus palabras, que se confundían con el arrullo del mar y el aire, suplantaban con sueños todos los recuerdos de mi memoria. Podría decir, para facilitar una imagen con la que se me entendiera, que su voz se asemejaba a la de las sirenas que amenazaron al astuto Odiseo en su regreso a Ítaca, pero qué mal escritor y qué mal enamorado sería si encasillara en ese lugar tan común como infame a quien, al contrario que las sirenas, no embelesaba ni cautivaba con malicia ni fines monstruosos.

—Cuando llegué aquí por primera vez y caminé por esta playa, supe que era el lugar. No había duda. No me hizo falta mapa alguno.

Pensé al oír eso que mi interlocutora hacía de menos el maravilloso documento que Calvert les había entregado y por el que ella en particular había estado a punto de morir. Quise ahondar en la persecución de Atenas relatada por el doctor, pero me abstuve temiendo que aquello la hiciera revivir momentos dolorosos.

—¿Fue entonces una suerte de corazonada? —preferí preguntar.

Sofía posó sobre mí sus grandes ojos esmeraldas.

—¿Usted qué siente cuando ve estas dunas y la colina a lo lejos?

Volví la vista hacia el paisaje, hacia la landa infinita donde habrían combatido y muerto los héroes, los túmulos heroicos donde estaban sus huesos, las montañas añiles en la lejanía a las que se habían encaramado los doce Olímpicos, expectantes.

—Que este es el lugar —confirmé.

Ella sonrió complacida.

—En mi caso fue más que una corazonada —retomó—. He soñado muchas veces con la *Ilíada,* señor Yannikis, desde que era niña. Muchas veces he fantaseado con encontrar los restos de la historia. Sé que probablemente por ello mi cabeza me jugara una mala pasada cuando vine aquí, pero le prometo que tuve la sensación de haber pisado esta tierra antes. En otro tiempo, en otra vida, tal vez. Reconocía los árboles, las piedras, incluso la forma de Hisarlik...

—Como si fuera usted Helena de Troya —dije, soñador—, regresando a casa tanto tiempo después.

—Curioso que se refiera a Troya como el hogar de Helena —repuso ella.

—¿Acaso no lo fue? Aunque al final regresara a Esparta con Menelao, su marido, donde fue plenamente feliz fue aquí, en Troya, con Paris. Éste fue su verdadero hogar.

Sofía guardó silencio, meditabunda.

—Puede que tenga usted razón, Yannikis... —murmuró finalmente.

Asentí, henchido, con una sonrisa.

—Ni toda la culpa por haber ocasionado tanto dolor y muerte lograron amargar su felicidad. No me negará que es una idea hermosa.

—En absoluto —me respondió. Pero al instante su expresión se contrajo con un milímetro de tristeza—. Heinrich a veces también me

llama Helena, como si fuera yo su reencarnación.

Me es difícil expresar el dolor que me atería cada vez que escuchaba el nombre «Heinrich» pronunciado en sus labios. En mi ilusión (y mi estupidez) había llegado a disociar entre el doctor Schliemann y Sofía hasta el punto de olvidar que eran marido y mujer. No en vano, era la única manera de permanecer en Hisarlik, de convencerme de que estaba allí por ella y de que al final de aquella excavación, la encontraría. Y si a veces, dialogando con Sofía, hablaba yo de «su esposo» o «su marido», en vez de emplear el impersonal y lejano «doctor Schliemann», lo hacía desconociendo a propósito el significado de las palabras. De no haberme engañado de esa forma, me habría sido imposible trabajar en el yacimiento a las órdenes de quien para mí era su captor, viéndola todos los días y sabiéndola inalcanzable. Me había resignado, sin saberlo, a ensayar todo tipo de artificios a fin de mantener viva la esperanza, mintiéndome sin pudor ni condescendencia. ¡Pero no se puede vivir así sin enloquecer!, dirás, lector, si es que eres sensato. Te aseguro que antes que las trampas tendidas a mí mismo, antes que los delirios de los que me valía para negar las verdades incómodas y avivar los sentimientos convenientes, antes que todo eso, o que cualquier otra cosa, me habría hecho enloquecer la realidad.

Así, la mención de su marido me golpeó de lleno haciendo trizas mis autoengaños y defensas. Nuestra conversación, a bordo de la cual creía haberme adentrado en el reino de su confianza, descarrilló como una locomotora a toda velocidad. El silencio cayó sobre nosotros como una desgracia. Deseé que me devorara la tierra o que el mar me arrancara de la orilla, pero tales cosas no hicieron falta: la mirada apurada de Sofía me hizo recordar de golpe mi posición, y su sugerencia de que volviera al yacimiento por si el doctor me necesitaba acabó de rematarnos a mí y a mis ridículas fantasías.

X

A LOS PIES DE LA COLINA

—¡Rápido, todos a la colina! —gritó Georgios Photidas, arreando a los obreros con su fusta de equitación hacia el lugar indicado, que era junto al sendero de subida, frente a una gran piedra rojiza.

El sol del crepúsculo teñía el cielo con su sangre. Al ocultarse detrás de la colina, produjo una suerte de eclipse que dejó Hisarlik en absoluta umbra, pero rodeada por una cegadora aureola. Me tapé la cara ante aquella visión, que parecía preceder a la manifestación de un ser sobrenatural. Y como si tal fuera el caso, una terrible voz resonó entre nosotros.

—¡Señores! —nos llamó.

Entreabrí los párpados, protegiéndome del resol deslumbrante, y vi la siniestra figura del doctor Schliemann desleída entre los fogonazos de luz, como si fuera una visitación; quién sabe si mística o infernal. A su lado encontré a Sofía, silente y marcial como la digna esposa de un temible guerrero, y algo más apartado a Calvert, que contemplaba la escena atravesado por una expresión de vergüenza y preocupación.

Schliemann se encaramó a la gran piedra. Photidas fue a ayudarle, pero el doctor lo apartó con un golpe de su bastón de ébano.

—*Qui comprendre le français?* —nos preguntó desde arriba. Apenas unos pocos levantaron la mano—. *And English? Who here understands English?*

Menos todavía.

—Griego, señor —le deslizó el capataz—. Pruebe con el griego.

—¿Antiguo o moderno?

—Moderno.

El doctor aclaró la voz y volvió a empezar.

—¡Señores! ¿Dónde se encuentran ustedes?

La pregunta nos sorprendió a todos más aún que el sondeo de los idiomas. En apariencia tan sencilla, podría esconder algún truco.

—En la colina de Hisarlik —dijo uno de los mineros.

—¡Exacto! —respondió con un entusiasmo feroz—. *Hisarlik,* que en turco significa «colina del castillo», pero que nosotros llamamos «de los dárdanos». ¿Y por qué?

Schliemann tenía un aire enardecido, como un capitán de navío arengando a su tripulación frente a la tempestad.

—¡Exacto, exacto! —repitió cuando el mismo minero le dio la respuesta—. Aquel hombre es despierto y no olvida, ¡no como el resto, que parece que son estatuas! Señor Photidas, que reciba un poco más de vino... Sí, mis hombres, sí. Habrán oído ustedes el rumor, pero ahora quiero que lo escuchen de los labios de su patrón: ¡es cierto, la colina de los dárdanos no es otra cosa que la acrópolis de la antigua ciudad de Troya! Y como fósiles bajo la tierra, debajo de esa colina están los huesos de los héroes, los restos de la ciudad y sus inmensos tesoros... Han escuchado bien. ¡Tesoros! Y no cualesquiera, sino los más codiciados de todos los tiempos. Troya era, según todas las fuentes, de las ciudades más ricas del mundo antiguo. ¡Y esos tesoros están bajo nuestros pies! Sólo esta colina se interpone entre nosotros.

Ahora parecía un tentador como los que por azar siempre se aparecen a los que vagan por el desierto, ofreciéndolo todo de forma tan obvia y sencilla que es imposible decir que no.

—¡Miren esto! —exclamó.

Tras rebuscar en su bolsillo extrajo una pieza de oro, que refulgió en sol crepuscular.

—No, no crean que esto es oro de alguna mina de California ni una moneda que hallé en el fondo un río americano. ¿No lo ven bien en la distancia? ¡Yo les explicaré lo que es! Es una pulsera de oro, un brazalete forjado en un tiempo muy antiguo. Lo encontré en la primera excavación que hice en tierras griegas hace muchos años, acompañado tan sólo de mis colaboradores más estrechos. ¡Es un brazalete troyano! Los símbolos con los que está decorado y la datación del metal lo aseguran. Una joya de Troya, robada durante el saqueo hace más de tres mil años. Fue entonces cuando supe que ésta era una tierra preñada de tesoros, que las grandes civilizaciones del mundo se asentaron en esta costa y que los aqueos acudieron aquí buscando algo más que a la bella Helena. Troya era la ciudad que más riquezas acumulaba... ¡Y éstas se hallan a nuestro alcance!

La voz de Schliemann brotaba hechizante de su garganta, vibrando con todas las cuerdas de su corazón. Y por eso pudo apoderarse también del de los mineros.

Miré de reojo a su mujer; mantenía la cabeza gacha, como queriendo protegerse del destello infernal del brazalete de oro, que cegaba a todo el que lo viera. A su lado, Calvert se revolvía inquieto, su rostro había perdido la rojez de la vergüenza y se había deformado con un acceso de cólera contenida.

—¿Qué me dicen, señores? —prosiguió el doctor—. ¿Quieren compartir esos tesoros conmigo?

—¡Sí! —estallaron al unísono—. ¡Sí!

El doctor los arengaba cada vez más.

—¿Encontrarán conmigo la gran ciudad de Troya? ¿Caminaremos juntos por entre las ruinas de sus calles y sus palacios en busca de

sus misterios?

—¡Sí!

—Diez años estuvieron los griegos poniendo bajo sitio estas murallas, levantadas por el propio Poseidón. Diez años tratando de derribarlas para hacerse con la bellísima Helena y con las riquezas que atesoraba. Pero... —soltó una sonora carcajada—, contando con ustedes y con su fuerza... ¡desenterraremos la ciudad en mucho menos tiempo y gozaremos antes de sus tesoros!

Y de nuevo un estallido.

—¡Pues adelante, mis hombres! Caven, caven como si les fuera la vida en ello y allá donde les indiquen los capataces y los ingenieros. ¡Sigan todos mis órdenes, que yo sigo las del Supremo! Ésta es una lucha por un designio divino, ¿no se dan cuenta? Troya, ciudad sagrada, venerada desde el tiempo antiguo... ¡Gracias a ustedes, volverá a ser de los hombres!

Por obra de su palabra, aquellos mineros, en su mayoría trabajadores de los ferrocarriles abandonados y de las huecas canteras de la Anatolia, de pronto se habían convertido en los soldados de la *Ilíada,* los propios mirmidones de Aquiles, dispuestos a seguir a su líder en aquella guerra contra el enemigo —una colina de tierra— que nos impedía del mayor tesoro jamás habido. Era tarde y el sol caía después de un día colocando vigas y trazando zanjas nuevas, pero, al olor del oro, todos se apresuraron a coger de nuevo sus herramientas, abandonadas en los chamizos, y lanzarse de regreso a las trincheras. A la luz de los faroles, cantando, silbando y echando tragos de la bota de vino, desbordados por la alegría del momento, comenzaron a hincar con saña sus picos en la ladera. Parecía que despiezaban una res muerta después de días sin comer.

—¿Por qué me mira así, señor Calvert? —inquirió de pronto Schliemann—. ¿A qué esa cara descompuesta y esos ojos cargados de furia? ¿No está de acuerdo con lo que digo?

—Lanza a los mineros a por oro como si fueran piratas —masticó.

El doctor resopló molesto, adivinando una inminente y hastiosa diatriba con su socio.

—No hay otra manera de arrancarles premura a estos perros, señor.

En eso tenía razón. Ellos podían andar buscando las murallas de la *Ilíada,* pero al final eran los hombres los que cavaban, y a los hombres no los movía la curiosidad ni el conocimiento. La avaricia era lo único que atizaba sus plutónicos corazones.

—Y ya sabe que tarde o temprano los turcos... —siguió Schliemann.

—Usted conjura fantasmas y acabará convocándolos —dijo el inglés—. Tiene miedo de lo que los turcos puedan hacer, pero les está dando la razón. ¡Claro que pararán las obras y nos expropiarán el arte (y las manos) si ven el ansia con que estos hombres buscan tesoros! No podrán sino pensar que pretendemos vender lo que encontremos y cobrarnos una fortuna. Y yo no los culparía, pues parece que, tras el buen nombre de la ciencia, oculta usted su codicia.

Schliemann se bajó de la piedra y se acercó amenazante al arqueólogo. Pero no hubo rabia en su reacción, sino decepción; se dolía, como si ese fuera el insulto con el que siempre trataban de desacreditarlo aquellos que no entendían sus motivos.

—¿Codicia? —replicó indignado—. ¿De qué codicia me habla? ¿Cómo es posible que me acuse de eso, si estoy gastando mi fortuna aquí, arrojándola por esas zanjas...?

—Quizá quiera recuperar la inversión lo antes posible.

—No, querido Calvert, esto no es una cuestión de dinero, sino de conseguir aquello que nos proponemos. Troya está bajo este suelo y no hay otra forma de alcanzarla que cavando a destajo. Usted es un hombre paciente, nada le corre prisa y admiro su virtud, pero quizá por eso ha pasado veintiocho años en este páramo sin encontrar una ruina. Yo no pienso esperar tanto, sobre todo cuando nuestro objetivo está tan cerca y bastan unas gotas de nuestro esfuerzo para lograrlo. ¡No me dejaré amedrentar! ¡Por Dios, cavaría en la superficie del mar si supiera que así voy a dar con el pecio legendario del *Argo*!

—Su obstinación es enfermiza, doctor. Y nos costará muy caro.

Schliemann se revolvió ofendido.

—¿Obstinación? Quizá esté en lo cierto..., pero no dejaré que me tome por un pobre loco. Veo que he de hablarle con franqueza e incluso revelarle mis peores secretos para que confíe en mí y comprenda de una vez por todas qué es lo que hago en el Oriente otomano buscando una ciudad en la que nadie cree... Estoy aquí por mi padre, por la promesa que le hice la última vez que lo vi, cuando le aseguré que la encontraría.

Y así fue como Schliemann nos descubrió el motivo de su monomanía.

—Era yo muy pequeño cuando, inmerso en el libro que me había regalado mi padre para distraerme del hambre y del frío, señalé inocente con el dedo el dibujo que mostraba la ciudad de Troya en llamas y el caballo de madera. «¿Existe aún esta ciudad?», le pregunté. El buen hombre —a quien recuerdo con cariño, entregado al hábito protestante y a la misión de salvarnos antes el alma que la vida—, no se esperaba aquella pregunta. «Debió de existir», me contestó. «Pero hará ya muchos siglos que sus ruinas están en lo más hondo de la tierra, lejos de la mano del hombre».

»Su respuesta, cuya ambigüedad obviamente yo no entendí, de inmediato sembró en mi tierno pecho de infancia una fuerte corazonada, hoy ya vieja, que me acompañó, ora atormentándome, ora llenándome de vida, el resto de mis días. Me convencí de la existencia de las ruinas y llegué a creer que allí estarían no sólo los muros blancos del palacio del rey Príamo, sino también la tumba del héroe Aquiles, los maderos fosilizados del caballo con el que los griegos entraron a la ciudad y las joyas de la bellísima Helena, la mujer por quien todo había empezado. De modo que me juramenté, como hacían los caballeros de mis novelas, a encontrar los restos de la leyenda. Mi padre sonrió, supongo que divertido o condescendiente con las fantasías de su hijo. Sin embargo, aquel gesto, junto con su caricia, selló para mí un pacto de por vida.

»Pero mis pasos aún tardaron en encaminarme a Troya. Pronto no bastaron libros ni leyendas para distraernos del hambre y del frío, y mi padre hubo de enviarnos a vivir con unos parientes lejanos. No volví a verlo, pero la promesa que le hice me acompañó siempre, como una representación de su espíritu, procurándome un consuelo infinitamente mejor del que jamás pudieron darme la estricta devoción y contemplación luteranas.

»Y aun así, maldito de mí, olvidé mi palabra. Podría decir que fue el hambre, que fue el frío, que fue la necesidad de labrarme un futuro para no morir, pero serían excusas vanas. Mi vida continuó perjura desde entonces, andando yo siempre azorado por una angustia para la que nunca encontré causa hasta que un día, cuando me hallaba al borde de la muerte, la recordé. Y me dije a mí mismo, señor Calvert, que ya no la olvidaría.

»Dice usted que busco oro, cosa que es mentira, o que me asustan los turcos, cosa que es cierta, pero el auténtico motivo de mi premura y de mi miedo no es otro que esta promesa. Cada día

que paso sin hallar Troya, siento que mi padre se desvanece un poco más en el Hades, por donde mora roto de dolor por la decepción que le causa su hijo. La segunda muerte de los muertos, recuérdelo, no es otra que el olvido de los vivos; a él sucumben todas las ánimas, y con mucho más dolor que a las llamas en las que se consumen. He tardado años en alcanzar la colina de los dárdanos. Ya no puedo esperar más, en especial sabiendo cómo nos acecha la muerte aquí. La malaria, el calor, los turcos, o estos mismos bárbaros, que descontentos con la ganancia quizá resuelvan cortarme el cuello... Son muchos los peligros que pueden llevarnos y yo no dejaré que lo hagan sin haber localizado la ciudad y cumplido mi promesa.

»Y sí, tiene usted razón: precisamente esta rapidez con la que insto a los hombres puede alentar a los turcos, como el movimiento de las hojas en la selva delata al predador la presencia de la presa; pero es un riesgo que estoy dispuesto a asumir antes que permanecer expectante diez, veinte, ¡treinta años! El diablo no me ha concedido tanto tiempo para conseguir mi propósito, señor Calvert. Antes se llevará el alma de mi padre.

Lo cierto es que Schliemann usaba a su padre como todos usamos al nuestro: como excusa de nuestro comportamiento. Más que un arquetipo, el padre es un baluarte tras el cual protegernos de todos los demonios que anidan en nuestro ser; que son, en su mayoría, engendros de un linaje partenogenético, es decir, que brotan, como Ateneas malditas, de nuestra propia cabeza. En definitiva, el padre es una justificación, un ardid; en realidad Schliemann había inventado ese asunto de la promesa hamletiana para ocultar algo muy íntimo, muy siniestro. Y es que no era, como le dijo a Calvert, el alma de su padre la que estaba en juego, sino la suya. El doctor había fiado su salvación a la existencia de Troya, por eso la colina de

los dárdanos lo desafiaba como el peor de los enemigos, porque ponía en riesgo la angosta posibilidad de redención que le quedaba.

Todo esto lo sé porque después de que aquella expedición de Hisarlik terminara en tragedia, incapaz de sacudirme la impresión de lo que allí aconteció y poseído por el afán obsesivo de entenderlo, me dediqué como buen arqueólogo a buscar las ruinas de la vida de Heinrich Schliemann. Necesitaba respuestas para entenderlo a él.

La historia había comenzado algunos años antes, en San Petersburgo. Schliemann estaba casado, pero no con Sofía, sino con otra mujer: Ekaterina Lyschin. Aún vivía; la encontré vestida de negro, una viuda sin derecho a serlo, deambulando sin rumbo por los cuartos vacíos de una casa sin hijos, fría como un témpano, soñando con el momento de arrojarse a las vías del tren.

En el momento en que Ekaterina estaba en escena, el doctor era conocido solamente como el *señor* Schliemann y se encontraba en la aparente plenitud de su existencia. A sus cuarenta años, la vida transcurría por una de sus fases de navegación más dulces y apacibles. Tras haberse instalado en Rusia, había invertido con mucha pericia en el comercio de índigo y conseguido multiplicar su ya extensa fortuna. Su matrimonio con Ekaterina, hija de un abogado con buenas conexiones, le permitió además medrar en la sociedad petersburguesa, llegando incluso a rozar círculos próximos al zar, si bien nunca fueron convidados a la corte imperial. Los Schliemann adquirieron una gran mansión en plena avenida Nevski, donde los martes se dedicaban a recibir a lo más selecto del orden social ruso, y una gran finca en el sur, que Schliemann compró a unos parientes arruinados de los Lyschin, donde empezaron a pasar apacibles veranos que a veces duraban casi medio año. No tardaron tampoco en llegarles los hijos —¡tres!, ni más ni menos—. La vida era fácil, serena. Apenas se avistaban en sus cielos algunas nubes

dispersas y las esclavitudes diarias podían descuidarse largo tiempo sin que el rumbo vital virara lo más mínimo; la nave iba sola, avante hacia la eternidad.

Podría decirse que un día cambió todo, aunque rara vez cambian las cosas en un solo día.

Una mañana de otoño, Schliemann amaneció sintiéndose muy cansando y con el ánimo turbio. Pasó semanas así, sin adivinar una causa clara y con los peores síntomas todavía por aparecer. Con una resolución insultante, familiares y amigos achacaron su estado al exceso de trabajo y alegremente prescribieron una temporada en el campo o en los balnearios termales de Europa para mejorar el espíritu. De nada sirvieron aquellos remedios. La belleza del campo se le atragantaba y las termas europeas le parecían un hediondo hervidero de poetas y tuberculosos. Schliemann volvió al cabo de los meses a San Petersburgo más hastiado y melancólico de lo que partió. Ya no encontraba placer en las cosas; cada día sucedía igual que el anterior; no tenía nada hacia lo que mirar, ningún proyecto lo desafiaba, y entendió que sólo le quedaba esperar a la muerte. Era como si de pronto hubiera levantado el velo gris que cubre la vida y descubierto el auténtico sinsentido que es ésta en realidad. Su mujer no se resignó a que el exilio demente de su marido se tradujera en el ostracismo social para ella, de modo que llegada la temporada de bailes en el gélido diciembre, lo engalanó de frac y lo forzó a acudir a todos, creyendo que a poco que compartiera risas y copas de champán con sus amistades recuperaría la vitalidad. Qué ilusa. Schliemann se quedaba siempre apartado, mustio y rehusando hablar con nadie. La vanidad de los invitados le ofendía; la conversación le parecía una ridícula pérdida de tiempo, cuando no una frivolidad; incluso la bella música de los violines se convertía en un chirrido infernal al entrar por sus oídos. Echaba tragos para

calmarse, y en el fondo aguado de la bebida encontraba el amargo sabor de su infancia, cada vez más lejana. En el baile de Año Nuevo, no pudo reprimir por más tiempo las lágrimas de su angustia sin nombre y se echó a llorar en un rincón. Sin despedirse de nadie, y dejando atrás a Ekaterina, se escabulló de la fiesta y volvió a casa. Soplaba un viento desgarrador, cargado de carámbanos, y el cielo taponado de nubes no ofrecía el consuelo de ninguna estrella. Mientras cruzaba un puente, el de los Cuatro Caballos, justo donde dicen que los errantes se topan con el diablo, Schliemann se sorprendió contemplando la tentadora idea del suicidio. Y si esa misma noche no se tiró al gélido río Neva fue porque Dios, o acaso Lucifer, no lo quiso.

Al día siguiente, amaneció con un dolor horrible en el pecho. Descartó que fuera un infarto, pues el dolor provenía de un lugar debajo del corazón —mucho más profundo y mucho menos concreto —. Sentía como si una azada ardiente le abriera un surco en mitad del pecho, partiéndoselo en dos hemisferios. Era tal el dolor, que se desmayó antes de que llegara el médico. Pensó felizmente que se moría, pero tan sólo cayó en un sueño muy extraño, en el que, según dijeron los que le atendían, estuvo hablando con voces diferentes, como si dialogara con un personaje de su ensoñación. A los tres días despertó exánime, y ya con aquel vívido recuerdo de infancia y la idea incurable de Troya en la cabeza.

De pronto su ánimo sombrío desapareció. Volvió a sentir que vivía por algo mayor que él y que ese algo lo aguardaba al otro lado del valle de lágrimas. Por fin tenía un propósito, y ahora la angustia y la aprensión le venían de que no le fuera a alcanzar la vida para llevarlo a cabo. Se encerró durante meses en su estudio, acudiendo a cientos de libros, invocando antiguas lenguas y el espíritu de historias olvidadas a fin de obtener un detalle, una mínima pista que

lo acercara un paso más a la ubicación de la ciudad de Troya. Poco le importó —no por cruel, sino por ajeno— que en todo ese tiempo sus hijos crecieran sin padre, sus negocios avanzaran al borde del descalabro en manos de socios altaneros y gerentes irresponsables, y que su mujer sufriera el acoso de una sociedad que se regodeaba en la desgracia ajena. Su labor era demasiado importante para detenerse en esas minucias.

En aquel tiempo, Schliemann añadió el dominio del griego antiguo y el moderno a su ya extenso elenco de idiomas. Gracias a ello analizó la *Ilíada* hasta la locura. Comenzó la titánica labor de traducir el poema a todas y cada una de las lenguas que conocía, como si algún espíritu le hubiera asegurado que ése era el método mágico para dar con el paradero de la ciudad. El método que ingenió no tenía, desde luego, parangón en la historia de la lingüística: consistía en traducir una palabra por todas sus variables posibles, en cuantos idiomas la contuviesen, no con el objetivo de que no perdiera su significado, sino tratando de aguzarlo aún más en el proceso de traducción. Como un alquimista en su laboratorio, destilaba las voces de verbos, adjetivos y sustantivos, pasándolos de un idioma a otro más alambicado para así lograr que la base semántica de cultura e historia impregnada en cada lengua transmutara las impurezas de las palabras y produjera una quintaesencia filosofal con la que por fin descifrar los códigos secretos que Homero había ocultado cuidadosamente entre líneas. Cada fracaso prometía una nueva retahíla de intentos; cada retroceso se sentía como un paso hacia delante. Y así una mañana, Schliemann al fin dio por satisfechos los experimentos de su ciencia revolucionaria y decidió pasar a la parte práctica de su proyecto: era el momento de partir a Grecia.

Salió del encierro en su despacho años más viejo, pero con un ánimo joven y entusiasmado. Se acicaló, se enfundó un traje nuevo

y un buen abrigo de piel y ordenó al criado que preparara el carruaje. Salía por la puerta cuando Ekaterina, la mujer que en silencio lo había estado soportando todo, se interpuso en su camino y le preguntó sollozando adónde iba después de todo ese tiempo.

—A ver al abogado —contestó mientras se abotonaba el abrigo frente al espejo y se terminaba de atusar el bigote—. Voy a pedirle que nos gestione el divorcio.

Aquella pobre mujer no pudo contenerse. Bufó de rabia, agarró lo primero que encontró, que fue un hermoso jarrón chino, y lo arrojó a la cabeza de su marido. Schliemann se hizo a un lado y el jarrón se estrelló contra el suelo, rompiéndose con el sonido con el que se rompen los matrimonios: sordo, cristalino, irreversible. Era su jarrón favorito, una antigüedad única elaborada con la delicada técnica *sang de boeuf* en el siglo XVIII. La había traído personalmente desde China, cuando viajó allí a los treinta años. Se agachó y con infinita ternura comenzó a recoger los pedazos, que dejó sobre una mesa. Luego pasó frente a su esposa y le dirigió su última mirada, una mirada de ojos extraños, no duros ni fríos ni indiferentes, tan sólo extraños, como esos con los que se mirarían a lo lejos dos almas ajenas antes de retomar su ruta por caminos opuestos del universo.

XI

EL ARQUEÓLOGO DE LOS DARDANELOS

El sol desapareció y Hisarlik quedó desleída en el ocaso. Vista en esa hora, evocaba la misma montaña de Sísifo, o la misma colina del Purgatorio. Mientras ensillaba mi caballo, vi pasar a las partidas de mineros de regreso al campamento: iban felices, libres sus esfuerzos y comentando en voz el discurso del patrón, imaginando los fabulosos tesoros que pronto encontrarían, ajenos al durísimo trabajo, acaso estéril, que todavía restaba. Calvert también los miraba, supurando de desdén, mientras tiraba con fuerza de los aciones de su montura y apretando entre los labios un pitillo y su cólera sorda. Imaginé su enfado; al principio de su relación, el doctor le había consultado todo, había acudido a él buscando consejo, información sobre el yacimiento, sobre cómo proceder con la excavación y con los hombres; pero ahora Schliemann lo había abandonado en un rincón, como un libro de lógica olvidado por un dueño con apetencias de ficción. Noté los esfuerzos que hacía por contener todas las maldiciones que le quemaban en la boca. Ni siquiera esperó a que Sofía y yo estuviéramos listos para partir, se encaramó al caballo y salió al galope, perdiéndose en la oscuridad. No me hubiera sorprendido si en vez de a Villa Thymbra se dirigiera al fin del mundo sin ánimo de regresar; desde esa tarde, Calvert cargaba sobre los hombros el peso de los desterrados; Schliemann lo había exiliado, y no sólo de su yacimiento.

—Parece un hombre muy atormentado —deslicé a Sofía, que como yo se había quedado viéndolo marchar.

Ella volvió sobre mí sus ojos límpidos e inteligentes.

—¿Y quién que no lo esté vendría hasta aquí y se dedicaría a lo que nos dedicamos?

Le sonreí. Ya en el futuro, lector, he sabido que en realidad Sofía era la única despierta en aquel páramo durmiente donde todos andábamos sonámbulos en busca de nuestros sueños. Ella conocía la realidad; era como si hubiera decidido —por un motivo que no viene al caso dar a conocer— participar de nuestras quimeras.

En efecto, me dijo, Calvert estaba permanentemente envuelto en una tormenta. De su pasado Sofía no sabía mucho. El arqueólogo siempre se resguardaba en el silencio; nada compartía, nada preguntaba. Hubieron de pasar años antes de que este pobre escribidor entendiera al hombre que tenía frente a él: Frank Calvert era un ser carcomido por la culpa y soportaba los devaneos de Schliemann como penitencia. En su caso, el pecado cometido había sido el de dedicarse a la estéril arqueología en momentos en los que su familia, arruinada, bien habría necesitado su ayuda.

Los Calvert habían emigrado desde Malta años atrás para instalarse en el Oriente otomano en busca de fortuna. Sus hermanos la habían conseguido y operaban como prósperos intermediarios de negocios entre turcos y europeos. Pero el joven Frank era un negado para aquella clase de existencia burguesa. Se había probado desastroso como agente consular y también como gerente de las fincas familiares. Allá donde había campos de olivo, praderas fértiles y hectáreas de ganado, Calvert veía los yacimientos de antiguas civilizaciones que aguardaban ser desenterradas para revelar sus secretos. Un buen día, al cumplir los veintiún años, decidió abandonar su ruinosa participación en las empresas familiares y

entregarse plenamente al inútil estudio del pasado y la búsqueda incansable de antigüedades, convencido de que aquello era lo único para lo que valía en la vida.

No parecía haber problema con que aquel fuera el planteamiento de ocio de un joven más o menos pudiente, pero en el año 1855 cambiaron las fortunas. Las empresas se fueron a pique, las deudas se dispararon y la familia tuvo que vender propiedades y negocios a precios baratos para quitarse de encima a los acreedores. Sin embargo, ni aun en medio de la imperante necesidad que asolaba a su clan, pensó Frank en abandonar sus yermos sueños de arqueólogo —que, por cierto drenaban el mermado caudal familiar, puesto que el joven vivía de sus hermanos en la casa familiar y con sus excavaciones arruinaba el poco terreno cultivable del que podían obtener ganancia—. No es que no sufriera por el dolor de la familia ni se hiciera cargo de la situación, al contrario; simplemente no sabía cómo ayudar. ¿A qué negocios se iba a dedicar, a qué trabajos, si no entendía de números ni de economía? No era un buen empresario, la gente lo abrumaba y el dinero le parecía un asunto tan ordinario que no tenía reparo en dejarlo pasar aun cuando se lo ofrecían. Acabó diciéndose que lo mejor que podía hacer era perseverar en su búsqueda, pues el descubrimiento de Troya colmaría de prestigio y de riquezas materiales a los suyos y serviría para sacarlos a todos del agujero. Sólo necesitaba un poco más de tiempo para conseguirlo.

A pesar de esos pensamientos, con los que a veces lograba consolarse, y de la bondad infinita de sus hermanos, que jamás le reprocharon nada, Calvert no pudo huir de la crisis de conciencia. De modo que se decidió a buscar a quien lo socorriera. Por doquier buscó financiación para su proyecto, pero las cartas que enviaba a los conservadores de museo y las instituciones arqueológicas de

Londres y París, explicando su propuesta, nunca recibían contestación. El motivo no era otro que el estigma de decadencia que manchaba su piel. Nadie quería tener que ver con aquella familia arruinada ni con aquel nombre maldito, más aún cuando su hermano mayor Frederick fue a dar con sus huesos en la cárcel por fraude. Ni siquiera las peticiones enviadas a supuestos viejos conocidos, abusando del pretexto de la amistad, obtuvieron respuesta. Aquello fue un auténtico tormento, pues de esas cartas *sí* esperaba al menos una escueta contestación. Su ausencia generó infinitas respuestas en su mente, envenenando con la agónica incógnita del silencio sus últimas esperanzas.

El caso que más le dolió sin duda fue el de *sir* Charles Newton, a quien Calvert había llegado a considerar su amigo.

Antes de ser conservador del Museo Británico, Newton había pasado una temporada en el Mediterráneo oriental como cónsul de Su Británica Majestad en la isla de Rodas, posición que había aprovechado para avanzar en sus indagaciones arqueológicas en la isla de Kálimnos y en el yacimiento sin igual de Halicarnaso. En aquel tiempo, Newton había frecuentado a los Calvert y había compartido con ellos sus averiguaciones y sus planes de excavación. Frank encontró en él un hombre atento y muy interesado por sus propios proyectos en Hisarlik. Llegado el momento de despedirse, después de un tiempo en Villa Thymbra, Newton le dio una amical palmada en el hombro y le dijo muy sonriente: «Manténganme al tanto de sus descubrimientos». Calvert así lo hizo, y la decepción a punto estuvo de matarlo.

Pasó meses enviando cartas comunicándole sus progresos con entusiasmo y anunciándole en primicia sus conclusiones. Fueron años de correspondencia no correspondida, de cartas que caían al mar y se hundían en el olvido. Calvert justificaba el silencio de

Newton con un sinfín de excusas, volviendo la cabeza para no ver las trampas que él mismo se hacía en cada una de ellas. Achacaba la falta de respuestas a la dificultad de comunicar Turquía con Inglaterra en tiempos tan turbulentos y a la ineficiencia de la Real Compañía de Correos, pero al tiempo leía el *Times* de Londres y el *Edinburgh Review,* llegados a Dardanelos sin fallo en la puntualidad. También se consolaba diciéndose que el Museo Británico no estaba interesado en un arte tan antiguo como el que seguramente había en Hisarlik, que en aquel momento sólo tenía interés por el arte clásico, helenístico y romano, mientras en sus cartas al conservador lo congratulaba por la inauguración de las colecciones sumerias y egipcias, algunas de las cuales contaban milenios de antigüedad. Acabó incluso por acusar a las autoridades otomanas de interceptar sus cartas: imaginó una compleja trama de rabiosos funcionarios islámicos, conjurados para evitar que los europeos afincados en Turquía como él se comunicaran con hombres como Newton a fin de organizar el expolio de los tesoros del Imperio otomano.

Todo cambió un límpido martes de primavera en el que, mientras visitaba a un amigo anticuario en Dardanelos, supo que el buque británico que había fondeado cerca de la costa esperando al viento, el HMS *Chimera,* llevaba a Newton a bordo, en misión diplomática rumbo a Constantinopla. Calvert no perdió un minuto en correr de vuelta a casa y lanzarse sobre la pequeña barca de madera que pacía entre los juncos del viejo embarcadero al fondo del jardín. Soltó los cabos, alistó los remos, se arremangó la camisa y se puso en marcha.

Fue una navegación ardua: los músculos se tensaban por el esfuerzo hasta casi romperse y la piel le ardía bajo el sol de justicia. Sentía como si intentara remontar una gigantesca catarata, con toda la corriente del mar Negro bajando por el estrecho y arrastrándolo

de regreso al Egeo, en dirección contraria a su destino. Pero pensaba en los remeros de las mil naves de la armada de la *Ilíada,* en el esfuerzo titánico de esos hombres que sufrían en las galeras impulsando aquellas grandes embarcaciones de guerra, y eso lo colmaba de fuerza. No supo las horas que estuvo remando, pero cuando alcanzó el HMS *Chimera* el sol ya empezaba a declinar y él apenas podía sostener el aliento.

De pronto, oyó el crujido mecánico de un rifle: dos infantes de marina lo apuntaban desde la cubierta. Calvert levantó las manos en señal de paz, pero no consiguió que bajaran sus armas.

—¿Qué pretende? —inquirieron—. Éste un barco de la Royal Navy.

—¡Soy ciudadano británico! —exclamó desde abajo—. Soy Frank Calvert, solicito permiso para subir a bordo. Tengo que hablar con un pasajero, *sir* Charles Newton, conservador del Museo Británico.

Los dos hombres se miraron con desconfianza. Uno hizo una seña y el otro marchó en busca de un oficial.

—¿Puedo subir a bordo? —repitió.

El marino no contestó, aunque le concedió la gracia de dejar de encañonarlo.

La barca de Calvert estuvo largo rato balanceándose a la vera del gran vapor. De vez en cuando la corriente lo alejaba y tenía que dar dos golpes de remo para acercarse. No perdía de vista la cubierta, oía el murmullo de voces debatiendo, pero nadie se asomaba. La esperanza que albergaba de ver a Charles Newton, con su larga barba de mago y sus anteojos incisivos, fue empequeñeciéndose conforme pasaron los minutos sin respuesta.

Tras lo que pareció una eternidad, regresó el otro marino.

—Lo siento, señor. El capitán le ha denegado el permiso para subir a bordo y le pide encarecidamente que regrese a puerto.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído. Aléjese de la nave.

—¡Hablen con el señor Charles Newton! ¡Me conoce! ¡Es importante que me reúna con él!

—El capitán le ha denegado el permiso —repitió, masticando cada sílaba.

Calvert se puso de pie y la barca se tambaleó. Los dos marinos volvieron a apuntarlo con sus rifles.

—Regrese a puerto, señor —advirtieron.

Él los miró incapaz de creer que aquello estuviera sucediendo. ¿Lo tomaban acaso por un bucanero a punto de abordarlos? En respuesta a aquella pregunta, la superficie rugosa del agua le devolvió su reflejo: la imagen de un hombre descamisado, con el cabello y la barba enmarañadas, la piel achicharrada por el sol y los ojos pálidos por el esfuerzo y casi fuera de sus cuencas, en una barca en medio de los Dardanelos, con un remo tembloroso en la mano, pidiendo a gritos hablar con uno de los hombres más importantes de Inglaterra, asegurando que lo conocía. Entonces entendió que la lejana amabilidad de *sir* Charles Newton —reflejada en aquella palmada cómplice en la espalda, y en su sonrisa tan sincera— había sido la misma que le dispensan los cuerdos a los locos cuando los compadecen, condescendientes, por su mal sin remedio.

Calvert se dejó caer abatido en la barca, asió los remos y se empujó contra el casco de la nave. Los marines no dejaron de encañonarlo hasta que se hubo alejado lo suficiente. El arrullo de la corriente se lo llevó estrecho abajo, deslizando su balsa sobre las olas empurpuradas por el ocaso. Un frío húmedo brotó de las profundidades del mar y la neblina reptó desde la tierra enturbiando las primeras estrellas que aparecían en el cielo. El angosto paso de los Dardanelos se sentía un océano infinito; las costas a uno y otro

lado, meras ilusiones; y él, entre ellas, un náufrago que luchaba contra la tentación de arrojarse al agua. En ese momento, empezó a llorar; un llanto suave y silencioso, pero de tristeza insondable. Nunca como entonces se había sentido tan sólo. Tenía la clave para resolver uno de los mayores enigmas de la historia —*ubi Troja fuit?* — y nadie a quien confiársela.

—Qué diablos haces —se preguntó esa noche, desvelado por la culpa de su fracaso—, qué haces buscando Troya cuando tu familia apenas ha sobrevivido al naufragio y todos hacen por hallar la forma de salir a flote. A qué mal fin pones a trabajar tu inteligencia. Te engañas a ti mismo cuando te dices Troya está ahí... Troya está ahí... Irresponsable en tu soñar; indolente en tu vivir.

Así se torturaba, miserable, y eso era sólo el principio. Había pecado de soberbia, de egoísmo y de obstinación. Se había creído principio y fin de todas las cosas, siervo y dueño únicamente de sus anhelos arqueológicos, descuidando todo lo demás. Ahora que miraba hacia atrás en el tiempo y estudiaba con la minuciosa lupa de la memoria el instante en el que Schliemann había aparecido en su vida, nuestro arqueólogo no podía evitar pensar que todo formaba parte de su justo castigo. Dios o los dioses lo condenaban a buscar de Troya de la mano de un demente que, siendo tan superior en altanería y monomanía, le servía de espejo. Si se dolía de Schliemann, era porque se reconocía en él.

XII

EL ENCUENTRO

—Pero finalmente sí encontró a alguien a quien revelarle el paradero de Troya —interrumpí.

Sofía asintió. La luna dárdana, grande y azul, iluminaba su rostro como si estuviera hecho de mármol. Estaba bellísima, no podía dejar de mirarla ni de prestar atención al movimiento de su boca al hablar y relatar la historia.

—Mi marido ni siquiera había oído hablar de Hisarlik —me reveló —. Por aquel entonces seguía el rastro de Troya hacia otro promontorio turco llamado Pinarbasi.

Según descubrí más tarde, esta colina no se encontraba lejos de allí, tan sólo a sesenta kilómetros de Villa Thymbra. El doctor había llegado allí tres años antes de que comenzara nuestra aventura, siguiendo una pista falsa y al frente de una pequeña compañía de mineros turcos y dudosos albanos de los que se cuidaba durmiendo siempre con su viejo revólver Colt Navy bajo la almohada. Pinarbasi no era más que un cerro rocoso en el que pastoreaban un par de cabras descarriadas. Desde la cima, Schliemann divisó un arroyo, pero era demasiado pequeño como para tratarse del gran río de Troya, el Escamandro, que su guía, un albano tuerto, continuaba emplazando varias leguas más al suroeste. Pero... ¿y los manantiales?, le preguntó Schliemann, buscando los que mencionaba la *Ilíada* en sus famosos versos. ¿Manantiales? ¡Sí,

muchos, muchos!, dijo él. Aquella afirmación, aunque en apariencia ilusionante, volvió a hundir al doctor en el pozo de su desgracia. «¿Muchos...?». Sólo tenía que haber dos: uno que corriera ardiente aun en invierno, exhalando vapor blanco como humo, decía Homero, y otro helado, también en los meses feroces del verano...

Schliemann siguió a los hombres hasta el fondo de un barranco del que brotaba un humor fresco, y en el que se oía el croar ceremonioso de cientos de ranas en torno al rugido del agua. Allí encontraron más de cuarenta fuentes de agua emanando del suelo a borbotones. Los mineros se echaron a beber como si llevaran días en el desierto. Schliemann contempló los manantiales con horror. Rápidamente, extrajo de su bolsa un termómetro y se agachó para medir la temperatura de las fuentes. La conclusión fue demoledora: ninguno ardía, ninguno corría gélido; diecisiete grados y medio cada uno, exactamente. «Con total seguridad los terremotos alteraron los acuíferos», se dijo. Ningún otro consuelo se le ocurrió. Guardó el termómetro con la solemnidad de un caballero derrotado envainando su espada. Se mojó la cara con las falsas fuentes y estudió su reflejo en el agua rugosa. No estaba dispuesto a rendirse. Se volvió hacia los trabajadores impasible ante su derrota y cortó de golpe sus risas cómplices y sus sonrisas bobaliconas.

—Coged los picos y comenzad a cavar.

Establecieron un campamento en la cima de la colina. Bajo el sol incandescente y la dirección errática de un hombre que nunca antes había estado al frente de un yacimiento arqueológico, los hombres cavaron hasta la extenuación. Encontraron viejas cerámicas, huesos de animales, piedras cortadas para la construcción; pero nada que fuera del interés de Schliemann, que tras echar un vistazo a los objetos extraídos los arrojaba al barranco. Al cabo de una semana,

desconvocó la excavación tras comprobar que en aquella infame hondonada no había restos de civilización alguna.

Había decidido regresar a Atenas, pero un revés del destino le hizo llegar tarde al puerto y perder el último barco desde Dardanelos. Debió de ser una escena harto siniestra para los supersticiosos mahometanos ver al doctor poseído por algún maligno *djinn* del desierto, alzando el puño furibundo y bramando contra el cielo en todas las lenguas de Babel. Tan sólo recuperó la compostura cuando vio aparecer a dos soldados de porte jenízaro, vestidos de caqui y con fez bermellón, a los que de seguro habría alertado algún transeúnte.

Desamparado, sin dinero encima ni forma de regresar, acudió a las oficinas consulares de los Estados Unidos, país en el que había pasado muchos años durante su juventud, cuando hizo dinero con la Fiebre, y cuya ciudadanía había adquirido finalmente para divorciarse de Ekaterina. Allí lo recibió un funcionario con cara de pocos amigos al que no pareció importarle mucho su situación.

—¿Dónde está el cónsul? —inquirió.

—No hay cónsul diplomático —dijo el funcionario sin apenas despegar los labios.

—El comercial, entonces.

—No está. Problemas judiciales.

Schliemann bufó hastiado.

—¡Pues con quien quiera que sea su sustituto!

—Hace tiempo que no viene por la oficina.

La ira volvió a desbordarlo, pero recordó que los americanos eran su última esperanza y no podía permitirse ofenderlos. ¿Quién era ese sustituto que se negaba a ir por la oficina y por qué no se le había despedido?, preguntó antes de soltar una bravata sobre la poca eficiencia del sector público y la vergüenza nacional que eran

las corruptelas consulares. Le dijeron que el cónsul de reemplazo, que ni siquiera había jurado su cargo, estaba siempre encerrado en su casa, versado en el estudio de los temas más profanos que uno se pudiera imaginar. Schliemann pidió la dirección, dispuesto a hacer valer sus derechos como ciudadano para sacar al suplente de su letargo y obligarlo a solucionar su problema.

La casa se hallaba en el antiguo barrio acomodado de los europeos, una entre las muchas mansiones desconchadas y eternamente decadentes que se ven asomadas al agua y desleídas tras la calima cuando se remontan los estrechos de Dardanelos. Era un edificio de estilo neoclásico —dos plantas, muros blancos, grandes ventanas encajadas entre pilastras y tímpanos triangulares, balcones abalaustrados— y estaba claro que había visto tiempos mejores. Los cristales estaban borrosos por el polvo, los encajes metálicos de puertas y ventanas carcomidos por el salitre, y los toldos salpicados por la lluvia de sangre y las heces de los cormoranes.

—Vengo a ver al cónsul. Soy el doctor Heinrich Schliemann, ciudadano americano —le dijo al joven criado que le abrió la puerta.

—El cónsul no está en casa y ya le adelanto que nunca estará —replicó agriamente, y se dispuso a cerrar.

Schliemann pudo encajar el pie en el quicio a tiempo para impedírselo.

—A su sustituto entonces. Me han dicho que también vive aquí.

El sirviente se dispuso a soltar una excusa, pero el doctor no se lo permitió.

—Te advierto que no pienso moverme de aquí y que si hace falta iré a buscar a las autoridades.

Aquel encuentro debió de saldarse con algo más de amargura de la que comento —es posible que incluso con un auténtico amago de

intimidación por parte de Schliemann—, pero no es interesante para el discurrir de nuestra historia. Retomaré, con tu permiso, lector, en el momento en el que Schliemann logra la entrada, no sin aún mucha resistencia por parte del criado.

El lugar era una auténtica ruina. Las estancias se hallaban cerradas a cal y canto, con los muebles cubiertos por mortajas fantasmales. De los cuadros que antes habrían adornado aquellas habitaciones ya sólo quedaba la impronta de una mancha fantasmal y amarillenta en la pared. La poca luz se filtraba a través de los postigos rotos de las ventanas y desde una claraboya polvorienta que había en el vestíbulo. Lo demás estaba sumido en la penumbra. Schliemann siguió al criado por los corredores vacíos con la curiosidad batiéndose emocionada contra el pecho, conjeturando qué extraño ser podía vivir en aquel lugar desolado.

El sirviente tocó con los nudillos y abrió ligeramente una puerta, asomando la cabeza por la ranura.

—Vienen a verlo, señor. Doctor Heinrich Schliemann. Americano. Necesita los servicios del consulado.

—Dígale que el cónsul no está en casa y que no estará nunca —ordenó desde dentro una voz hastiada.

Al oír de nuevo aquella monserga, Schliemann apartó al criado de un empujón y se precipitó al interior del despacho. Del otro lado de un escritorio de ébano, tras una torre de libros y manuscritos, se topó con el rostro de Frank Calvert, atónito por la irrupción. Ya sabes, lector, que el diablo vive de por si acasos y que siempre tiende a ganar sus lances.

Las embajadas no siempre tienen personal para cubrir vacantes en todos y cada uno de los territorios por donde se expande la bendita civilización cristiana. A pesar de los buenos sueldos y las oportunidades para el negocio, hay pocas familias que quieran

abandonar la comodidad de sus ciudades para vivir entre bárbaros, en lugares perdidos de la mano de Dios. En esas ocasiones, los países que estiran sus poderes en exceso y ansían, por encima de todo, estar presentes en cada rincón del globo, recurren a locales europeos allí asentados para que, por un módico sueldo, representen también sus intereses. Ni siquiera es necesario que sean súbditos del país que los contrata. ¡Incluso se han dado casos en los que un ciudadano actúa como cónsul de un país que es enemigo del propio! Ésta era, sin ir más lejos, la situación de los Calvert: ingleses que, rechazados en la sociedad londinense por razón de su montaracía maltesa, habían acabado trabajando como cónsules comerciales para los estadounidenses. Frank, como hemos dicho, era tan sólo el reemplazo, el sustituto del cónsul nominal, que era su hermano mayor.

Lo más sorprendente de todo es que cuando Schliemann entró intempestivo en el despacho se encontró con un hombre al que conocía.

Años antes, cuando él todavía penaba de frío bajo el cielo sin Dios de Rusia, Frank Calvert había hecho un importante descubrimiento arqueológico en el yacimiento de Ábido, algo más al sur de Dardanelos. Había encontrado un león de bronce del siglo IV antes de Cristo, es decir, del momento en que Alejandro cruzó a Asia por ese mismo punto del estrecho. Muchos museos pujaron por la pieza, que sirvió además para poner, por un tiempo al menos, el nombre y la imagen de Calvert en las revistas especializadas de arqueología de media Europa, las que por entonces Schliemann devoraba como si fueran novelas de caballería. Obsesionado como estaba con encontrar los restos de una historia diferente (la de Troya), Ábido y el león alejandrino no despertaban en Schliemann mayor interés, no

así el hecho de que el destino lo hubiera arrojado en brazos de un auténtico arqueólogo justo cuando más lo necesitaba.

Calvert, apolillado en su umbría mansión desde hacía tiempo, agradeció los halagos calurosos que le dedicó el excéntrico desconocido, pues a pesar del hallazgo sublime de Ábido, debido a su desgracia familiar llevaba varios años en el ostracismo de la arqueología. Se les hizo tarde y, apurado por motivo de su buena educación, Calvert no tuvo más remedio que convidar a Schliemann a cenar. Lo hicieron pobremente pero, para compensar, el inglés echó mano de un excelente vino de postre que tenía reservado hacía tiempo para las buenas ocasiones, y la velada les mereció la pena.

Son muchos los temas de los que pueden conversar un par de caballeros cultos, pero cuando dos mentes agudas se encuentran cara a cara, la conversación suele versar sobre ese tema monomaníaco que ninguno de los dos puede compartir fuera de ahí. Y aquel tema fue Troya. Hablaron de la *Ilíada,* del estudio exhaustivo que cada uno había hecho de la obra homérica; de las pruebas arqueológicas recogidas hasta la fecha para aseverar o desmentir su veracidad; de los geógrafos que desde la lejana época de los romanos habían tratado de situarla en un mapa. Y por fin, cuando el vino soltó la confianza, Schliemann le relató su fiasco en Pinarbasi, siguiendo la pista elusiva de los manantiales mencionados en el verso 143 del canto vigesimosegundo.

Calvert escuchó en silencio, los dedos entrelazados bajo la barbarilla, y en cuanto oyó que Schliemann había financiado su propia expedición, supo que aquél era su hombre. «Nunca encontrará nada en Pinarbasi. La ubicación de Troya es otra», le reveló. Aquella fue la primera vez que Schliemann escuchó el nombre de Hisarlik, «colina del castillo». El yacimiento se encontraba dentro de la linde de la finca familiar del arqueólogo maltés, que

llevaba años estudiando el siniestro promontorio y cavando tanto como le permitían sus exiguos recursos. Al final, deudas y problemas le habían obligado a elegir entre seguir buscando la ciudad o mantener la hacienda; pero sabía exactamente cómo proceder. El proyecto tan sólo había quedado pausado. Lo único que necesitaba era un patrono, alguien dispuesto a lo que los conservadores de tantos museos rechazaban: un hombre, en definitiva, con fe.

—Alguien como usted, señor Schliemann.

Al día siguiente formalizaron su alianza.

Y tú te preguntarás, lector, ¿cómo fue la negociación? Siempre que uno pone dinero y otro pone tierra se negocia algo; unas cuantías iniciales, unos porcentajes, unos términos de salvaguarda del acuerdo... ¿Cuáles fueron los de Calvert y Schliemann? Es lógico que quieras saberlo, a fin de juzgar justas las órdenes del doctor o comprensibles los reproches del arqueólogo, pero temo no saber más de lo que ya comento: que Calvert puso la tierra y el conocimiento, y Schliemann los hombres y el capital. Si hablaron de porcentajes, si pelearon palmo a palmo los límites de su confianza... no lo sé, pero francamente no creo que fuera el caso. No fue una aventura empresarial, al menos no al principio. Dime, ¿qué probabilidad hay de que los dos únicos hombres en la Tierra con una fe ferviente en la existencia de Troya se encuentren porque uno ha perdido el vapor y el otro casualmente es el funcionario suplente al que el primero se dirige buscando ayuda? Creo que se necesita menos intervención del azar para que se formen universos enteros entre dos estrellas. Ambos eran conscientes de lo insólito y hasta lo milagroso de la situación y no hicieron muchas preguntas; no tenían tiempo de desconfiar. Se aferraron el uno al otro como náufragos tras el hundimiento. Y aun así estaban condenados a la desigualdad. Tal es la paradoja del capitalismo que cimienta nuestras sociedades:

el que tiene el criterio y conocimiento está en manos de quien posee los medios para llevar a cabo la empresa. Esta es la relación básica de la economía, y no presentaría ningún tipo de inconveniente de no ser porque el que tiene los medios tiende a creer que eso lo faculta de inteligencia, del mismo modo que el que tiene inteligencia siente que por ello habría de tener derecho sobre los medios ajenos.

¿Que quién engañó a quién? ¿Insistes en saberlo? Pues bien: en ese momento parece que ninguno. El único engaño se lo urdieron a sí mismos. Otra cosa que también puedo asegurar es que, a pesar de la mutua necesidad, había entre ellos una delicada balanza y ésta la sostenía Sofía Schliemann. Ella velaba por los intereses de su marido tanto como protegía, con su respeto y su admiración, a Frank Calvert. Gracias a ella se mantuvo a raya, al menos durante un tiempo, el odio descarnado que ambos hombres en realidad se tenían.

—Quizá desde el principio se hubiera visto que el señor Calvert y mi marido estaban destinados a enfrentarse —prosiguió Sofía—, pero lo cierto es que saben que sin el otro estarían perdidos. Se necesitan.

Le pregunté si así era también como lo entendía el doctor.

—Mi marido no es un hombre que se deje ayudar. Todo lo que ha conseguido en su vida lo ha hecho por sí mismo, contra las profecías de fracaso de todos cuantos le rodeaban. Cree que tiene una visión, una visión que nadie entiende, y que es su sino llevarla a cabo. No puede sacudirse de ese convencimiento, pero...

Los sentimientos la desbordaron y no quise insistir más en lo que por otro lado era evidente.

Era ya noche cerrada. A nuestro alrededor, el universo despertaba a una vida diferente de la que tiene de día —los lentiscos se volvían más fragantes que nunca, la brisa era más áspera, y el estridor

ardiente de las cigarras se había convertido en un *crí crí* marino de grillos y luciérnagas—. Apenas a un kilómetro delante de nosotros se avistaba ya Villa Thymbra, con la única luz del ventanal del despacho de Calvert. El arqueólogo habría llegado mucho antes que nosotros, que con el vaivén de la conversación habíamos acabado yendo al paso lento del anochecer.

Me pregunté a qué estaría dedicándose Calvert en su solitud ahora que Schliemann le había dejado claro lo poco bienvenida que era su erudición en el yacimiento. ¿Continuaría elaborando planes de excavación aun sabiendo que nunca serían atendidos? ¿Redactando informes sobre el terreno, los estratos geológicos y la posibilidad de encontrar ruinas en un punto u otro, en base a sus veintiocho años de experiencia, que Schliemann le arrojaría a la cara tan pronto se los presentara? Quizá fuera a hacer lo que hacemos todos con cuentas pendientes, con la vida o con nosotros mismos: escribir un libro, entregarse a la venganza de las palabras, desahogarse en unas memorias con las que despojar a Schliemann de su máscara ante el mundo si no en este tiempo al menos en uno futuro.

Miré entonces a Sofía, que no había vuelto a hablar, y vi que una grave pesadumbre se había posado sobre ella. Algo se removía en su interior; algo que necesitaba contar porque le quemaba las entrañas, pero para lo que le faltaba valor. A quién no le hubiera faltado...

Rebusqué la pitillera en mi chaqueta y le ofrecí un cigarrillo. Se lo llevó a la boca con delicadeza, dándome las gracias con un parco pestañeo. Su expresión adquirió algo más de paz conforme aspiraba los perfumes del tabaco y se reconfortaba en su calor.

—Usted está de acuerdo con el señor Calvert, ¿verdad? —me atreví a decir entonces, puesto que ella no podía—. Usted también cree que el doctor se está equivocando con sus métodos.

No me respondió con palabras; tampoco hizo falta. El resto del trayecto hasta Villa Thymbra lo hicimos, pues, en silencio. En cuanto llegamos, Sofía dijo que se sentía cansada y que no quería cenar. Amir, que sujetando un quinqué fantasmal había salido a recibirnos, insistió en llevarle una bandeja a su alcoba, pero ella se negó. Desde la escalera, nos despachó a ambos con un mismo y altivo gesto, lo que acabó de equipararme al sirviente y confirmar mi posición. Fue tan evidente que lo hacía para castigar mi insolencia durante el camino que, lejos de amedrentarme o causarme ofensa, su actitud vino a confirmar mis sospechas y dio pábulo a mis reflexiones durante toda la noche. Primero en el comedor —donde cené a solas, presidiendo desde la cabecera de la larga mesa, como si fuera yo el amo y señor en esta historia, mientras con mi imaginación sentaba a cada uno de los personajes en las sillas vacías de mi alrededor para examinarlos— y luego en la soledad insomne de mi alcoba —recostado en el alféizar, fumando con lentitud y anotando febrilmente pensamientos en un pequeño cuaderno—, estuve hasta bien entrada la madrugada repasando la conversación de esa tarde en mi cabeza, evocando con detalle cada palabra y cada silencio en busca de claves que me permitieran descifrar los sentimientos y los arcanos de la joven señora Schliemann. Se me escapaba igual que el personaje de una novela que promete una gran historia, pero se resiste a ser escrito. Eran demasiadas las incógnitas que encerraba; infinitas sus contradicciones: ¿era una mujer feliz o tremendamente desgraciada? ¿Admiraba a su marido o lo despreciaba? ¿Le profesaba una lealtad ciega o recelaba de él y sus manejos? ¿Albergaría acaso la tentación secreta de traicionarlo, de hacerlo a un lado y comandar por sí sola la expedición, protagonizar ella el descubrimiento? Sospecho que ni siquiera ella tenía la respuesta a esas preguntas.

Sofía fue para mí un gran misterio durante las noches siguientes, pero ya no por asuntos del corazón, que sus desplantes y mi culpa volvieron de piedra, sino ligados a los secretos de su personaje. Del suyo, y por ende de todos los demás. Supe a ciencia cierta que ella era prisionera de Schliemann, como también lo era Calvert. Ambos guardaban celosamente el secreto de su condición porque estaban luchando por liberarse, juntos. Compartían un sueño, una idea. Me había equivocado, y tú conmigo, lector: si Sofía era Helena en esta historia, entonces Calvert, y no Schliemann, era Paris, por mucho que fuera el doctor quien la había sacado de Grecia para llevarla a Troya e introducirla a los exotismos orientales de la arqueología. Y con increíble clarividencia sospeché que no estaría lejos el día en que Calvert irrumpiera en el cuarto de Sofía en medio de la noche. Ella se sorprendería, ¿qué está haciendo aquí? Ni siquiera ha amanecido; él le arrojaría al vuelo una capa para que se vistiera. Ven conmigo, date prisa... Helena sale de la alcoba y recorre los pasillos dormidos del palacio, temerosa de que los vean los guardias, pero con el pecho tomado por la emoción. Lleva la cabeza cubierta por un velo y sigue a Paris, que la lleva de la mano sin mirarla, porque hay algo íntimamente ligado entre el hecho de volver la cabeza y el arrepentimiento, entre mirar hacia atrás por encima del hombro y explorar la conciencia; lleva pensando en esto muchas noches, pero a la hora de la verdad actúa por instinto, por puro impulso. La saca del palacio y se alejan bajo un cielo cómplice, sin luna pero lleno de estrellas. Llevan dos farolillos que apenas alumbran lo que dos luciérnagas. Ella siente que el pecho está a punto de estallarle de emoción, pero no quiere hablar por si los descubren, y porque no puede, porque tiene la voz cogida por todos los sentimientos que la sacuden, de tan viva que está. Paris la conduce por un sendero sinuoso. Él, alto y delgado, envuelto en su larga capa y sosteniendo

la luz, parece un espectro que la guía por los laberintos de otro mundo. Su destino es Troya; ella ya lo sabe: la va a llevar ahí, a la ciudad de los dárdanos, donde consumarán todas las traiciones, pero podrá, por fin, satisfacer esos deseos tan íntimos que tanto la atormentan. No prestan oídos a los remordimientos, no piensan en todo lo que ha de suceder, en el desastre que provocarán sus acciones, en las vidas que quedarán destruidas para siempre; no miden bien la cólera de su marido, Menelao o Schliemann, no alcanzan a comprender de lo que es capaz; o sí, pero no les importa porque en ese instante en el que están juntos el tiempo se revela lo que siempre fue: un presente eterno; no existe ya pasado que guarde resquemores ni futuro que albergue consecuencias; sólo están ellos; y Troya, que en ese momento es la extensión entera del cosmos, les pertenece. «Vamos a excavar los dos —dice Calvert—, diga lo que diga su marido»...

... ya es tarde, más de las tres, y no me quedan cigarrillos. El insomnio me deja tirado, como un amante nocturno del que ya se ha aburrido, abandonado sobre las cuartillas mugrientas, llenas de tormentosos tachones y borrascosas manchas de tinta. «Qué dios cruel es el de la literatura», suspira mi último pensamiento antes de que mis sueños me devuelvan a ese pasado traicionero al que, igualmente adúltero, a veces visito para que nutra mi obra...

XIII

COMIENZAN LAS EXCAVACIONES

Cuando llegué al campamento, antes del amanecer, encontré a los hombres ya en pie, listos para el trabajo. Tras comer un rancho manifiestamente mejorable y echar unos cuantos tragos de café, cogieron sus utensilios y marcharon al yacimiento como alegres soldados camino de la guerra. Algo había mutado en el seno de sus almas; un nuevo espíritu los animaba. Era tal su diligencia, semejante la pasión con la que cavaban, que parecía que se hubieran contagiado de las obsesiones de su patrón. De hecho, aquella legión de árabes, turcos, africanos y chipriotas, entre los que se contaban mercenarios, piratas y forajidos, parecía haber sido especialmente seleccionada por una fuerza malévola para auxiliar el empeño demoníaco del doctor Schliemann y ayudarlo en su cometido. Otra explicación, más que la sobrenatural, no encuentro. No sé qué representaba para ellos la ciudad de Troya, pero al verlos estaba claro que algo más había además del oro.

Y lo sé porque para mí, Nicholas Yannikis, también Troya guardaba un ulterior significado, aunque éste es tan etéreo que me cuesta explicarlo con claridad. Temo, pues, no tener más remedio que relatarlo con todas sus oscuridades, difíciles como sean éstas de entender, y cuidándome de no alargarme páginas y páginas, o de dar tantas vueltas alrededor del asunto como los judíos en torno a Jericó, antes de llegar a lo mollar.

Empezaré diciendo, sin que esto constituya en forma alguna la totalidad de mi argumento, que era el hecho mismo de excavar, de hincar la pala en la tierra, lo que me fascinaba. Es cierto que un arqueólogo ha de formarse en la biblioteca, acompañado en sus horas de estudio sólo por las silenciosas lámparas. Antes de cavar es necesario ahondar en las profanidades remotas de la historia, en los textos ocultos que ante muchos eruditos pasaron inadvertidos a pesar de contener las claves de nuestros misterios. Pero llega un punto en el que, pasada una página, que ni por asomo es la última, el libro está en blanco. Uno entonces se percata de que sólo con los libros no andará todo el camino; es entonces cuando el viaje del conocimiento requiere que dejemos atrás la biblioteca y que nos echemos al mundo en busca de respuestas como otros se echan a la mar. El afán del arqueólogo no es otro que el de escribir esas páginas que restan de los manuales, reescribir también las páginas anteriores, aportar nuevas pruebas que ilustren e iluminen los caminos del país del pasado. Y a pesar de que las manos del académico (o del escritor) sean frágiles y al poco de empezar a blandir la pala y el pico se cubran de callos, se llenen de padrastros los dedos y se ensangrienten las uñas, el deseo de conocer siempre insufla ánimo nuevo al cansancio, haciendo imposible darse por vencido.

Georgios Photidas no parecía estar de acuerdo conmigo. Cuando le pedí que me asignara una partida de excavación, el capataz me echó un vistazo burlón y, para humillarme de forma definitiva, palpó mis brazos en busca de músculos.

—Será mejor que se quede en el campamento con el equipo de arqueólogos, que es para lo que le trajeron. Éste es un trabajo muy duro, para hombres enteros.

Le dirigí una mirada envenenada. El capataz ya había tratado de apartarme asustándome con fantasmas y ahora recurría a su hombría para degradarme. No me di por vencido. En cuanto Photidas me perdió de vista, me deslicé al cobertizo de los aperos y cogí un pico. Lo cierto es que pesaba tanto como el capataz había prometido, pero al sostenerlo sentí despertar en mí un instinto primitivo, algo que me despojaba de todos los remilgos de esa sociedad estricta que censuraría que un educado chico de ciudad manipulara los instrumentos de un obrero y se manchara los pantaloncillos de raso con el barro de la vida. Me quité la chaqueta, arremangué la camisa, me acomodé el sombrero y corrí hacia la colina para unirme a un grupo de mineros.

Al principio me miraron con la suspicacia esperable, pero en cuanto dije que el doctor Schliemann había dado órdenes de contar con personal arqueológico en todo momento en las obras, se encogieron de hombros y me dieron la bienvenida. Sin esperar otro instante me lancé a la zanja con mis camaradas. A todos los saludé efusivamente y hasta me permití desearles un buen día. Me miraron riéndose, pero sin malicia. Supuse que poco a poco iría encontrando mi lugar.

Me asignaron un compañero —un minero de tez como el betún, que en vez de sombrero llevaba turbante y que hablaba un exquisito francés—, y un punto de excavación —una dura pared de arenisca sobre la que se levantaba uno de los desfiladeros de Hisarlik—. Lleno de emoción guerrera, blandí el pico como si fuera un arma ancestral y lo descargué contra la roca. Una sacudida me recorrió el cuerpo, como si el pico hubiera tocado un relámpago atrapado en el seno de la colina. Me castañearon los dientes y se contrajeron todos mis músculos. Pero lo peor de todo no fue el dolor, sino comprobar que el golpe, asestado con todas mis fuerzas, apenas había arañado una

muesca en la pared. La colina se alzaba sobre mi cabeza imperturbable, todo un Goliat de piedra, y yo ni siquiera la sombra de un David. Mi compañero, que por cierto manipulaba el pico como si pesara lo que una pluma, soltó una risa sofocada.

—Con el primer golpe uno no avanza. Ni con el segundo ni con el tercero. ¡Ni toda una vida de golpes parecen hacer nada! Pero de repente un día se verá entre túneles y minas y se acordará conmigo de que todo empezó con un pequeño arañazo.

Lo miré con desconfianza.

—Pero entonces tardaremos años, ¡diez o más!

—¡Claro! ¡De eso se trata! —rio—. ¿Para qué querríamos tardar menos? ¿Qué sentido tendría encontrar las ruinas esta misma mañana?

En efecto, el segundo golpe no fue más fácil que el primero, de hecho diría que fue incluso más difícil. El tercero se me hizo casi insoportable. Al poco sentí que se me empezaban a formar ampollas sangrantes en las manos. Mi buen compañero, al verme, me ofreció sus mitones de cuero.

—Siga —dijo con su voz cantarina—. Sólo le quedan diez años más de golpes. —Y estalló en carcajadas, bellas y calurosas; la risa le estiraba la boca y describía sobre su cálido rostro de carbón una enorme sonrisa blanca.

No pude evitarlo y también me reí. Qué extraño, en el fondo de aquella zanja, rodeado de hombres rudos y salvajes, hombres que probablemente jamás hubieran abierto un libro, me sentía tan cómodo como lo estaría entre iguales y tan seguro como junto al fuego crepitante del hogar.

Y seguí cavando. Ya lo creo que seguí. Cada golpe era un esfuerzo colosal, un latigazo que descarnaba cada una de mis pobres vértebras acostumbradas a la comodidad sedentaria del estudio. El

pico pesaba lo que mi conciencia y el sol primaveral rabiaba como el del agosto más fiero. Mi pensamiento, que se había quedado sentado tras de mí, me miraba con una mueca torcida de hastío, vago y tentador. Se burlaba de mí, y —porque me apreciaba, según decía— me conminaba a regresar de inmediato a mi digno oficio de escritorio, amenazándome con causarme una culpa feroz si lo desobedecía. Me negué a ceder a sus chantajes. Tiré de las riendas de mi voluntad y regresé al trabajo, sabiendo que la mejor forma de lidiar con aquel genio maligno era redoblar los esfuerzos y picar con más fuerza si cabía, a fin de ensordecerlo, puesto que callarlo no podía. Para mi sorpresa descubrí que, si no le echaba cuenta, el pensamiento no dudaba en desaparecer con el rabo entre las piernas, molesto por mi indiferencia. Y fue tras librarme de tan ingrato compañero cuando sucedió algo curioso: empecé a perder la cuenta de los golpes y del tiempo que allí llevaba; y mis movimientos, que me anclaban más a la labor de la tierra, se volvieron más livianos cada vez.

Tan duro como fuese el trabajo y tan áspera como pudiera serlo la fatiga, las horas volaron picando aquí, cavando allá, llevando carretillas de escombro y vaciándolas. El empeño disolvía mi conciencia en el cosmos de un propósito mayor, y todos los pequeños miedos que en el pasado me asaltaban para desesperarme y empujarme a absurdos relativismos, se desvanecían como arena echada al mar. De pronto llegó el punto en que, a pesar de las penurias y el dolor persistente, tras descargar el golpe, casi asomándome al filo de la retirada, sentí un adarme de placer infinito, minúsculo, ya digo, pero tan ancho como el universo, y que durante esa fracción de segundo satisfizo mi espíritu y colmó mi alma. Luego se desvaneció, dejándome en la duda de si había sido real o no, y sin otra manera de comprobarlo que izando de nuevo el pico y

precipitándolo contra la roca. Y allí lo encontraba siempre, como si Hisarlik contuviera en su interior la fuente del goce y con cada golpe me acercara un poco más a él. En ese momento creía que me deshacía en la colina, que yo mismo era el escombro que arrastraba; que mi soledad era la pared de roca y mi orgullo la blanda tierra que deshacía con la fragancia de lluvias pasadas. En ese momento, digo, era feliz. Reducido al último rincón del pensamiento, mi ego no podía sino darse por vencido, ceder ante el corazón, y suplicar que aquel instante durara para siempre. Sin duda la labor en el yacimiento es ardua, lector, pero tanto más que el sitio del hombre fuerte, entendí que lo es del filósofo.

XIV

EL DOCTOR CONZE LLEGA A HISARLIK

En los siguientes meses, cogí la costumbre de levantarme de madrugada y poner rumbo al yacimiento antes que nadie. Allí, en una pequeña tienda que se había habilitado para mí, lidiaba con las tareas asignadas por Schliemann —en su mayoría, responder cartas y transcribir sus crípticos escritos— para luego sumarme a las excavaciones con los mineros. Sin embargo, esa mañana, en lo que disfrutaba del primer cigarrillo del día y Amir ensillaba mi caballo, divisé una comitiva de carruajes que se acercaba por el camino levantando una polvareda en el lívido amanecer. Temí que aquél fuera el fin de nuestra aventura: que de aquellos carruajes descendieran funcionarios del Imperio otomano acompañados por guardias armados con órdenes de fusilarnos sin piedad y clausurar nuestro yacimiento. Me asoló el miedo irracional a ser yo el artífice de la desgracia: a que algún sarraceno hubiera escuchado mi conversación con el pobre y mareado doctor Déthier, a bordo del vapor que me trajo hasta Dardanelos, y hubiera optado por seguirme hasta Hisarlik. Volví corriendo hacia la casa, dando fuertes gritos para despertar a sus habitantes mientras, siguiendo mis órdenes, Amir montaba el mejor caballo de los establos y salía disparado a alertar a Schliemann.

Poco después, los cuatro carruajes entraban en el patio de la casa. De uno de ellos descendió un hombre de corta estatura, piel pálida y

rígido rictus centroeuropeo —no muy diferente del que tenía mi empleador—. En un francés de marcado acento alemán, pidió hablar con el dueño de la finca. El señor Calvert dio un paso al frente y dijo ser él, para a continuación exigirle una explicación por el traspaso de su propiedad.

—Claramente, hemos tomado la carretera equivocada en la bifurcación al salir de Dardanelos —refunfuñó—. Necesitamos que nos indiquen el camino hasta Pérgamo.

—¿Pérgamo? —intervino Schliemann—. Queda lejos. ¿Qué los lleva hasta allí?

En eso, se abrió la ventanilla de uno de los carruajes. Una mano blanca de largos dedos y largas uñas apareció haciendo señas al hombre para que se acercara, cosa que éste hizo con un trote perruno. El pasajero, que en ningún momento descorrió la cortinilla para revelar su identidad, le susurró unas instrucciones en alemán.

—Mi amo dice que esos asuntos no les interesan a ustedes —transmitió el lacayo—. Simplemente nos hemos parado aquí por si tienen la delicadeza de mostrarnos el camino. De lo contrario, felices volveremos a intentarlo por nuestra cuenta.

Calvert fue a hablar, pero Schliemann pisó sus palabras.

—Y yo me pregunto, ¿qué diablos hacemos tratando con un subalterno? —Y entonces se dirigió hacia el carruaje, gritando en su lengua materna—. ¡Usted, sea quien sea, salga y trate con nosotros de igual a igual! No nos humille mandándonos recados a través de su sirviente.

—¿Es usted alemán? —repuso el hombrecillo, que hasta entonces debió de pensar que trataba con meros británicos levantinos.

—Doctor Heinrich Schliemann, arqueólogo. Ya ve que tengo la deferencia de decirle mi nombre a un compatriota —y dirigiéndose

hacia el carruaje—, ¡espero que su amo también la tenga, si es que quiere seguir teniéndose por biennacido!

Su voz se estrelló contra el muro de silencio de las cuatro diligencias puestas en fila. La única respuesta que obtuvo fue el soplido incómodo de un caballo que no dejaba de agitar la cola para espantarse las moscas de los cuartos traseros. Tras unos segundos, la mano lánguida reapareció por la ventanilla. Un chasquido de dedos reclamó de nuevo al sirviente, a quien se le transmitió un nuevo mensaje.

—Si es usted el alemán patriota que dice ser —dijo el hombrecillo, voz de su amo—, no seguirá haciendo perder el tiempo a mis señores, que han de llegar a Pérgamo cuanto antes. Sepa que representamos a los Museos Reales de Berlín y que integramos la expedición que organiza, en su nombre y el del Reich, la excavación en las ruinas helenísticas de esa ciudad.

Al oír eso, Calvert se sacudió de encima un arrebato de emoción.

—¿Doctor Alexander Conze, es usted? —preguntó, mirando por encima del hombrecillo.

Se acercó al carruaje con pasos vacilantes y trató de comprobar si a la criatura escondida tras la cortina correspondía la identidad del arqueólogo más celebrado de Alemania y, probablemente, uno de los más prestigiosos de Europa.

—Soy Frank Calvert. Asistí a su conferencia en Viena, en enero del 67, en la que disertó sobre el santuario de los Grandes Dioses de Samotracia y la importancia de ahondar en los estudios de arqueología clásica. Le hice una pregunta sobre las civilizaciones prehoméricas y luego conversé con usted sobre la posibilidad de una colaboración arqueológica que involucrara al Museo de Berlín. ¿Lo recuerda?

Ni una sola palabra brotó del interior del carruaje, tan sólo aquella mano afilada y pálida que ofreció a su admirador un apretón fláccido e indiferente. Calvert, aun así, no se dio por vencido. Pobre desgraciado... Supe después que el tal doctor Conze había sido, junto a *sir* Charles Newton, uno de los destinatarios de tantas y tantas de esas misivas suplicantes en las que nuestro arqueólogo había asegurado estar al borde de un gran descubrimiento para el que sólo necesitaba un poco de ayuda. En el momento en el que, tras años de silencio, aparecía en su puerta uno de los próceres de la arqueología a los que había encomendado sus ruegos, nuestro anfitrión debió de pensar —imposible no haberlo hecho— que venía a satisfacer su deseo y con ello a liberarlo de la tiranía Schliemann.

—Pérgamo está todavía lejos, a ciento treinta y cinco millas por la carretera del suroeste, pegada a la costa, no tiene pérdida si siguen el camino que rodea mi finca. Pero quédense. Les convido a usted y a su equipo a ser mis huéspedes...

No debió de soltar tan pronto lo único valioso que poseía de cara a esa gente. Al oír las indicaciones, el hombrecillo que había estado tratando con nosotros se encaramó de vuelta al primero de los carruajes y le soltó una voz en alemán a los cocheros para que descargaran el látigo sobre las bestias. Los caballos poco menos que se encabritaron de la prisa y echaron a trotar en dirección a las puertas de la finca. La escotilla a la que Calvert se había asomado, logrando tan sólo distinguir el perfil del egregio arqueólogo tras la cortinilla, como el de un dios tras su velo, fue cerrada desde dentro de un golpe rápido y seco. Nuestro anfitrión no pudo evitarlo y, negando la mayor del destino, emprendió una carrera pusilánime —o acaso valiente— detrás de la comitiva, pero en cuestión de minutos aquélla volvió a ser polvo en la distancia.

En ese instante, viéndolos desaparecer y oyendo el silencio antediluviano caer de nuevo sobre nosotros, sentí que el páramo desierto que separaba Hisarlik del mundo se ensanchaba hasta el infinito. Cuando Calvert se volvió hacia a nosotros, caminando con los hombros hundidos por su derrota, y vi su expresión devastada de condenado a muerte, supe que compartía mi sentimiento.

—Déjelos ir —atajó el doctor Schliemann con desprecio—. Esa gente no quiere tener nada que ver con nosotros, ¡y mejor que así sea! Conozco a la perfección a esa caterva de soberbios que se autodenominan arqueólogos, llevo toda la vida lidiando con ellos. Nunca entenderían una misión como la nuestra, se lo aseguro, así que no se aflija suplicando a quien nada le dará. —Y en eso soltó una sonora carcajada—. ¡Me temo que está usted preso aquí conmigo! No se apure, nosotros sí que encontraremos Troya. ¡Y lo haremos pronto! ¡Ya le dije que lo conseguiríamos o moriríamos en el intento!

Esas palabras de ánimo —que de haber sido Schliemann un hombre de mayor simpatía o su relación con Calvert más estrecha habríamos visto acompañadas por un fraterno palmeo de hombros —, sencillas y amicales como eran, resonaron entre nosotros con el eco de una calamidad.

De repente, su gesto se arrugó contrariado.

—¡Vamos, les espero en el yacimiento! —nos encomendó con un vozarrón de general—. Hay mucho trabajo por hacer y ya hemos perdido demasiado tiempo.

Luego se encaramó al caballo y salió al galope en dirección opuesta a la comitiva del doctor Conze —apenas un punto en el horizonte contrario—. En su espolonada levantó una polvareda mayor que la de los cuatro carruajes, tal que parecía que en vez de sobre una única bestia, cabalgaba a lomos de cuarenta.

XV

LA HISTORIA DE LOS DOS ARQUEÓLOGOS

La visita etérea de la comitiva alemana —casi fantasmal en su naturaleza— me hizo preguntarme cuántos ilusos —como ellos; como nosotros— se habrían perdido a lo largo de la historia por los páramos troyanos tras tomar la carretera equivocada en la bifurcación de Dardanelos. Durante mi estancia en Hisarlik conocí historias —relatadas en su mayor parte por los mineros, corroboradas con matices por Sofía, a veces desautorizadas parcamente por Calvert— sobre los aventureros (sería demasiado llamarlos arqueólogos) que habían pasado por allí en busca de Troya antes que nosotros. Algunas se remontaban a tiempos de la conquista otomana, y una de las más fantásticas, referida por el minero español, hablaba de un noble madrileño de comienzos del siglo xv que, en misión diplomática al gran Tamerlán, había recalado en la colina de los dárdanos preguntándose si sería la verdadera.

No obstante, hubo una historia sobre nuestros dementes predecesores en la búsqueda que llamó mi atención sobre el resto. Había sucedido apenas setenta años atrás, lo que, como sucede en estos casos, la proveía de una inquietante cercanía y por tanto de una falaz verosimilitud de la que carecían otras ficciones, a las que un espacio de tiempo demasiado legendario separaba de nuestra realidad. Pero, sobre todo, me resultó fascinante en cuanto a sus

elementos narrativos, que ya entonces pensé podrían servir como embrión (o acaso esqueleto) de una futura novela.

Con tu permiso la relataré, lector, manteniendo el estilo con el que se la conté muchos años después a mi buen amigo Gabriel Alvarado, un editor español enamorado de la cultura helenística que se había afincado en Atenas buscando las «voces perdidas de la nueva literatura griega», como decía él, enfatizando el oxímoron a fin de confundir y reírse de cuantos pretenciosos le escucharan. Alvarado y yo solíamos reunirnos de vez en cuando, sin que las temporadas de distanciamiento en absoluto pusieran en apuros nuestra amistad, para hablar largo y tendido sobre literatura, la vieja y la nueva, que por entonces yo consumía con menos voracidad pero mucho más gusto y deleite que a mis veinte años.

En una ocasión, Alvarado me habló de la fiebre de los manuscritos. Interesado, le pregunté qué era aquello. Había una auténtica manía entre escritores y editores, me contó, por convertir las novelas en una suerte de rompecabezas que arrancaban con un manuscrito encontrado, es decir, la novela no era la novela, sino que el autor fingía haberse topado de forma casual con el manuscrito que la contenía y se limitaba sin más a transcribirla añadiendo algunas anotaciones o consideraciones; el lector acababa por no saber qué era realidad y qué era mentira, confundiendo la voz del narrador de la novela con la del narrador del manuscrito. «Nada que no inventara Cervantes», señalé. Alvarado esbozó una sonrisa y con el ademán de un brindis con su tacita de café me dio la razón. Al poco cambiamos las tazas por copas de *whisky* y así seguimos hablando durante horas de esas novelas laberínticas en las que el propio escritor, concluimos, tanto o más que el lector, se acaba perdiendo, olvidando en qué estrato de la historia se halla, cuántos narradores tiene por encima, ordenando sus pensamientos, sus

palabras y sus acciones, como si fuera un personaje más, y cuántos universos narrativos se abren a los pies de su pluma y obedecen a sus designios. La conversación, que ya digo se prolongó hasta que la luz del día apenas fue un temblor crepuscular, tuvo en mí un raro efecto hipnótico: las palabras y las frases con las que ahondábamos cada vez más (hacia arriba o hacia abajo, no lo sé) en los intricados dédalos de la literatura, remendaron de repente los fragmentos de un hilo con el que me conduje a través de la memoria hasta el remoto pasado de este recuerdo a medias olvidado.

«Me viene a la cabeza, Alvarado», le dije, «una historia, tan atroz como fascinante, referida al asunto este de los manuscritos». Me rogó que se la contara, para lo cual ordenó nos trajeran, de una vez por todas, la botella.

—Sabe usted de mi afición por coleccionar libros, ¿verdad? —Esta era una afición que no tenía en tiempos de Hisarlik y que apareció mucho después, como todos los malos vicios de la vida, para suplir el vacío que me habían dejado tantos fracasos amorosos y literarios —. Pues bien, hace algún tiempo me topé precisamente con eso que, según usted, los editores y escritores de hoy en día andan fingiendo que encuentran: un manuscrito, un diario que contenía una trepidante historia.

Antes de contársela, sin embargo, me quise asegurar de que no dilapidaba mi secreto con alguien que no pudiera comprenderlo. Le puse, digámoslo así, una prueba.

—Óigame, Alvarado, ¿conoce bien la *Ilíada*?

—Por supuesto —contestó, seguro de sí mismo.

—Bien. Recite entonces el vigesimosegundo canto, desde el verso 143.

Mi amigo me miró con sorpresa, y adivino que algo ofendido por mi petición. Pero no me quiso decepcionar (creo que era de las

pocas personas que todavía me profesaban afecto), ni mucho menos dar a entender que no conocía aquello por lo que se le preguntaba. Esbozó un mohín divertido, pero aun así orgulloso, apuró un trago para aclarar la garganta y entonó sin titubeos los mismos versos que yo había recitado tantos años atrás ante el doctor Schliemann, esos que mencionaban la persecución de Aquiles a Héctor, la higuera silvestre y las fuentes del voraginoso Escamandro.

Sonreí complacido.

—He ahí la descripción de la planicie de Troya y las murallas de la ciudad —le dije, ahorrándole el interrogatorio que se me hizo a mí—, la misma que durante siglos han seguido a tientas quienes pretendían encontrarla. Precisamente, me hallo en posesión del diario manuscrito de uno de aquellos aventureros.

Prometí que le enseñaría el diario, pero como no quiso esperar a leer él mismo la historia, me suplicó que se la contara. Tal como la cuento aquí es como se la conté a mi amigo el editor, y doy cuenta también de las interrupciones propias de una conversación entre amigos cuando el uno cuenta algo trepidante al otro. No temas, lector, por la veracidad de mi relato, pues era tal el impacto que la historia había causado en mí que perfectamente pude y puedo aún hoy relatar sus hechos de memoria.

—Le ahorraré, mi impaciente amigo, los detalles de cómo me hice con el manuscrito, para que no me piense usted un buhonero, un cazatesoros o algo peor. Ésta no es una historia de buhoneros, sino de hombres de ciencia luchando por cumplir un encargo de su señor. Se llamaban Jean Baptiste Le Chevalier, cuyo ayudante escribió el diario que obra en mi poder, y Franz Kauffer...

Nos encontramos en Turquía, a finales del año 1790. Le Chevalier era un hombre docto (más de lo que de primeras parecía; menos de lo que él mismo se pensaba) y ciertamente vanidoso, de esos que ni

en los climas húmedos y cálidos del Oriente se despojaban de la peluca empolvada por creerla el símbolo de su distinción. Era lingüista, versado en los clásicos, curioso de los misterios del pasado... y astrólogo. De hecho, ésa era su principal función en la embajada francesa en Constantinopla: servir como astrólogo personal del embajador, un conde de mejillas rosáceas y que no gastaba peluca, tan indiferente a que le vieran los tres pelos de la calva reluciente como a que supiera de su afición por las ciencias ocultas. Sobre Le Chevalier decían que le había mostrado en constelaciones y barajas a su señor la muerte inminente de Luis XVI en la guillotina, pero que, al comunicárselo, el embajador se había desmayado a causa del horror y al volver en sí lo había tomado todo por un sueño, olvidándose de advertir al rey. Algo me dice, no obstante, que estos detalles no son más que la divergencia aburrida de algún mal narrador.

Dicho embajador, como le iba contando, y esto es hecho sabido y comprobado, había pedido a su majestad el puesto entre los otomanos por la fascinación que en él despertaba ese mundo oriental lleno de parajes legendarios y de ruinas desleídas por el sol. Las conocía todas y todas le hechizaban, pero sólo la leyenda de Troya lo obsesionaba de tal forma que no dudó empeñar su hacienda (más bien la de la embajada) en la misión de encontrar su yacimiento. Se sabía que el suelo de la Tróade estaba preñado de ruinas; los campesinos las usaban como canteras, construyendo cabañas y corrales con un mármol más puro que el de los palacios de los sultanes. Le Chevalier fue el encargado de liderar la misión en la región, y con él, el embajador mandó a un ingeniero alemán (que no sé por qué andaba por la embajada) para que se encargara de los aspectos técnicos. Aquél era Franz Kauffer.

Kauffer era un hombre discreto e inteligente, amigo de la ciencia, reverente de la cuadratura aritmética de las cosas —incluidas las esferas—. Como seguro se imagina, Alvarado, semejante personaje no tardó en chocar con el romántico e imaginativo Le Chevalier, que lideraba la partida de exploradores y mineros siguiendo la voz de Homero y los cantos sirénidos de la literatura. Difícil saber si el embajador era consciente de lo distintas que eran las naturalezas de esos dos hombres a los que forzó a convivir y colaborar; el autor del diario no lo especifica. Sin embargo, no es rocambolesco pensar que el embajador fuera plenamente consciente de lo que hacía: es bien sabido que en ocasiones los hombres de poder se divierten moviendo a los humildes como piezas en una partida de ajedrez que disputan en sus cabezas. Acorralados en el tablero, sabiendo que sólo ha de sobrevivir uno, los hombres inventan las formas más ingeniosas de matar y de seguir con vida.

Respecto de los motivos que llevaron a la ruptura entre Kauffer y Le Chevalier, creerá usted que el diario no será de fiar, dado que el ayudante claramente beneficiará con su historia a Le Chevalier. No obstante, cuando lo lea verá (y hasta entonces créame) que un aire expiatorio recorre el texto, tal que una suerte de confesión, que sólo se comprende en su totalidad cuando se alcanza el final y que, en efecto, despeja todas las dudas sobre la veracidad de lo que cuenta.

Le Chevalier ordenó, pues, seguir el canto de la *Ilíada,* el que usted ha relatado. Para ello sondeó a los locales y contrató exploradores nativos que lo acabaron conduciendo a la colina de Pinarbasi, donde encontró las fuentes del verso 146, las que debían manar heladas y ardientes a la vez. Sin embargo, prohibió a sus operarios beber de ellas.

—Están infestadas de malaria —les advirtió, y ordenó comenzar la excavación.

Kauffer no probó del agua, pero hizo sus cálculos, trazó sus mapas, dibujó sus circunferencias, delineó sus triángulos, y tras corroborarlo con los textos de historiadores y geógrafos que con asiduidad consultaba, concluyó que en la colina de Pinarbasi jamás podría haberse asentado ciudad alguna. Frente a todos los miembros de la partida, acusó al astrólogo de haberse equivocado. Le Chevalier, loco de furia, no dudó en despedirlo. Le prohibió la entrada al campamento, lo desterró a la salvaje campiña de la Tróade y lo retó a volver a Constantinopla a pie para informar al embajador.

—Pero las noticias de tu desobediencia habrán llegado antes y te estará esperando el castigo.

—Podrás castigarme y maniobrar de la forma que quieras, pero la realidad del conocimiento se acabará imponiendo a todos los farsantes —le dijo de vuelta.

Ni la Revolución francesa ni el redescubrimiento de Egipto ni la Restauración: aquél, se lo aseguro, fue el final de la Ilustración tal y como se conocía, aquella frase de Kauffer, su racional epitafio; y aquella escena, el comienzo de un tiempo de tinieblas novelescas del que aún no acabamos de despertar. Desde entonces nos hemos acostumbrado a cohabitar con las pesadillas, a tomarlas por la única verdad, tanto que ahora tememos el amanecer. Hacemos bien en temer; la crudeza de la realidad ni siquiera tiene el consuelo de ser un sueño.

Kauffer abandonó Pinarbasi acompañado sólo por algunos de los hombres que trabajaban con él. Pero no regresó a la capital. Sus estudios le habían llevado a concluir que las ruinas de Troya se encontraban en otro emplazamiento, uno que Le Chevalier había descartado desde el inicio: un monte en una landa cercana a la playa y que tampoco quedaba lejos del río Escamandro. Los

lugareños lo llamaban Hisarlik, colina del castillo, pero otros le darían el nombre de «colina de los dárdanos».

En ese momento, Alvarado me interrumpió.

—¿La colina de los dárdanos? —repitió asombrado—. ¿Qué otros le dieron ese nombre? ¿No me estará hablando usted de aquellos sucesos...?

—Sí —le dije. Me había quedado tan ensimismado relatando la historia de los arqueólogos que sin querer los labios habían rescatado de algún páramo remoto de mi memoria el nombre olvidado—. Pero ese es un relato demasiado largo, trágico y triste, y que ahora no viene al caso —zanjé.

—¡Tenemos mucho tiempo! —insistió mi amigo, que tenía olfato para las buenas historias.

—No me atosigue. En otra ocasión...

—Está bien, está bien, no le presionaré más, por la amistad que le tengo; veo que es un secreto y que usted se ha puesto lívido al recordarlo; no quisiera hacerle pasar un mal trago. Pero cuente con que, también por la amistad que nos tenemos, algún día me ha de contar qué sabe usted de *esa* historia de la colina de los dárdanos...

—De momento, si le parece, continúo con la historia de Franz Kauffer y Le Chevalier.

Alvarado asintió y yo respiré aliviado de no tener que volver aún sobre ciertos caminos.

—Le decía: Franz Kauffer no tuvo duda en cuanto llevó a cabo los primeros experimentos. Los cálculos cuadraron, y asimismo los sondeos y prospecciones. Al poco de excavar, encontraron los primeros rastros de un asentamiento. Hisarlik tenía todo lo que le faltaba a Pinarbasi, que por más que Le Chevalier se empañara en agujerear continuaba siendo una colina yerma. El alemán, sin embargo, no guardaba espacio en su pecho para el rencor y no dudó

en comunicarle a su antiguo socio el descubrimiento. El astrólogo desatendió durante un tiempo sus peticiones, pero cuando las pruebas se hicieron evidentes aceptó viajar a Hisarlik. Lo hizo solo, acompañado únicamente por su ayudante, y sin decir palabra a los hombres que en vano aún cavaban en Pinarbasi. Al llegar a la colina, Kauffer le enseñó sus hallazgos y las zanjas en las que ya trabajaba. Poco sospechaba el ingeniero que en el seno del astrólogo había ido creciendo un aciago odio que, cuando le ofreció unirse a él y compartir el triunfo, estalló. Despavorido, Le Chevalier desenfundó su pistola, que llevaba ya cargada, y a quemarropa le reventó la sien.

Alvarado se atragantó con la bebida.

—¿Lo mató? —preguntó, casi sin voz.

Asentí lóbregamente.

—Le voló los sesos... El ayudante cuenta en su diario cómo aun tras el disparo, Le Chevalier apretaba la mandíbula como si estuviera mordiendo algo, agarrando el aire con los dientes, poseído por un frenesí asesino. No podía soltar ese espíritu de furia, porque entonces le flaquearían las fuerzas para lo que a continuación tuvo que hacer, que fue echar mano al cuerpo de Kauffer, sin rastro alguno que sirviera para identificarlo, arrojarlo a una de las zanjas y enterrarlo. Luego ordenó al ayudante escabullirse hasta el campamento y prenderle fuego a la tienda del ingeniero. El autor del diario obedeció por no enfrentar la cólera del amo. Relata cómo entró en la tienda de Kauffer. Sobre el escritorio se apilaban los papeles respectivos a hallazgos y avances en la excavación. Entre ellos había un mapa, apenas un boceto a lápiz y trazos entintados donde se mostraban los círculos concéntricos de la colina de Hisarlik. Atormentado por la culpa, el ayudante robó el mapa y lo escondió bajo sus ropas, antes de dar rienda suelta al incendio.

Desde la altiplanicie próxima, Le Chevalier vio el fuego; a los mineros amigos de Kauffer tratando de apagarlo; la negrura hacerse después en la landa; el silencio engullirlo todo. Luego de aquello, el astrólogo dibujó un mapa detallado de Pinarbasi, su colina. El pequeño afluente que discurría cerca del valle lo convirtió en el voraginoso Escamandro, y los manantiales de montaña, en las míticas fuentes de la *Ilíada.* Forzó la poderosa geografía con mera ayuda de un lapicero. Aquél fue el mapa que mandó al embajador, acompañado de una carta en la que aseguraba haber encontrado Troya. Pero su patrón ya no estaba en la embajada sino en el exilio, empujado por la Revolución. Le Chevalier no tuvo más remedio que abandonar Turquía sin obtener su recompensa.

Años después publicó su mapa, proclamándose el primero en reconciliar la realidad terrenal con el verso de Homero, seguro como estaba de que en medio del caos y la guerra que sacudió el mundo a comienzos del siglo XIX, nadie sondearía Pinarbasi ni sus silencios. Lo que no podía imaginar, claro, era que su propio ayudante tuviera en su poder la clave para destruirlo. Sin embargo, el pobre autor del diario, carcomido por la mala conciencia, jamás reveló el secreto. Su diario, donde confesaba la historia y guardaba el mapa acabó tras su muerte en manos de un vendedor de libros antiguos de Edimburgo, donde Le Chevalier y él habían vivido muchos años.

Pero la historia no termina ahí. El diario lo adquirió un naturalista y filósofo escocés llamado Charles Maclaren. Hombre de conocimiento, barba espesa y buenas piernas para caminar, puso rumbo a Turquía al poco de leer sus páginas, decidido a encontrar la colina de Hisarlik. Por aquel entonces, ésta se hallaba en manos de una familia de bodegueros ingleses que habitaban en aquella tierra en total ignorancia de lo que ahí había acontecido no más de cincuenta años atrás. Sí sabían que a Hisarlik la llamaban la colina del castillo,

pero pensaban que a razón de algún viejo fuerte cruzado del que no quedaban ni las ruinas. Eran buenos y nobles; no tuvieron problema en acoger al profesor Maclaren en su casa mientras llevaba a cabo sus averiguaciones. Siguiendo el mapa de Kauffer y las indicaciones del diario, Maclaren no tardó en comprobar que en verdad Hisarlik era el emplazamiento de Troya. Aun así, era un pobre escritor sin recursos ni medios para excavar y rebatir una tesis tan asentada como la de Le Chevalier. No tuvo más remedio que abandonar, cargando con el dolor de saberse en el camino acertado.

En aquellos días en Hisarlik le había estado prestando especial atención el más joven de la familia, un adolescente solitario y taciturno que, enterado de lo que buscaba el invitado, lo había estado siguiendo en secreto, *Ilíada* en mano, y anotando cada uno de sus movimientos. Maclaren por supuesto lo sabía y se dejaba seguir, arrebatado en su corazón de padre sin hijos. Antes de partir le dio a su aprendiz el ajado mapa de Kauffer. «Troya», le dijo, «era al mundo pagano lo que Jerusalén es al actual. Una voz habló hace casi tres mil años desde la cima de esta colina y su eco todavía lo oímos nosotros en nuestro tiempo». Aquel muchacho que veía partir al invitado después de semanas no podía imaginar que su pecho se había contagiado del sueño del profesor y que pronto se vería a sí mismo conducido a la ruina y casi a la locura por el empeño de encontrar la ciudad de Troya bajo el suelo.

—¡Es prodigioso! —estalló Alvarado—. Pero hay cosas que no encajan... Que sepa usted todo eso sólo con el diario no es posible.

—Le juro que es posible, le doy mi palabra de que tal fue el destino del mapa de Kauffer. He estado en Hisarlik, en la casa donde se hospedó Maclaren, y he sostenido el documento con mis propias manos.

XVI

EL TEMPLO DE LOS SÍMBOLOS

El pico impactó contra la roca con un ruido diferente. El minero no le echó cuenta al principio, pero cuando lo descargó de nuevo con fuerza contra la pared de la trinchera y se oyó el mismo repiqueteo seco y cortante, llamó la atención de sus compañeros. Éstos acudieron sin perder un segundo, dispuestos a prestar sus mejores esfuerzos para entre todos hacer trizas la obstinada piedra. Por fortuna, el capataz de aquella zanja, que era un hombre despierto y quizá el único con estudios, lo impidió. Ordenó que le trajeran de inmediato su caja de útiles, de la cual extrajo un diminuto cincel, capaz del más fino trepanado, y una serie de brochas y cepillos de cerda. Arrodillado con solemnidad frente al muro, comenzó a raspar la arenisca adherida, hizo pequeñas incisiones en la roca descascarillando el sedimento y barrió el polvo prehistórico con los pinceles, todo ello con la concentración y pericia de un agudísimo cirujano. Todos los mineros de la zanja lo rodeaban y observaban en el más absoluto silencio, temerosos de que un mero movimiento o suave quejido perturbase su minucioso trabajo. Al cabo de una hora de misterio, aquel capataz se volvió hacia sus compañeros, pálido y con la voz tomada por la emoción.

—Vayan a buscar al doctor, al señor Calvert, a Photidas... Llámenlos a todos.

Uno de los hombres salió corriendo colina abajo, gritando nombres sin sentido en medio de una euforia incontenible. Los que quedaron en la zanja se inclinaron sobre su compañero, alzando temblorosamente los faroles, pues ya había declinado la luz de la tarde. El capataz se apartó y dejó ver tras él la obra de su trabajo. Bajo la capa de roca polvorienta, brilló con los últimos resplandores del sol el color límpido del mármol. Un grueso panel blanco y pulido sobresalía de la roca caliza de Hisarlik mostrando la delicada talla de un altorrelieve: un soldado de gorro frigio atendía con la cabeza gacha los comandos de una diosa que, todavía incrustada en el muro, sólo mostraba medio perfil soslayado y un dedo femenino con el que apuntaba hacia el horizonte.

—El soldado de gorro frigio sólo puede ser Eneas, último príncipe de Troya —murmuró Schliemann mientras acariciaba el relieve.

Sofía también se acercó.

—De modo que la mano que lo incita a marchar... no puede ser otra que la de su madre Afrodita, diosa del amor, que se presentó ante él esa última noche.

Eso dice al menos la *Eneida* de Virgilio: que cuando el príncipe conjuró su valor y decidió salir al campo de batalla para defender su ciudad, Afrodita le cogió de la mano y le ordenó detenerse. «Troya está perdida, hijo mío», le dijo, «y ya no son los hombres los que la destruyen, sino el Destino, contra el que nada puedes hacer». Eneas insistió en morir luchando, pero de nuevo su madre se interpuso entre sus armas y él, y con el dedo imperante le señaló su destino y lo obligó a marchar...

—Es magnífico... —dijo el doctor, con el mismo tono lívido con el que hablan en sueños los durmientes—. Hay que liberarlo entero... ¡Echen abajo esa parte! —ordenó señalando la gruesa roca que contenía el resto de la pieza.

Los mineros izaron sus picos y se abalanzaron sobre el muro. De un salto, Calvert les cerró el paso.

—¡Alto, Schliemann, alto! —gritó—. Así destruirá el relieve, puede incluso que se desmorone la cornisa entera. Primero hay que excavar el muro entero y luego incidir con cuidado desde los laterales para despegar la escultura de la pared.

El doctor se detuvo en seco. Era probable que su camarada tuviese razón y fuera necesario proceder con más cuidado. Ya iba a seguir su consejo cuando algo lo sacudió: fue la diosa, que con su reojo ladino lo tentaba a desvelarla entera, a hincar el pico con fuerza en la tierra y quebrar la roca de su sepulcro, a rescatarla de la muerte y devolverla a la vida. Una clarividencia diabólica e incontestable atravesó su mente, rasgando sus ojos con un relámpago y devolviéndole el trueno a su voz. Él mismo agarró el pico de uno de los obreros, lo blandió en el aire y lo lanzó con desesperación contra la ínfima hendidura que separaba el panel de mármol del sedimento de roca.

—¡Vamos, ayúdenme, muchachos! —aulló como un general enloquecido, mientras apartaba a Calvert de un empujón—. ¡Carguen conmigo contra esta infame roca que nos impide nuestro propósito! ¡Detrás de este muro se encuentran los mármoles de un palacio troyano preñado de tesoros! ¡Adelante, adelante, derríbenlo!

El grito marcial sacudió a los hombres, que se precipitaron sobre el relieve con sus picos en alto. Fue un espectáculo terrible, una tormenta descomunal de furia y violencia. Pero ni Calvert ni Sofía ni yo, a pesar de mirarnos horrorizados, nos atrevimos a mover un músculo. Los mineros no parecían humanos, sino titanes picando en las murallas del tártaro para liberarse. Cada golpe levantaba pequeñas esquirlas y resquebrajaba la dura roca. El rostro de la diosa Afrodita poco a poco se fue atravesando de fisuras, como las

únicas arrugas que jamás conocería su edad inmortal, y tras un golpe de gracia estalló en añicos mientras el resto del muro, surcado de grietas cada vez más gruesas, se desmoronaba con un sordo chasquido levantando una densa polvareda.

Recuerdo apenas poder respirar, sentir la garganta embarrada y los pulmones llenos de arena. Calvert miraba con un horror furibundo y compungido los fragmentos de mármol, amontonados en el suelo. Su boca entreabierta, descolgaba con espanto. Creo que en ese momento se habría abalanzado sobre el cuello de Schliemann —tal era la furia que contenía su mirada.

—Qué ha hecho... —musitó con la voz a punto de romperse.

Allí mismo podrían haber acabado como Kauffer y Le Chevalier, si no hubiera sido porque Sofía llamó nuestra atención sobre un sobrecogedor descubrimiento que ahogó todas las pasiones. Disipado el polvo, vimos ante nosotros el primero de los enigmas que nos planteaba la colina de los dárdanos: el relieve de mármol, casi totalmente chascado, no continuaba por detrás de la roca, sino que se fundía en un muro de piedra arcaica y caliza, tosco y rudimentario; la construcción, aunque difícil de datar con exactitud, se intuía muy anterior al desarrollo de técnicas arquitectónicas sofisticadas, es decir, pertenecía a épocas en los confines remotos del tiempo, quizá incluso a las edades de piedra. Pero, sin duda, lo más extraño eran los símbolos e instrucciones rúnicas que había allí grabados. Todos nos acercamos levantando nuestros faroles para verlos mejor: espirales, letras cuneiformes, soles de múltiples puntas —¡el signo de Heracles!, se apresuró a decir Schliemann—, extraños triángulos...

Sofía desvió nuestra atención hacia una de las esquinas.

—¿Qué es esto...? —murmuró.

Sus dedos acariciaron una sección en la que se arremolinaban unos símbolos parecidos al de la cruz pero de brazos siniestramente aristados:

卍

El doctor se acercó y las contempló ominoso.

—Yo he visto esto antes... —concluyó.

—¿Dónde? —repuso su mujer.

—Lejos, muy lejos de aquí. En la India, durante un viaje que hice en mi juventud. Anduve durante días por selvas impenetrables de la región del Rajararán hasta un templo como jamás he visto. A su lado el Partenón de su Atenas natal es un simple chamizo. Las torres de este templo se sostenían cada una sobre cuatro gigantescos banianos y en sus sótanos más profundos había un lago al que caía una gran catarata. Las cámaras de aquella construcción impresionante estaban grabadas enteras con estas runas.

—Pero ¿sabes lo que quiere decir, o...? —Sofía no pudo acabar la frase; un grito le rompió la voz.

Una víbora agazapada entre los peñascos siseó amenazante e irguió la cabeza de escamas cenicientas abriendo mucho la boca y mostrando los dos colmillos.

—¡No se mueva, señora, no se mueva! —gritó uno de los mineros.

Todos contuvimos el aliento mientras el joven se acercaba sigilosamente y de un palazo aplastaba la cabeza del reptil. Pero en el instante siguiente, del mismo sitio saltó otra víbora emitiendo su horrible silbido. Antes de que pudiera reaccionar, el minero sintió el mordisco en la pierna. Un alarido de dolor le hizo trizas la garganta.

Apenas conseguimos contener el espanto al comprobar que eran muchos más, decenas incluso, los cuerpos grises y viscosos que se

arrastraban entre peñascos del muro. No pude contener, como ninguno de los que allí estábamos, el asco y el horror. Me quedé paralizado —siempre he sentido miedo de estos seres infames— mientras veía a los hombres emprenderla a golpes de pico contra las serpientes. A algunas les asestaban un mazazo en la cabeza, a otras directamente se la cercenaban; pero era harto difícil acertarlas con un golpe. Se escurrían y escapaban, y algunas atacaban al verse amenazadas, culebreando con la boca abierta. Retrocedí buscando el refugio del muro, pero a cada paso que daba mis pies rozaban con alguna. Sentí el pánico apoderarse de mí. Agarré con fuerza el farolillo de aceite y lo arrojé al suelo para asustarlas con el fuego. Mi maniobra apenas tuvo resultado. Vi a los hombres que trataban de quemarlas con sus antorchas, pero había demasiadas. Una voz, creo que la de Calvert, nos ordenó salir de allí. Los mineros cargaron al pobre enfermo a hombros y después salimos despavoridos. Ni siquiera pudimos echar mano de los pedazos de relieve que habían saltado por los aires y que quedaban por el suelo y todavía adosados al muro.

Para cuando bajamos de la colina, el joven minero ya estaba empapado en sudores helados y no tenía una gota de color en la piel. El pueblo más cercano estaba a catorce kilómetros de distancia; no teníamos tiempo de llevarlo. El médico del campamento dijo que su única posibilidad de sobrevivir era cortarle la pierna, evitar que la ponzoña se extendiera, pero todos sabíamos que el veneno ya había entrado en el torrente sanguíneo y que no había nada que hacer. Lo envolvimos en mantas y aun así tiritaba. Al poco empezó a convulsionar terriblemente y a padecer delirios demoníacos. Los hombres más corpulentos tuvieron que sujetarlo por los brazos y las piernas para que no cayera del camastro. El pobre infeliz aguantó todavía una hora de agonía, hasta que, al fin, con los labios

rebosantes de espuma amarillenta y la cara pálida fisurada de venitas púrpuras, dejó de moverse. Quedamos sumidos en un silencio tan denso que podíamos oír el latido aterrado de nuestros corazones.

Aquel nido de serpientes, uno de los muchos que aparecieron en la colina, no era ni de lejos lo peor que Hisarlik nos tenía reservado... Y sin embargo, ya esa noche tuvimos la aciaga corazonada de haber abierto una puerta al infierno.

—*Montivipera xanthina,* o víbora otomana —leyó Calvert de un grueso libro de tapas de cuero esa noche en Villa Thymbra—. Sumamente venenosa. Aunque inocula una pequeña dosis de veneno, éste es lo bastante tóxico como para causar la muerte de un hombre adulto en pocas horas.

—Eso ya lo hemos comprobado —masticó Schliemann, lanzándole una mirada devastadora por encima de su copa de coñac—. ¿Cómo es que no sabía lo de las serpientes, Calvert? ¿Nunca se ha topado con ellas antes?

El inglés devolvió el volumen de *Zoología y botánica del Asia Inferior* al estante y se dejó caer sobre el butacón de terciopelo.

—Nunca —zanjó el inglés, esquivando el puñal arrojadizo de la culpa. Luego se volvió apurado hacia Sofía—. ¿Se encuentra bien, señora?

Ella movió la cabeza sin apenas voluntad. La luz tamizada de las velas y los quinqués mantenía el salón en penumbra, pero no lo suficiente como para impedirnos ver que seguía estando pálida y que un leve temblor aún sacudía sus pequeñas manos.

—Ya está... —trató de consolarla su marido, aunque sus palabras poco efecto tenían—. Ha sido un susto desafortunado.

Calvert parpadeó, perplejo y algo asustado ante la frialdad de su socio.

—Ha muerto un hombre, Schliemann. Cómo puede decir que...

—Ha sido un desafortunado accidente —insistió.

—No debió derribar el muro —dijo entre dientes—. Las serpientes como éstas tienden a anidar debajo de las grandes rocas.

—No vuelva sobre eso. Era necesario. ¿O acaso no ve el gran descubrimiento que hemos hecho?

—¿Descubrimiento? ¡Por su culpa la mayor parte de ese relieve está hecha trizas, será imposible recuperarlo! ¿Se da cuenta del valor que podía tener esa pieza?

Schliemann torció una sonrisa y elevó el tono.

—¡Ah, por fin revela usted sus intenciones, señor Calvert! ¡Sólo le interesa el mármol! ¡Y a mí me acusaba de codicioso!

El inglés se levantó ofendido. Si hubiera tenido a mano un arma, estoy seguro de que en ese momento Calvert lo habría retado a duelo para defender su honor.

—No sé de qué habla.

—No quiere más que aumentar su colección, atesorar otra pieza magnífica que vender a sus amigos anticuarios de Dardanelos. ¡Quién sabe qué tratos tiene usted con ellos!

Sus reproches se cruzaron como espadas.

—Se cree usted que todos participamos de sus manejos —le espetó el arqueólogo.

—Mis «manejos», como usted los llama, son los que nos han traído hasta aquí, los que han alumbrado, insisto, este descubrimiento.

Calvert exhaló un bufido de rabia, incapaz de creer las cosas que oía.

—¡El relieve está hecho pedazos! Parece que esa mente genial que tiene usted no lo comprende: ha desaparecido. ¡Puf! ¡Es polvo, añicos! ¿Entiende? Le dije que no lo hiciera, que se anduviera con cuidado, que la arqueología es una ciencia paciente en la que hay que proceder con suma precisión y cautela. Pero usted no quiso escucharme, ¡nunca me escucha! Para usted esto no es más que un negocio en el que hay que darse prisa para alcanzar la ganancia. Pues bien, ¡mire lo que ha conseguido! El mayor hallazgo en meses, destruido.

Schliemann no alteró un ápice su siniestra expresión.

—No se soliviante, señor mío —dijo tras dar un largo sorbo—. Por mucho que le duela, la pérdida de ese relieve es un daño colateral...

Calvert sintió que las fuerzas le fallaban. No podía discutir. Estaba claro que tenía ante él a un demente sin remedio. Nos lanzó una mirada agónica a Sofía y a mí, rogándonos que dijéramos algo contra esa locura, ¡algo que le confirmase que no estaba solo, que veíamos las cosas como él! De lo contrario empezaría a pensar que se encontraba encerrado en un sanatorio, él desquiciado y todos cuerdos a su alrededor. Para su desesperación, ni Sofía ni yo intervenimos. Ella estaba aún ida y sospecho que nunca cuestionaría directamente a su marido. Yo tenía miedo: miedo de enemistarme con Schliemann por llevarle la contraria y que aquello desembocara en mi expulsión del yacimiento. Mi temor, tan real como irracional, nacía tanto de la fascinación por encontrar Troya y su mundo, como de la sospecha de que, después de haberme iniciado en la arqueología de Hisarlik, no me quedaba otro mundo al que volver. Viendo que no podía contar con nosotros, Calvert se dejó caer derrotado sobre su butaca con la cabeza entre las manos.

—Esa pieza artística era un de valor incalculable... —estaba al borde del sollozo—. Era nuestro deber extraerla con el máximo

cuidado para estudiarla...

—Se aflige usted por lo que no lo merece, señor mío —le dijo Schliemann con una despreciable condescendencia—. Lo importante no es relieve, sino el muro que había detrás.

—¿El muro? —repuso afligido—. ¿Qué le lleva a decir eso?

Schliemann esbozó una media sonrisa y guardó silencio. Luego se levantó y comenzó a pasear lentamente por el salón, con las manos a la espalda y el mentón apuntado al suelo, gozando mientras sentía crecer nuestra incertidumbre.

—Ese muro no es de la misma época que el muro que sostiene el relieve. Es mucho más antiguo —proclamó finalmente con el digno vozarrón de quien revela un gran misterio—. La sección del relieve está, digámoslo así, adherida a una pared anterior, perteneciente a un tiempo en el que los templos no se decoraban con frisos escultóricos sino con símbolos y runas. Probablemente corresponda a la Edad de Bronce.

Su rival siguió sus pasos con suspicacia.

—¿Qué insinúa?

—No insinúo nada; usted mismo lo ha visto, Calvert —dijo mientras se servía otra copa—. Los hombres que levantaron el templo y tallaron el relieve (por los detalles del mármol, es seguro decir que fue en la Edad Helenística, entre el año 200 o 100 antes de Cristo) lo hicieron sobre los cimientos de una construcción arcaica. Lo que quiere decir que estamos cerca, muy cerca, de la Troya original.

—No tiene pruebas para aseverar eso, Schliemann. Es normal que en algunas construcciones modernas aparezcan trazos de muro antiguo. En numerosas ocasiones se reciclaba la piedra. Está siendo usted víctima de un engaño. Se lo explicaré. ¡Yannikis! —me llamó. Su voz me trajo de vuelta de esa lejana dimensión desde la que

contemplaba la escena. Salté la otomana y me personé a su lado—. Yannikis, usted que es oriundo de Atenas, díganos, ¿cuántas de las fortalezas turcas levantadas en su ciudad en los últimos cien años habrán utilizado mármoles de la acrópolis como material de construcción?

—Muchas, señor —confirmé.

—Ahí está —dijo Calvert y se volvió hacia el doctor—. Aseverar que la Troya homérica está cerca de este templo sería como encontrar mármol pentélico entre los muros de una fortaleza turca y creer que debajo están las ruinas del Partenón. Supone ignorar una contingencia histórica, la de la reutilización de materiales, y como arqueólogos no deberíamos tropezar con eso.

Los puños de Schliemann se apretaron; temí que hiciera añicos la copa de cristal. Debió de sentir de nuevo la vergüenza iracunda de sus años universitarios, cuando tuvo que soportar que profesores más jóvenes e inexpertos, que nunca habían abandonado la comodidad de sus bibliotecas, lo ridiculizaran por dar credibilidad a las ficciones de Homero y lo aleccionaran sobre lo que suponía ser un verdadero arqueólogo.

—¿Y qué hay de los símbolos? —preguntó Sofía de repente—. Los soles de siete puntas, las espirales..., las cruces gamadas.

Calvert no tenía respuesta; Schliemann tampoco. Y yo, que permanecía de pie junto a ellos como un pasmarote, abrumado aún por los trágicos sobresaltos del día, menos todavía.

—No recuerdo haber leído, y yo lo recuerdo todo, que esas cruces que tienden al infinito estuvieran en absoluto relacionadas con Grecia o sus mitos. Pero claramente he debido de caer en un error. *Hande tener* una relación con Troya; *ha de haber* una conexión que no hemos encontrado.

—Esos símbolos no confirman que el muro pertenezca a la Troya homérica, doctor. —Calvert se retiró las gafas con un visaje abatido. Era inútil tratar con él; cada cosa que dijera en contra de su planteamiento no haría sino reforzarlo. El que se cree hijo de las profecías es porque se ha convencido de que lo es hasta el último átomo de su ser, de tal modo que dudar, o considerar la más ínfima posibilidad del error conlleva algo peor que cualquier martirio en la cruz: la destrucción de uno mismo.

Ahogando un suspiro de hastío, abandonó la sala camino de la torre de su estudio, el único lugar del yacimiento sobre el que todavía gobernaba.

—Yo también me voy —dijo Sofía poniéndose en pie.

Su marido la miró desconfiado: ¿sospecharía lo que yo ahora?, ¿que Calvert y Sofía compartían lo que otrora yo hubiera anhelado? Me cuesta creer que Schliemann dedicara sus atenciones a semejante asunto, pero no por confiar en la lealtad de su esposa, sino porque la eventualidad de que fuera infeliz, y por tanto proclive a engañarlo con Calvert, jamás habría entrado en su cabeza. Pero algo debió incordiarle de aquella prontitud con la que su mujer se retiró siguiendo los pasos del arqueólogo, pues le dijo con un reclamo helador que sonó a advertencia:

—Hoy dormiré aquí contigo.

Ella se marchó sin decir palabra.

Por entonces empezaba yo a notar que algo en el ambiente se enrarecía hasta provocar la incomodidad ajena cuando se hallaban el uno al lado del otro.

¿Que fuera tras ella dices, lector? Confieso que tal vez así lo quisiera una parte de mí. Pero a esas alturas eso no tenía ningún sentido. El muro de aquel templo era infranqueable y nada me

aguardaba en su interior, salvo quizá una dolorosa mordedura de serpiente.

XVII

UN MATRIMONIO DISPAR

Llevamos ya algún tiempo juntos y llegados a este punto en la historia te revelaré, lector, por el respeto que me mereces y por si aún no te hubieras dado cuenta, un importante rasgo sobre mí, sobre tu narrador: me gusta imaginarme la vida de los demás, pensar qué pudieron decirse cuando yo no estaba, qué sentían cuando se encontraban frente al espejo o acompañados por quienes ya sólo viven en sus recuerdos; sobre todo ello, cosas que nunca podré conocer, no hago más que preguntarme. Y hay veces, como esta, en la que no tengo más remedio que escribir para contestarme.

Si tras el capítulo anterior hubiéramos seguido a Heinrich Schliemann hasta su alcoba, lo habríamos visto abrir la puerta con disimulo, deambular a tientas y tropezarse con multitud de obstáculos invisibles hasta dar con la cama donde dormía su mujer. Se movía errático, arrastrando los pies y aun así haciendo crujir los tablones de madera del suelo. Se quitó la ropa lentamente sin estar muy seguro de dónde dejarla. Acabó abandonándola sobre una butaca que encontró tras golpearse con ella, junto con sus gemelos, sus lentes y el reloj de bolsillo. No tenía camisón en la casa, pues desde el primer día en Hisarlik se había alojado en el campamento, con los mineros. Vestido únicamente con los calzones, los calcetines

y una gruesa camisa de algodón, se introdujo en la cama junto a su joven esposa.

Sofía, fingiéndose dormida, tiró de las sábanas con las manos crispadas hasta cubrirse la barbilla. Llevaban mucho tiempo sin compartir la cama, y notó de pronto un olor que no se correspondía con el recuerdo que tenía de su marido: bajo el habitual perfume a tabaco y colonia fresca había una suerte de humedad corporal con notas de verdura podrida —un olor amargo y penetrante, más nauseabundo cuanto más lo pensaba—. «Así huele la vejez», pensó con espanto, temiendo se le fuera a meter debajo del pellejo para siempre. Arrugó los pies, se llevó al pecho las rodillas hasta convertirse en un pequeño ovillo en una esquina helada de la cama. En apenas unos segundos, lo escuchó roncar y sintió temblar las sábanas con los movimientos atragantados de su respiración. En ese momento, sin poder evitarlo, Sofía empezó a llorar en silencio.

No tenía sentido engañarse a la hora de examinar los recuerdos —bastante traicioneros son ya de por sí— y no pretendía hacerlo. Sabía que aunque nunca hubiera estado enamorada de Schliemann, era ridículo pretender que sus sentimientos hacia él hubieran sido inexistentes, o consolarse diciéndose víctima de una conjura matrimonial ideada por los hombres de su familia. Cuando conoció a Heinrich en la primavera de 1868, la joven de dieciséis años había sentido por él una curiosidad que rozaba el descaro y que, fácilmente, podía confundirse con cierta atracción. El doctor se alojaba en casa de su buen amigo Theokletos Vimpos, patriarca ortodoxo de Atenas y tío de ella, y durante la cena de bienvenida, Sofía quedó fascinada por su vasta cultura y sus historias. Tanto fue así que descuidó por completo el protocolo y olvidó dar también conversación al pobre caballero sentado a su izquierda. Hablaron de Platón y de Aristóteles, de Homero y de Hesíodo, ambos con

marcada preferencia por los segundos. Y hablaron de Troya, de la aventura que ya entonces Schliemann preparaba. Sofía no pudo desviar la mirada cuando aquel hombre de perfil rocoso y nariz ganchuda, treinta años mayor que ella, le relató cómo había abandonado su vida en Petersburgo para entregarse a la búsqueda incansable de la ciudad perdida de la *Ilíada.*

—Usted entonces no alberga duda sobre su existencia, ¿verdad? —preguntó, curiosa.

—Al contrario. He dudado de ello tantas veces como he dudado de mí mismo, señorita —confesó él—. He investigado todo cuanto he podido, arrancándole horas a mi vida a fin de contestarme la pregunta. Cuanto más he leído y más me he acercado a la respuesta, más se ha alejado ésta de mí. ¿Puedo afirmar que Troya existe? Aún no, pero voy camino de la Tróade para intentarlo. ¿Confío en que exista? Sí. Claro que confío. De lo contrario, ¿qué sentido tendría ir en su búsqueda?

Había algo, pensaba Sofía, algo en ese extraño, extrañísimo hombre, que no acababa de descifrar, pero que, fuera lo que fuese, la había liberado de su viejo rencor hacia el sexo opuesto. Los hombres con los que se había topado hasta entonces habían tendido a despreciarla, haciendo de menos su conocimiento y sus inquietudes y de más su patrimonio (era hija de uno de los mayores banqueros de Grecia). Estaba harta de esos chicos jóvenes de traje impoluto y mirar alevoso que la sacaban a bailar en las fiestas sólo para poder preguntarle por su padre y su fortuna; cansada de las conversaciones vacuas que orbitaban siempre alrededor del dinero; del chismorreo afilado contra los solteros y el critiqueo hediondo a los mal casados; hastiada, en general, de la absoluta nadería que la rodeaba. No había baile o recepción al que Sofía no acudiera sin

pensar que, si eso era lo que le deparaba el resto de sus días, haría bien en poner fin cuanto antes a su vida.

Y de repente, dioses, sorpresa: un hombre insólito, enemigo arrebatado de esos diminutos mundos de la gran burguesía y que se había negado a que lo arrastran desde el altar hasta la tumba sin dejarle catar el sabor de la verdadera existencia. Heinrich Schliemann no se dejaba doblegar, y porfiaba por encontrarle un significado a sus días, por encontrárselo a sí mismo. Se había quitado la venda, había levantado el velo, y ahora iba en busca del conocimiento, de nuevas fronteras..., de algo que le asegurara que la vida era más que una inútil e impaciente antesala de la muerte. Sofía jamás había conocido a alguien así, capaz de vivir tal y como ella soñaba.

¡Y qué decir de la impresión que había causado la joven en el arqueólogo! Al acabar la velada, Schliemann regresó a su alcoba sintiendo las nostalgias de un viaje aún sin empezar y el corazón cautivado por la belleza e inteligencia de la joven, como el príncipe Paris cautivado por Helena. Imaginó la noche en que se habrían conocido ambos, una noche primaveral como aquélla, en la que el aroma de los jazmines se enredaba a los balcones, y la luna, puesta de perfil sobre el cielo, iluminaba los templos de mármol como la visión de un sueño. El príncipe de Troya y la reina de Esparta habrían hablado largo y tendido durante el banquete, quién sabe de qué: de héroes inverosímiles, de leyendas insólitas, de mundos tentadores por su lejanía que Helena jamás podría conocer; en apenas unas horas, Paris ya se habría enamorado de su alma antigua. Luego, ya bajo el refugio de la oscuridad, avanzaría a tientas por el palacio dormido diciéndose a sí mismo que no pretendía más que retomar las palabras allá donde las infaustas interrupciones de los demás las habían dejado, que solamente

quería ver cómo dibujaban sus labios las vocales al hablar; feliz se entregaría a una dolorosa eternidad sin poder acariciar siquiera con las yemas de los dedos su piel, a cambio de que se le permitiera escucharla, vivir, dormir y morir con su voz en la cabeza. Se imaginaba a Paris abriendo con cuidado la puerta chirriante, llevándose inocente el dedo a la boca, encontrándola dentro, despierta, desnuda, esperándolo, insomne, ardiente, incapaz de pensar en nadie más, la mujer más bella del mundo: Sofía..., ¡quiero decir, Helena!

En los meses siguientes que Heinrich pasó en Atenas, preparando su expedición, no se separaron. Horas polvorientas en la biblioteca del tío Vimpos y libros sobre Troya y el amor prohibido de Helena y Paris acabaron haciéndoles de galeoto. Treinta años los separaban, pero dado el gran respeto intelectual que se tenían, y la admiración sincera que se profesaban, ninguno de los dos vio en la edad el mínimo impedimento. Sofía no se sorprendió cuando, antes de que acabara el año, le llegó la propuesta de matrimonio. Schliemann era con seguridad el mejor de los desenlaces, quizá no de los soñados, pero sí de los posibles. Una joven como ella, hija de quien era, estaba destinada a casarse bien con el hijo de otro magnate o bien con alguien de la aristocracia empobrecida dispuesto a compartir su título a cambio de dinero. En cualquier caso, el destino de esos matrimonios estaba escrito y pronosticaba para alguien como Sofía escasa felicidad: los cautiverios de la sociedad, el matrimonio e incluso los de la maternidad la desquiciarían; pasaría la vida encerrada, esperando a que alguien la sacara del gineceo. Con Schliemann por lo menos compartía una inquietud intelectual, disfrutaba de su compañía y conversación, y prometía llevarla consigo en todas las expediciones arqueológicas que emprendiera. Viajaría a Oriente, exploraría las latitudes bárbaras del mundo,

podría dedicarse al estudio del pasado y a buscar sus restos bajo la tierra. Eso de por sí la hacía sentirse la mujer más libre del mundo; mucho más libre de lo que hubiera sido fuera de un matrimonio o en la jaula de uno peor.

De modo que de buena gana se enfundó el traje blanco de su difunta madre y acudió al altar del brazo de su padre, aunque no pudo evitar que, al lado del cuarentón y paternal Schliemann, su rostro risueño pareciera el de una viuda joven. Daba igual, la pasión compartida por la arqueología resultó ser un sucedáneo más que competente de la fogosidad con la que arrancan tantos matrimonios y que luego muere desfondada al poco tiempo.

Es posible que quien beba los vientos por los amores en la vida y los amoríos en las novelas se sienta decepcionado con este aspecto de la historia, pero ésa fue (al menos al principio) la realidad del dispar matrimonio: la de una admirada amistad. No parecía algo tan terrible, más aun sabiendo cuán destructivos pueden llegar a ser los amores de fuego... Ésta era una amistad paciente, de tierra y de roca, en la que prometían excavar cada día de sus vidas. Tal vez, había pensado secretamente, cuando pasara el tiempo encontrarían en su seno las ruinas quemadas de algún amor antiguo, uno que quizá hubiera sido posible siglos atrás.

Pero ahora Sofía escuchaba la respiración entrecortada y arenosa de su marido en la almohada junto a ella y se retorcía repugnada entre las sábanas impregnadas con el olor anciano, mientras pensaba en lo poco que Heinrich compartía con los demás del sueño troyano, lo reticente que era a dejarla asomarse a las zanjas, a encomendarle tareas concretas de excavación; y se culpaba de sus ilusiones.

Todos habíamos ido a Hisarlik persiguiendo la realidad y pronto nos toparíamos con la fantasía; Sofía había ido persiguiendo la

fantasía y ya se había encontrado con la dura, la durísima realidad de un matrimonio fáustico y desgraciado. Se decía a sí misma que aguantara, como si creyese que de esa forma la vida sería indulgente con ella. Pero no podía ignorar que ya albergaba un terrible miedo a que la vida se desbocara y que, al cabo de los años, ni siquiera la emoción de haber ido en busca de la ciudad de los dárdanos compensara la sensación de haberla desperdiciado.

XVIII

EL ERRANTE

Durante los días siguientes, el acceso a Hisarlik fue difícil. Las serpientes continuaban brotando del seno de la colina como una maldición. Los mineros se negaron a volver al trabajo hasta no tener lista una pócima a base de santolina y otras yerbas hervidas que inmunizaba contra el veneno, y que al parecer tardaba mucho tiempo en prepararse. A pesar de la cólera inicial de Schliemann, que amagó con despedirlos de inmediato, ¡cobardes, vagos!, y después con lanzarse él mismo a la excavación, el yacimiento cayó durante semanas en una suerte de letargo expectante. El sol se hinchió de fuerza sintiendo que nos había derrotado y el silencio aulló triunfal ante nuestra retirada. La soledad que cayó sobre Villa Thymbra parecía la de los primeros tiempos.

Un terrible aburrimiento empañaba mi ánimo. Nada de lo que antes me había valido para contentarme surtía ahora efecto: el ajedrez con Sofía, el volver sobre alguna de mis antiguas lecturas, el poner en orden mi cuaderno de escritos; todo me provocaba un rebuzno de apatía. Lejos del ajetreo de la excavación y la aventura del yacimiento, las horas pasaban lentas y pesadas sin remedio. Fue en esos días que contemplé con horror la posibilidad de que, una vez concluida la expedición, el resto de mis años se desvolviera de la misma forma fatal.

Afortunadamente, de golpe el destino quiso sacudirnos del letargo lanzándonos la visita de un extrañó visitante. Uno que, cabe decirlo, lector, tuvo especial relevancia para mí, hasta el punto incluso, diría, de marcar un rumbo fundamental en mi vida.

Llegó bajo el sol feroz del mediodía dominical, casi deshidratado, subido a un rocín macilento que al entrar en Villa Thymbra abrevó la sed con tanta vehemencia que creímos que estallaría. Supuse que aquel hombre había llegado a nosotros también tras haber tomado el camino equivocado en la bifurcación de Dardanelos. Grande fue mi sorpresa cuando nos contó que su llegada era fruto del azar sólo a medias, pues el errar sin rumbo por la Tróade era completamente voluntad suya. Llevaba años viajando por el Mediterráneo.

Era un tipo de unos treinta y cinco años, alto y delgado, diremos que de complexión frágil y, siendo maliciosos, incluso algo enclenque. Tenía el cabello grifo de un color azabache, casi azulado, salpicado de mechones de plata, la nariz helénica rota por alguna pelea de juventud, el mentón respingón y el porte altanero. A todos nos evocó la silueta vampírica de un lord Byron de nuevo extraviado por el levante medio siglo después, antes incluso de saber que también era escritor. De hecho, no era otro que Alain Gandvilain, pseudónimo de aquel afamado novelista francés que con su pluma había cautivado a media Europa. Sin embargo, hacía más de un lustro que nadie sabía de él. Desde que en 1865 viera la luz su obra *El emperador perdido* (averiado folletín de aventuras que sin embargo había sido un sonadísimo éxito) no había vuelto a publicar una página. Le había dado la espalda a su público y a su oficio, sin que nadie supiera el porqué. Incumplió sus contratos y sus compromisos, y despachó a sus furibundos editores con una frase que nos refirió literalmente horas más tarde, durante la cena, mientras relataba su historia: «Señores: su editorial, su dinero y sus

lectores no valen lo que una coma mal puesta mía». Enfrentó juicios por querellas administrativas en una decena de países. Los perdió todos. Al borde de la prisión por deudas y ahogado por la multa millonaria, había acabado por desaparecer del mapa. Por su fama de romántico enloquecido, críticos y periodistas lo habían supuesto alistado en alguna guerra remota, una infausta travesía marítima, o sencillamente con los huesos en el fondo del Sena tras una reyerta en la sórdida noche de París. Nadie hubiera imaginado que Alain Gandvilain estuviera donde estaba, en Villa Thymbra, descamisado por el calor, con la frente brillante y los ojos febriles, profiriéndonos agradecimientos de náufrago por haberlo salvado de perecer bajo el sol de termidor.

Sofía había leído muchas de sus obras y le estrechó la lánguida mano con la emoción de una admiradora. Yo también había leído a Gandvilain. No me gustaba tanto como Dumas ni lo respetaba tanto como a Flaubert, pero era el primer escritor al que conocía en persona y aquello le valió para trepar rápidamente puestos en la escala de mis preferencias.

Por la tarde tuvimos ocasión de tratar largo y tendido con él en una agradable velada. El doctor Schliemann no se avino a ello, por supuesto. Cuando fue informado de la visita del escritor mostró sus peores recelos y advirtió a Calvert de los peligros que entrañaba que un extraño accediera a la finca: podía querer sonsacar información, robar piezas de arte, o incluso ser un espía de los otomanos.

—¿Cómo saben que es el escritor que dice ser?

—El hombre venía exhausto y a punto de morir de sed. Creo yo que un agente de los otomanos o un ladrón de arte no se habría presentado de esa guisa.

—No lo quiero ver cerca de las ruinas —bramó el doctor—. Y ni se le ocurra hablarle lo que andamos buscando aquí.

Calvert sintió indigestarse de rabia al escuchar el tono aleccionador con el que Schliemann lo mandaba refrenar la lengua de ciertos temas. Se abstuvo de decirle que no era él de quien debía preocuparse sino de su mujer, pues Sofía andaba tan ilusionada que parecía más dispuesta que nadie a compartir confidencias arqueológicas con el señor Gandvilain —que según nos contó después venía buscando inspiración para una novela, lo que a ella le entusiasmó todavía más—. Si no lo hizo, fue para no traicionarla ni ponerla en apuros, aunque ganas no le faltaban de que Schliemann viera que la correa con la que creía tenerla amarrada no era tan fuerte como pensaba ni tan corta como habría querido.

A las siete nos encontramos (salvo el doctor) en el porche de Villa Thymbra bajo una pérgola cubierta de glicinia, fragante en primavera y tupida de sombra en verano. Nuestro invitado apareció rejuvenecido por el descanso, engalanado con un traje que le prestó nuestro anfitrión, y despidiendo un intenso aroma a colonia de clavo. Enseguida observé que era hombre dado al disfrute, lo que me causó cierta decepción. No se correspondía con la imagen abstinente, reflexiva, disciplinada y, ante todo, poco frívola que le imaginaba a los escritores. Gandvilain bebía en abundancia, si bien lo hacía con la sobriedad del señor y sin los barbarismos del borracho: primero una copa de un excelente amontillado que Calvert había comprado en su día a un mercader del Jerez extraviado por esos lares; luego, durante la cena, un afrutado tinto francés rescatado de la bodega del arqueólogo; después, el meloso vino de postre; y, para terminar, una refrescante y amarga copa de gin. También fumaba con profusión, encadenando un cigarrillo tras otro en su boquilla de marfil, pero en ningún momento daba sensación de atolondramiento —al contrario que Schliemann, quien muchas veces parecía una locomotora desenfrenada—. Fumaba sin ansiedad,

degustando cada calada como si fuera la única que daría en la vida, y con un gesto de la mano semejante al de la escritura y que alguien como Schliemann (o, sin ir más lejos, mi padre o mis difuntos amigos) no dudaría en calificar de femenino. Nuestro invitado tenía pues, a simple vista, todas las cualidades propias de un *dandy* anarcisado y poco interesante. Me pareció evidente que, aunque hubiera dejado atrás nombre y vida, aún lo acompañaban los gustos refinados de una existencia muy presumida. Sus primeras intervenciones me sirvieron, en efecto, para descalificarlo como una suerte de escribidor engreído y sin un átomo de literatura en él, pero según ahondó en el relato de su vida fueron cambiando mis opiniones al respecto de Alain Gandvilain, que llegados a un punto de la cena confesó que, ciertamente, no había un poso de literatura en él y que eso le avergonzaba y le dolía. Eso era contra lo que se había rebelado, nos dijo; ése el motivo por el que había mandado a todo el mundo al diablo años atrás.

—No podía soportar por más tiempo la impostura del negocio literario. Me sentía asqueado por mi propia prostitución. Quise escribir algo diferente, algo que me reconciliara con la literatura y purgara mis pecados, y les presenté a mis editores los primeros capítulos. No debí hacerlo —dijo, ahogando una sonrisa de dolor—. Con la más insultante de las conmiseraciones me dijeron que no me reconocían en aquellas páginas; me conminaron a hacer eso que tan bien sabía: un folletín como los que solía, algo que no desorientara a los lectores de *El emperador perdido* y que, cuanto menos, lo igualara en ventas. En ese momento, aunque asintiera diligente con la cabeza, entendí que aquel no era mi mundo. Y efectivamente, todo a mi alrededor empezó, de pronto, a confirmármelo.

»Durante los primeros meses traté de escribir la obra que me pedían, sin éxito. Miraba fijamente el folio maldito y él me miraba de

vuelta. Las gotas de tinta resbalaban por mi frente y por el plumín, cayendo en la blancura asfixiante de la página y llenándola con un reguero de borrones. Todo cuanto aparecía en mi cabeza tenía el viso de lo espurio: aventurillas sin significado, giros tan absurdos como rocambolescos, secretos del todo inverosímiles; ridículos sistemas de recompensas dilatadas que una vez descifrados pierden todo interés.

»Vinieron noches fatales, insomnios de inquisición en los que penaba por mis herejías contra mi propia industria. Conforme pasaban las semanas se iban amontando en la entrada de casa las cartas rabiosas de mis editores, que seguían sin noticia de mí o de mi nueva obra. Al cabo de un mes y medio vino a verme uno de ellos, pero no le recibí. Escondido tras una cortina, escuché a mi sirviente decirle que no me encontraba en ese momento. El hombre insistió en dejar una nota para mí; apenas unas palabras que luego leí y que me lastimó como una cuchillada. "¿Sabe cuántos lectores lo esperan? ¿Sabe cuántos dependen de su novela para aliviar las penas de sus misérrimas vidas, y cuántas ilusiones están en sus manos y a merced de su capricho?". Aquel chantaje colmó mi paciencia. Aún no sabía lo que iba a hacer, pero de momento di instrucciones a mi servicio. "En lo sucesivo, si vuelven preguntando por mí, digan que no estoy y que nunca estaré".

»Tenía que tomar una decisión; no aguantaría mucho más tiempo enfrentando la blancura terrorífica del folio, llena con mil premoniciones de desastre y, sobre todo, con culpa. Ansiaba una novela, una auténtica novela; una obra que me permitiera desvelar, mediante el lenguaje, al menos una fracción del complejo enigma humano. Hasta entonces no había estado ni cerca de descubrirlo. Me acercaba a los cuarenta, pero el recorrido de mis días era tan escaso como el de un recién nacido. ¿Dónde estaba el desafío superado?

¿Dónde las derrotas amargas que hicieran gloriosas mis exiguas victorias? No quiero que con esto piensen ustedes que peno por no haber penado. No añoraba la buhardilla húmeda y fría en la que sólo la literatura da el calor del fuego, ni anhelaba el hambre que se sacia con páginas de libros robados; tampoco el cautiverio argelino en el que los personajes de obras futuras se aparecen como ingenios fantasmales del cerebro para mantener a raya la locura. Sencillamente quería algo auténtico, un contacto con la vida más allá de las paredes de mi imaginación (angostada también, por razón de mis compromisos y del mundo que me encerraba). Encontrar de nuevo el origen, escapar de aquel mundo de lobos que era la comodidad opiácea de la burguesía. Buscaba en la literatura la comprensión, el significado que me hiciera de una vez por todas hallar la fórmula con la que sobrevivir en este mundo de vanidades, orgullos y ambiciones, este mundo del fácil contentamiento sin la complejidad siquiera para ser dogmático; este mundo de la nada que resume su principio y su fin con un infame axioma sobre lo fatigoso que es pensar. Y así fue como un día decidí marcharme.

—¿Y eso es lo que ha venido a hacer aquí, al confín del mundo? —dijo Sofía.

Yo también me lo había preguntado, pero estaba tan embelesado escuchándole que no me atrevía a cortar su relato.

Los labios de Alain Gandvilain se estiraron con una sonrisa amable, acaso seductora, pero que encerraba un doloroso sentimiento.

—Efectivamente. He venido buscando las ruinas de la historia de Grecia, señora Schliemann, convencido de que aquí encontraré el remedio a mis males. La *Ilíada* y la *Odisea* de Homero, la épica de la guerra de Troya y el regreso de los héroes que en ella fueron a morir, la *Eneida* de Virgilio después; todo ello es el huevo blanco y

prehistórico del que surgió la literatura. Ese pasado distante se me antoja el perfecto refugio para quien yerra de aquí para allá, ofendido por la ordinariez del presente y angustiado por lo predecible o lo impredecible que se antoja el futuro. Es un país de huida, el pasado; y territorio de inspiración. Tantas veces he regresado a los clásicos en busca de consuelo... Pero esta vez no me ha valido sólo con la lectura; esta vez he sabido necesario ver yo mismo el Egeo y recorrer sus costas en busca del mito.

»He estado en el estrecho de Mesina, buscando entre las rocas de los acantilados rastros, acaso fosilizados, de la piel escamosa de la Escila, y en los distintos azules del mar, la sima de Caribdis. También en la isla de Ítaca donde di con unas viejas ruinas que los locales llaman el castillo de Odiseo. Y en Cartago, donde busqué con ahínco el palacio de la reina Dido, hallando tan sólo los restos de uno de Aníbal, que otro mucho más diestro con la pluma que yo, ya había puesto en una novela muy sonada. De Grecia lo he visitado todo: la Beocia, el Ática y el Peloponeso... Pero nada me hechizó tanto como la isla de Creta, que fue mi primer destino, y adonde logré escabullirme disfrazado de sarraceno para presenciar de primera mano la revolución griega contra los turcos.

¡Creta! La sola mención de la isla atravesaba como una espada al rojo vivo mi memoria. Ansié que nos contara más.

Gandvilain entornó los ojos sobre el borde de la copa.

—Si hubieran visto lo que vi... Allí fui testigo de los episodios más heroicos, señores míos, pero también de los más infames y brutales de los que es capaz el hombre.

Tentado estuve de preguntarle si uno de ellos no fue por casualidad el estallido de la fragata *Radamantis,* que acudía desde Atenas en auxilio de los alzados. Imaginé al señor Gandvilain ataviado con túnica y turbante mahometanos, encaramado a uno de

los montes agrestes que forman Creta, divisando el barco de velamen blanco como sus intenciones, expeliendo un chorro de vapor negro como su destino, mientras se acercaba a la costa. Lo imaginé ahogando un grito al ver el buque saltar de repente por los aires con un inmenso estallido de fuego, madera y espuma, para desvanecerse después bajo las olas. Lo imaginé paseando por alguna playa en los días siguientes, viendo aparecer en la orilla los restos astillados del mástil, el sudario fantasmal de una vela, o el despojo de alguno de los jóvenes marineros.

El escritor continuó.

—La masacre del monasterio de Arkadi, han oído hablar de ella, ¿verdad?

Cómo no. El mundo entero se había hecho eco de la tragedia. Los otomanos habían entrado a sangre y fuego en el pequeño pueblo cretense de Arkadi, donde una población de novecientos, liderada por un monje higúmeno, se había refugiado en el monasterio, de pronto convertido en fortaleza. Sólo trescientos eran hombres con armas; el resto, mujeres y niños, que fueron guarecidos en la sacristía, transformada en polvorín. Cuando los otomanos echaron la puerta abajo, alguien decidió por todos prender fuego a la pólvora e inmolarse para sobrevivir.

—Pasé semanas en Arkadi ayudándoles a preparar la resistencia; abandoné el pueblo un día antes de que lo cercaran los turcos. Traté largo y tendido con los caudillos rebeldes, también con el monje higúmeno. Créanme cuando les digo: sé que fue él quien estuvo detrás del martirio colectivo de la población. —Me pregunté cómo podía estar tan seguro, si no había estado allí para verlo. Como si me hubiera leído la mente, el escritor nos lo explicó—. Sé que para los rebeldes de Creta y para muchos griegos será un héroe, el valiente hombre de iglesia que sin vocación de santo abandonó la

quietud del monasterio y se unió a los alzados. Muy loable, sin duda. Pero juro que desde el primer día que lo conocí, vi rabiar en él la llama de la locura, la enfermedad del fanatismo. Estaba convencido de que Dios no los abandonaría, de que, si los alzados iban bajo el emblema de la cruz contra los otomanos, prevalecerían y Creta sería liberada. Antes de partir, hablé con él y traté de hacerle ver con argumentos racionales que no tenían más remedio que negociar. ¡Era imposible el combate! Quince mil otomanos armados hasta los dientes y con treinta cañones rodearían al alba el monasterio. Podría decir que el higúmeno no quiso escucharme, pero sí que me escuchó, ya lo creo que lo hizo, y a sus labios acudió una sonrisa torcida cuyo recuerdo aún hoy me causa escalofríos. Supe que no quería ver la realidad, que no aceptaría la derrota; antes moriría. Y en efecto, eso fue lo que sucedió apenas unas horas después. El higúmeno se llamaba Gabriel, y estoy convencido de que mientras apremiaba a los inocentes a refugiarse en el polvorín, y en el momento de prender la mecha y hacerse saltar con todos ellos en pedazos, se consideró a sí mismo la encarnación del arcángel. Fíjense en lo literario del asunto.

Cayó sobre nosotros el silencio, el mismo que debió de reinar en el monasterio de Arkadi después de la voladura del polvorín, cuando se asentó el polvo entre los huesos carbonizados y las piedras humeantes. Ninguno parecía querer comentar nada sobre esa tragedia, como si acaso fuera una herida personal.

Gandvilain apuró un trago para lidiar con el espantoso recuerdo y retomó la narración de su viaje.

—Tras abandonar Creta navegué hacia el norte del Egeo. Recorrí toda Grecia y las islas. La más bella era sin duda la isla de Icaría, ya saben, donde Ícaro, el hijo de Dédalo, cayó al mar por acercarse en su orgullo demasiado al sol. Luego remonté los estrechos y

desembarqué en Dardanelos. Y aquí me tienen. Ahora recorreré la costa de Jonia hacia el sur, alcanzaré las ruinas Halicarnaso y proseguiré hacia el oriente.

—¿Y tiene usted un destino? —preguntó Sofía.

—Tiro —confirmó él—, la ciudad natal de la reina Dido. Pero quién sabe si será allí donde encontraré mi novela. Quizá haya de viajar todavía más.

—Por lo que veo no es usted tan distinto de nosotros, señor.

—¿Por qué lo dice?

La joven se percató de su indiscreción y calló súbitamente. Imaginó los ojos furibundos de Calvert sobre ella y, a través de ellos, los de su marido. Pero lo cierto era que el arqueólogo no estaba molesto. Fue él quien aclaró la voz y dio al forastero explicación de nuestro cometido.

—Estamos excavando en la colina de Hisarlik lo que creemos es el yacimiento de la ciudad de Troya. Por eso dice la señora que nos parecemos: todos vamos buscando un mito.

El motivo por el que Calvert reveló el secreto me es desconocido. Sería fácil aseverar que sólo pretendía demostrarse a sí mismo libre del influjo de Schliemann, libre para hablar de cuanto quisiera y con quien quisiera. Al fin y al cabo, Hisarlik, y por tanto las ruinas de Troya, estaban en su propiedad. Sin embargo, sospecho que la razón trascendía ese ademán asertivo propio de hombres inseguros. Genuinamente creo, lector, que, tras escuchar su historia, Calvert se había convencido de que Alain Gandvilain era merecedor de saber qué era lo que buscábamos en la colina de los dárdanos: el relato de su vida demostraba que era un hombre trascendente, que conocía y apreciaba la historia, que se había rebelado contra el cinismo del mundo y que, a su manera, luchaba porque éste recuperara el

romanticismo que se le había marchitado. Troya, por tanto, también le pertenecía.

—Es fascinante —dijo el escritor—. ¿Ya han encontrado algo?

Le hablamos del magnífico relieve que habíamos encontrado en los muros del templo. Y también (cuando nos pidió verlo) de la huida que habíamos tenido que emprender al comprobar que se hallaba en un nido de serpientes.

Gandvilain sonrió burlesco.

—Qué literario, también —refirió.

XIX

DIARIO DE EXCAVACIÓN

Schliemann levantó la vista del escritorio y parpadeó varias veces para disipar la neblina de fosfenos y estrellas. Llevaba horas allí encerrado, tantas que había perdido la noción del tiempo. Se frotó la cara, apuró el trago de vino que le quedaba, y salió a tomar el fresco. La noche homérica extendía su manto de silencio y constelaciones sobre la landa. En su seno se intuía la silueta umbría de Hisarlik como una criatura viva, una bestia que lo esperaba agazapada en la tiniebla. Miraba aquel montón de piedra y tierra transmutado por los siglos en colina y veía a su enemigo, lo único que se interponía entre él y su profano fin. Pensó en los héroes del pasado, plantados en el punto donde se encontraba él, crucificados sus ojos como los suyos sobre las murallas inexpugnables de los dárdanos y la promesa de gloria tras ellas. Durante diez años no habían visto otra cosa; él llevaba toda una vida con esa visión clavada en la retina, como la huella ardiente de un sol blanco alrededor del cual orbitaban todas sus ideaciones. Tomó una amplia bocanada de aire, lanzó un suspiro resignado y volvió al interior de la tienda para retomar su labor. En medio del desorden del escritorio le aguardaba un cuaderno de tapas verdes, todavía en su mayor parte en blanco. Llenó la copa hasta arriba de vino, mordisqueó un cigarro semiapagado y comenzó a escribir con letra acelerada.

Diario de excavación
Colina de Hisarlik, 14 de junio

Según el mapa que se halla en mi poder, los estratos que conforman la colina de Hisarlik, o de los dárdanos, son los siguientes:

1.º estrato / ciudad romana: ~ 30 d. C.
2.º estrato / ciudad helenística: ~ 300 a. C.
3.º estrato / ciudad clásica: ~ 500 a. C.
4.º estrato / ciudad arcaica, época homérica: ~ 700 a. C.
5.º estrato / ciudad prehomérica, Bronce tardío: ~ 1200 a. C.

Ya hemos encontrado las pruebas que confirman la primera, segunda y quinta hipótesis (siendo para mi propósito la tercera y la cuarta de menor importancia). Los templos romanos son visibles, no hace falta excavar mucho para encontrarlos, y sus mármoles ya han sufrido saqueos con antelación. Hace unos días, sin embargo, los hombres hallaron un templo de la época helenística en una de las cornisas superiores de la colina, en lo que debía de corresponder a un recinto sagrado dentro de la propia acrópolis. En este templo, del que aún queda mucho por excavar, hallamos unos magníficos relieves de mármol del príncipe Eneas recibiendo la orden de su madre, la diosa Afrodita, de abandonar Troya horas antes de que la ciudad cayera. Por desgracia, uno de los relieves (el de Afrodita) estaba del todo destrozado, con seguridad a causa de pasados terremotos y corrimientos de tierra.

En cualquier caso, revela que en verdad éste es el yacimiento de Troya por dos motivos. El primero de todos es la temática de la escena representada en los relieves. La huida de Eneas de Troya por orden de la diosa Afrodita es un mito central del ciclo troyano y de la cultura dárdana. Representaciones como ésta sólo se han descubierto, según todos los libros que he consultado, en otros lugares con templos de la diosa Afrodita donde recaló Eneas en su exilio.

El segundo motivo es sin duda el más extraño. Adosado al muro marmóreo de este templo, dimos con un muro más antiguo, limpio de esculturas, relieves o cualquier tipo de ornamento, pero cargado de runas y símbolos indudablemente ligados al imperio y la realeza de los dárdanos. A falta de concluir los estudios sobre este muro y ahondar en la estructura, está claro que los templos de la Troya más reciente se edificaron sobre los cimientos de complejos arquitectónicos mucho más antiguos y espectaculares pertenecientes, como este muro, a la época prehomérica o del Bronce tardío, alrededor del 1200 antes de Cristo, fecha que coincide con la que el historiador y geógrafo antiguo Eratóstenes propuso para la guerra de Troya: el 1184 antes de Cristo.

Con estas consideraciones en mente, he ordenado a mis hombres que se centren en excavar la base de la colina, a fin de alcanzar directamente, incidiendo en el muro con una zanja perpendicular, los estratos más antiguos, pues ahí han de hallarse las ruinas de la Troya que vivió la guerra. Cuando hayamos desenterrado la ciudad iliádica, podremos dedicar más tiempo a excavar los estratos superiores y los templos, pero ahora el tiempo corre en nuestra contra. Los turcos pronto descubrirán el yacimiento y se nos echarán encima. Mi único propósito ahora es trabajar sin tregua, así haya que doblar los turnos y reducir los descansos, y cavar ya bajo el sol de agosto, ya bajo las lluvias de diciembre, hasta dar con mi propósito.

Siento que Troya está cerca; la voz dormida en los túmulos de los héroes me llama, conminándome a seguir. No puedo cejar en el empeño por muchos que sean los obstáculos, por mucho que otros hombres se obstinen, desde la pequeñez de sus mentes, en impedir este cometido. La labor que estoy llevando a cabo es digna de Prometeo y por lo tanto está condenada a ser incomprendida, ¡pero ya lo fueron todos mis proyectos en el pasado! ¡Ya me desahuciaron académicos y empresarios por igual! No, me he de mantener firme en mi objetivo como he hecho siempre, y aun si los otomanos, con el sultán y Mahoma a la cabeza, irrumpieran en las excavaciones para clausurarlas, empuñaría mi arma y dispararía a bocajarro para proteger las ruinas, incluso sabiendo que me fusilarían...

Hoy dicen que ha venido un escritor a Hisarlik. Todos corren raudos a prestar atención a sus fantasías y desatienden los trabajos reales que aquí llevamos a cabo. Sé que es porque, en el fondo, todos dudan de mí. Nadie acabará de creerme así subieran todos a estas mismas murallas y vieran desenterrada la ciudad. No desfallezco, no tiene sentido desesperarse con estos perros: no creerían que es Troya aunque los propios Paris y Helena resucitaran y les enseñaran a todos el camino entre las ruinas hasta las cámaras preñadas de tesoro. Arqueólogos, pomposos conservadores de museo, o escritores esclavos de su pretensión; todos chapotean el légamo de la ignorancia y el escepticismo porque tienen miedo, qué digo miedo, terror de ver derribados de un plumazo los cimientos de sus creencias, de oír cómo de repente se resquebrajan los muros de sus dogmas, de morir aplastados bajo los escombros y los cascotes de todo lo que creyeron verdadero. Pero nadie podrá huir de mi descubrimiento, ni volver la espalda a la evidencia, que es su horror. Me odiarán. Si ya lo hacen, ahora con más vesania; lo sé.

Desde el patético principio de su pecaminosa existencia, el hombre se vuelve contra quien le muestra la Verdad, quien le ilumina con la Razón y le hace ver que lo de la pared no son más que los reflejos temblorosos de una realidad que ignora. Seré otro más en la larga lista de mártires de la barbarie de los humanos, aunque en realidad siempre somos el mismo ser maldito que anhela el conocimiento y que se reencarna una y otra vez para luchar contra la

opresión de la ignorancia. Pero he de prepararme: mi misión es ingrata; los hombres se arrepienten cuando tienen el fuego, cuando conocen la verdad; rogarán, ¡suplicarán de rodillas, hundidos en el fango!, regresar a su estado brutal de desconocimiento. Volverán a levantar el puño contra mí, me maldecirán como llevan maldiciéndome siglos..., cuando fui yo quien les dio su libertad.

Me da igual, acepto mi destino; no necesito el reconocimiento de estos necios. Mi labor estará cumplida y con eso será suficiente. Les arrancaré la venda de la envidiosa ignorancia y ya no podrán volver a colocársela. No lograrán acabar conmigo ni con mi propósito: cuanto más lo intenten, con más ahínco revolveré la tierra de estas trincheras; ¡pondré Hisarlik del revés y cavaré por sus túneles hasta alcanzar el infierno, si es menester, para hallar las ruinas de Troya y descubrir la Verdad!

XX

EL INVENTOR DE FICCIONES

Alain Gandvilain partió al día siguiente camino de Tiro. Tal y como nos advirtió al finalizar la cena, lo haría muy temprano, antes del alba, haciendo el menor ruido para no despertar a nadie —«no sabrán si he sido real o un sueño», bromeó— y eternamente agradecido por la buena acogida que le habíamos dispensado. Sin embargo, yo aún lo vi una vez más. La conversación que tuve con él, no puedo sino transcribirla por si algún día, lector, quisieras descifrar el secreto que encierra la voz que desde estas líneas te habla.

Era plena madrugada y una horrible pesadilla me había desvelado. Me había visto en el patio de un hermoso monasterio de fachada barroca y sólidos muros de piedra color pergamino. El cielo nocturno estaba encendido como si estuviera en llamas. Yo temblaba, pero no a causa del miedo, que entonces no sentía, sino de las explosiones que se oían en la lejanía y que retumbaban como infernales tambores en mis oídos. La gente corría a ponerse a salvo al interior del convento: madres desesperadas que llevaban a sus niños de las manos, hombres armados poco menos que con aperos de campesino. De nuevo, el estallido de los cañones; y un chorro de voces túrquicas que trepaban desde el otro lado de la muralla. De pronto, vi a mi padre. Estaba de rodillas en el suelo, inclinado sobre el cuerpo sanguinolento de un hombre que se retorcía entre dolores terribles. Vestido con su peto blanco de campaña, estampado con

una cruz roja de templario, mi padre se disponía a serrarle una pierna. El hombre se revolvía suplicando que no lo hiciera, que le dejara morir allí. «¡Es la única manera!». En eso, mi padre levantaba la cabeza. «¡Nicholas, ayúdame a sujetarlo!», vociferó al verme parado. Me acerqué corriendo y fue entonces cuando lo reconocí... «¡Es Calvert!», me oí gritar. «¡Espera, padre, espera: es Calvert, lo conozco!». Pero mi padre no me hizo caso. «¡Es demasiado tarde! Si no cortamos ahora, se necrosará y acabará muriendo. ¡Sujétalo o vete!». Y lo sujeté: descargué mi peso sobre él para inmovilizarlo e introduje entre sus dientes un pedazo de cuero para ahogar sus gritos. Mientras, mi padre hundía sin clemencia ni clínica su sierra de matarife en la pierna del arqueólogo, que dio tremendas sacudidas, profiriendo berridos, para finalmente desmayarse o morirse. El cielo volvió a sonar como si se desmoronara; ahora era del mismo rojo que la sangre del muñón cercenado de Calvert, que manaba incesante y empapaba mis manos y la ropa blanca de mi padre. «¡Vamos, ponte a cubierto!», me ordenó. Obedecí asustado y me refugié del monasterio, cuyas torres ya se balanceaban en la tormenta de fuego como las frágiles ruinas que pronto serían. La nave del templo estaba en penumbra; apenas iluminada por los destellos de perdición que entraban a través de las vidrieras coloreadas. ¿Dónde estaban todos los refugiados? Allí reinaba una soledad de ultratumba. Avancé con pasos titubeantes hacia el altar, desde donde el Cristo pintado se elevaba, transformado y envuelto de luz. En los frescos laterales, estaban el emperador Constantino hecho santo y su madre, santa Elena, que desenterraba del suelo la Vera Cruz. Las figuras temblaban, pero no a causa de las explosiones: forcejaban contra la pintura que las aprisionaba, luchaban por atravesar el muro. Los santos me miraban iracundos, exigiéndome que los ayudara. Quise huir de allí también. En la

esquina inferior del altar, hallé abierta la pequeña puerta que daba a la sacristía y pensé que era el lugar idóneo para esconderme. Corrí hacía allí y bajé una larga escalinata de peldaños que desembocó en una capilla subterránea, llena de relucientes sagrarios de oro que destellaban en la negrura visible. Sentí que había alguien conmigo, acaso unos pasos más allá. En la escasa luz, estaba ciego y sus rasgos, a parte de su altura y su corpulencia, no eran más que una sombra; pero mi oído, en cambio, se había aguzado, lo que me permitía escuchar su respiración arenosa y saberlo muy cerca de mí. De repente, el ser raspó una cerilla y prendió una antorcha. Encontré al higúmeno Gabriel de espaldas a mí, contemplando los cientos de barriles de pólvora que había amontonados en la sala. Al volverse para mirarme, descubrí que su rostro no era otro que el del doctor Schliemann que me sonreía con un rictus de locura y me decía: «Es la única manera». Antes de que la antorcha, arrojada por el aire, tocara la pólvora, el sueño saltó en pedazos.

Di un salto en la cama y me descubrí empapado en un sudor gélido. Todavía no había amanecido y por el ventanuco abierto entraban los ruidos calmos de la madrugada. Me fue imposible volver a conciliar el sueño: mi cuarto pequeño y lóbrego me evocaba las angustias de la sacristía. Resolví vestirme y poner de inmediato rumbo al yacimiento. En todo ese tiempo, Schliemann habría producido una montaña de papeles manuscritos que querría ver copiados a limpio cuanto antes. Lejos de desalentarme, el prospecto del trabajo me tranquilizaba de mis angustias.

Atravesé la casa durmiente hasta la cocina, donde calenté el amargo bebedizo de café que me dejaban preparado. Me disponía a salir hacia la caballeriza, cuando atisbé, por los ventanales del salón, una figura en el jardín. Bajo la glicinia, Alain Gandvilain oteaba el horizonte, buscando el contorno de Hisarlik en lontananza, con los

mismos ojos atentos y aguzados con los que un cazador aguardaría paciente a emboscar a la presa que lo evade. Como si alguien le hubiera advertido de mi presencia, se volvió a mirarme a través de los cristales polvorientos. Al verme, me hizo señas para que lo acompañara. No pude negarme.

—¿A usted también le es esquivo el sueño, amigo? —me preguntó.

Asentí mientras le ofrecía un cigarrillo que rechazó.

—Opino que éste es el mejor remedio —dijo, haciendo tintinear los hielos en su copa—. Aunque lo cierto es que no busco que me vuelva el sueño. Celebro el insomnio, ¿sabe? Me gusta pensarme el único ser despierto del mundo, el único que alcanza a ver cosas que quienes están vencidos de cansancio en sus camas siempre ignorarán. —Se acercó a mí y susurró como si me revelara un gran secreto—: Si ha de venir a mi encuentro la novela de mi vida, será a una hora como esta.

Juro, lector, que en ese instante agucé el oído por si la sentía llegar, a la novela. Oyendo al escritor y viendo sus movimientos de furtivo sigiloso, parecía que la obra fuese una suerte de criatura que se encontraba paciendo mansamente cerca de nosotros, en algún prado de nuestro pensamiento, y a la que cualquier ruido, por ínfimo que fuera, espantaría. Si Gandvilain no hubiera roto el silencio a continuación, chasqueando la lengua con su bohemia altanería sin esforzar, creo que yo habría pasado el resto de la noche en silencio.

—Es un oficio duro este, señor Yannikis. Una sola palabra en el mal sentido aleja irremediablemente el propósito. Supongo que tanto como excavar en busca de una ciudad perdida. Cuanto más cerca cree uno que está de conseguirlo, más lejos se descubre; es verdaderamente frustrante. —Me miró con sus ojos contemplativos, que los miles de estrellas en el cielo hacían parecer llorosos—. Esta

novela mía... sé que tengo que contarla, pero por más que lo intento se resiste a ser escrita. Y lo peor de todo es que, como una amante celosa, no me deja abandonarla. Me persigue, me atormenta, me daña...; no me deja vivir, pero tampoco morirme. Vivo y muerto a la vez; así me encuentro.

—¿Entonces sí sabe qué novela va a escribir? —aventuré.

Gandvilain asintió con gravedad.

—Temo fracasar —confesó.

Inquieto, encendí otro cigarro. No sabía cómo contestarle ni qué consuelo o ánimo ofrecerle. Supuse que lo mejor que podía hacer era dejar que hablara, asegurándole que guardaría en secreto todo lo que fuera a contarme.

—Esta novela es una criatura extraña como jamás me he cruzado. En ella, la realidad y la ficción son totalmente indistinguibles, tal y como sucede en la vida. Los personajes que son históricos pasan a convertirse en personajes de novela, y los personajes ficticios de la novela, en personas reales. Los primeros volverán a la vida; los segundos, la cobrarán. Es paradójico, lo sé, pero es así: la historia real mata; la literatura resucita. ¿Entiende lo que le digo? Estén muertos o no hayan existido, las palabras los volverán verdaderos. Serán como usted y como yo.

Contemplé esa posibilidad en mi cabeza y una sonrisa acudió a mis labios: Schliemann, Calvert, Sofía, Alain Gandvilain, yo mismo...; todos convertidos en personajes sobre las páginas, nuestras conversaciones prendidas por la raya del guion, los enigmas más íntimos de nuestra mente descifrados a lo largo de los párrafos; y Helena de Troya, Paris, Príamo, Aquiles, Odiseo... de pronto vivos, liberados de los designios con que los ataban los versos de la *Ilíada* y devueltos a la vida —a la vida real— dentro de una novela. Hermosa ficción, pensé, mostrando a continuación mis reservas.

—Pero el pasado ya está escrito —le dije—. No se puede reinventar.

—El pasado es precisamente lo que se reinventa, lo que se imagina; igual que los necios imaginan el futuro. Y se imagina para darle más que un sentido, un significado —respondió él—. Un historiador, un arqueólogo, un antropólogo; todos ellos son científicos y no podrán ver ni entender más allá del umbral de lo empírico. Su mundo y su realidad están limitados por lo que pueden probar. No es ése el caso con un novelista. Mediante la ficción, el novelista puede alcanzar las verdades secretas, explicar aquello de lo que nunca habrá pruebas para que pueda entenderse, volver sobre cosas que pudieron ser y nunca fueron.

—Parece que hace usted apología de la mentira, señor escritor.

Gandvilain soltó una carcajada.

—Tantas veces la mentira es más elocuente que la realidad, ¿no cree? ¿No le sucede a veces que la explicación que ofrece la realidad no es suficiente? ¿No hay veces en las que no se conforma con lo que el mundo tiene que decir de sí mismo? Piense en Troya: ¿cuántos matices sobre el amor, el sufrimiento, la lealtad, el dolor... quedarían sin explicar si dijéramos que el auténtico motivo de la guerra no fue el rapto de Helena, sino la mera ambición del líder de una tribu aquea? Las historias que inventamos, amigo Yannikis, nos explican; explican nuestra realidad y nuestra verdad con mucha más precisión que eso que el común de los mortales llama «los hechos reales». La ficción, la literatura, crea la realidad más real de todas...

—Eso no lo puedo entender. Es contradictorio —intervine—. La ficción refiere algo que no existe, que no es real.

Él me lo aclaró:

—La ficción y la realidad se reflejan en un espejo de dos caras, que es el que las separa. Nosotros llamamos a nuestro lado el real y

al otro, el ficticio, pero tal y como le aseguro hacen ellos.

—¿«Ellos»? —repuse.

—Los que están al otro lado. Los que nosotros llamamos personajes, seres irreales, inventados, muertos, inexistentes... Somos para ellos lo que ellos para nosotros. La novela, señor Yannikis, la literatura, nos descubre que el espejo que nos separa no es una plancha de vidrio estanco, sino una puerta.

El escritor me sonrió y apuró el último sorbo que quedaba en su copa. En eso se me ocurrió preguntarme cuánto habría bebido.

—Será mejor que coja al menos una hora de sueño —me dijo antes de volver dentro—. Me espera un viaje muy largo. Y a usted también.

Nos despedimos con un cálido y firme apretón de manos.

Al regresar del yacimiento esa tarde, encontré una nota bajo la puerta de mi alcoba. El mensaje rezaba:

Cuando la historia entra en la novela, se convierte en novela del todo. Y que así sea, pues, aunque resulte paradójico, no hay otra forma de entender a los hombres en su infinitamente compleja realidad. Recuérdelo cuando escriba lo que aquí aconteció. Sólo así podrá salvarse.

A. G.

XXI

EL AMERICANO

Nada más cruzar la linde de Villa Thymbra, los caballos se encabritaron y estuvieron a punto de hacer volcar el carruaje. Un hombre pálido, de unos cincuenta años, sacó la cabeza por la escotilla y le preguntó a gritos a su cochero qué era lo que sucedía.

—¡No lo sé, señor embajador, hay algo que tiene inquietas a las bestias!

El cochero los comandó con voz firme y con un feroz chasquido del látigo enderezó el rumbo hacia la casa, adonde llegó cuando caía el sol. El pasajero bajó de la cabina revelando su gran altura, al menos un metro ochenta, y la fiereza de sus rasgos. Tenía el rostro cuadrado, la boca pequeña bajo el espeso bigote siempre ajena a cualquier tipo de sonrisa, y los ojos también pequeños y afilados, de un negro muy intenso.

Al encontrárselo en la puerta, Amir retrocedió de miedo.

—Turco, prepara mi cuarto y di a la cocinera que seremos uno más para cenar —dijo mientras le soltaba el bastón de pomo de plata y el sombrero de copa.

—Ahora mismo, *mister* Boker, *sir,* señor —repuso el criado con temor.

He tenido más de una ocasión para comprobar que los criados ajenos no sólo suelen negarse a aceptar instrucciones de quien no es su empleador, sino que muchas veces se permiten ser displicentes

—incluso desafiantes— con quienes saben de paso por la casa, seguros de que, hagan lo que hagan, el amo nunca prescindirá de ellos, leales servidores a los que necesita el año entero, simplemente por contentar a un invitado que al tercer día se marchará para siempre. Ése no parecía ser el caso en Villa Thymbra, lo cual me llevaba a pensar que o bien a Calvert le traía sin cuidado la intendencia de su casa y el mantenimiento de las jerarquías domésticas, dejándolo a las anchas de quien entrase por la puerta, o bien que era el tal *mister* Boker quien, por un motivo al que yo aún era ajeno, hacía y deshacía en aquella hacienda.

—¿Está el amo en el yacimiento todavía? —preguntó con la misma severidad.

—No, *sir.* El señor Calvert se encuentra en el estudio.

El embajador cruzó el corredor y abrió la puerta del estudio sin llamar.

—¿Dónde está Schliemann? Tengo que hablar con él.

Calvert no se molestó en levantar la cabeza de sus papeles. Sólo por el sordo taconeo de los botines y el ronco vozarrón de acento americano ya había adivinado quién irrumpía de esa forma en su casa, y la consideración que le merecía.

George Henry Boker era oriundo de Filadelfia y pronto sería nombrado embajador de los Estados Unidos ante el Imperio otomano, si bien llevaba comportándose como tal los últimos cinco años debido a la enfermedad de su predecesor. Y como tal, todos lo llamaban. Era un hombre inteligente, de lecturas cultivadas y agraciado con el raro ojo del esteta; no obstante, alguna lejana amargura debía de haberlo corrompido hasta la raíz, pues el arte (con el que comerciaba) ya no le procuraba los placeres místicos de Stendhal, sino las fiebres cocaínicas de un jugador de póquer.

Cómo había conocido a Schliemann fue durante mucho tiempo un misterio para mí y sólo décadas después, cuando me dediqué a excavar en las ruinas de esta historia, descubrí que se habían encontrado en una subasta clandestina de arte en Atenas y que la influencia del diplomático había sido decisiva para que a Schliemann le concedieran la nacionalidad estadounidense.

Boker aguardó malhumorado a que el arqueólogo, a quien Amir había ido a buscar, se presentara ante él. Según tenía yo entendido, estaba prohibido molestar al doctor cuando se encontraba trabajando en su tienda; en más de una ocasión vi a Schliemann reaccionar de forma violenta contra quienes le perturbaban, tirándoles libros y otros objetos a la cabeza y, un día, en un arranque de furia, encañonándolos con su viejo revólver. Que acudiera tan presto a la llamada del americano no dejaba de ser revelador.

Yo mismo me presenté con los Schliemann en el estudio en poco menos de una hora. Boker ni siquiera hizo ademán de levantarse para recibirnos. Estaba hundido en el sofá de terciopelo, contemplando el campo agostado a través de la ventana mientras daba caladas llenas de parsimonia a su pipa de espuma de mar, cargada de apestoso tabaco negro.

—No lo esperábamos, embajador —dijo Sofía como todo saludo.

Él la ignoró, y sin desviar la vista de la ventana interpeló directamente al doctor.

—Malas noticias.

—¿Nos han descubierto? —repuso Schliemann.

—No, todavía no. Pero están cerca. En Constantinopla corren rumores sobre todos ustedes. Una banda de saqueadores europeos excavando en los alrededores de Dardanelos, buscando el rastro de la ciudad perdida de la *Ilíada,* prestos a llevarse a Europa los

mármoles y los tesoros que desentierren. —Boker exhaló una bocanada de humo y descargó sobre nosotros todo su desdén—. Lo que más me extraña es que la casa no haya sido ya tomada por un regimiento de otomanos. A su favor, que el turco es un pueblo bárbaro y de escasa inteligencia; si en Constantinopla tuvieran un mínimo más de seso, ya habrían localizado este yacimiento y los habrían fusilado a todos en la colina.

En mi mente se dibujó la macabra escena de un grupo de soldados con túnicas de desierto y fez bermellón poniéndonos los fusiles a la espalda, haciéndonos caminar manos en la nuca hacia la colina de los dárdanos, remontar la cima, dar tres pasos hacia la higuera, la media vuelta... y ¡fuego!, las balas atravesándonos el cuerpo sin causarnos la muerte y los soldados rematándonos con la estocada de las bayonetas.

—Esto ha ido muy lejos, Schliemann —sentenció el americano—. Es demasiado peligroso seguir apoyándolos y protegiéndolos. Abandono. Desde hoy en adelante, están solos.

Yo no era consciente de hasta qué punto nuestra expedición dependía de la aquiescencia de Boker, pero la reacción de Schliemann a esas palabras sin duda me ayudó a hacerme una idea. El doctor no rogó —estaba por encima de eso—, pero profirió toda una retahíla de argumentos tan bien articulados que parecían ensayados en pronóstico de una situación como aquélla. Sin duda debía de conocer muy bien a Boker, pues apeló a cosas muy específicas de su carácter, a lo que incluso podríamos llamar «instintos», para que se convenciera de que Troya era una empresa sacra de la que no se podía simplemente renegar. En el caso de George Henry Boker, caballero adinerado de Filadelfia, el instinto al que apeló fue el de la superioridad de la raza blanca, su conexión íntima con la Grecia heroica y el desprecio a las razas menores que

moraban en las latitudes más lejanas del planeta. Schliemann disertó sobre cómo el hombre blanco y en particular el natural de los Estados Unidos —«país que aunque sea de adopción siento como mío y considero mi primera patria», dijo— tenía la inalienable responsabilidad de lograr el triunfo de la civilización en la guerra contra la barbarie. Parecía invocar un mandato divino y recordarle a su torticero aliado el pacto que lo juramentaba.

—Esto es una guerra, Boker. El turco nos mira con recelo y aunque se haya vestido con los trajes a la europea todavía alberga en su interior la crueldad de los sarracenos. ¡Mire cómo tratan a los cristianos de los Balcanes, a los armenios en el Oriente y a los maronitas en el Líbano! ¡Mire cómo todavía someten a los griegos en Creta, Chipre, Rodas y Lemnos! Nosotros no podremos empuñar armas ni comandar ejércitos contra ellos; nuestro campo de batalla es otro: es el del pasado, porque quien controle las ruinas del pasado controlará las civilizaciones del futuro, bien lo sabe usted. Aquí, en la colina de los dárdanos, nos estamos jugando la historia, señor mío, el pasado de los héroes griegos de los que descienden todas las naciones civilizadas del orbe, ¡incluida la suya! ¿O acaso no fue Estados Unidos, con el valiente presidente Monroe a la cabeza, el primer país en declarar su apoyo incondicional a la causa helénica cuando comenzó la guerra de independencia contra los otomanos? En Hisarlik se hallan los restos del tesoro de Troya, un tesoro que pertenece histórica, moral y, sí, ¡por ende también jurídicamente!, a los pueblos occidentales. No podemos permitir que los mahometanos nos lo arrebaten, porque no tenga usted duda, señor, de que reducirán a polvo las esculturas que desenterremos y usarán los fragmentos de los muros y las columnas como metralla de cañón. ¡Impedirlo es nuestro deber como caballeros...! —«cruzados», le faltó decir.

Schliemann había acabado de pie, agitando encolerizado el puño de sofista. Pero Boker no parecía convencido por la perorata. Si bien era un hombre que odiaba a los turcos —y en pocos años su mala relación con ellos llevaría a su destitución como embajador en Constantinopla— la guerra por el pasado, el deber del hombre blanco, la mística conexión de los pueblos civilizados de hoy con los de entonces; todas esas ideas que eran tan profusas en nuestro tiempo, que proclamaban, con escasa excepción, los más augustos próceres de la etnografía y en las que el común de los mortales creíamos a ciegas de tan rotundas que eran; aquellas nociones de superioridad racial, digo, que a hombres semejantes a Schliemann los llevaban a explorar los rincones en blanco del mapa haciendo en ocasiones una guerra que llamaban santa o civilizadora contra los pueblos tribales, tenían para Boker ínfima importancia. Desde luego no la suficiente como para jugarse el cargo y el cuello amparando una excavación ilegal de europeos en una de las regiones más peligrosas del mundo. Mordió de nuevo la pipa y se levantó para marchar, pero Sofía se lo impidió.

—Le conviene quedarse y apoyarnos. Hace tan sólo unas semanas que descubrimos relieves de mármol en el muro de un templo antiguo.

Boker se detuvo, pero aún nada alteraba su semblante de piedra.

—¿Mármoles? —dijo sin mucho interés.

Se llevó la pipa a los labios y la mordió, mostrando sus pequeños dientes renegridos por el tabaco.

Schliemann intervino apresurado, consciente de que tenía una oportunidad.

—Un muro entero con altorrelieves que representaban a la diosa Afrodita ordenando huir al príncipe Eneas antes de que cayera Troya

—aseguró—. El señor Calvert y yo hemos estado estudiándolos de cerca, ¿verdad?

Calvert se había mantenido hasta entonces ajeno a la conversación y había hecho, además, por evitar cualquier tipo de contacto con Boker, un hombre que a las claras no era de su agrado. Levantó apenas la barbilla de sus libros y musitó, casi como si fuera un detalle sin importancia:

—Helenísticos, con seguridad; siglo tercero o segundo antes de Cristo. Magníficos.

Entendí que lo que no quería era incitar la codicia del embajador. La suerte no pareció acompañarle en su empeño.

—¿En qué estado se hallan? —preguntó Boker.

—Por desgracia, la efigie de la diosa es irrecuperable —respondió Schliemann—, pero la figura de Eneas y algún panel suelto del friso se mantienen en un estado casi perfecto, embajador. Podemos estar hablando de un yacimiento de mármoles tan importante como el encontrado en Halicarnaso hace unos años.

El americano exhaló una bocanada y se ocultó tras una espesa nube gris. Supe que al cobijo del humo nos estudiaba, avizor a algún temblor nervioso o una leve expresión de apuro que delatase posibles mentiras. Después de unos minutos de pesado silencio, se irguió como una serpiente que avista su presa.

—Supongo que no tendrán inconveniente en enseñármelos.

Dos mineros abrían la veda, el uno vareando el pasto agostado con su bastón de fresno, el otro empuñando su machete recién afilado que bien nos serviría si topábamos de nuevo con las serpientes. Antes de salir, todos habíamos echado un trago de la infusión de yerba que en teoría inmunizaba contra el veneno de la víbora, pero

que a mí me estaba causando unos retortijones horribles. Aun así, y a pesar de que el verano todavía rabiaba con toda su fuerza, tuvimos que vestirnos con gruesos chaquetones de campaña que nos caían por la rodilla, ceñirnos duras polainas de cuero a las espinillas, y usar guantes largos que nos cubrieran el delta venoso de la muñeca, adonde las víboras se lanzaban. El calor era insoportable dentro de nuestras primitivas armaduras y el sol no daba tregua. Me sequé los goterones de sudor que me rodaban desde la frente y miré con desánimo el cielo encendido sobre nuestras cabezas: ni una sola nube que nos prestara alivio.

—¿Está bien? —Sofía me tendió una cantimplora de la que pude dar un trago fresco de agua—. No vaya a desfallecer.

Le sonreí agradecido.

—¡Schliemann! —gritó Boker algo más adelante. El americano sudaba a mares, a pesar del paño blanco anudando a su cabeza—. ¿Cuánto queda?

El doctor, que iba al frente con los mineros, señaló con su bastón un quiebro más adelante en el camino.

—¡Poco, embajador! Por ese sendero alcanzaremos la cornisa donde encontramos el muro oriental del templo.

Boker ahogó un gruñido y siguió espantando con sonoros manotazos la nube de moscas que lo acosaba.

—Cree que lo estamos engañando —le deslicé a mi compañera—. No se fía de nosotros.

—Ni nosotros debemos fiarnos de él —respondió con certeza.

—Disculpe mi atrevimiento, señora, pero ¿qué está haciendo aquí el embajador de los Estados Unidos?

—América es una nación amiga de mi marido —contestó ella, desviando la mirada.

—Pero ¿por qué es necesario que nos apoye? —insistí. Ella no quería mirarme, estaba claro que algo ocultaba—. Creo que después de todo merezco la confianza.

Soltó un suspiro.

—Supongo que tiene usted razón, Yannikis.

—¿Entonces...?

La joven redujo el ritmo de sus pasos a fin de rezagarnos y bajó la voz hasta que fue casi un susurro.

—Una cosa es encontrar las ruinas de Troya, y otra bien distinta es llevar a Grecia los tesoros que encontremos. Sacarlos del Imperio otomano no es cosa fácil. El gobierno dispone patrullas navales por las costas para impedir el contrabando de arte. El señor Boker es amigo de mi marido y pocos diplomáticos como él gozan de tanta influencia en Constantinopla. Tiene una importante red de contactos, de favores debidos...

Supuse que hablaba de sobornos y extorsiones; mirando de reojo la figura siniestra del americano, no me parecía en absoluto disparatado que fuera el caso.

—Conoce la ruta de esas patrullas y por tanto sabe las calas que son seguras para organizar el embarco de piezas —prosiguió—. Lo necesitamos además para que vele por nosotros allá en la capital. Sabe a qué puertas llamar para impedir, o al menos demorar, la incursión de las tropas otomanas en el yacimiento.

—De modo que lo que el doctor pretende es una extracción ilegal...

—No hay otra manera —defendió su esposa—. La época en la que los sultanes concedían firmanes de libre excavación acabó hace tiempo. Ahora los otomanos se afanan en guardar con celo *nuestras* antigüedades, las de Grecia, y si queremos devolver los tesoros de Troya a casa, me temo que éste es el único camino.

—¿Y qué hay en ello para el señor Boker? Es el embajador americano, no el griego.

Sofía guardó un silencio culpable.

—Usted sabe que nadie hace nada sin exigir algo a cambio.

—Quiere decir que...

—Sí —contestó pulcramente—, tiene acordado llevarse una parte de las piezas que descubramos consigo a América.

Ante aquella confesión, sentí revolverse en las aguas abisales de mi espíritu los cuerpos de mis amigos ahogados. Ellos habían muerto por una causa noble, que invocaba el coraje y la valentía de los héroes de antaño, héroes de moral invencible que resistían cualquier chantaje y tentación del azar, firmes en la persecución de su destino. Habían muerto por la integridad de la patria griega, por impedir que los turcos la desguazaran. Y ahí estaba yo, cómplice de una terrible felonía que desguazaba los mármoles y tesoros de Troya, también parte indisoluble del ser griego, para entregar una porción a un país ajeno.

Una idea furtiva y llena de rencor acudió a mi mente: si para salvar el tesoro había que incurrir en los profanos pecados del pillaje, mejor que fueran los turcos los que lo hallaran y se mancillasen reduciéndolo a pedazos. ¡Pero cómo me miraron de pronto los ojos glaucos y compungidos de Sofía! ¡Cómo me suplicaron contener la decepción y no juzgarla!; y entender, como ella había entendido con esfuerzo, que la vida son contradicciones, que intenciones nobilísimas como las mías impiden el progreso, pues son tan nobles como férreas. De modo que, ya agrietadas por efecto de su arte mis convicciones inamovibles, al asomar por el quiebro del camino el muro abierto del templo, ¡ah!, pensé, ¿de veras por no traicionar mis principios ni ceder a contradicciones ni disonancias, que son parte intrínseca de la vida, y por encaramarme a la cima

nevada de la virtud incorrupta, consentiría que el mundo civilizado perdiera los tesoros de su pasado? ¿De verdad sería tan egoísta como para, con tal de aliviar mi escrúpulo, dejar que los turcos, que durante siglos habían tiranizado a Grecia y que aún tenían a miles de griegos bajo su yugo, pusieran sus manos sobre los desnudos de Atenea y Afrodita y los martillaran por impíos hasta hacerlos blanco y fino polvo? ¿Valía de veras tanto mi alma, comparada con el derecho histórico y moral de toda una civilización a reencontrarse a través del arte con sus orígenes? Entendí entonces que no era Boker la parte más vil de aquella transacción, sino yo, Nicholas Yannikis, que al parecer estaba dispuesto a que los otomanos se adueñaran del tesoro de Troya con tal de comisionar para mi sentido del honor y mi caprichosa conciencia la certeza de haber hecho bien las cosas.

Al remontar la cornisa, volvimos a encontrar el suelo pedregoso plagado de las serpientes enroscadas al sol. Avanzamos por el sendero con suma cautela, sintiendo el sudor volverse frío dentro de la armadura de cuero. Los ofidios erguían la cabeza y siseaban, siguiendo cada uno de nuestros pasos con sus pupilas partidas, como si fueran las hieráticas guardianas de un santuario ancestral. No podíamos detenernos ni dar la vuelta, a riesgo de enojarlas o darles motivo para sentirse amenazadas; sólo cabía continuar con pasos lentos, constantes y tranquilos. Pero cuando llegamos a la zanja y vimos frente a nosotros la gran roca del templo, el corazón nos dio un vuelco. Los relieves habían sido arrancados; el muro estaba desnudo.

XXII

EL ORO DE LA ILÍADA

—Bien, parece que no hay mármoles, *madam* —dijo Boker con una voz melosa—. Dígame ahora con sinceridad, ¿usted por qué cree que me compensa seguir apoyando a su marido y al señor Calvert? Adelante, convénzame.

Sofía huyó de aquella inquisición, y se volvió, como el resto de nosotros, hacia la rasposa pared de piedra caliza. Del día del descubrimiento allí sólo quedaban, como una aciaga señal del destino, los símbolos y las runas que no sabíamos interpretar. El panel con el relieve de Eneas había sido desgajado y por el suelo no encontramos resto alguno de las piezas rotas del relieve de Afrodita. Sin embargo, en ese momento, más que la desaparición, lo que mayor pesadumbre me causaba era pensar que, para poder transportar con sigilo y velocidad la pesada metopa de mármol tras arrancarla, los ladrones sin duda habrían tenido que cometer el odioso sacrilegio de cortarlo en pedazos.

Schliemann dio furiosas vueltas por el recinto del templo, los puños crispados y el ceño fuertemente arrugado, conteniendo un alarido. En su arrebato, llegó incluso a pensar que el escritor byroniano que nos había visitado unos días atrás había sido en realidad un bucanero de tierra, un ladrón que se había valido de un disfraz de literato enclenque e inofensivo para introducirse en Hisarlik y robar el relieve. Por mi parte, yo rechazaba que lo de

escritor fuera una guisa, si bien no descartaba en absoluto que hubiera robado el mármol, no tanto para lucrarse con su venta como para arrancarle a nuestra historia estancada el giro narrativo que tanto requería.

El doctor hizo inspeccionar las zanjas aledañas y los alrededores en busca de cualquier pista que indicara en qué dirección habían ido los ladrones; todo bajo lúgubre imperio de Boker, que, apoyado en el muro, observaba inclemente el nervioso ir y venir de los mineros con la sardónica sonrisa que tendría un espectador conmiserado al ver caerse a trozos el decorado de una función. Interrogaron a Georgios Photidas y el resto de capataces uno a uno sobre quién había podido tener acceso a esa zanja y qué movimientos habían acaecido en el campamento esos días. ¿Faltaba alguien? ¿Faltaban carros, cuerdas, cualquier material que pudiera utilizarse en la extracción y transporte de una pieza como ésa?

—¿Quiere acaso decir que los mármoles se han desvanecido por arte de magia, quizá como venganza de la diosa Afrodita? —aulló Schliemann.

Lejos de desmentirlo, Photidas dio pie a aquella elucubración.

—En el campamento están pasando cosas extrañas, señor. El perro de uno de los mineros también ha desaparecido... y esta mañana, cuando nos dirigíamos a la colina, encontramos el cuerpo del animal desollado por dientes que no eran de bestia.

—¡Basta, Photidas, basta! ¿Pretende decirnos que un panel de mármol ha desaparecido por obra de fantasmas...!

—Ya está bien, Schliemann. —La voz bronca del embajador cortó de golpe la algarabía—. No hay tiempo para estas supercherías ridículas. No hay mármoles. Me da igual que jure que los hubo hace dos días. No tiene sentido que permanezca más tiempo aquí.

—Espere, embajador... —Calvert trató de templar los ánimos. También él sabía de la importancia de tener a Boker de nuestro lado y, a pesar de odiarlo, eso saltaba a la vista, impuso el pragmatismo sobre su deseo para frenar su marcha—. Las excavaciones están todavía en una fase inicial. Ya hemos encontrado cerámicas, puntas de lanza y de flecha, lo que indica que hay una ciudad aquí debajo y que por tanto quedan más mármoles y tesoros por descubrir.

—El problema, Calvert, es que los relieves robados estarán ya dando vueltas por los mercados de antigüedades, y si los ladrones tienen tan poca sesera como ustedes, que lo permitieron, los otomanos no tardarán en dar con ellos. ¿Qué cree que pasará cuando los turcos les claven agujas ardientes bajo las uñas? ¿Cuánto cree que tardarán en decir dónde está el yacimiento del que sacaron las piezas? —Boker lanzó sobre nosotros todo su desdén—. No tienen idea de lo que están ustedes haciendo. Se están jugando la vida por... ¿Cómo ha dicho? Cerámicas y puntas de flecha... ¿De verdad creen que compensa?

En ese momento algo se apoderó de mí, algo extraño que aún hoy me cuesta definir como impulso, arrebato, o quizá súbito arranque de inspiración, pero que me conminó a intervenir para que aquel hombre no nos dejara en la estacada. Yo, que tan sólo unos minutos antes había recelado de él para acto seguido experimentar una súbita conversión acerca de su importancia, me vi dando un paso al frente, hablando por encima de Calvert y de Schliemann, y enfrentando al americano con el espejo de su codicia.

—A usted sí que le compensa, señor embajador —le dije—, pues la *Ilíada* y el resto de textos históricos nos dicen que Troya era una de las ciudades más ricas del mundo antiguo. En el tiempo en que Troya fue imperio, la riqueza de los pueblos no se reflejaba con templos construidos con mármol ni tallados con relieves grandiosos,

sino con los metales más puros. ¿Entiende, embajador? De albergar el yacimiento de la Troya homérica un tesoro, éste será de oro puro.

Boker se detuvo entonces, se dio la vuelta y volvió a clavar en nosotros sus brillantes ojos lobunos.

—¿Dónde leyó usted lo del oro? —me preguntó el doctor Schliemann esa noche.

Su voz rompió el silencio que reinaba en el salón de Villa Thymbra, que hasta entonces sólo se había visto sacudido por los pasos de Boker yendo de un lado al otro tras la puerta de su alcoba.

Como un alumno temeroso de haberse metido en líos tartamudeé mi respuesta mientras me hundía en el sofá, deseando escurrirme entre los muelles rotos y desaparecer.

—En ningún sitio —confesé—. Usted mismo dijo que Troya era un yacimiento rico, aunque es cierto que todos los poemas la describen como una ciudad rica, y a su dinastía como la envidia de Grecia.

Schliemann se pasó la mano por la frente alopécica y se dejó caer a mi lado. Desprendía un olor a humo de chimenea y cigarro, como el que supongo desprenden los padres y los abuelos cuando cuentan una historia junto al fuego.

—Sí, así es... —Su mirada, de normal tan azul, la encontré avivada por una chispa brillante y sulfúrica, no de codicia, sino de enfermiza obsesión—. Y no sólo oro —confesó—. También plata, bronce, obsidiana volcánica de las islas Cícladas, marfil de Libia y lapislázuli traído desde las montañas de la antigua Bactria, hoy Afganistán. Un tesoro como nunca se ha conocido, Yannikis. ¿Recuerda el brazalete de oro que le enseñé a esos perros, al comienzo de las excavaciones, para que se dejaran las uñas en las zanjas?

Asentí con la cabeza. No hacía tantas semanas de aquello.

—¿Sabe de dónde lo saqué? De la isla de Ítaca, donde hice mi primera incisión arqueológica. Cuando llegué a la isla, hace ya siete años, los locales me dirigieron hacia unas rocas encaramadas al acantilado donde me dijeron se hallaban los rastros de una antigua fortaleza con su necrópolis. Aunque ellos la llamaban, poéticamente, «el castillo de Odiseo», pensé que no sería más que una fortaleza otomana o de los caballeros de San Juan de Malta, y no anterior al siglo XV o XVI (como hay en todas las islas del Mediterráneo). Pero en cuanto avanzaron un poco las excavaciones, comprobé que aquello no era un yacimiento medieval ni bizantino ni romano. Los muertos de la necrópolis no estaban enterrados en ataúdes ni sepulcros, sino acurrucados en el fondo de grandes ánforas llenas de armas, amuletos y joyas. Muchas tumbas habían sido expoliadas, pero en una muy honda alcancé a ver un destello de oro. De inmediato, di por concluida la expedición y mandé a los mineros de vuelta a casa.

Recordé entonces que ya había oído aquella historia en boca del minero napolitano. Sin embargo, según éste, la expedición a Ítaca había sido un fracaso y de ella no se había obtenido ninguna ganancia.

—¿Por qué hizo eso? —inquirí—. Si es que había encontrado el tesoro de Odiseo...

Schliemann sonrió, conmovido, creo, por mi inocencia.

—Dígales a los mineros que ha encontrado oro y se lanzarán como perros a por él, quizá incluso quitándolo a uno de en medio... —Con el nudillo del pulgar, soltando un gruñido, Schliemann fingió cortarse la garganta—. No, si hubieran llegado a saber que había oro en Ítaca jamás habrían accedido a venir hasta Troya, que siempre fue mi único objetivo. Y es que, a la luz de esas joyas, Yannikis, ya no había duda de su existencia. Verá... Por las efigies con las que estaban decoradas las copas de bronce, los ritones y el resto de pequeños

tesoros, estaba claro que ese tesoro no pertenecía a una cultura marítima como la que podría haber habido en Ítaca, sino a una continental. Fue entonces cuando lo supe: Ítaca siempre había sido un reino aislado y pobre, apenas un poblacho encaramado a un peñón en medio del mar; el único atisbo de riqueza que habían conocido sus reyes (que eran los únicos de Grecia sin un dios olímpico en su genealogía) había sido el botín que Odiseo trajo consigo de sus viajes tras la guerra de Troya, de la que, eso ya lo sabe usted, fue superviviente.

»Si aquéllos no eran los mismísimos huesos de Odiseo, entonces eran los de su hijo Telémaco o alguno de sus descendientes. En cualquier caso, el oro con el que habían sido enterrados pertenecía al imperio de Troya y había sido expoliado durante una guerra. ¡No había tiempo que perder en Ítaca cuando el grueso del tesoro que los griegos no consiguieron saquear tras la caída de la ciudad ha de continuar entre las piedras de Hisarlik, en las cámaras subterráneas del palacio del rey Príamo!

Me dirás, lector, que muchas de esas historias y vivencias estaban sin duda a medio camino entre la realidad y la fantasía, si no completamente vencidas del lado de esta última. Lo sé, y entonces también lo sabía, pero cuando Schliemann hablaba ejercía sobre mí algún tipo de hechizo, de encantamiento embaucador, que me impedía dudar de la veracidad de cuanto contaba. Claro que una reflexión mínimamente racional habría bastado para desarticular aquella historia —empezando porque las naves de Odiseo se habían hundido volviendo de Troya (de ahí la génesis de la *Odisea*), ergo el tesoro supuestamente saqueado nunca habría llegado a Ítaca para convertirse en patrimonio de sus reyes—, pero no quise romper su ficción, no quise destruir el misterio. E intentaré explicarte por qué.

Podría decir que, a través del poder embaucador de la literatura, Schliemann me había encadenado con historias al yacimiento y, con la promesa de revivirlas, a su propia persona; y que fue así como poco a poco desarrollé, casi sin saberlo, una lealtad acérrima hacia él, hasta el punto de que también yo me contagié de la enfermedad de Troya y llené mi mente de recuerdos inventados que justificaban su búsqueda incansable. Podría hacerlo; pero, aunque es cierto que mentiría si dijera que no soñaba también con encontrar las ruinas de la *Ilíada,* no puedo aceptar que, llegados a ese momento, mi presencia en esta historia obedeciera sólo a eso. Creo que, si bien entonces no entendía esto en su entera complejidad, lo que aquel joven Nicholas Yannikis ansiaba por encima de todo era comprender el porqué de aquella feroz guerra de Schliemann por desenterrar la ciudad de la colina. ¿Qué podía llevarlo a ello? ¿Era la locura? ¿La venganza? ¿La posesión demoníaca? ¿O simplemente la tendencia natural del hombre a construir ficción allá donde no logra entender la realidad de las cosas? De abrirse Hisarlik en dos y encontrarse vacía, Troya entera se confirmaría como mito y yo no me sentiría en absoluto decepcionado, al contrario: eso me permitiría observar la reacción de Schliemann al encontrarse cara a cara con la nada, con la promesa incumplida, con el Dios que no existe, con la Verdad. No se me antojaba una mala forma de llegar a saber qué era lo que movía al demente en su lucha sin igual.

XXIII

NUEVOS DESTINOS

A la mañana siguiente, Boker nos reunió para comunicarnos que seguiría apoyándonos, pero negoció nuevas condiciones. Para empezar, demandó un porcentaje mucho más alto sobre las piezas encontradas: el doce por ciento de los mármoles pasó a ser un treinta, añadiéndose además otro escandaloso gravamen del veinte sobre las que fueran objetos de oro, plata y engarzados con piedras preciosas.

—¿Y si el mármol que encontramos es una sola y enorme pieza? —lo desafió Calvert.

A lo que el americano, sin temblor alguno en la voz, respondió sin más:

—En ese caso habrá que cortarla para satisfacer el pacto.

Schliemann aceptó sin vacilaciones, lo que le valió un gesto de reproche desgarrador por parte de su socio; como también aceptó la segunda condición de Boker que consistía en enmendar todos los planes de excavación para garantizar que las ruinas de la Troya homérica, es decir, las más antiguas, salieran a la luz antes de la siguiente primavera.

—Eso es imposible —protestó el inglés.

—No tienen alternativa —advirtió el embajador.

Él haría cuanto estuviese en su mano por retrasar las indagaciones de los turcos sobre el yacimiento y mantenerlos alejados, pero no

podían contar con el triunfo de sus gestiones. Cualquier día, nos advirtió, podíamos amanecer con la llanura de los dárdanos empedrada de soldados y las velas negras de la armada otomana apostadas en las fauces de los Dardanelos, sus brillantes cañones de acero dirigidos hacia aquí.

Schliemann no lo dudó un instante y con voz marcial anunció que, desde ese día, atacarían el seno de la colina, no las cornisas, a fin de localizar cuanto antes las ruinas de la ciudad homérica en los estratos inferiores. Años de trabajo de Calvert basados en un método racional para la identificación de estratos y la consiguiente delimitación cuidadosa de las zanjas y las trincheras saltaron por los aires.

—Si continuamos excavando por la parte superior, por donde encontramos el templo, tendremos que atravesar la corteza de tres ciudades enteras, Calvert, ¡tres!: la ciudad romana, la helenística y la arcaica, antes de alcanzar el estrato correspondiente a la Troya del Bronce.

—Doctor Schliemann, oiga lo que está proponiendo... —El inglés hacía un gran esfuerzo por no perder la compostura.

—La única solución posible, eso es lo que propongo.

—Si ataca la base con la fuerza de cien obreros, lo más seguro es que provoque un derrumbamiento, ¡el colapso de la propia estructura geológica del promontorio! Destruirá la colina y convertirá en escombro todo lo que ésta contenga.

—Le falta a usted valentía, Calvert —resopló con hartazgo—. Le falta pulsión, ¡arrojo! Las cosas grandes en la vida no se consiguen empleando tan sólo métodos delicados y medias tintas, ¡hay que enfrentarlas con todo lo que uno tiene! Y hay que hacerlo rápido, porque de lo contrario se le está dando tiempo al enemigo para rearmarse y arrebatarnos el triunfo.

La expresión de doctor era la de un ajedrecista que, perdidos los nervios y encolerizado, ha firmado pactos diabólicos con la locura para ganarle la partida a su rival. En este caso, no obstante, el rival no era Calvert, sino el narrador infame de sus días, que, con añagazas cada vez más siniestras, impedía su objetivo.

—¡Óigase! La arqueología es por definición una ciencia sutil y usted lo que pretende es meter la artillería pesada. ¡Esto no es una guerra!

—¡Oh, pero lo es, amigo mío, ya lo creo que lo es! Ya ha oído al señor Boker: en Constantinopla saben de nosotros. ¡Necesito que sea consciente de cuál es la situación y que sea usted mi aliado!

—Ante todo, y por encima de lo que el señor Boker y usted determinen o necesiten, yo soy un arqueólogo reputado, no un pirata a la caza de tesoros.

Brillaron llamaradas tras las gruesas lentes de Schliemann.

—Bien, no me deja usted otra opción que invocar las condiciones de nuestro pacto, Calvert —resolvió con aspereza—. Acordamos que usted pondría la tierra y el consejo; yo los medios para excavar y la dirección de las obras. En base a eso, le comunico que desde mañana al amanecer se abandonarán las zanjas superiores y los hombres empezarán a cavar en la base de la colina. —Y zanjó el asunto.

Boker sonrió satisfecho y abandonó Villa Thymbra al mediodía como un vendaval. Jamás se le volvió a ver por allí, pero aun en la distancia, a través de un goteo de cartas cifradas en las que advertía de los peligros inminentes que nos acechaban y de un misterioso marco de tiempo que siempre estaba próximo a su fin, siguió proyectando su alargada sombra sobre el yacimiento y la expedición.

Dicen que allá en los Estados Unidos, el señor George Henry Boker había sido uno de los más vocales defensores de la abolición de la

esclavitud y la libertad de los hombres negros; pero viendo el guiño de aprobación con el que miró a Schliemann y la sonrisa dócil, de siervo agradecido por la atención del amo, con la que éste le miró, estaba claro que el embajador imponía sobre sus allegados el peor sistema de servidumbre jamás inventado en el cielo, la tierra o el infierno: la del alma. Había algo más allá del interés común o de las necesidades pragmáticas que unía a Boker y a Schliemann. ¿Conoces, lector, esa sensación inquietante y siniestra, ese erizarse con desconfianza de los vellos de la nuca, que se da cuando en una reunión de supuestos desconocidos hay dos que claramente se conocen pero insisten en disimularlo? Por la forma en la que se miran esas dos personas, por la manera en la que se evitan o se buscan, o con la que niegan conocerse o las amables palabras con las que fingen hacerlo por primera vez cuando algún pazguato inocentemente los presenta y se estrechan la mano; el observador perspicaz de su alrededor puede descubrir verdades que otros se habían afanado porque permanecieran secretas. ¿Qué oscuro pasado comparten? ¿Qué crimen horrible los conjuró al silencio, a fingir no haberse visto jamás? ¿Qué pacto desalmado hay entre ellos cuyo recuerdo los hace palidecer cada vez que se encuentran tanto como reconocerse como secretos hermanos? Detrás de las medias sonrisas con las que se miran nuestros dos desconocidos, en realidad tan estrechos, se esconden las historias más inverosímiles y tremebundas. Esa era, te digo, lector, la sensación que me asaltaba cuando veía a Boker y a Schliemann juntos y más aún esa tarde en la que el embajador demandó condiciones abusivas y Schliemann, feliz, dócil, servilmente, no sólo las aceptó, sino que pareció tentado de incluso proponerle otras más favorables, a fin... ¿De qué? ¿De mantenerlo contento? ¿Callado?

Muchos años después, de nuevo retorciéndome en busca del sueño y hallando tan sólo los recuerdos más insólitos y lejanos, esa siniestra hipótesis jamás resuelta ha vuelto a mí y me ha mantenido durante toda la madrugada postrado sobre mis cuadernos con la imaginación galopando a rienda suelta.

Al caer el sol, horas después de que Boker nos abandonara, y aprovechado el revuelo que se formó cuando otro obrero fue mordido por una serpiente, Schliemann ensilló su caballo y tomó el camino del norte, que se alejaba de la finca. Tras poco rato al galope, saltó la cerca de alambre de espino, que brillaba fantasmal y plateada como una zarza lunar, y se adentró en un bosque de árboles húmedos, más espeso cada vez. Las ramas languidecían, se tornaban flácidas, se estrangulaban entre ellas, como diabólicos lazos. La peste iba en aumento, ahuyentando a los pájaros nocturnos y a los animales, pero atrayendo toda clase de insectos —mosquitos en el aire, y larvas y gusanos que se revolvían en el barro excitados por la putrefacción—. Poco después, un olor hediondo le golpeó en la cara saltándole las lágrimas. Los cascos del caballo dejaron de pisar polvo seco y empezaron a chapotear sobre charcos cubiertos de una fina capa de verdín. De repente, el animal perdió pie y su horrible relincho rompió el tétrico silencio del pantano. Schliemann se tapó la cara mientras una bandada de murciélagos echaba a volar entre chirridos. Tiró de las riendas para liberarlo, pero no conseguía que pisara en firme. El caballo coceaba desesperado en la poza, con el agua casi al cuello. El doctor no tuvo más remedio que tirarse, cogerlo fuertemente de la brida y conducirlo aterrado hacia los árboles, donde parecía menos profundo.

—Ya está, ya está. —Lo tranquilizó dándole palmadas y acariciándole las crines. El animal todavía se revolvía inquieto—.

Shh, ya está...

Schliemann miró a su alrededor, tratando de reubicarse en el camino. Había perdido el farol en la caída y la luz de la luna apenas se filtraba entre las ramas. El mundo estaba sumido en una tenebrosa quietud. Continuó a pie, llevando al caballo de la brida y pisando con mucho tiento. Al cabo de un rato, alcanzó el límite del humedal. Asomándose entre las ramas de un árbol, divisó al fin la ciénaga muerta del Escamandro.

El agua estancada brillaba bajo la luz de la luna como una balsa de plomo fundido, no soplaba el viento ni se oían pájaros o criaturas, y Hisarlik acechaba como un predador nocturno por encima de los árboles. En la ribera se asentaban las casas de la aldea abandonada: apenas doce cabañas de chamizo, una empalizada de barro y roca, derruida por el agua y unos cuantos edificios con muros sólidos y encalados; uno de ellos medio sumergido en el pantano. Algo más allá, oculto tras unos árboles, había un cobertizo de madera. Tenía una techumbre sólida, una puerta de tamaño considerable y una sola ventana, pequeña y a gran altura. Atado a un árbol cercano, había un carromato tirado por dos caballos. El rocín de Schliemann se revolvió nervioso, soltando roznidos y llegando incluso a ponerse de manos cuando el doctor lo arrastró hacia allí.

—¡Vamos! —chistó, pegándole un tirón de la rienda.

Cuando estaba a apenas unos metros, se encendió una luz en el interior.

—La metopa está en peor estado del que dijo usted en su carta —dijo George Henry Boker.

De brazos cruzados, fumando con una actitud escéptica, el embajador contemplaba el panel de mármol de Eneas y Afrodita apoyado contra la pared. Dos de sus esbirros la tenían atada con correajes y listo para el traslado en un gran arcón de madera.

—No fue fácil sacarla del muro —dijo Schliemann—. Pero a un buen comprador podrá sacarle, ¿qué? ¿Mil quinientas libras? ¿Dos mil?

El americano aspiró la brasa de su pitillo con ansiedad.

—No será suficiente, Schliemann. Me prometió usted que aquí habría mucho más.

—Esto es meramente una muestra de lo que conseguiremos. Las excavaciones están avanzando a un ritmo más lento del deseado por culpa de Calvert.

—Haga lo que sea para acelerarlas —espetó el otro—. Se le está acabando el tiempo y pronto no podré hacer más por usted. Teníamos un trato...

—Lo sé, lo sé. Necesito un poco más de tiempo. Si hemos encontrado este mármol a estas alturas, piense qué no hemos de encontrar cuando alcancemos la base de la colina.

Boker volvió a mostrar su desconfianza.

—Le seré franco, Schliemann. No me interesa nada financiar quimeras y si esto resulta ser una... —No hizo falta que culminara su advertencia—. Confío en que es usted un buen compañero de negocio. No nos defraude a mí ni a la Unión Americana, que tan calurosamente lo acogió en sus tiempos de dificultad.

El doctor movió azaroso la cabeza.

—Nuestro pacto sigue en pie. Los mármoles que se vayan hallando los iremos repartiendo. Y no se preocupe; muy pronto podrá comunicarle usted al señor presidente que gracias a su embajador en Turquía y al ciudadano Heinrich Schliemann, un museo en los Estados Unidos custodiará los tesoros de la ciudad de Príamo y las reliquias de la *Ilíada.* —Luego se dirigió a los dos esbirros que el embajador llevaba consigo—. Vamos, muchachos, ¿a qué esperan? Carguen la metopa al arcón.

Los dos obreros recelaron de intentarlo.

—No cabe, señor —dijo uno temerosamente—. Es demasiado grande y pesa demasiado.

Boker ahogó un bufido de frustración y apagó la colilla de su cigarrillo contra la pared.

—Echen mano de un cincel y córtenla —dijo, aplastando con un siseo la colilla en la pared—. ¡Pronto! No tenemos toda la noche, el barco nos espera.

XXIV

EL CAPATAZ

—¡Eh, ustedes! Sí, ustedes. Sé que están escuchando lo que les digo a estos camaradas. Vengan, no se hagan los trémulos, están ahí fingiendo que juegan a los dados junto al fuego, pero en realidad sus oídos están puestos en nuestra conversación, porque ustedes saben que yo sé... Claro que lo saben, y están en lo cierto: el viejo Photidas sabe lo que está pasando aquí, harían bien en escucharlo, pues conozco a ciencia cierta la explicación para los sucesos siniestros de los que hoy hemos sido testigos. ¡Vamos, acérquense! Apenas había comenzado a contarles a estos otros la verdad. ¡Vengan! ¡Y traigan la bota de vino! La verdad por un trago; ¿suena a pacto ventajoso, no creen? Ah, gracias, tenía la garganta seca... Aunque aun con la garganta seca este vino sabe a orín de caballo. No me miren así, sé a lo que sabe el orín de caballo; en las Rocosas americanas mis compañeros y yo estuvimos atrapados durante días por las ventiscas, y el orín de caballo, les aseguro, fue de lo mejorcito que tuvimos que echarnos a la boca para sobrevivir.

»Sé que todos ustedes tienen aún el miedo en el cuerpo, y hacen bien en tenerlo. Les advierto, y escuchen al bueno de Photidas, que sabe de esto: nos estamos adentrando en un territorio peligroso, y quizá algunos de ustedes, los más frágiles, harían bien en desertar y marcharse cuanto antes. El muro del templo lleno de serpientes... no es una buena señal, no es un buen presagio. Éste es un lugar

maldito y cada vez son más los indicios. Hay tumbas en esta colina, sepulcros excavados en la roca. El río... Qué saben ustedes del río. El Escamandro es el río más maldito de la Tierra, mucho más mortíferas son sus aguas que las del Nilo o el Amazonas sin necesidad de que en ellas naden los cocodrilos... El Escamandro es un río que lleva a los muertos de las guerras pasadas, un río al que los griegos vertieron la sangre de los caídos en la guerra... En ocasiones, sobre todo cuando hay luna nueva como hoy, los remolinos sacan los esqueletos a la superficie y los dejan en las ribas embrujadas...

»¿Tienen miedo? Hacen bien. Tengan en cuenta que estamos excavando en una ciudad que los dioses, fueran los que fueran, quisieron que desapareciera del mundo para siempre. Estamos contraviniendo su voluntad. Ya ven las señales que nos han mandado. Ya se han cobrado su primera víctima. Pobre muchacho; deberíamos rezar a la santa Virgen por él. Miren, miren, aquí llevó yo al cuello los escapularios y medallas de María Protectora. ¿Qué llevan ustedes, los que son cristianos? A los mahometanos y paganos ni les pregunto porque ellos están en connivencia segura con las fuerzas diabólicas que moran por aquí. Ustedes, los cristianos: ¿qué medallas llevan, a qué santos se encomiendan para que los protejan? Yo no me atrevería a estar aquí ni a adentrarme en esa colina sin saber que vela por mí Nuestra Todopoderosa Señora. Yo se lo advertí al doctor Schliemann antes de venir, pero él es un hombre impío... ¡Acuérdense de mis palabras! Lo lamentaremos. Hay un odio antiguo en esta colina. Y las serpientes son tan sólo la primera de sus manifestaciones... —Un caballo relinchó en la hondonada—. Hablando del demonio...

El capataz apuró un trago de vino, buscó con la mano las medallas doradas enredadas en el vello lanudo de su pecho y las besó

sonoramente, persignándose después. Schliemann entró al galope en el claro, blanco y a la vez umbrío bajo la luna. Los mineros se dispersaron corriendo, y tan sólo el capataz, que acababa de conjurar las fuerzas divinas contra demonios y espectros, permaneció en su sitio, dando tranquilos tragos a la botella de ron.

—¡Qué están haciendo aquí parados, perros! —vociferó el doctor —. ¿Planeando algún robo?

—Estamos descansando, señor, y comentando los sucesos extraños que vienen ocurriendo en el yacimiento.

Schliemann tiró de las riendas con fuerza, porque se le desbocaba el caballo.

—¿Sucesos extraños? ¿De qué diantres me habla? De ahora en adelante prohíbo esos cuentos de vieja supersticiosa que minan el esfuerzo de los hombres.

—Los hombres tienen miedo de las serpientes, recién hemos perdido a otro muchacho por un bocado, y a los ladrones.

—De los ladrones no han de preocuparse más —dijo Schliemann. Y levantándose la chaqueta les descubrió al cincho su Colt Navy 1851; un arma ya anticuada, adquirida en su juventud en las Rocosas, pero aún capaz de disparar con eficacia. Los mineros se revolvieron, sacudidos por una terrible premonición—. ¡El próximo que robe se las verá conmigo! —tronó—. ¡Vamos, al yacimiento!

—Es casi la madrugada, patrón.

—El oro de Troya está más cerca que nunca, lo estamos tocando con los dedos, ¿y proponen descansar? ¡Qué rebeldía es ésta! No osarán amotinarse esos perros cuando estamos tan cerca de encontrar uno de los tesoros más importantes de la historia...

—Son jornadas muy largas, doctor... —rechinó entre dientes el capataz.

—¡Y más largas serán! —gritó Schliemann—. A partir de mañana se harán turnos y un grupo empezará a excavar también de noche. No hay tiempo que perder. Y se restringirán las pausas para fumar y tomar vino. No quiero ver a ningún hombre silbando tranquilamente al sol cuando es tanto el trabajo por hacer.

Schliemann clavó las espuelas, encabritó a la bestia y salió galopando por el camino. Photidas lo vio alejarse con la mirada atravesada de odio.

—Mirad a este viejo loco. Corre rápido, contra el tiempo, huyendo del diablo de sus obsesiones, cuando las lleva en el pecho... —Y volviéndose hacia los mineros—: Ya habéis oído. ¡Todos al campamento! Esta es vuestra última jornada de descanso en la tierra, perros infieles.

XXV

EL CAPITÁN KEITH

—¡Un navío de guerra!

—¡Es la armada! ¡Los otomanos!

—¡Corran, llamen al doctor!

Era una mañana de cielo raso cuando aquellos gritos sacudieron la laboriosa rutina del yacimiento. En efecto, una fragata de velas blancas había fondeado peligrosamente cerca de la costa de los dárdanos. Remontamos la colina a toda prisa para verlo, temiendo que, como advertían los mineros, la marina otomana nos hubiera descubierto y estuviera apuntando sus cañones hacia nosotros. Pero al otear el horizonte con los prismáticos vi que el buque navegaba no bajo el pabellón de la luna creciente, sino bajo el de la cruz de san Jorge, y las aspas de san Patricio y san Andrés. Parecía que llevaba años a la deriva —el casco estaba blanqueado por la sal, barbado por percebes como una vieja ballena, las portas parecían huecos de carcoma y los cañones, que por ellas asomaban, brillaban herrumbrosos— y sólo porque vimos a un marino descendiendo el ancla y a otros cuantos a bordo de un bote rumbo a la playa no lo tomamos por un buque fantasma.

Schliemann se mostró agitado por la llegada de forasteros; Calvert, por el contrario, parecía emocionado de ver la bandera nacional. Su mente debía de evocar el pasado e imaginar que todos los próceres de la arqueología y la política a los que se había dirigido

buscando apoyo para la expedición iban a bordo de aquel HMS *Perseus,* desde el que los saludaban con señas. Sin embargo, en el bote que arribó a la orilla no venía ni *sir* Charles Newton, contrito y queriendo ayudar, ni ningún otro caballero londinense dispuesto a financiarle. Con ánimo de conquistador que reclama la tierra a la que arriba, descendió del bote un hombre de mediana edad enfundado con una casaca azul prendida de medallas, porte orgulloso y ademán de argonauta; lo que no dejaba de contrastar con el desmejorado aspecto de náufrago —huesudo y afilado, de piel descascarillada por los soles desérticos que castigan en altamar, encías destruidas por el escorbuto, barba amarillenta salpicada de calvas, cuerpos enflaquecidos y afilados por el hambre de años— que tenían él y sus hombres, pero que parecían no acusar.

—¿Alguno de ustedes habla inglés? —preguntó con una voz marcial.

Calvert dio un paso al frente.

—Soy ciudadano británico. Frank Calvert.

El marino se llevó la mano a la sien perlada de sudor.

—Capitán John Keith, HMS *Perseus,* Royal Navy. Divisamos su campamento y creímos que tal vez nos pudieran ser ustedes de ayuda.

Schliemann se agitó, inquieto.

—No queremos tratos con ningún ejército. Somos meros científicos llevando a cabo una investigación. El puerto de Dardanelos no queda lejos. Allí sin duda les podrán ayudar con lo que necesiten.

El capitán Keith se volvió hacia el arqueólogo.

—¿Es usted alemán? —inquirió, severo.

—¡Antes que alemán, ciudadano americano! —se apresuró a decir Schliemann.

—¿Y cuánto llevan investigando en esta colina?

—Con todos mis respetos, capitán, ¿a usted qué le importa?

El marino dio paso hacia él, con la mano amenazante posada sobre el cincho, donde llevaba enganchado un revólver corto.

—Si su compañero, el señor... ¿Calvert ha dicho?, es súbdito británico, están obligados a contestarme. Soy una autoridad militar cumpliendo un mandato del Gobierno de Su Majestad. Si vuelve a interrumpir...

—No lo hará —aseguró Calvert—. Soy súbdito de Su Majestad. Conozco mis obligaciones. Sí, mis compañeros y nuestros equipos llevan meses en la colina; yo vivo en el otro extremo de la finca, no lejos de aquí.

—Entonces podrá serme de ayuda —dijo el capitán—. En el transcurso de las últimas semanas, ¿han visto un buque de guerra francés navegando por estas aguas?

Schliemann se revolvió con incordio.

—Nos encontramos a los pies de Constantinopla, por si no se ha dado cuenta, capitán. Cientos de buques de todas las naciones pasan por esta costa a diario.

Keith volvió a corregirlo con un tono censor.

—No es tan usual que lo hagan buques de guerra, señor...

—*Doctor* Heinrich Schliemann.

Su título y su nombre sonaron tan rimbombantes que resultaron artificiosos, como esos nombres exóticos con los que se presentan los ilusionistas en los anfiteatros atestados de los suburbios de Londres o París.

—Pues bien, doctor Schliemann y señor Calvert, les estoy preguntando por una corbeta francesa llamada *Cétus,* de unos ciento noventa pies, tres palos, quince cañones por banda.

Navegaría hacia el sur, recorriendo la costa de Turquía. ¿La han visto?

Ambos negaron la mayor.

—¡Y ustedes dos! Se están mirando sospechosamente... —tronó el capitán dirigiéndose hacia nosotros—. ¿Ustedes han visto algo?

—Son mi esposa y mi secretario —intervino Schliemann.

—Pero no son ciegos, ¿no? Pueden mirar el horizonte, supongo. Digan, ¿han visto el *Cétus,* o saben algo de él?

—No sabemos nada, capitán —dijo Sofía—. El señor Yannikis y yo nos mirábamos así porque es harto difícil, como ya le ha dicho el doctor, mi marido, señalar buques concretos en esta región del mundo. Especialmente, porque muchos por aquí operan como buques fantasma, llevando contrabando, y cambian su bandera para navegar.

El capitán frunció el ceño y comenzó a andar con las manos a la espalda por la playa, describiendo con sus huellas ansiosos círculos en la arena.

—En eso tiene usted razón, *madam.* Pero el *Cétus* no habrá mudado su bandera, se lo aseguro. Va en una misión oficial del Imperio francés.

Aquellas palabras, lector, albergaban un mal augurio que quizá en nuestro tiempo ya pase inadvertido, pero, por aquel entonces, todos recordábamos que el último buque de guerra francés en misión oficial por los estrechos de Turquía había sido el *Charlemagne,* cuya presencia en aguas que no le correspondían precipitó que toda Europa se enfrentara en la guerra de Crimea.

—¿Sabe de qué se trata? —preguntó Calvert.

Keith lo miró con desconfianza, pero finalmente nos lo reveló.

—El *Cétus* va al mando de una expedición arqueológica. Hemos interceptado cartas y sabemos que a bordo van no sólo soldados e

ingenieros, sino también académicos. Parecen dirigirse hacia el yacimiento de una ruina griega cuyo descubrimiento eclipsará el que hizo, en nombre de Su Majestad, *sir* Charles Newton en Halicarnaso. El viaje del *Cétus* podría ser el primer y tímido paso de una nueva incursión francesa en Oriente, como la que padecimos hace setenta años.

Keith hablaba de la expedición del general Bonaparte, que invadió Egipto en el año 1798 para desestabilizar las rutas británicas hacia la India y adquirir para Francia una esplendorosa colonia nueva que la resarciera de la reciente pérdida del sol tropical de Haití. En Egipto, sin embargo, lo que encontró fue la puerta a un mundo perdido —el Oriente— y la colonización que comenzó no fue la de la tierra, sino la del pensamiento. En su *Armée d'Orient,* junto con los seiscientos húsares con uniforme de colores, los dos mil dragones con largas plumas en los cascos broncíneos, los veinticinco mil hombres con puntiagudas bayonetas y los ciento setenta cañones que se atoraban en la arena, Bonaparte llevó un cuerpo expedicionario de mil doscientos ingenieros, académicos y mineros a los que puso a excavar en el indómito desierto egipcio en busca de sus tesoros. Inglaterra luchó por expulsar a los franceses del país de las pirámides, pero no era sólo el dominio del Nilo lo que les interesaba. Estaban en juego cientos de artefactos bajo las dunas, templos llenos de jeroglíficos, bibliotecas grabadas en piedra; las claves secretas de un conocimiento arcano. Fue una guerra por el pasado, una guerra con la que se reclamaba una fracción del tiempo, de la historia humana, sobre cuyas arenas las naciones de Europa pugnaban por clavar sus jóvenes banderas. Viendo a Keith, entendí que aquella contienda todavía no había visto su final.

—Las cartas que hemos interceptado y descifrado no mientan un punto concreto —prosiguió el capitán—. Hablan tan sólo de una

ruina descubierta por soldados franceses en tiempos de la guerra contra Bonaparte, cuya localización se habría perdido. La llaman «el templo de la Gorgona», ¿le suena?

Calvert negó con la cabeza.

—La gorgona ha de ser la Medusa —aventuró—. La mujer con cabellos de serpiente y mirada capaz de convertir a los hombres en piedra. Su cabeza cortada era, pues, un símbolo de poder invencible. Reyes como Alejandro la llevaban pintada en la armadura, a modo de égida. A Zeus y a Atenea se los representa también con la cara de la gorgona en la rodela.

En ese instante, mordido por la terrorífica posibilidad de que en aquel templo de la Gorgona —que no fue hallado hasta cuarenta y un años más tarde, en la isla de Corfú, y no por franceses sino por alemanes— yaciera guardada la reliquia de la monstruosa cabeza, aguardando a ser usada de nuevo; Keith decidió no perder un segundo más en tierra y hacerse de nuevo a la mar. Después de izar velas, supongo que se encerraría en la cabina de su alcázar a analizar hasta el último de los textos clásicos que llevaba consigo, buscando cualquier referencia sobre el paradero de la guarida de la bestia. ¡Noches insomnes lo aguardaban! A lo largo de la historia de la literatura, a Medusa se la había localizado a la vez en un punto del mundo y su antípoda: así, mientras que Hesíodo la había referido a los pies de la cordillera de Atlas y el borde del gran Océano, Estanio de Chipre decidió ubicarla en la rocosa isla de Sarpedón, en el confín opuesto del Mediterráneo; Esquilo, a su vez, la había situado en la llanura gorgónea de Cístene, junto al mar Negro, y, por variar de versión en otro texto, también en el norte de África, pero sólo porque Píndaro ya la había puesto en el norte glacial, y Homero, junto a Perséfone en el infierno. Sin embargo, la dificultad de dar con ella no desalentó al capitán Keith, quien, movido por la horrible

ansiedad de que Francia diera con las míticas ruinas antes que Inglaterra, pasó el resto de su vida errando por el Egeo, interrogando a los lugareños sobre el templo allá donde desembarcaba y tratando de emboscar al *Cétus* en cada cala secreta y cada isla remota.

Tan pronto como el *Perseus* hubo desaparecido en la neblina de la mañana, de nuevo en busca de la Medusa, aunque esta vez ya nunca la hallaría, Schliemann se volvió hacia Calvert, atacado por una nueva aprensión.

—Están sobre nosotros —masculló—. Debemos dar con Troya antes de que acabe el año, o serán otros quienes presencien su descubrimiento. ¿Acaso no lo ve? No son sólo los turcos los que vienen por ella. Todos los imperios del globo se disputarán estas ruinas si saben de su existencia. La colina de los dárdanos volverá a convertirse en el campo de batalla entre los que luchan por la primacía sobre el resto de los pueblos de la Tierra.

El inglés trató de tranquilizarlo, pero Schliemann no se dejó calmar ni sacudir de sus temores.

—¡Perdemos el tiempo, Calvert! Mientras nos hemos distraído tratando de esclarecer el robo de un solo relieve, que es tanto como buscar una aguja perdida en el pajar del universo, las grandes potencias se están preparando para la conquista del pasado. Francia va tras la Gorgona en el Mediterráneo, e Inglaterra le pisa los talones después de haber reclamado Oriente y Egipto; la nueva Alemania ya ha enviado por aquí sus esbirros, y pronto lo harán también Estados Unidos y Rusia. El mundo físico ya se lo han repartido, ya están trazadas las líneas en los continentes; el único territorio que queda libre es el del tiempo pretérito.

Tras esa ominosa sentencia, el doctor dirigió sus pasos ofuscados de regreso al yacimiento, dejando sobre nosotros el sinsabor de un

mal presagio. A este respecto, puede que tuviera razón, al menos en parte. Ese era el dilema y la complicación a la hora de lidiar con Schliemann: solía tener razón siempre en parte de las cosas, todas sus mentiras y exageraciones se cimentaban sobre un poso irrefutable de verdad, por lo que a veces alcanzaban a parecer verdades enteras. Yo estaba de acuerdo con él, pero donde Schliemann veía una guerra entre los viejos y los nuevos imperios de la tierra, con la que acabaría de saldarse el destino de la modernidad, lo que yo veía era la reiteración de una historia insalvable del ser humano. Y es que durante mi tiempo en Hisarlik descubrí, lector, que la búsqueda de ruinas es algo de lo que el hombre no puede renegar, pues forma parte de su naturaleza más primaria. La arqueología no persigue simplemente un vacuo afán académico; y tiene poco o nada que ver con el estudio desinteresado de las antiguas civilizaciones. La fascinación por el pasado está relacionada con nuestra lucha ancestral por sobrevivir, por superar la mortalidad a la que estamos condenados. Y por eso, lector, incluso cuando no queden imperios ni naciones reconocibles sobre la Tierra, cuando todo haya sido obliterado por algún cataclismo y el último de los hombres lo desconozca todo sobre el primero, nuestro lejano descendiente se verá atraído, lo sé, por los promontorios rocosos en medio de la estepa, a los que tomará por los colosos petrificados de una época anterior, aún verá ruinas de ciudades dibujadas entre las formas picudas de las montañas, las soñará en el fondo del mar y las reconocerá en el cielo, en los escombros de viejas constelaciones.

XXVI

LA NOCHE

En las semanas siguientes, el yacimiento se transformó. Se reestructuraron las excavaciones, condenándose viejas zanjas y abriéndose otras nuevas en los lugares señalados. Las cornisas más delicadas se sostuvieron con durísimos contrafuertes de madera para poder excavar en su seno, e incluso se dispuso una maraña de líneas férreas por las que empujar los vagones de detritus hasta las escombreras recién cavadas. Los mineros zumbaban de un lado para otro cargando con sus aperos, los ingenieros no daban abasto trazando los planes de obras nuevas, y los capataces a cada rato arrojaban órdenes a voz en grito a los hombres para decirles que cavaran aquí, llevaran aquel montón de piedras allá, o simplemente para que apagaran los cigarrillos y volvieran al trabajo. Todo marchaba con un ritmo tan marcial e industrioso que más que un emplazamiento arqueológico, Hisarlik parecía una agotada mina de carbón de la que su patrón enloquecido se afanaba por extraer hasta la última ganancia. Pero por mucho que nos mostráramos animosos hundiendo las palas en las zanjas, que sacáramos carretas y carretas de tierra y escombros y confiáramos en que cada vez estábamos más cerca de sus tesoros, la colina no cedía.

Schliemann cada vez era víctima de una mayor ansiedad. Su aprensión lo había llevado a imaginar que el descubrimiento era inminente, que tan sólo era cuestión ya de mantenerse firme y

confiado. Por eso a cada minero que veía sin empuñar el pico o descansando siquiera unos instantes lo llamaba perro y amenazaba con patearlo o correrlo a bastonazos para que volviera al trabajo. Estaba dispuesto incluso a fustigar a los hombres como bestias para que cavaran más allá del desmayo. El motivo de sus prisas ya es conocido: los turcos salvajes, los codiciosos europeos. Aunque era difícil pensar que en Constantinopla o cualquier capital del mundo hubiera un solo oficial preocupado por las excavaciones sin fortuna de unos chalados en el fin del mundo, cada día crecía en él la ansiedad de que cualquiera de sus enemigos apareciera por el horizonte sin que hubiéramos llegado a desenterrar las ruinas de Troya. En ocasiones, encaramado al atardecer en su puesto de vigilancia bajo la hoguera, le parecía ver pequeños movimientos en la lejanía —negras siluetas que corrían recortadas y luces que titilaban contra el telón del ocaso— y el pánico se le desbocaba pensando que eran los ejércitos enemigos descendiendo por el camino con sus legiones, sus carros y su artillería. Pero la llanura nunca devolvía el más mínimo indicio de vida al otro lado. Los días sucedían iguales uno tras otro, con sus amaneceres fugaces, mediodías de sol cegador, largas tardes de calor, crepúsculos en llamas, noches llenas de estrellas, sin que nada perturbara la calma soñolienta del país de los dárdanos.

Creo de todas formas que, además de para justificar la prisa de las excavaciones, Schliemann se amparaba en la amenaza de los otomanos para construirse una suerte de enemigo, de fuerza opuesta, que dotara de más sentido si cabía a su monomanía troyana. A fin de cuentas, toda historia necesita un antagonista. Aunque (quizá esto Schliemann lo ignorara) un antagonista no es simplemente un rival o un enemigo, alguien conjurado a detener al héroe de la historia, a subvertir la justicia y hacer triunfar la maldad,

tal y como lo presentan en sus clásicos esquemas las novelas de aventura que tanto venden en Europa. Un auténtico antagonista es alguien que refleja la parte de sombra del protagonista, la que no quiere que nadie intuya. Por ende, el conflicto entre protagonista y antagonista, fuerza motriz de cualquier relato, siempre es un sucedáneo del enfrentamiento que en la vida real el protagonista tiene consigo mismo. No me parecía que los turcos, o cualquier otra nación del mundo, fueran el auténtico antagonista de nuestra historia, por mucho que el doctor así lo pretendiera.

El hecho es que, movido por el miedo irracional al exterior, Schliemann obligó, tal y como le había anticipado, al capataz Photidas y los demás a trabajar de noche. Nunca más he vuelto a saber de excavaciones en las que se empleen tales métodos, que tan contrarios se me antojan al hacer del buen arqueólogo. Si se necesita de pericia y precisión para excavar, que alguien me diga cómo es posible que con apenas un titilante farolillo se distinga la roca natural del escombro humano, y la piedra cortada para la construcción de la piedra erosionada por los elementos. Ni aunque la luna diera de lleno con todo su brillo sobre el friso escultórico de un templo, se reconocería el mármol más reluciente. Así trató Calvert de hacérselo ver, mientras otros capataces insistían en la peligrosidad de descender a las zanjas y ahondar en las trincheras con tan poca luz. Pero toda opinión se estrelló contra el infranqueable muro del obstinado Schliemann.

—¡Sí, de noche, Calvert, de noche! —justificó ante las protestas de su socio—. Hoy los hombres se escudan en el calor de mediodía para no trabajar y cuando llegue el otoño lo harán en las lluvias. Me niego a que pase en balde otra temporada. Se harán más turnos y se reclutarán hombres nuevos. No podemos dar descanso a la excavación. ¡Así además impediremos los robos!

A pesar de lo descabellado, no seré yo quien niegue la emoción que me causaba adentrarnos en el yacimiento de noche. Al principio jugaba a imaginar que éramos ladrones de tumbas, como aquéllos de las leyendas que cada vez se veían más en el mundo real, pero cuando nos vi cavando en las zanjas en mitad de la madrugada, con apenas un espectro de luna sobre nuestras cabezas, supe que éramos sepultureros. Al fin y al cabo, un yacimiento arqueológico no deja de ser una gran tumba cuyo nombre el tiempo ha borrado. Quizá por eso muchos hombres tenían miedo.

Cavábamos bajo la luz fantasmal de una luna que urgía al resto del mundo al sueño, en un silencio espectral. Yo no podía evitar pensar que una noche de verano como aquélla, bajo el crujido de los grillos y la seguridad de que el universo entero dormía, se había producido la terrible masacre del pueblo troyano. La *Ilíada,* que termina con los funerales del noble Héctor, tras haber devuelto Aquiles a regañadientes su cadáver, no refiere lo que acaeció esa terrible jornada. En la *Odisea,* Homero despacha el destino de los dárdanos en unos versos tramposos, plagados de mentiras. Pienso si no será porque al poeta, aunque griego como yo, le avergonzaba relatar todo lo que sucedió, todo lo que hicieron nuestros orgullosos ancestros. Es Virgilio, que como romano era descendiente de Troya, quien recrea en la *Eneida* la caída de la ciudad y honra las vidas que fueron destrozadas en el transcurso de unas pocas horas. La del rey Príamo, a quien ni su sabiduría ni su edad ahorraron ser asesinado por el hijo de Aquiles, ante la estatua misma de Zeus, y tras haber presenciado la muerte del resto de sus hijos. La de sus hijas y sus sobrinas, algunas hechas esclavas de los aqueos, otras, violadas y degolladas ante la estatua de Atenea, que tampoco movió un dedo por ayudarlas.

Pero a mí no me interesaban los detalles sangrientos de lo que había sucedido al caer las murallas. Mi mente, mecida por la quietud de la excavación noctámbula, exploraba otro momento de esa historia: el quedo instante que se había dado justo antes del horror. ¿Cómo habían sido esos segundos de silencio, qué palabras nimias, sin importancia, no se habrían dicho sin saber que serían las últimas? Trataba de imaginarlo, y era tan vívido el ensueño que me causaba los mismos escalofríos que si lo hubiera tenido en la memoria.

El caballo de madera estaba en el ágora, frente al templo donde los troyanos, tras encontrarlo abandonado en la playa, lo habían depositado como ofrenda. Todo el día habían estado danzando las doncellas a su alrededor, saludándolo con vítores los guerreros y santiguándolo los sacerdotes. Ahora la ciudad dormía en su triunfo tras diez años de guerra. En la acrópolis que hoy es Hisarlik, el palacio también estaba dormido; apenas humeaban los pebeteros en los que ardieron vigorosos fuegos y ya se habían acabado hacía rato el vino y los manjares. No quedaban héroes despiertos en Troya, todos soñaban ya, algunos con los muertos y otros con los vivos. La única que quedaba despierta era una joven princesa a la que tenían por loca y prestaban escasa atención. Se llamaba Casandra. A los quince años había sufrido un extraño acceso: los ojos se le pusieron en blanco, comenzó a hablar con enigmas y ya nunca volvió a ser la que era. A ella, como a mí, el insomnio le reclamaba las noches con horribles ansiedades de futuro y vívidas pesadillas de pasado.

Esa noche también a Helena, la bellísima Helena, le era esquivo el sueño. Deambulaba por las murallas, a ver si lo encontraba por las almenas dormidas, cuando se topó con la loca, con Casandra, la hermana de Paris, la hermana extraña. Helena siempre había sentido compasión por ella. También a ella la habían llamado loca, frívola,

lujuriosa, lasciva. Helena, la que llevó a la perdición reinos enteros por satisfacer su deseo. Arbitraria, caprichosa, cruel; eso diría la historia sin que a nadie le importara la verdad. Se acercó a Casandra y le preguntó lo evidente: «¿No puedes dormir?», esa pregunta absurda con la que se saludan sonámbulamente los insomnes. Se lo preguntan con tristeza, pero también con esperanza, pues al hacer la pregunta desean en lo más íntimo que el otro conteste: «No, pero ya me viene el sueño». Casandra no dijo eso. Casandra tenía para Helena otras palabras: «La Muerte ya está aquí. Ha venido al galope y ahora abreva su sed». Helena no lo entendió, pero ensayó una sonrisa; por dentro se dolía de que la joven estuviera tan lejos de ellos, tan lejos de la realidad; no sabía que en verdad Casandra estaba maldita, que había sido agraciada por un dios vengativo con el don de la profecía, y a la vez condenada a nunca ser creída. Como toda respuesta le acarició la mejilla, le quitó los finos cabellos que atravesaban su frente como futuras arrugas de vejez, y la envolvió con su abrazo. Al apoyar la cabeza en su hombro, Helena se asomó a la visión de la ciudad dormida: vio los tejados de los templos, las luces titilantes en las casas, y el caballo de madera junto a la fuente del ágora, donde todos los troyanos iban a beber; y algo más allá vio luces humanas en las ciénagas del Escamandro, luces secretas que vi yo también, sin poder distinguir si eran algo real o soñado, de este tiempo o de uno que hace mucho acabó, si eran los mineros errando por las zanjas, los ladrones de mármoles disfrazados o los aqueos escabulléndose por los callejones tras haber salido de su escondite en el caballo. A veces pienso que cuando la idea de la guerra de Troya, de su mito, nos arrebata, es posible que, allá donde miremos, sólo veamos sus escenas, sus contendientes agazapados, sus murallas a punto de caer.

XXVII

LOS CIERVOS

—¿Con qué viene a molestarme ahora, Photidas? Estoy tremendamente ocupado.

Schliemann se desbordaba por encima de sus cuadernos y sus diarios, con una idea entre dientes y echando humo por la comisura.

El capataz entró en la tienda y lo miró con terrible desprecio.

—Lo de las excavaciones nocturnas no ha sentado bien a la tropa, señor. Y tampoco las restricciones que impuso sobre los descansos, el vino que se puede beber o el tabaco que se ha de fumar.

—No hay discusión —dijo sin abandonar sus papeles—. Esos perros pasan más tiempo fumando distraídos en las zanjas y contándose historias alrededor de la hoguera que picando. Los he visto: se quedan embobados mirando el horizonte, ¡algunos se encaraman a una piedra y parece hasta que filosofan! ¿Qué diablos hace un hombre filosofando en el yacimiento en vez de ponerse con el trabajo que tiene que hacer y por el cual espera recibir una gloriosa recompensa? Y al que me diga que no puede evitarlo, de un bofetón le recordaré: ¡gobierno sobre el ánimo!, ¡disciplina!

—De la disciplina de los hombres me encargo yo, señor doctor.

Schliemann mordió el cigarrillo, llenándose la boca con las hierbas húmedas y abrasadas.

—Pues haga mejor su trabajo, Photidas. A este paso, será un auténtico milagro que encontremos la ciudad; cuando estos hombres

trabajan la zanja, las ruinas se vuelven tan escurridizas como un vendedor de falsas bagatelas huyendo de la justicia.

—Sería conveniente, si quiere que se doblen los esfuerzos, que aumente el jornal.

Schliemann soltó una carcajada.

—¡Todos quieren siempre lo mismo! Malditos usureros... No, estoy harto de esas trampas proletarias, bastante acostumbrado me tienen ya. Primero el dinero, dicen; luego veré si me esfuerzo o si pido más. ¿En qué mundo querría alguien esforzarse si sabe que cuando pide recibe sin tener que dar más que su promesa? ¿Qué vale para mí la palabra de esos perros? Si les dijera que voy a darles mi fortuna por adelantado a condición de que construyeran Troya entera de nuevo, piedra sobre piedra, ¿cree que habría alguno con honestidad suficiente para negarse por serle imposible? ¡Ni uno! ¡Prestos cogerían mi dinero! Luego fingirían que trabajan, demorarían sus progresos con mil excusas. Se pondrían a trazar el alzado de la ciudad y los cimientos de sus edificios de día para deshacerlos de noche y así nunca tener que cumplir ni que devolver el anticipo. No, señor. No lo consentiré. Han de demostrar que tienen coraje para este trabajo, ¡porque la recompensa es grande!

—Le advierto que, si lleva a los hombres al límite, no responderé de su comportamiento.

El doctor levantó la cabeza, vigilante.

—¿Con qué me amenaza?

—Yo con nada, doctor. Sólo le digo que, si fustiga al caballo con demasiada crueldad, lo más probable es que éste se encabrite, lo tire al suelo y lo mate a coces.

—Un caballo jamás haría eso.

—Es una bestia. Es impredecible lo que pueda hacer, por muy domado que lo tenga.

—¿Un motín? ¿A eso está aludiendo? Sólo dice usted sinsentidos, Photidas. Nadie en su sano juicio pensaría en amotinarse y perder la parte que le corresponde del mayor tesoro sobre el que jamás puso sus manos arqueólogo alguno.

El capataz lo atravesó con sus ojos negros de desdén.

—Por ahora, doctor, en ese tesoro sólo creen usted y su mujer.

Los orgullos de ambos se enzarzaron durante un instante, tal como sucede a los venados cuando cruzan cornamentas como espadas durante la berrea, y luchan tanto por liberarse de la del otro como por asestarle una cornada mortal.

—Vuelva al trabajo —le espetó.

El griego no se dejó amedrentar, sabía que, si lo hacía, perdería terreno para siempre.

—Págueme mejor.

—Trabaje más y cumpla lo que pido.

—Págueme primero o me iré; y conmigo me llevaré a los hombres.

Schliemann se puso en pie y posó la mano sobre la culata del revólver con un gesto que reflejaba la misma tensión de su semblante obstinado.

—Nada me garantiza que usted y sus perros no se van a ir de la lengua si los dejo salir de aquí. Usted decidirá si quiere quedarse en el yacimiento, pero le advierto que si trata de desertar lo hará o bien sin lengua o directamente con un tiro en la pechera.

XXVIII

EL MUERTO

Las excavaciones nocturnas aún se prolongaron semanas. Vimos caer el equinoccio, acortarse los días rumbo al solsticio; sentimos cerrarse las flores a nuestro alrededor; soplar las primeras brisas gélidas. Pero no acusábamos el paso del tiempo ni de las estaciones. Excavar hasta el amanecer, y desde el alba hasta la puesta de sol, había erosionado nuestra percepción de las grandes unidades de tiempo, los días, las semanas y los meses ya no se distinguían de una sola y continua avalancha de horas y minutos hormigueantes. No puedo decir con seguridad, por tanto, cuánto duraba aquel agresivo régimen de trabajo cuando, en una madrugada ya fría, en la que el rocío caía sobre la piel con la fuerza de una lluvia fina, y el cielo no se veía, velado como estaba de una helada bruma marina, un espantoso grito hizo añicos la paz mortuoria del yacimiento. De un brinco salimos del letargo etílico en el que nos tenían sumidos los trabajos, agarramos nuestros faroles —algunos, deseosos de acción, empuñaron sus armas— y corrimos hacia la zanja occidental de la que había salido el alarido. Allí nos encontramos a un pobre minero que, retraído en una esquina, se santiguaba entre temblorosos avemarías y señalaba las dos tibias fantasmales del primer resto humano descubierto en Hisarlik.

Con mucho cuidado los hombres procedieron a liberarlas de la pared de arenisca en la que estaban encajadas y después, con

ayuda de nuestras brochas y nuestros pinceles, fuimos extrayendo, hueso a hueso, el resto del esqueleto. De primeras contuvieron el aliento, sobrecogidos, pero apenas sacudidos por el hecho de que aquél fuera un cuerpo humano. El horror de encontrarse con una momia o un cuerpo medio descompuesto está en que todavía se nos parece. Una calavera, por otro lado, tiene una anonimia que nos tranquiliza; la vemos tan distinta que nos creemos que es diferente, como si no perteneciera a un humano como nosotros, como si no fuera a ser ése nuestro destino.

Uno de los mineros llamó la atención sobre lo que significaba el hallazgo, pero algo no encajaba; algo, más allá del cuerpo, estaba fuera de lugar. De repente lo vi y tuve que aguar la celebración con un baño de realidad.

—Dejadlo —ordené severo—. Ni eso es una tumba ni eso un troyano. Es un muerto reciente.

No había rastro alguno de sepulcro, ni de necrópolis alguna. En la zanja sólo estaba él. De haber sido un muerto antiguo enterrado dentro de un túmulo habría sido enterrado conforme uno u otro rito, habríamos hallado armas, joyas o acaso alguna suerte de sortija. Y si hubiera muerto en el campo de batalla o durante el saqueo de la ciudad, lo delatarían algún arma a su alrededor o el rastro de la armadura sobre sus huesos. Así traté de hacérselo ver, tan científicamente como pude, a mis emocionados compañeros, pero a pesar de que bastaba un vistazo para entender esto, todavía hubo quien se aferró a la leyenda. Recuerda, lector, lo que te conté sobre la fantasía y las historias: después de meses de trabajo estéril, un descubrimiento como aquél *tenía* que ser sublime, puesto que tanto era lo que se había hecho esperar. Aquél no podía ser un muerto cualquiera: tenía que ser uno de los mismísimos héroes troyanos, lo que confirmaría que la leyenda que buscábamos estaba viva...

Pero no podía permitir que imperara la sinrazón ni que se albergaran falsas esperanzas. Aquél no era un muerto antiguo, por pálidos y pulcros que estuvieran los huesos. Hisarlik nos había devuelto el cuerpo de un crimen. Aquel muerto había sido arrojado tiempo atrás a una zanja por quienes querían hacerlo desaparecer.

Echamos los huesos a una carretilla y lo sacamos de la zanja. Las tibias, los fémures y las vértebras fueron castañeando los unos contra los otros durante todo el trayecto; una tiritera ósea y maldita que jamás he podido quitarme de la cabeza. Lo llevamos a la tienda de los arqueólogos, donde en teoría habrían de revisarse y datarse los objetos que todavía no habíamos encontrado, y allí, sobre una mesa que limpié de papeles y libros, fuimos recomponiendo el esqueleto hueso a hueso. Lo hicimos poco menos que de memoria, lo que en ocasiones nos llevó al error irreverente de colocar una vértebra en la pierna, creyéndola un pedazo de rodilla resquebrajada, o un fémur a modo de clavícula. No te burles, lector: aquellas piezas que con tanta ligereza hacíamos encajar y desencajar como si de un puzle se tratase no hacía mucho tiempo que habían sostenido un enigma verdaderamente complejo de músculos, órganos, ánima y pensamientos llamado ser humano; un hermano desconocido de quien nos preguntábamos qué extraña obsesión lo habría llevado a la colina de los dárdanos a toparse con su destino.

Sofía entró en la tienda poseída por una suerte de horror fascinado y dubitativo y se lanzó sobre los huesos.

—¿Dónde aparecieron?

—En la zanja oriental, señora —contestó uno de los mineros.

La joven estiró el brazo hasta la mesa de utensilios, agarró una fina brocha y empezó a limpiarlo de polvo con un cuidado forense.

A los pocos minutos llegaron Calvert y el doctor Schliemann. Al ver el esqueleto, este último no pudo contener un suspiro emocionado.

—Ustedes dos, salgan —les ordenó a los mineros. Después se volvió hacia nosotros con una sonrisa imposible de describir—. Señores... El primer muerto de Troya. Estamos ante el primero de los dárdanos. Hemos de seguir excavando en esa zona hasta encontrar el resto del túmulo, ¡probablemente estuviese enterrado junto a otros soldados!

Nos miramos con extrañeza, dudando sobre quién debía contárselo.

—No es un troyano, Schliemann. Es obvio que este esqueleto no tiene ni cincuenta años —acabó diciendo Calvert—. Mandaré que los hombres caven una fosa para echarlo ahí.

—Usted no pondrá un dedo sobre estos restos, Calvert —le advirtió el otro, extendiendo los brazos para proteger el esqueleto; parecía un viejo lobo, débil y enfermo, temeroso de que otro le arrebatara la presa—. Hemos de analizarlos detenidamente y ahondar en la tumba.

Ahora me vi obligado a intervenir.

—No... No hay tumba, doctor. —La voz me brotó temblorosa, ¿acaso le tenía miedo?—. Los hombres hallaron los huesos en la tierra, sin continente alguno y en una zona aislada. No hay nada que apunte a que haya una necrópolis cerca.

Schliemann no se apartó; su mirada inyectada en sangre daba vueltas alrededor de la escena como un huracán.

—Entonces, ¿no es un troyano, sino un desgraciado cualquiera arrojado a la fosa?

Los tres asentimos, temiendo su reacción. En ese instante capté, creo que casi a la vez que Calvert, el destello plateado de su revólver al cincho.

Pero de pronto, el rictus gélido de su boca se derritió y del pozo siniestro de su garganta brotó una horrible carcajada.

—¡Qué gran descubrimiento! ¿Se lo imaginan? ¿Se imaginan que hubiéramos llamado a la prensa, proclamado el hallazgo de la tumba de un héroe? Qué malas pasadas nos dan estas jornadas de arqueólogo, ¿eh, Calvert? Tantos días sin dormir nos están volviendo romos los sentidos... —le dijo dándole una palmada en el hombro. Luego se volvió hacia el cuerpo—. Entonces sí que hay que enterrarlo, estoy de acuerdo, no me parece decente echar los huesos de un humano a los perros... Que lo entierren, que lo entierren... Pero no sabemos si era turco o cristiano. ¡Bueno, y qué más da! Al final, la misma tierra nos recibe a todos y los mismos gusanos se nos benefician..., aunque de éste ya queda poco. Me pregunto quién sería... Usted, Calvert, que lleva en estas tierras toda su vida, ¿no recuerda alguna desaparición, algún asesinato?

El arqueólogo negó lejanamente con la cabeza, contemplando a su socio con la conmiseración de los dementes. Era la primera vez que Schliemann cedía ante la realidad, pero por algún extraño motivo ninguno de nosotros encontrábamos consuelo en ello, como si no acabáramos de creernos el cambio de su actitud. Así, nadie dijo nada, y Schliemann volvió a su tienda —diría que a protegerse de la vergüenza, pero no, pues aún oímos cómo proseguía con su absurda perorata, haciéndose el sorprendido y el iluso—. Después, un terrible silencio cayó sobre nosotros. No teníamos coraje para mirarnos y discutir lo que acabábamos de presenciar. Nos volvimos hacia nuestro lúgubre compañero y vimos que también él tenía las mandíbulas desencajadas por una aciaga carcajada, sólo que ésta nos tenía a nosotros por objeto.

XXIX

EL ESCRITOR

Schliemann tiró con fuerza del cortinaje de la tienda y anudó los cordeles. Igual que un escritor poseído por el arrebato de inspiración y aterrado de que lo abandone la musa, se precipitó corriendo sobre el escritorio, con tal avidez que tropezó con una pila de libros y rodó por el suelo. Contuvo un aullido, la rodilla le dolió como si acabara de romperse, pero consiguió arrastrarse entre jadeos hasta el escritorio. Lo revolvió entero, lanzando por el aire los planos y papeles, hasta que en medio del desorden dio con su cuaderno. Estaba tan nervioso que rompió la goma que lo cerraba y a punto estuvo de derramar el tintero. Se abalanzó iracundo sobre la página y de un manotazo clavó con la pluma a la imaginación, que por poco se le escapaba. *«Todo ha cambiado hoy»,* garabateó con una letra ensañada y apretando tanto el plumín que éste escupía gotas de tinta. *«Hemos encontrado al primer muerto de la Ilíada...*

... Estábamos jugando al ajedrez guarecidos del sol bajo la tienda de campaña, con la tarde ondeando calma en el horizonte. Éramos dos mariscales aburridos de nuestra batalla, que se libraba en la colina. Desde Hisarlik llegaba el eco de los picos contra la pared de roca y el bramido agotado de los mineros.

—f5 —lancé.

Sofía se mostró asombrada. «¿f5?», gritó sin voz. Se pasó la mano por la frente, dio un sorbo de té helado y volvió a inclinarse sobre el tablero. Durante minutos buscó sin éxito la trampa, la emboscada que diera sentido a mi imprudente movimiento y que claramente estaba pasando por alto. Pero no había trampa. Siempre fui de jugadas agresivas en el ajedrez. Nunca me pareció

un juego tibio, sino uno en el que desplegar todos los poderes del alma humana sobre el universo bicolor. Para qué andarse con miramientos. f5, sí. Tercer movimiento y mi rey ya estaba al descubierto, avanzado el peón de su flanco hacia el centro para combatir el de Sofía en e4. ¿Acaso no mandó Príamo a sus hijos a morir frente al enroque de las murallas troyanas?

Al cabo de dos eternos minutos, mi esposa dio por vencidas sus reflexiones y concluyó que mi movimiento no era más que un farol altanero y peligroso. No era una jugadora tan imprudente como para ordenar a su peón de e4 devorar al mío en f5 y eligió, comedida, desarrollar su caballo: Cc3. Sonreí para mis adentros. Sofía, purista y racional, movía las piezas blancas siguiendo cánones limpios y antiguos. Pero mi defensa pronto sembraría el caos sobre el tablero, desbaratando cada una de las teorías marciales de mi adversaria, que acabaría pereciendo sobre los escaques ensangrentados.

—Jaque —proclamó Sofía.

De nuevo sonreí. Estaba hecho. En ocho movimientos el mate sería mío.

Pero de pronto un sordo estruendo rompió el cielo sin nubes. La tierra tembló y las piezas rodaron muertas por el tablero antes de poder hacerme con la victoria. Los pájaros echaron a volar en desbandada.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Lo supe al instante. Pasé años en las minas de California. Reconozco los rugidos de la tierra cuando se la perturba: un derrumbamiento. No tardamos ni un segundo en salir hacia Hisarlik, donde se levantaba una espesa polvareda.

El yacimiento era una colmena furibunda. Los mineros corrían de un lado a otro, profiriendo aullidos, llamando a ayudar a los que habían quedado sepultados. No conseguíamos localizar a los capataces ni a los ingenieros. ¿Cuántos habrían perecido en el derrumbe? Dios mío, no quise ni imaginarlo. Sin embargo, en medio del caos y la niebla terral me pareció escuchar un vítor demudado. De repente otro. Silbidos enardecidos. Y aplausos. ¿Victoria? Un minero emergió de entre el humo y el polvo y me asió por el brazo.

—¡La encontramos, señor, la encontramos...!

Una tos arenosa se llevó sus palabras.

—¡Salid de aquí, salid de aquí! —grité, ignorando lo que acababan de decirme.

Lo primero era nuestra seguridad. Si por azar habían derribado, como parecía, uno de los pilares telúricos del promontorio, Hisarlik podía venírsenos encima. Cogí a Sofía de la mano y corrimos a ponernos a salvo de aquel avispero. Evacuamos el yacimiento sin perder un minuto y regresamos al cerro.

La colina entera había desaparecido tras la tolvanera. Los trabajadores se retorcían incapaces de respirar, proferían violentas toses y se echaban por encima agua de sus cantimploras, igual que si estuvieran en llamas. Pero cuando se serenaron sus accesos, regresaron la vista hacia la colina humeante y estallaron en esos mismos vítores que yo había alcanzado a oír en medio del

derrumbe. Clamaban victoriosos contra el enemigo. Levantaban sus picos como si fueran espadas y lanzas. Celebraban el triunfo, el fin de la guerra. Las murallas de Hisarlik habían caído. Y las de Troya habían sido encontradas.

Cuando todo se hubo serenado, nos acercamos a la ruina pisando con tiento entre los quiebros y los escombros resbaladizos. El polvo espesaba la luz del inminente crepúsculo. Nos apretábamos un pañuelo húmedo contra la nariz y la boca para protegernos del polvo. La mina había colapsado, la zanja había cedido, y una inmensa cavidad había salido a la luz.

Casi fusionado con la roca, como un apéndice de la propia estructura de la colina, hallamos los restos de un edificio de bloques de piedra, puestos en sillería. Era un túmulo funerario... ¡Varios de ellos!; un círculo de tumbas. Palpé la piedra y sentí la aspereza de la roca en las líneas de mi destino. Hace años que no visito la tumba de mi padre; ese día sentí que lo hacía, que ponía la mano sobre la lápida de su sepulcro y recuperaba su recuerdo.

—¡Heinrich! —me llamó entonces Sofía—. ¡Ven, tienes que ver esto!

Mi mujer se había alejado un poco de nosotros y se asomaba a un quiebro abierto entre la muralla y la garganta de la colina. Era una zanja artificial, una especie de sótano o subsuelo que agusanaba el interior de la muralla. ¿Podía ser la entrada a la tumba?

—¡Rápido, un pico y una pala! —ordené.

Sofía sostuvo el farol mientras mis hombres y yo retirábamos los escombros y agrandábamos el agujero. Pasamos horas allí. La noche se nos echó encima. La luna plateaba las ruinas fantasmales y proyectaba reflejos temblorosos sobre los muros. Cavábamos a destajo, nos sangraban las manos, y se nos quebraban los músculos. Excavábamos contra el propio muro, lo cual dificultaba mucho la tarea y reducía el espacio desde el cual se podía atacar la zanja. Los mineros nos miraban expectantes. Nadie se atrevía a decir palabra, poseídos como estábamos por la curiosidad de saber adónde llevaba esa grieta descubierta en el derrumbe.

Cerca de la medianoche un golpe metálico nos sorprendió a todos. El pico reverberaba en mis manos: había dado con algo. Cogimos la pala y apartamos toda la arena y escombros que pudimos. Con enormes esfuerzos por parte de mis hombres, liberamos de las entrañas de la tierra un antiguo arcón de piedra que visto a la luz de la luna y nuestras linternas resultó ser un antiguo sarcófago. Me pareció que aquella forma roma del ataúd tenía un viso egipcio y me pregunté si acaso la arcana cultura troyana no habría tenido también contacto con la tierra de los faraones, si acaso el Mediterráneo entero no estuvo conectado en la antigüedad por ancestrales líneas de navegación, vientos de cultura y filosofía.

Ordené que limpiaran de inmediato el detritus con unas grandes brochas de cerda, para ver si la caja contenía algún relieve o inscripción que ayudara a identificar al muerto que lo moraba. La tapa estaba cubierta con los símbolos o

jeroglíficos de algún idioma antiguo que me fue imposible identificar. Parecía tener trazas de griego pero éstas desaparecían con el curso de las palabras o frases para volver a aparecer al poco. Aquella lengua era una incógnita, por lo que no descarté que se tratara de uno de esos idiomas antiguos de las islas del Egeo, cuyos misterios y procedencia ni siquiera conocen los lingüistas y semióticos más doctos. También había talladas en la piedra horribles figuras de hombres y bestias —a ese arte le faltaban siglos para tener siquiera un atisbo de lo que hoy concebimos como arte griego—. Una vez limpio, ordené abrirlo.

Algún tipo de argamasa sellaba la tapa o quizá fuera el mero paso del tiempo y la presión inmensa de la tierra. Tuvimos que rascar la junta con la hoja de un gran cuchillo y después valernos de una barra de hierro para hacer palanca. Se escuchó un siseo polvoriento cuando rompimos el sello. Hicieron falta cinco hombres para levantar la losa. Lo que había dentro me cortó el aliento.

El cuerpo vestía sus ropas militares de tal forma que no se veía el esqueleto. La cara estaba cubierta por una máscara de plata de rasgos graves y varoniles. Algo entonces se apoderó de mí, una curiosidad mórbida, sí, pero mucho más que eso: tenía que verlo, tenía que levantar esa máscara, encontrarme con la calavera anónima, mirar en la oquedad de sus cuencas fantasmales, tratar de adivinar su nombre, preguntarle si había llegado a ver el caballo entrando en la ciudad, a los griegos saqueándola.

De modo que me incliné sobre el cadáver y con el respeto con el que habría tratado el cuerpo de un ser querido, introduje los dedos en el hueco del casco, busqué a tientas el borde de la máscara y la despegué.

Extraños milagros obra a veces la ciencia; ese día contemplé el rostro del héroe Aquiles: estaba incorrupto. Era joven, de cara angulosa, con un rictus severo en los finos labios y los párpados fuertemente cerrados mirando la muerte hacia dentro. Ya iba a acariciar la mejilla con el ademán de un padre cuando el rostro crujió bajo el peso de la eternidad, la piel y la carne se replegaron sobre sí como rollos de papel quemado, y en apenas un instante colapsaron en polvo, revelando una límpida calavera. Me volví hacia mi esposa, con la máscara de plata temblando entre los dedos. Por mis mejillas corrían lágrimas de pura emoción.

XXX

EL ENTIERRO

Junto al cauce de un arroyo que arrullaba a un bosque de álamos polvorientos, cavé una tumba de tanta profundidad como me permitieron mis esfuerzos, en la que, con ayuda de Calvert y Sofía, deposité los huesos del hombre desconocido. Nunca había dado sepultura a alguien, y aún menos, claro está, me había encargado yo de abrir la tumba en la tierra y acomodar en ella el cadáver. Fue su anonimia la que me permitió hacer de aquel entierro improvisado el de mis propios muertos y consolar los dolores antiguos que todavía atravesaban mi pecho. A los desaparecidos en alta mar se les dispensa siempre unos funerales muy fríos, abstractos, sin cuerpo y por tanto incompletos; si aquel día no entré en la iglesia de San Nicolás para despedirme de mis amigos fue también para no toparme con su ausencia, con el altar vacío y el sacerdote invocando el descanso eterno de unos muertos que, de estar, estaban más cerca del abismo, en el fondo marino, que del cielo. De modo que imaginé que los restos que enterrábamos eran los de mis amigos; imaginé con todas mis fuerzas que la marea los había dejado sobre la playa de Hisarlik, que tenían algo que los identificaba —la medalla de san Nicolás que Ioannis jamás se quitaba, el escapulario distintivo de Pedro o el cuchillo que Miguel ceñía al cinto, quizá el pabellón de popa del *Radamantis,* que envolviera sus cuerpos como un honroso sudario— y que por fin los enterraba y nos daba —a todos—

descanso. En ese momento no me creía tal cosa, claro, me engañaba a sabiendas, pero lo hacía para que, dentro de muchos años, cuando mirara el pasado desde la brumosa vejez, me creyera que había sido real y así la vida no me doliera tanto.

El duelo de los que perdemos a los nuestros en el mar no es fácil de explicar ni puede compararse con el de quienes tienen a los suyos en una tumba a la que acudir cuando el dolor se lo pide. Carecer de la oportunidad de acariciar una última vez las pálidas mejillas de quienes han compartido la vida con nosotros, de decirles una última palabra de amor, si acaso con un susurro, es algo que por siempre nos atormenta. ¿Dónde estaréis, Ioannis, Pedro y Miguel? ¿Dónde en las profundidades? Sin tumba bajo la tierra, sin una placa que albergue vuestro nombre ni las fechas de vuestra breve existencia, me pregunto, el día que yo falte, que faltemos todos los que alguna vez os conocimos, ¿desapareceréis para siempre? ¿Será como si nunca hubierais morado en este universo? ¿O será ese no estar el que os permita estar en todas partes?

Todo eso pensaba mientras veía en el fondo de la zanja los huesos de este pobre desgraciado al que alguien quiso enterrar en Hisarlik. No conocemos su nombre, no sabemos nada de él, ni cómo murió, ni si fueron muchos los que lo estuvieron buscando primero, los que lo lloraron después, tal vez sin perder nunca la esperanza de su regreso; nos es totalmente desconocido y, sin embargo, habiendo encontrado sus restos y dándole esta sepultura, que por ignorancia de sus costumbres no podemos adscribir a religión alguna, sino que debemos hacer conforme al rito universal de la vida, logramos que reviviera una última vez su recuerdo, el recuerdo de que estuvo sobre esta tierra, de que fue alguien, de que tuvo una existencia.

Sofía no dejaba de mirar la cicatriz de la muerte sobre el suelo; me pregunté si aquella sería la primera vez que se hacía consciente

de nuestro destino.

—¿Quién sería este hombre?

—Alguien como nosotros —dijo Calvert con cierta frialdad—. Un cualquiera, pero no un troyano.

La joven se encogió, avergonzada.

—¿Siempre fue así? —prosiguió el inglés—. Schliemann.

—¿Quiere decir cuando nos casamos o con su anterior esposa?

—¿El doctor Schliemann estuvo casado antes? —me oí preguntar, sintiéndome apurado tan pronto como la impertinencia salió por mi boca.

Sofía se rio.

—Definitivamente, señor Yannikis, le quedan a usted muchos estratos de esta historia por desenterrar.

Calvert frunció el ceño y carraspeó.

—Contésteme, *madam,* se lo ruego.

—¿Y qué es lo que quiere que le confirme? —replicó Sofía. Se pretendía furiosa, pero en realidad estaba asustada—. ¿Que está loco? ¿Que ha leído tantas veces la *Ilíada,* que es tal su obsesión de encontrar Troya y revivir los mitos del pasado, que ha acabado por enloquecer...?

Calvert la miró compungido por una grave preocupación.

—Eso es justo lo que quiero que me diga: si estamos depositando el futuro de la expedición, y por tanto nuestras vidas, en alguien que no tiene dominio alguno de su juicio ni contacto con la realidad.

Sofía nos miró como sólo lo había hecho un par de veces: con ojos que entendían, que veían más allá de las tretas novelescas con las que cada uno de nosotros trataba de dar sentido a nuestra estancia allí —en la colina de los dárdanos, y en la vida—. «¿Y quién, si no un loco, lo dejaría todo y se lanzaría a la búsqueda de una ciudad que todo el mundo consideraba fantasía?», parecía decirnos. «¿Qué clase

de cuerdo se calzaría las polainas de arqueólogo creyéndolas la armadura de un héroe, agarraría un pico y una pala tomándolas por lanza y espada, y se pondría a excavar en la colina de los dárdanos con el ímpetu del mismo ejército que asedió Troya en el Bronce tardío? ¿Y cuál es la diferencia entre los dos? Todos los cuerdos en realidad están locos. Tienen que estarlo. La locura es una cualidad indispensable para estar cuerdo». Pero ya no podía justificar nada. Compartía el ánimo desolado del inglés, sólo que mucho más intenso. Por primera vez, la vi masticando rabia y una resentida desolación donde antes sólo había habido una meditabunda tristeza. De pronto, extendió el brazo y tiró suavemente de la manga de su traje, revelando el famoso brazalete de oro recuperado de la ruina del castillo de Odiseo, en Ítaca.

—¿De dónde creen que salió esto? —nos dijo, volviéndose hacia nosotros. Nos miró—. De mi joyero —se respondió—. Claro que está loco, Calvert. Claro que no tiene dominio sobre su juicio ni contacto con la realidad. Está muerto de miedo, como lo estamos todos. Tiene miedo de eso que descubriremos tarde o temprano: no hay ciudad, no hay ruina. Hisarlik está hueca...

—Señores —interrumpí de pronto—, miren...

Discretamente, señalé con la cabeza un claro en el bosque de álamos, algo más allá. En torno a una hoguera, cuatro mineros nos observaban en silencio con los ojos brillantes por las llamas, y quietos, muy quietos, con el hieratismo del predador agazapado a punto de abalanzarse sobre su presa, que en este caso no éramos ni Calvert ni yo. Un instinto se apoderó de mí y me apresuré a coger a Sofía del brazo. Ella se aferró con tanta fuerza que sentí cortarse la circulación. Calvert trató de tranquilizarnos y avanzó unos pasos hacia ellos.

—Muchachos, los estarán buscando los capataces para empezar de nuevo las obras. ¡Vamos, regresen al trabajo! No es momento de que estén aquí...

Los mineros no se movieron ni pronunciaron palabra. Seguían fijos en nosotros.

—¿Tengo que ir a buscar al señor Photidas para que los devuelva a latigazos a la zanja? —los desafió Calvert—. ¿O prefieren que haga venir al doctor?

Los mineros se irguieron desafiantes. Contra el fulgor de la hoguera, sus cuerpos robustos quedaban totalmente oscurecidos. Nos miraban como miran los hambrientos a los que tienen pan cuando ya han sonado las trompetas de la revolución: sabiendo que ya no hay nada que los detenga. Sofía no me soltaba. Sentí su mano fría y húmeda entrelazada entre mis dedos, mientras una bola de hierro se me atoraba en la garganta.

—¡Vamos, lárguense de aquí! —gritó el arqueólogo.

Tras unos tensos segundos, por fin se dieron la vuelta, cogieron sus faroles y se marcharon. Han pasado muchos años desde Hisarlik, y movido por un ánima que desde entonces fue inquieta, he visto gran parte de los lugares bárbaros del mundo, y al hombre arrancarse la camisa de la civilización y entregarse a la peor naturaleza del instinto; pero nunca, lector, he vuelto a sentir tanto miedo del ser humano como entonces.

Estaban agotados, rotos no sólo de cansancio sino también de desilusión: se les había prometido un descubrimiento portentoso, pasar a la historia, un hallazgo de oro que les permitiría vivir durante generaciones; se les había asegurado que sus penurias serían para algo, que todo cobraría, muy pronto, un sentido. Ya no se creían nada, estaban hartos de tener que confiar, y el odio que le tenían a Schliemann lo proyectaban también sobre nosotros, a quienes

percibían allegados del doctor y, por lo tanto, igualmente culpables. Pero además estaba el hecho diferencial más duro de todos: la presencia de una mujer.

Desde hacía tiempo veníamos advirtiendo que aquello excitaba sus peores pasiones al tiempo que —o precisamente porque— los intimidaba, les daba mal fario, como si estuvieran a bordo de un barco. Un yacimiento no deja de ser un barco varado en tierra. No era normal ver mujeres en esos contextos. De hecho, Sofía probablemente fuera la primera mujer en pisar Hisarlik desde el tiempo de Helena de Troya, y todos recordaban cómo había acabado aquello. Por inverosímiles que sean los episodios de la mitología, para el hombre la culpa de la fémina es siempre la prueba irrefutable de su realidad. *Cherchez la femme,* ya se sabe. Aquellos bárbaros no tardarían en tener a Sofía como responsable de sus males, de encontrarse allí, lejos de sus familias, padeciendo las penurias de la Tróade, excavando en las ruinas de su vergüenza. Algo semejante debió de sucederle a Helena, en el camino de expiación cuando cruzó de la mano de Paris las puertas de la ciudad. ¿Quién sabe —la *Ilíada* no lo comenta— si durante los años de guerra no hubo revueltas en la ciudad, turbas enfurecidas agolpadas a las puertas del palacio pidiendo su cabeza? Acaso durante el caos de la caída, cuando Helena intentaba escapar, no la cercó un grupo de troyanos dispuestos a cobrarse la venganza tanto tiempo ansiada...

—Éste es de por sí un lugar peligroso, pero más aún para una mujer joven. —Calvert echó un vistazo sobre su hombro para comprobar que el grupo de mineros se alejaba—. Será mejor que volvamos a la casa. Todavía quedan algunas horas hasta el amanecer. Yo la acompañaré.

—Puedo volver sola al campamento.

—¿Está usted loca? —le reprendió él—. Vamos, venga conmigo. Yannikis, acabe usted de enterrarlo.

Se subieron a los caballos y se perdieron en la noche.

Definitivamente, pensé cogiendo de nuevo la pala y cargándola de tierra, un yacimiento no es lugar para una mujer ni para nadie. La arqueología tiene algo de profano. Nada bueno aguarda a quien remueve los secretos que la historia quiso enterrar.

XXXI

LOS HOMBRES

La duda es como una enfermedad contagiosa, lector. Bastó que yo viera su marca en Sofía —una palidez febril, un temblor inseguro en la voz y las manos— para que en cuestión de semanas ésta hubiera horadado el ánimo de cada minero en Hisarlik. El ritmo de la excavación se ralentizó. Cada día se producía la misma sucesión de trabajos y desalientos, de marchas forzadas de mineros desde y hacia la colina, de pesadas pausas que los obreros prolongaban lo máximo posible, de noches en vela llenas de silencio, de madrugadas tenues, cansadas, y de lívidas esperanzas. Los picos pesaban cada vez más al hombro, la roca contra la que los lanzaban se hacía cada vez más dura y las mellas en la colina se revelaban meras muescas, rayones blancos que parecían hechos con un tenedor. Los meses avanzaron, el invierno endureció el suelo antes de que uno solo de nuestros esfuerzos obtuviera recompensa. Sí, se desenterraban algunas trazas de cerámica, viejas armas oxidadas y otros objetos, pero todos demasiado recientes como para pertenecer al periodo de Homero. Ni murallas ciclópeas, ni columnas, ni por supuesto oro. El escombro parecía alcanzar el propio centro de la Tierra, al que ya se temía llegar sin haber atisbado un solo indicio de Troya. La mente ya empezaba además a sabotear el esfuerzo, planteando todo tipo de preguntas desesperanzadoras: ¿cómo iba a encontrarse la ruina precisamente en ese punto?, ¿cómo podía

asegurar el doctor, más que con los relatos de algunos viejos locos a los que ni sus coetáneos habían dado crédito, que ese sitio concreto, y no alguna de los cientos de colinas que escarpaban la Tróade, era el que contenía la ciudad de la *Ilíada*? Y, apurando hasta el límite los argumentos, ¿cómo se sabía que Troya estaba allí, en la región de Dardanelos? ¿Cómo se podía estar seguro de que la *Ilíada* había transcurrido allí y no en cualquier otro rincón del Mediterráneo? Pregunta que irremediablemente llevaba a aquella que había planeado sobre la expedición desde antes incluso de arrancar: ¿quién decía que la *Ilíada* había sucedido de verdad y que la ciudad de Troya se hallaba bajo la tierra? Muchos ya lamentaban haberse alistado para figurar en la colina de los dárdanos antes que a bordo del *Pequod,* aun conociendo el desenlace profético de aquella historia. A ellos el destino les había deparado algo terrible: convertirse en náufragos terrestres. Al contrario que los náufragos marinos, quienes al menos tienen la mar para contemplar, su azul infinito y sus criaturas, los hombres de Hisarlik no tenían más consuelo que el que ofrecía la landa áspera y petrificada de los dárdanos —un paraje tan fantasmal y yermo como el de sus almas.

Eso sí, igual que los marinos a la deriva gritan «¡tierra!» desde la cofa, confundidos por los espejismos y los enloquecidos anhelos de alcanzar el hogar, también nosotros oíamos de vez en cuando el grito triunfal «¡ruinas!» resonando en el silencio. La primera vez que se escuchó, acudimos a la zanja de la que procedía sin perder un minuto. El doctor Schliemann saltó de su tienda como si hubiera oído la llamada de la guerra o del juicio final.

—¡Aquí, patrón, aquí!

En el fondo de la trinchera sonreían eufóricos mientras señalaban con sus picos una fila de piedras incrustadas en el sedimento. Schliemann bajó a la zanja y acercó la luz temblorosa del farol al

muro. Tras él nos amontonábamos el resto, ávidos y curiosos, guardando un silencio sepulcral. El doctor acarició la pared, sintió la piedra con las yemas de los dedos; su expresión se iba torciendo cada vez más.

—¿Y bien? —preguntó masticando la rabia.

—¡Aquí, doctor, aquí! —le indicó un joven minero con entusiasmo.

Pero lo cierto era que señalaba a todas partes sin señalar ninguna, mientras parloteaba aceleradamente, tratando de que comprendiéramos lo que él veía de forma tan clara y a nosotros se nos escapaba: cómo las tres piedras de allá estaban alienadas con la gran roca de más acá, siguiendo una línea perpendicular con la cornisa... «¡Como si fuera el perímetro de una muralla o el muro de un gran edificio, señor doctor!».

Schliemann miró ansioso alrededor de la zanja, comprobando cada uno de los supuestos segmentos de la ruina. La furia entonces lo desbordó, agarró su bastón y descargó una ruina de palos sobre el pobre minero, que hecho un ovillo en el suelo suplicaba perdón y llamaba en su lengua a sus invisibles protectores. Todos quedamos contemplando el sórdido arranque de violencia, tan incapaces de desviar la vista como de actuar. Schliemann dejó al muchacho molido en el suelo, apenas emitía un sollozo quejumbroso, y descargó sobre el resto una advertencia silente y fatal contra volver a retarle.

—¡Sigan cavando! —bramó.

Después de aquello, empezamos a ser más suspicaces. Cuando se oía el grito triunfal, cada vez menos acudíamos a comprobarlo. Yo era de los que siempre iban y, disimulando la pena, sonreía mientras escuchaba al minero que había dado con una piedra común tratar de convencerse de lo extraordinaria que era. Pero al poco también yo dejé de responder a los falsos eurekas: dejaba que el viento se los

llevara allá donde aún quedara esperanza y fueran necesarios. En Hisarlik estaban desperdiciados.

Los aqueos pasaron diez años al pie de la muralla dárdana, acampados en esa estepa aterida donde ahora estábamos nosotros, oyendo día tras día el viento rugir sobre sus cabezas, y el mar a sus espaldas. Diez años de asedio, padeciendo el hambre, la peste, los envites de los dioses aliados del enemigo, por una causa que cada día se les antojaría más absurda. Los reclutaron invocando una antigua alianza, con grandes palabras sobre el honor y los pactos indelebles, pero, más allá de las fantasías, afloran las contradicciones de todos los hombres, las rencillas entre los caciques que se temen o que se envidian, dejando al descubierto que la guerra no tiene que ver más que con el orgullo de unos y la sed de poder de otros. Para cuando alcanzaron el último año de la contienda, muchos de los hombres no se acordaban ni de qué la provocó.

Eso decimos de los que se agolpaban a las puertas y conducían el asedio, pero no olvidemos a los que resistían en el interior, a los que habían visto su ciudad convertida en una cárcel y sus casas en celdas cenicientas. La *Ilíada* no refiere cuál fue la situación dentro de Troya durante los años que duró el sitio, pero podemos suponer que el ánimo de los dárdanos era tan quebradizo como el de los griegos. Supongo que desde los primeros años se asomarían cada día a la muralla a ver el desarrollo de los combates, pero a partir de cierto punto no verían nada nuevo. Las tiendas de campaña raídas por los ratones, los artefactos de asedio petrificados por el sol de la llanura, los barcos comidos por la carcoma en el estuario pasaron a ser parte indistinguible del paisaje polvoriento: los elementos inanimados de una naturaleza igualmente inmóvil. A esas alturas, lo que hubiera a sus puertas a los troyanos los asustaba lo que un caballo salvaje

cruzando la estepa. No entendían por qué habían de pasar penalidades —pues también padecieron el hambre y la enfermedad — por mantener a raya a un enemigo tan poco temible y del que tampoco recordaban qué había venido a hacer.

En ese clima, a un lado y otro de la muralla, los ánimos discordantes de uno que añora a la mujer o a los hijos, otro el hogar, o el descanso, otro el propósito a una vida hace años estancada, pronto se volvieron los de todos; y un grito común casi de amotinamiento empezó a elevarse entre los hombres.

—Dicen que estamos cerca de lograrlo, pero ¿lo estamos? —cuestionó uno de la isla de Calcis—. Ya os digo que no, camaradas, que llevamos media vida aquí parados, que nos dicen que todo lo que hacemos nos acerca a nuestro objetivo, pero es falso.

—La ciudad de Troya es muy antigua y poderosa. No entraremos en ella fácilmente, tenemos que mantenernos unidos y ser pacientes. ¡La recompensa será inmensa, sólo piensa en ello! —Uno de Quíos.

—¡Sí, cámaras enteras preñadas de tesoros! No en vano es la ciudad más rica conocida. —El que venía desde una aldea cercana a las columnas de Heracles.

El de Calcis negó con la cabeza.

—No tenéis ni idea. Os habéis dejado engañar, todos lo hemos hecho en realidad. Estamos aquí en balde. No alcanzaremos nunca la ciudad, y aunque lo hiciéramos, la encontraríamos vacía. Nuestro jefe nos ha engañado.

—El jefe es un hombre muy astuto —salta uno que viene desde los alrededores de Micenas y que es, de entre todos, el más leal—. Sabe lo que se hace. Si no, no habría conseguido que dejáramos al margen nuestras diferencias para que cruzáramos y cruzáramos el mar hasta las puertas de Troya. ¡Es un pastor de hombres!

—Nunca mejor dicho —el de Calcis—, porque vosotros sois todos tan tontos como ovejas. Quizá nuestro jefe fuera inteligente y astuto en el pasado, quizá en otras circunstancias hubiera sido un buen líder, pero a la vista está que ha fracasado. O peor...: que ha sucumbido a la locura. ¿No veis el carácter cada vez más ominoso que tiene? ¿Las reacciones tempestuosas que de repente lo arrebatan? Está nervioso, porque por mucho que no quiera ver, no es ciego de verdad. ¿No veis que se está valiendo de nosotros? ¿Que no hacéis más que servir a los manejos de un cobarde que a la mínima señal de peligro, cuando se nos echen encima los enemigos, saldrá corriendo despavorido por la llanura como un ciervo al que dan caza los perros?

El razonamiento del de Calcis se contagió pronto al resto de los hombres, y entre ellos se agitó el espíritu de la insurrección.

—¡Entonces nos ha traicionado a todos!

—¡Nos ha traído aquí con engaños!

—Decidme, si no, dónde está el oro. ¿No habría un hombre tan astuto y decidido alcanzado ya el propósito de su misión?

—¡Nos ha traicionado!

—Quizá él también haya sido traicionado...

—¿Por quién?

—¿Por quién va a ser? Por la mujer.

—Siempre es la mujer quien hace enloquecer al varón.

—¡Fue la mujer la que empezó la guerra de Troya, y todas las otras desgracias que nos han traído hasta aquí!

Y así comenzaron su desvarío acusatorio, con cada palabra imputándole al jefe, además del haberlos condenado, el agravante mortal de hacerlo inducido por las artes del sexo adversario. Si hubieras prestado oídos desde tu lado del tiempo a aquella bravata, lector, como hice yo antes de transcribir estas líneas, atenderías a

que, entre los bramidos de los soldados y los mineros, los nombres de Helena y de Sofía eran indistinguibles de los de cualquier otra mujer del mundo.

—¡El jefe no sólo está loco, sino que además es un mal hombre!

—¡No deberíamos servir a las órdenes de un mal hombre!

—No deberíamos excavar, y ahí hubiera de acabar la cosa —advirtió entonces el pobre español, trayendo de vuelta las desgracias recientes del presente. Recordando las serpientes, al pobre finado, el robo y el cadáver, estaba pálido y cortaba la circulación de la mano con las cuentas de un rosario—. Nos estamos metiendo en un territorio que no nos pertenece: el de los muertos... He oído historias: reptan desde el Inframundo por las cavidades y las grietas del suelo siguiendo el fato de la sangre, la que vierten los humanos con sus sacrificios. Los muertos se alimentan de ella; sacian con ella su hambre. Cuando se los convoca, se los convoca al festín. Como con el insecto que encuentra comida, una misteriosa fuerza se lo comunica al resto y de pronto salen todos de los agujeros, desde los pasadizos de sus tumbas o por las zanjas del yacimiento. Manchan de púrpura sus labios blancos y mortecinos y así mágicamente recuperan el habla. ¡Eso es lo que encontraremos si seguimos cavando en este lugar maldito!

Ante aquello, el más viejo de todos, que llamaban o se hacía llamar Tiresias, soltó una risa sofocada.

—Oídme bien. He estado excavando en yacimientos toda mi vida, en tumbas profundas como una sima en la tierra, cuando me asomaba a ellas creí que alcanzaban el mismísimo infierno. Y os digo a todos, necios imberbes, que el verdadero terror no deberían dároslos las tumbas olvidadas ni los esqueletos; el miedo no han de darlo los muertos, sino los vivos...

El de Calcis se puso de pie sobre el tocón de un viejo árbol.

—¡Todo lo que decís es cierto, camaradas! Como no es menos cierto que nada cambiará si no lo hacemos cambiar nosotros por nuestra propia mano.

—¿Y qué sugieres, capataz?

—¡Sugiero que nos neguemos a cavar, que agarremos nuestras armas, que nos confieren poder, y vayamos donde ese perro de Schliemann y le exijamos lo que nos corresponde!

Un aullido de indignación corrió entre los mineros.

—¡Sí!

—¿Qué me dicen, camaradas? ¿Vamos a dejar que nos sigan tratando como a reses, que nos tengan aquí todo el día, bajo la luna y el sol, lejos de nuestros hogares, viviendo de la miseria, buscando lo que sólo al doctor y a su mujer importa?

—¡No! ¡Abajo los patrones! ¡Derribemos las zanjas, enterremos las trincheras! —gritaron todos.

—¡Vamos, amigos míos! Ni un día más permaneceremos aquí.

—¡Ni uno!

—Y digámosle a Schliemann que nos pague lo que nos debe y ponga fin a esta demencia ¡o que el diablo se lo lleve!

Un nuevo alarido los estremeció y los levantó en manada. Cogieron sus picos, ahora convertidos en armas, sus faroles y sus antorchas y a lomos de un fervor colérico, se dirigieron hacia el yacimiento dispuestos a que Schliemann razonara o a matarlo. Iban tan cegados por la cólera y el ansia de venganza, que ni siquiera se percataron de que el hombre que los había arengado a la revuelta no iba con ellos. Giorgios Photidas los vio alejarse y, sin perder un minuto, se encaramó a un caballo y salió corriendo en dirección contraria, por el carril polvoriento que conducía a Villa Thymbra.

XXXII

LA TORMENTA

Un viento húmedo y cargado de electricidad soplaba en la cima de la colina, sacudiendo con fuerza la gran higuera. El tronco grisáceo se retorcía y la copa giraba en el ojo del huracán, pero cuanto más luchaba el vendaval por arrancarla del suelo, con mayor obstinación se aguerría entre la roca. «Condenado árbol», pensaba Schliemann, «maldito desde la antigüedad». A veces se imaginaba las viejas raíces de la higuera como un grueso y apretado correaje que serpenteaba alrededor de la colina manteniéndola atada y unida, como el nudo gordiano en torno al yugo. Quizá tan sólo hacía faltar talar ese árbol para deshacerlo y que la tierra corrediza de la colina revelara la ciudad. Contemplando esa posibilidad, su cara se iluminó con la luz del desvarío, azul y fantasmagórica, semejante a la de los relámpagos que rasgaban el cielo.

Nos había convocado en la cima a esa hora tardía, cuando las nubes amenazaban con un aguacero, creíamos que para trasladarnos alguna decisión importante, pero nos tuvo aguardando su sentencia en un tenso silencio hasta que finalmente dijo:

—¿Qué pasaría, Calvert, si en vez de en el lado oriental de la colina, excaváramos por la pared occidental, justo debajo de esta higuera?

El arqueólogo se mostró preocupado por aquella pregunta descabellada.

—Sería del todo imposible cavar ahí, doctor. Se lo dije: es un muro de roca sólida.

—Imagine que pudiéramos.

La salva de un trueno resonó en el cielo. Calvert echó la vista al cielo con preocupación.

—No lo sé —confesó—. No sé lo que pasaría.

—¿No cree que dejaría al descubierto lo que haya en el interior de la colina? Como si fuera un cuerpo abierto en canal, que deja al aire sus órganos y secretos.

—Dudo que funcione así, doctor...

Calvert lo miró con terror, sin adivinar qué era lo que podía pretender.

—Si es el tiempo lo que le preocupa, o que los otomanos den con nuestro paradero, creo que tengo la solución —deslizó, tratando de conducir la conversación de vuelta al raciocinio.

Schliemann se manoteó el bigote con interés.

—Le escucho.

—El problema, refirió usted cuando sucedió, eran los mármoles robados. Mientras se mantuvieran dando vueltas por ahí, pasando de ladrón en ladrón, corríamos el riesgo de que los otomanos los interceptaran, y a base de tortura sonsacaran información sobre su origen. Bien, si los recuperáramos no tendríamos nada que temer.

—Ya es demasiado tarde para eso... —dijo con desdén.

—No desespere —insistió el arqueólogo—. Hay un anticuario en Dardanelos que puede ayudarnos. He tenido tratos con él en el pasado y puede ayudarnos a localizar la pieza perdida. Si fuera a la ciudad a hablar con él...

El doctor se volvió furibundo hacia su socio.

—Usted no irá a ninguna parte —le advirtió con una voz de trueno —. Nadie saldrá de este yacimiento hasta que no hallamos

encontrado la ciudad.

Aquellas palabras cayeron sobre nosotros como una maldición: nos encomendaban a una eterna posibilidad que nunca llegaría.

Sofía se atrevió a dar un paso hacia su marido.

—Quizá, Heinrich, sería conveniente cambiar de estrategia y hacer caso de lo que dice el señor Calvert...

La mirada devastadora del marido se volvió hacia ella, entrometida esposa, para advertirle de que no dijera una sola palabra más si no quería enfrentar las consecuencias.

—Cállate, que de esto no entiendes. Y no oses volver a enmendarme.

El silencio nos enterró. Fue la primera vez que vi el semblante de Sofía descomponerse con los signos del miedo. No era para menos. *Ése* era su marido; ése su auténtico rostro, descubierto de cualquier máscara. No cabían excusas infantiles sobre una transformación repentina y monstruosa. A la hora de la verdad, cuando las circunstancias de la vida aprietan al cuello, se desvanecen los mitos y las ficciones y los hombres desvelan la realidad de sus peores rasgos. Allí ya no estaba el aventurero heroico y obstinado que se había topado con su par, Calvert, por obra de un azar novelesco; ni el marido enamorado que veía en su joven esposa la encarnación de la mismísima Helena de Troya, la mujer más bella de la historia. Allí lo que había era un magnate irredento, sin escrúpulo para el negocio y dispuesto a todo para llevar a buen puerto aquella empresa, porque a Heinrich Schliemann nunca se le había torcido un buen negocio y no iba a ser aquél el primero. Aunque pensara que había abandonado en San Petersburgo los encadenamientos de su existencia burguesa para lanzarse a la aventura troyana, siempre arrastraría el espíritu de su primer ser, un ser reptiliano, calculador e inmisericorde. Así brotó de lo más hondo de Schliemann un rencor

visceral que le representó en los desafiantes Calvert y Sofía a sus peores y más antiguos enemigos: en él, al hidalgo que aun empobrecido le negaba trato de igualdad; y en ella, al dinero viejo y altanero que despreciaba al nuevo como si valiera la mitad.

Calvert trató de intervenir, pero de repente un estallido de voces y gritos llenó el aire tormentoso de Hisarlik. Volvimos la cabeza hacia el camino y vimos venir hacia nosotros al batallón de mineros enfurecidos con los picos en alto y envueltos en un atronador murmullo de sedición. Schliemann nos apartó de un codazo y se enfrentó a ellos.

—¿Qué demonios hacen fuera de las trincheras? ¡Vuelvan al trabajo ahora mismo!

Calvert nos cogió a Sofía y a mí del brazo y se colocó delante de nosotros con un ánimo paternal. Aun así vi que tenía miedo, que ya había visto en el pasado lo que es capaz de hacer una turba.

Schliemann movió en el aire su bastón.

—¡No se lo diré más veces! ¡Al trabajo, perros!

Uno de los mineros avanzó entre sus compañeros.

—No daremos una palada más, viejo. Páganos lo que nos debes y cierra estas excavaciones sin sentido. ¡Queremos volver a casa! ¡Nada encontraremos aquí! ¡Esto es una obsesión absurda, demente!

—¡Silencio! —tronó Schliemann—. No toleraré la insurrección.

Su voz se acompañó del cañonazo de otro trueno sobre nuestras cabezas. El cielo se había tornado de un negro iracundo; parecía que la lluvia prehistórica del primer diluvio dárdano fuera a caer sobre nuestras cabezas. Se encaramó a una de las peñas y cobró altura sobre el grupo de los mineros. Contra el cielo rasgado por los fogonazos de los relámpagos, su figura parecía más grande y proyectaba en el suelo una sombra desproporcionada. El valor de los

hombres y el arrojo revolucionario con el que habían sido arengados comenzó a tambalearse ante esa aparición diabólica que con cada grito hacía retumbar el cielo.

—Ustedes hicieron una promesa, están juramentados como yo a encontrar Troya. Esto no es cuestión de encontrar un tesoro, sino de desenterrar una ciudad mítica sobre la que murieron los grandes héroes del pasado...

El minero que había hablado, un hombre corpulento y velludo como un jabalí, no se dejó amedrentar.

—¡Ni tú mismo te crees tus propias historias, viejo! ¡Esta es una expedición de desastre, no vamos a permitir que nos condenes! —gritó señalando con el dedo—. ¡Páganos lo que nos debes y déjanos ir!

—Nadie saldrá de Hisarlik hasta que no hayamos encontrado la ciudad... —dijo entre dientes.

El minero hizo girar el pico amenazante igual que si fuera un hacha de guerra.

—¡Páganos, viejo, o te destriparemos como a un cerdo! Veremos qué ruinas albergas en tu interior...

De un manotazo, Schliemann desenfundó su revólver y lo encañó. Un murmullo aterrado sobrevoló al resto de mineros.

—Tenéis un pacto conmigo, un pacto de palabra y de sangre... —Acaso fuera por los truenos que resonaban sobre nuestras cabezas, pero la voz del doctor no parecía la suya. Era una voz abisal y sulfúrica que hacía morir de frío y de miedo al alma.

—No me das miedo, viejo diablo... —bramó el hombre—. Antes de que aprietes el gatillo tendrás este pico de hierro ensartado en tu cabeza.

Schliemann amartilló el arma y acarició el gatillo con el dedo. Apretaba los dientes sin piedad, marcando con dolor cada músculo.

Las gotas del aguacero se reflejaban en su frente con la fosforescencia de los relámpagos.

—Estáis juramentados conmigo... —repitió a través de él una voz siniestra—. ¡No hay vuelta atrás hasta que no encontremos Troya!

—¡Seguirás buscándola, pero en el infierno! —El minero soltó un alarido y se abalanzó sobre Schliemann con el pico en alto.

De pronto, un destello de luz blanca y ardiente me cegó. El cielo estalló en pedazos sobre nuestras cabezas, con el estrépito de una legión de ángeles cayendo. Parpadeé varias veces sin conseguir ver; temí haber perdido la visión para siempre. Sentía el aire arder a mi alrededor, un olor aciago bajo mi pellejo y mis músculos retorcidos por un doloroso calambre. A los pocos segundos, se disipó el resplandor de mis ojos: Schliemann aún seguía encaramado a la roca con expresión despótica; a sus pies yacía el minero con la cara carbonizada, el cuerpo atravesado por el rayo y la ropa rasgada y humeante, y a su espalda la magna higuera de Troya partida en dos, con una breve llama de sangre que el aguacero extinguió.

Los mineros se persignaron. «¡Que Dios nos proteja!», se les oyó gritar, antes de que todos soltaran sus condenados útiles de acero y salieran corriendo colina abajo. El doctor soltó una carcajada y se volvió hacia nosotros moviendo diestramente el revólver en la mano, como si con aquella arma maravillosa se pudiera accionar el relámpago. Tenía un aspecto temible. Contra las ramas retorcidas de la higuera, que sobresalían a su espalda como un par de alas óseas, su silueta era la del ángel caído. Sus ojos pirománticos estaban fuera de sus órbitas y la boca torcida con un rictus de espanto. Pero sin duda lo más aterrador era la tremenda cicatriz arbórea con la que el rayo, de tan cerca que había caído, le había marcado el cuello y la cara, como si fuera el tatuaje de un caníbal en comunión con el

animismo. En ese instante, lector, me eché a temblar, convencido de estar viendo su verdadera naturaleza.

XXXIII

EL SUEÑO

—¿Usted cree que corremos peligro? —preguntó Sofía.

Calvert no contestó de primeras, manteniendo la vista fija en el camino que el farolillo apenas iluminaba. No sabía a qué peligro se refería: si al de que los mineros se amotinaran de nuevo o a que un arranque de cólera demoníaca por parte de su marido acabara en desgracia.

—No debemos confiarnos. Este siempre fue un lugar peligroso —despachó sin concretar—. Son hombres bárbaros. Alguno albergará bondad, pero llevamos muchos meses excavando sin lograr nada, las jornadas son largas, la recompensa, escasa. En estas circunstancias, hasta el más manso de esos hombres puede convertirse en monstruo.

Supo que su respuesta no la satisfacía. Sofía iba encogida sobre su montura, arrastrando tal pesadumbre que hasta el caballo se resentía.

—¿Cree que debo abandonar el yacimiento?

Ojalá no le hubiera hecho esa pregunta; y ojalá él hubiera tenido el valor para contestarle que sí, que claro que tendría que abandonarlo, que ni siquiera tenía que haber venido, que hacía bien en tener miedo puesto que los últimos acontecimientos nos probaban a todos que aquella expedición estaba abocada al desastre, al castigo divino incluso. Pero no lo hizo, porque la mera

posibilidad de que Sofía se apartara de su lado y lo dejara solo en medio de la barbarie lo atería de miedo. Se estaba agarrando a ella para evitar que Schliemann lo arrastrase hasta lo más hondo de su locura.

—Vaya con cautela —se limitó a decir—. Y sobre todo no baje la guardia.

La luna estaba oculta entre las espesas nubes, pero uno de sus rayos lograba proyectarse sobre los muros de Villa Thymbra. El viento traía en el aire el fermento de la tormenta, que aún descargaba su fuerza sobre Hisarlik y la costa. Dejaron a los caballos encerrados en sus cuadras y corrieron hacia la casa, temiendo que los sorprendiera el aguacero. La casa estaba sumida en una tétrica quietud. Las estatuas de mármol que atestaban el vestíbulo parecían los silenciosos guardianes de un cementerio; y cuando Calvert encendió una vela, parecieron incluso parpadear. Atravesaron la casa dormida alumbrándose con el candil, cuya llama hacía que las siluetas de los objetos huyeran despavoridas por la pared y corrieran a refugiarse hacia los rincones sombríos. Daba la sensación de que, en ausencia de los mortales, los espíritus de las cosas se despertaban, salían de su escondrijo y celebraban un siniestro aquelarre que apenas les daba tiempo a desbandar cuando oían el rechinar de llaves en la cerradura y el crujido de herrumbre de las bisagras. «La veré al alba para volver a Hisarlik, si le parece. Ahora descanse», le dijo Calvert. Sofía le contestó con una media sonrisa y cerró la puerta del cuarto. Una vez estuvo sola, sus pensamientos la emboscaron. No podía sacudirse de la memoria la imagen del minero en el suelo atravesado por una mueca de dolor, negro y retorcido como un viejo hierro oxidado. Buscó a tientas la cama y se dejó caer sobre las almohadas mientras unas lágrimas silenciosas empezaron a

correr por sus mejillas y el sabor salado de la desilusión le escocía en los labios.

Fue entonces cuando oyó el ruido. De un salto se incorporó en la cama y escrutó su alrededor. No era Calvert: el susurro de sus pasos arrastrándose por la alcoba al otro lado de los tabiques ya había cesado. Éste venía del piso de abajo. Volvió a oírlo, y esta vez de forma tan nítida que el consuelo de haberlo imaginado se volvió imposible. Llevaba meses viviendo en esa casa, sabía cómo sonaban la madera dilatada por el calor del día y contraída por el frío al caer el sol, los ratoncillos correteando por el interior de los muros, y el viento en las chimeneas. Aquel ruido le era ajeno: era un agudo repiqueo metálico, como de alguien hozando con avidez en un saco de monedas. Salió al pasillo con la palmatoria en la mano. En ésta sólo restaban unos centímetros de cera, por lo que apenas lograba alumbrar otros cuantos más allá. Sin embargo, en la penumbra los ruidos se oían con mucha más claridad. Provenían del despacho de Calvert. Bajó las escaleras con tanto sigilo que ni siquiera crujieron los viejos tablones de madera carcomida. Atravesó la casa, acercándose cada vez más al origen de los ruidos. La puerta estaba entreabierta, y una figura se movía azarosa por el interior, de espaldas a ella, manipulando correajes y cadenas en torno a la escultura de Atenea. Sofía sintió la frente y las manos mojarse de repente, y los huesos llenarse de espuma fría. Quiso gritar, pero ningún ruido salió de su garganta, tan sólo un suspiro de agonía que la dejó sin respiración. Se llevó la mano a la boca. La figura se volvió y ella se encontró cara a cara con el diablo, que en ese momento se cubría con la máscara de Giorgios Photidas. Ella ahogó un grito y salió corriendo hacia el piso de arriba, creyendo que el hombre la seguía. Aporreó la puerta del señor Calvert y se echó a sus brazos llorando desconsolada, explicándole a quién había visto. «Venga

conmigo», le dijo. Bajaron las escaleras, Calvert primero, con una vieja escopeta de caza temblándole en las manos; Sofía iba algunos pasos detrás, al lado de Amir, a quien habían despertado.

—Quietos ahí. Silencio —dijo de pronto el inglés, aguzando el oído.

Se hizo el silencio. Y de pronto, unos ruidos en el patio: alguien que se acercaba.

—Pronto, Amir. La escopeta —ordenó el arqueólogo.

El sirviente abrió el cargador con un chasquido, introdujo los cartuchos y se la tendió al amo lista para disparar. Paso a paso, sudando un mar glacial, el cazador recorrió la distancia que lo separaba de la puerta principal, que su terror parecía haber alejado. Con una seña muda, le indicó a Amir que asiera el picaporte y aguardara a su señal.

—¡Ahora!

Amir abrió la puerta y Calvert avanzó sobre las tinieblas.

—¡Quieto o disparo, maldito!

—¡Alto, por favor! ¡No dispare! ¡Soy yo!

El miedo me mordió las costillas y caí de rodillas en el suelo con las manos en alto, implorando por mi vida.

—¡Dios santo, Yannikis! —exclamó Calvert, casi soltando la escopeta, aterrado de lo que había estado a punto de hacer—. ¿Qué hace usted ahí?

—Estaba volviendo del yacimiento, señor.

—¿Y no se cruzó con el capataz Photidas?

—No, señor —repliqué extrañado—. ¿Dónde habría de haberlo visto?

—¡Merodeando por aquí, tal y como estaba haciendo usted!

—No, señor —repetí, insistiendo de nuevo en que yo no «merodeaba», sino que volvía del campamento.

Calvert exhaló un suspiro desolado y le dio la escopeta a Amir. Estaba aterrado de lo que, guiado por el pánico, había estado a punto de hacer.

—Venga, pase.

Una vez dentro, me contaron lo sucedido. Juré que no me había cruzado con nadie en el camino desde Hisarlik, ni por supuesto había visto a Photidas en los alrededores. Mis palabras nos insuflaron el miedo atroz a que el intruso se encontrara todavía en la casa. Calvert volvió a echar mano de la escopeta; Amir, de un grueso candelabro y yo, de una vieja daga de colección. Armas en mano, recorrimos cada estancia, buscando hasta en el último rincón donde pudiera haberse ocultado el ladrón, sobresaltándonos con el ruido de cada uno de nuestros pasos y encarando con el cañón o el filo de la daga a nuestras mismas sombras.

—¿Dice usted que lo vio husmeando en el despacho? —preguntó Calvert.

Sofía asintió sollozando. Pero el despacho lo encontraron en perfecto orden, con todos los objetos en su sitio y totalmente quietas las nubes de polvo en suspensión. Por allí no había pasado nadie. Sofía no dio crédito a lo que veía. Juró, contra todas las sugerencias de Calvert y el criado, que no lo había soñado, que lo había visto de verdad, con su cara afilada de hiena, su ceño fruncido por la crueldad, y su bigote de bandolero sobre la boca torcida.

—Fue una noche muy aciaga, señora —la tranquilizó Calvert, aludiendo al episodio del amotinamiento—. Tras ocasiones como esta, la mente puede jugar malas pesadas, haciendo que parezca real lo que no lo es.

—No me estoy sugestionando, señor. Sé lo que he visto —insistió, cada vez más agitada y dolida porque la tomaran por loca.

Pero la evidencia a su alrededor era aplastante, y lo fue todavía más cuando tras exigirle a Calvert que hiciera inventario de su colección, de absolutamente todos los objetos de valor que hubiera en la casa se comprobó que no faltaba uno solo de ellos. La joven sintió enloquecer. Hasta bien entrada la madrugada estuvo volviendo sobre la memoria, reviviendo una y otra vez el terrorífico recuerdo. Tantas veces lo hizo tratando de señalar algo que a lo que poder aludir —un cristal roto, una ventana que oyera abrirse y que encontraran mal cerrada, una llave que oyera caerse y encontraran en las inmediaciones del jardín— para probar la realidad, que acabó temiendo estar haciéndolo sólo para convencerse a sí misma. Calvert y Amir trataban de tranquilizarla, pero lo hacían intentando convencerla de que aquello había sido una ensoñación, lo que disparaba todavía más sus nervios. Al filo del alba, incapaz de discernir qué había sido verdad y qué no, se desvaneció de cansancio. Pocas horas después, ya de regreso en el yacimiento, supimos que el capataz había huido después de que los propios mineros delataran que había sido él el instigador del amotinamiento. Sofía, con una voz trémula, cada vez menos segura del suelo que pisaba, continuó asegurando que lo había visto. Así lo siguió haciendo hasta el final de sus días. Aquel fue el único de los misterios que nunca acabó de resolverse en Hisarlik.

XXXIV

SIRENUM SCOPULI

Podría pensarse que, después del motín y la súbita revelación de fuerza con la que lo contuvo, Schliemann permanecería indomable para siempre, en comunión permanente con los arcanos que lo guiaban y le proporcionaban el coraje inhumano para su misión; pero no fue así. Al desaparecerle de la piel la marca que le había dejado el rayo, perdió su fortaleza, su ánimo acusó un severo deterioro y descubrió que seguía siendo mortal. Aunque continuaba igual de obstinado en su objetivo, era imposible negar que la enfermedad de su obsesión había empezado a agusanarlo por dentro. Como si las reclamaciones de los mineros y el ademán lloroso con el que, aun cubiertos de la furia insurrecta, reclamaron regresar al sosiego y al hogar, hubieran agujereado la anteojera que lo mantenía fijo en su empeño, Schliemann comenzó a pensar que su vida había vuelto a estancarse. No podía abandonar sus planes de encontrar Troya, no ahora, cuando era tanto el tiempo invertido; pero el trecho hasta su descubrimiento, si es que tal cosa sucedía, se le antojaba demasiado largo y tortuoso. La desesperación lo embargó antes de que un cambio favorable en los vientos de su travesía le diera motivo para emocionarse de nuevo y tener esperanza. En las abúlicas horas del mediodía, sentado bajo la gran carpa de su tienda y viendo tiritar el horizonte, pensaba incluso en el suicidio. A veces fantaseaba con protagonizar uno heroico.

Imaginaba que los otomanos aparecían por la landa con sus jenízaros y sus cañones para incautarse de los tesoros artísticos y clausurar el yacimiento, y que él se oponía, que sacaba su revólver y tiraba a quemarropa contra los turcos cinco de las seis balas que había en el cargador, para dispararse la última en el paladar, y morir como un mártir del conocimiento. No obstante, esa salida espectacular de la historia no era la única que contemplaba. De hecho, con mayor frecuencia visualizaba una opción decididamente más triste y desesperada, aunque también más rápida y pacífica. Un día, mientras jugaba con la pistola, montándola y desmontándola como un relojero en busca de sus horas, se rindió a la curiosidad de sentir el hueco frío del cañón contra la sien. El calor súbito e intenso de la tentación le reptó desde el pecho, encendiéndole las mejillas y dejándole el resto del cuerpo helado. Su dedo incluso acarició el gatillo. Durante una fracción de segundo fue incapaz de discernir si el arma estaba o no descargada. Su latido atropellado de pronto se convirtió en una sacudida sísmica, y al soltar la pistola sintió las manos temblando y una sonrisa tirándole en los labios. Le había hecho falta acercarse a la posibilidad violenta de la muerte para volver a sentirse vivo, dado que su vida no era otra cosa que un errar dubitativo y moribundo.

Lo cierto es que Schliemann cada día tenía más el aspecto de un animal viejo y famélico que huía errante de los carroñeros en la sabana. E igual que a esas reses macilentas ya empiezan a rondarlas las moscas y las lombrices del suelo antes incluso de morir bajo el sol, también el doctor recibió, al filo de la ardiente primavera, la visita de otro obsceno viajero que se regodeó en su podredumbre. En esta ocasión se trataba de un poeta estadounidense llamado Elliot Albert P. Su visita fue breve. Apareció tambaleándose sobre la montura de su caballo, borracho como una cuba e insolado por el

calor. Tenía la piel destrozada por el insomnio y la bebida, un ojo más alto que el otro, la boca sin barbilla, y una calvicie evidente sobre la cabeza ahuevada que apenas disimulaba una torta de cabello negro mal peinado. Venía de Dardanelos, donde le habían dicho que era allí, en Villa Thymbra, donde encontraría al cónsul americano cuya ayuda aseguraba necesitar. Llevaba meses viajando por Turquía, buscando empaparse de los hechizos y poesías de Oriente, pero tras una mala jugada de barajas había perdido su identidad y su dinero. Sin papeles de ningún tipo, le era imposible abandonar el país para emprender el camino hacia su siguiente destino.

—¿Que cuál es, si se puede saber? —preguntó Calvert, levantando una ceja

—Los *Sirenum Scopuli* frente a la isla de Capri —respondió Elliot Albert P.—, donde espero escuchar el más bello canto de amor y muerte jamás concebido, transcribirlo y venderlo como un verso propio.

Ay, si ese bohemio hubiera sabido que no era en Capri donde estaban los escollos de las sirenas; que no era tan lejos donde habitaban los horribles monstruos alados con cabeza de mujer que embrujaban a los marineros con sus cantos hechizantes, los estrellaban contra la horrible realidad de las rocas y luego los devoraban... Si hubiera sabido que... O quizá sí lo sabía y sólo se burlaba de nosotros. Sí, lo sabía: por eso estalló en risotadas tan sonoras y violentas que hasta le amorataron el semblante.

De pronto, un estallido de pólvora sacudió el aire y el caballo del americano se encabritó con un horrible relincho tirándolo al suelo.

—Váyase —dijo Schliemann todavía apuntándolo con el revólver humeante—, o con el próximo tiro le cerraré la boca.

El bufón se subió de nuevo al caballo y se fue mascullando maldiciones.

El doctor nos dirigió una mueca horrible, arrugada de desprecio, como advirtiéndonos de algo a nosotros también, y se encerró de nuevo en su tienda. De ahí no volvería a salir hasta el atardecer, para remontar la colina y guardar vigilancia en su puesto junto a la higuera partida, que aún manaba sabia densa y negra como la pez por la herida incurable del rayo. El resto de horas del día las pasaba con la cabeza hundida en sus diarios; con la locura con la que antes cavaba, ahora escribía, afanándose en que la literatura le devolviera lo que la excavación todavía le hurtaba. Pero ni siquiera eso le servía: su prosa empezaba a fallar; con frecuencia se averiaban las metáforas, pinchaban los símiles como si fueran neumáticos, y descarrilaban los párrafos; hasta las tramas mejor orquestadas no tardaban en perder su compás y su música, concluyendo los capítulos en irremediables fracasos llenos de ruido. Todas sus páginas se encaminaban sin remedio hacia un punto final que no resolvía nada y tras el cual todas las cosas se revelaban absurdas —como en la propia vida—. Él mismo parecía ser consciente de esta situación, pues, como si le avergonzara o lo pretendiera ocultar, dejó en ese momento de entregarme sus escritos para que los transcribiera.

XXXV

SOFÍA

Sofía ya no podía ignorar que había pecado de ingenuidad al aceptar casarse con Schliemann. Aunque supiera que su enlace había sido cosa pactada entre los hombres y que eran ellos quienes habían detallado los pormenores de su matrimonio mientras apuraban copas de *brandy* y fumaban gruesos cigarros; opinaba que era un sinsentido culparlos a ellos de su infelicidad. Ella sola se había convencido de que Schliemann no sería un marido como los que temía en sus noches de insomnio, sino un compañero gracias al cual podría cambiar para siempre el consuelo apolillado de los libros y el yugo ignorante de las institutrices por un mundo de aventuras y lleno de los placeres vitales de la amistad. En cierta forma, todo había empezado siendo así, pero, al poco, Hisarlik había barrido de un plumazo sus esperanzas y sus sueños de niñez.

Ella, que a buen seguro era una de las mentes más despiertas de aquella expedición —si no la más—, una de las personas más doctas que jamás acompañaron al doctor en su vida, capaz de distinguir a la perfección la artesanía de los siglos, y de discernir qué vasija correspondía a qué periodo, qué dibujo desleído a qué escuela artística o alfarera, qué efigie representaba qué episodio mitológico, etcétera; se descubrió apartada del yacimiento y condenada, como las mujeres de tantos otros arqueólogos del momento, a celebrar el triunfo de su marido en la distancia, sentada cómodamente en su

tienda mientras paladeaba en la boca el amargor del silencio y veía el horizonte ensuciarse con la polvareda de los trabajos gloriosos del otro.

A pesar de lo que en un principio le había prometido, era tal su obsesión por encontrar Troya, tan tenebroso el lugar de su alma donde incidían los hierros mineros de la expedición, que Schliemann no había dudado en romper los votos del amor arqueológico, resolviendo que el hallazgo no fuera de nadie más que suyo. No quería ningún otro par de ojos fascinados junto a él hurtándole la primera visión de los cimientos del palacio de Príamo o de los tesoros de la bella Helena. No consentiría la presencia foránea o infiel sobre el lugar sagrado, por mucho que ésta fuera la de la mujer a la que estaba unido en santo matrimonio. Y es que la única fe que Schliemann respetaba, la única de hecho que profesaba ya, era la que se adoraba en el templo negro de la colina de los dárdanos. Sofía, que en días como aquellos todavía se aferraba al crucifijo que le colgaba del cuello con un gesto inconsciente, sin un atisbo de devoción, pero aun así cargado de significado, siempre tendría vedado el paso.

Pero después de todo aquel tiempo, y de todo lo que había visto, empezaba a pensar que también Heinrich estaba lidiando con el naufragio de sus expectativas en la vida. ¿Acaso esas jornadas brutales bajo la canícula o la tormenta no eran desesperadas huidas hacia delante en su viaje a ninguna parte? O las horas encerrado en la tienda, hundido en un maremágnum de papeles, ¿no recordaban a los tristes últimos días de un demente antes de recuperar la cordura? Incluso los arranques de cólera y la vesania cruel de sus palabras, ¿no podían quizá ser los coletazos finales, si bien peligrosos, de una obsesión herida de muerte? Y si bien la visión de su ánimo evocaba estas preguntas, era su aspecto físico el que no

dejaba duda alguna en cuanto a la certeza de su devastación y su agotamiento. Estaba mucho más delgado y el tono gris amarillento de su piel delataba enfermedades secretas en su corazón. Había perdido el cabello casi en su totalidad, las sesiones de escritura desaforada en la penumbra le habían hundido los párpados en la calavera y los pómulos se le habían afilado fruto de la mala alimentación del cuerpo y los venenos del cansancio. El mal de Troya había erosionado todos sus rasgos otrora rocosos y ahora era una mera aparición fantasmal.

Todo ello la llevó a pensar que quizá él también deseara volver, liberarse de aquella esclavitud fanática, y sólo necesitara de ayuda para desandar lo andado, para renunciar a Troya y volver a casa. Una Atenea capaz de reconducir al héroe perdido; o más bien una mujer arrebatada por la compasión hacia un hombre enfermo de sí mismo y sin voluntad ni coraje para curarse.

—¡Sofía! ¿Qué estás haciendo aquí?

Schliemann se levantó desorientado de la mesa sobre la que se desparramaban los mapas y los libros abiertos por la mitad. Su mujer se había quedado mirándolo sin decir nada desde la entrada de la tienda, Dios sabía cuánto tiempo, viendo cómo las obsesiones le arrugaban la ancha frente con cortes de cuchillo, cómo los labios musitaban palabras silenciosas, ¿plegarias o maldiciones?, tratando de seguir el rastro de una lectura imposible. Incluso habría podido, al brillo lívido de la palmatoria, ver una lágrima furtiva rodar por su mejilla y marcar en el mapa de Hisarlik, sobre el que cayó, la ubicación de un antiguo mar.

—¿Ha pasado algo? —prosiguió.

Sofía no contestó: bajo unos papeles había captado el destello metálico del revólver. Schliemann trató de cubrirlo con disimulo, pero supo que no tenía sentido; esbozó una sonrisa rara, como de niño

sorprendido en su travesura, y se encogió de hombros. Sofía comprendió que el juego de vida y muerte al que tan irresponsablemente se daba su marido estaba tocando a su fin y él mismo estaba olvidado las reglas que se dio.

—¿Han encontrado algún objeto de interés? —insistió.

Ella negó con tristeza.

—Creo que no encontrarán nada, Heinrich. Ni ahora ni nunca.

Schliemann sonrió de nuevo —otra vez esa sonrisa débil que temblaba y con la que trataba de aparentar estabilidad, cordura, que le llevaba la delantera a la adversidad y la vida—, pero cuando se topó con el rostro abatido de su mujer, que lo miraba como si estuviera ante el hombre más mísero e infeliz del mundo, no pudo contener un áspero llanto. Aquellas lágrimas arrastraron parte del sedimento amarillo de la locura que cubría sus iris y dejaron ver por unos instantes el azul límpido e inteligente del cielo y el mar.

—Oh, Sofía... —se lamentó—. Toda una vida buscando; los años de mi juventud y mi madurez, perdidos, sacrificados en el templo del dios equivocado, en el de los muertos en vez de en el de los vivos... Entregado a un propósito inútil, y ¿para qué? ¿Para cubrirme acaso con la gloria del recuerdo cuando ya no esté? ¿O para saldar la deuda con mi padre? Tanto he leído a Homero, tan de memoria conozco la *Ilíada...* y su verso más importante lo sigo ignorando: «Prefiero ser el más pobre entre los campesinos vivos que reinar una eternidad entre los muertos».

»Me veo en el espejo y no puedo soportar lo que veo. Las marcas de mi rostro no son las de un hombre viejo o cansado, ¡sino las de un hombre sin alma! ¡Y es cierto, la malvendí a los primeros númenes paganos que me ofrecieron algo por ella! ¡Qué rápido me desentendí de ella!, como si fuera una mala herencia que quisiera liquidar con prontitud. Ahora persigo la vida de las cosas inmóviles

por faltarme vida propia en el pecho; ahora me asomo a mi destino, a esta colina maldita que nunca acabaré de remontar, este purgatorio cuyo contrapaso cumplo cada día: el del arqueólogo condenado a excavar sin encontrar, a ahondar cada día más en la tierra y en su interior sin hallar jamás nada que lo redima... Porque no tengo redención, amada Sofía, no hay dioses que puedan perdonar los pecados que he cometido; porque nada se puede perdonar a quien no tiene capacidad para el arrepentimiento.

»Abandoné a mi familia en Petersburgo, a mi mujer Ekaterina, que había estado a mi lado toda la vida, compañera en la fortuna de mi juventud... Desprecié sus desvelos e hice de menos su sufrimiento; la dejé en la gelidez de nuestra mansión, mostrando tanta indiferencia ante sus arrebatos y sus súplicas de mujer despechada que acabé haciéndola dudar de su propia cordura. En Rusia abandoné a mis hijos, a los que asumí ya educados y sin necesidad de mí: el mayor debía de tener la edad que tenía yo cuando mi padre, incapaz de alimentarnos, nos dejó con unos parientes lejanos mientras él se daba a la lenta muerte del alcohol en su lúgubre sacristía. Mi Natalia, la pequeña, murió de tuberculosis en diciembre del 69. Recién nos habíamos casado tú y yo. Recibí una carta de Ekaterina escrita con dolor y llena de reproches. ¿Y yo qué hice? La rompí. Y luego arrojé los pedazos por la borda del barco en el que me dirigía a Dardanelos, como quien avienta al mar unas cenizas. Ni siquiera sé qué edad tenía mi hija. ¿Ocho, nueve, diez? Podría decir que lo he olvidado, pero la verdad es que nunca lo supe. No sé la edad de mis hijos, Sofía... No los vi nacer, no los vi morir, y, encerrado en mi estudio, buscando el rastro de los héroes griegos, tampoco los vi crecer. He tenido hijos y no he sido padre. Como también me he casado contigo y no he sido marido.

»Sí, Sofía... El peor de los crímenes lo cometí contigo, arrancándote de la juventud, de una oportunidad mejor que la que yo te ofrecía... No, no digas que no podías saberlo: sabías desde el principio que éste sería el desenlace, y, lo peor de todo, también lo sabía yo; pero te lo oculté, te oculté mi locura, la camuflé tras el velo de la pasión y la imaginación, como quien oculta a un pariente desquiciado en un sanatorio siniestro tras haber anunciado a todos hace años su muerte. No me he permitido a mí mismo ser tu marido, y me maldigo por ello, ¡me maldigo mil veces! Te habré traído a Troya, pero me siento como si siendo Paris me hubiera olvidado a Helena en Esparta...

Ella también dejó ir sus lágrimas.

—Heinrich... Mi pobre Heinrich... En tu pecho al final hay lugar para la redención. Sabes que siempre he estado a tu lado, que comparto contigo el amor por lo desconocido y por la historia..., pero esto ya no tiene sentido. ¿Qué necesidad hay de persistir en esta guerra perdida? Los aqueos tardaron diez años en penetrar las murallas de Troya, pero a ti no te servirá el ardid de ningún caballo... El tiempo de los Odiseos ya ha quedado atrás, ¡pero el tuyo todavía no! Dices que has pasado una vida entera desvelado buscando Troya...

—... con su flecha envenenada atravesada en el pensamiento...

—¡Pues arráncatela! Invoca el coraje de los héroes, agarra la flecha y sácala de tu costado. Deja que mane la sangre, deja que muera la idea... Anuncia el fin de la expedición, salda con honor tu deuda con Calvert y abandonemos este lugar maldito, más ahora que empezará la temporada de lluvias y no podremos excavar: ¡perderemos otro año de vida! A nadie le duele más que a mí, que, como tú, desde niña soñé con la aventura de la *Ilíada* y con encontrar las ruinas de la guerra bajo la tierra..., pero si no las

hemos encontrado ya, no las encontraremos nunca. Nadie las encontrará jamás. Vuelve conmigo a Atenas, goza los años que te quedan de plenitud, regresa a Rusia a ver la tumba de tu hija, ¡yo te acompañaré si me necesitas!

Schliemann hundió la cabeza para que su mujer no viera más sus lágrimas.

—Sí... quizá... —musitó.

Sofía se abrazó a él, la primera vez que lo hacía desde que se casaron. Al estrechar el cuerpo escuálido de su marido, frío como el de un cadáver, notó un pulso triste, lejano y débil bajo sus ropas.

—Avisaré a Calvert para que les comunique tu decisión a los hombres —dijo, contenta.

Pero entonces su marido levantó la cabeza y sus ojos ya no eran azules; habían vuelto a ser del color del carbón que brilla obstinado bajo las cenizas; de nuevo su frente se había contraído con las líneas agudas de la locura y sus labios marchitos murmuraban lo indecible:

—No soy yo quien se empeña en seguir, no es mi voluntad la que me gobierna. Lo que se niega a partir, sea lo que sea, no está en mí, sino encima o quizá debiera decir debajo... Pero en cualquier caso me domina. No puedo renegar de Troya porque Troya está en mí, es una parte inconfesable de mi ser, si no mi ser mismo. Dime acaso, Sofía: si me desquicia el latido de mi corazón, ¿he de arrancármelo para poder vivir en paz?

Pero Sofía, pálida y desesperada, se había marchado, con la certeza de que no había remedio para el mal de su marido. Como los lotófagos, Heinrich había decidido quedarse en el país falsario de las esperanzas, consumiendo la flor dormidera, olvidándose de regresar. Quizá fuera porque esperara que al borrarse de la memoria el hogar y el origen, también se borrarían del alma las heridas... Daba igual. Había decidido que ya no valía la pena tratar de entenderle.

XXXVI

EL ÚLTIMO ARQUEÓLOGO

Diario de excavación
Colina de Hisarlik, 21 de marzo

Hoy ha empezado a llover. Si llueve mucho, no podemos excavar. ¿Cuánto durarán este año los aguaceros? Sospecho que todavía más que la temporada anterior. Una fuerza extraña y desconocida, que me reta desde el otro lado de un umbral invisible, está empeñada en privarme de Troya, en impedirme alcanzar sus misterios. Cuanto más vamos desentrañando de la extraña ciudad de Hisarlik, más salvaje se vuelve lo sublime y más impedimentos se alzan contra nosotros. Tan hondo en los estratos de la tierra la vida regresa a lo mitológico...

Creo que tengo fiebre. Estoy bañado en sudor y desde hace algunos días vengo despertando en la hora más siniestra de la madrugada con feroces pesadillas. ¿Habré contraído la enfermedad de los dárdanos, los resquicios de la peste que envió Apolo sobre los griegos? Troya es un reino maldito donde los débiles de espíritu sucumben. Pero yo no creo en su maldición, sino en su divinidad. Éste es un lugar sacro, un lugar donde se respira la gloria de las antiguas deidades, donde las piedras y la tierra todavía rezuman su poder. Dicen los textos apócrifos que cuando los hombres se aproximaban a los lugares de santidad de Jerusalén, a la gruta del sepulcro y a la colina del Gólgota o al olivar de la última oración, los afligía una enfermedad, un mal que los hacía agonizar y ver la muerte muy cerca. Algunos lo tomaban como un signo demoniaco, pero en realidad era tan sólo la primera señal de contacto con lo Sagrado. El cuerpo humano no está preparado para soportarlo y por eso su primera reacción es la fiebre: para protegerse. Pero superado ese umbral, uno encuentra la revelación. Sé que eso es lo que me depara Troya.

Puedo aprovechar esta convalecencia divina y los días de lluvia torrencial para ordenar con palabras mis descubrimientos. Troya es un laberinto, redes de piedra que encierran quién sabe cuántos secretos más. A veces paseando entre las ruinas, estudiando con detenimiento lo descubierto durante el día, pienso

que la Ilíada *sólo reporta un rumor sobre lo que pudieron ser esta ciudad y la civilización que la habitó.*

Sabemos que Homero compuso su poema en torno al año 700 antes de Cristo, al menos cuatro siglos después de que los aqueos destruyeran Troya y recuperaran a Helena. Lo que el poeta supo de esta ciudad lo supo tan sólo por tradición. Recuerdo el muro cargado de cruces gamadas: claramente no pertenece a la edad de los héroes, en la que se libró la guerra, sino que proviene de las edades de piedra, cuando el hombre apenas era hombre y el único lenguaje que estilaba era el de señalar cosas con el dedo o trazar toscos dibujos sobre la roca. ¿Cuándo fue habitada Troya por primera vez? ¿Cuándo se construyó el imperio de los dárdanos, el de la Casa de Príamo, esa potencia tan terrible que coaligó a todos los pueblos griegos contra ella? Es difícil saberlo, pero cada cosa que aquí encuentro prueba sin duda que Troya era el mayor poder del Mediterráneo arcaico. Símbolos que parecen jeroglíficos; terracotas y pinturas que conectan Troya con Egipto; armas y armaduras; restos de altares sacrificiales a divinidades temibles... La única prueba que nos falta es el oro. Si éste es el imperio que todo apunta que fue, pronto habremos de encontrar los palacios de Príamo y sus cavernas llenas de tesoros. Pero antes han de pasar las condenadas tormentas...

La entrada termina ahí.

De seguro en tu razonable suspicacia, lector, te habrás preguntado por los capítulos en los que además de mis palabras figuran extractos del diario de Schliemann, cuando no son directamente lo único que contienen. Quizá ha llegado el momento de que comente cómo logré regresar a ellos una vez el doctor los apartó de mis manos. Fue Sofía. Muchos años después de la muerte de su marido y creo que experimentando una catarsis, un acto de contrición o ejecutando una venganza —esto juro que no lo sé; y no me siento lo verdaderamente fuerte (o cínico) para inventarlo— me entregó los diarios manuscritos del doctor, incluyendo, claro está, los posteriores a la fecha tras la cual él ya no había permitido transcribirlos. Cuando los leí para trazar esta biografía de lo acaecido en Hisarlik, vi que las entradas correspondientes a las semanas anteriores a la catástrofe mostraban un evidente deterioro de la cordura del doctor; pero esto era ya tan obvio de por sí que estas últimas páginas no suscitaron

en mí ningún interés adicional, al menos al principio. Pero al cabo de los años volví a ellas con el interés de quien descubre una historia secreta y, en una segunda lectura, encontré algo que me heló la sangre y que todavía ahora, mientras escribo, hace temblar mi mano. En las páginas que menciono —que por cierto encontré sueltas; arrancadas con saña de la espina del cuaderno, como si alguien hubiera querido deshacerse de ellas— hallé una entrada que se extiende a lo largo de varias páginas. Está escrita en el reverso de los folios que contienen las entradas ordinarias del diario, sin que, sin embargo, eso me sirva para identificar con certeza el momento exacto en el que se redactó: el diálogo comienza escribiéndose en la cara trasera de la hoja que contiene la página 333 (entrada correspondiente al 21 de marzo), pero continúa en el reverso de una página en sus antípodas, y luego en el de otra, y en el de otra...; así desordenadamente. Sí, has leído bien, lector: dije *diálogo.* La escena en cuestión relata una conversación que Schliemann sostuvo con alguien y que transcribió él mismo, supongo que minutos después de que ésta concluyese. Por puro terror a ese «alguien», no me atrevo a nombrarlo y me afano en creer que es el propio Schliemann delirando por la misma fiebre que acusa en la entrada del día 19 (de la que ahora sí quiero valerme para datar el texto adversario). Me cuesta darme crédito a mí mismo, si bien lo intento con ahínco a fin de no confirmarme loco yo también. No obstante, sé que ese «alguien» es un personaje distinto —tanto por la manera en que habla como por cómo se comporta y las cosas a las que alude— de modo que tan terrorífico resulta pensarlo un ser diferenciado como uno plenamente engendrado por la pluma y la mente del doctor —fuera cual fuese el estado febril que entonces lo afligiera—. Lo que sigue a continuación —salvando alguna palabra o frase que yo emplee para centrar la escena tal y como la imagino— pertenece a

la intimidad más secreta de Heinrich Schliemann. Creo que, aunque fuera sólo por respeto a su marido, Sofía no me lo debería haber dejado leer. Sospecho que ella no ha llegado nunca a leer estas páginas, deseosa como ha estado de perder de vista todas estas locuras, de arrojar a las llamas los diarios enloquecidos de su marido. En este caso, soy yo el sucedáneo de la hoguera. Pero en vez de consumir, relato. Lo que transcribo, con más sinceridad que nunca, es la voz del doctor y la de ese «alguien» misterioso. ¿Son dos voces? Las encuentro endiabladamente parecidas y en ocasiones, mientras copiaba, me costó diferenciar qué línea de diálogo pertenecía a cada uno.

Pero antes han de pasar las condenadas tormentas...

—Por mucho que escriba lo que desea, las lluvias todavía tardarán en amainar. Está a punto de irse otra temporada en Hisarlik.

Levanté la cabeza y encontré a un hombre en la penumbra de la tienda, acomodado en una silla y hojeando uno de mis libros. Me recordaba a un viejo anacoreta ruso-ortodoxo al que había conocido en Petersburgo, mucho tiempo atrás, pero algo me hacía dudar de que fuera exactamente aquél. Era alto, calculé al menos un metro noventa y, aunque por sus rasgos se veía que era delgado, su espeso hábito de monje lo hacía parecer de complexión mucho más gruesa. Tenía las manos blancas, visiblemente ásperas y grandes, unidas en una plegaria bajo el mentón, cubierto de una barba feroz que le caía hasta el cuello. A pesar de aquella robusta apariencia varonil, sus ojos, tal y como recordaba, eran de un verde hipnótico y femenino. «De ramera», habría dicho mi señor padre. Sin duda, lo eran: aviesamente astutos, y muy tentadores.

—No se habrá olvidado de mí, ¿verdad? —preguntó, viendo que, anonadado, no reaccionaba ante su presencia—. Nos conocimos en casa del conde Faustilov, en una fiesta muy distinguida en la que ambos estábamos aburridos... Hablamos largo y tendido de arqueología, ¿no lo recuerda?

—No se haga el ofendido. Claro que me acuerdo.

Los labios del anacoreta describieron una sonrisa complacida que me heló la sangre. Noté que mi estado febril aumentaba y un sudor frío ensopaba mi cuerpo.

—Lo celebro —dijo.

—¿Qué hace aquí? —inquirí, temiendo que se alargara. Este personaje (ya caigo en el recuerdo de aquella fiesta) gusta de irse por las ramas para confundir a su interlocutor; si se quiere tener la certeza de que se saldrá con

vida de un encuentro con él, más vale atarlo en corto y no dejarle hablar demasiado.

—He tenido noticia de un importante yacimiento arqueológico en Hierápolis, a algunas leguas de aquí. Allí hay un templo, un antiguo plutonio helenístico, sepultado entre las rocas por terremotos pasados. ¿Sabe que al parecer estaba construido sobre una cueva que exhalaba gases tóxicos? Por eso se creía que era una entrada al Inframundo y se convirtió en lugar de culto a Hades y luego a Plutón. Los animales se arrojaban en sacrificio por esa brecha y se recogían asfixiados tras haber inhalado lo que creían gases del infierno. El infierno lleno de gases irrespirables..., ¿se lo imagina? ¡Menudo despropósito! ¿Cómo viviríamos nosotros entonces? Nuestros pulmones son tan humanos como nuestros corazones... El caso, atienda bien, es que los galos, sacerdotes castrados de la diosa telúrica Cibeles, eran tan buenos conocedores del Inframundo como yo, y sabían que la única forma de descender a la cueva era conteniendo la respiración. Algunos debían de ser grandes apneístas, ¿no cree? —Soltó una risotada que dejó ver sus dientes retorcidos y amarillentos por el vodka—. Será un descubrimiento magnífico, más aún si allí se localiza, como creo, una estatua colosal de Hades y su perro Cerbero.

—Sin duda lo será —dije sin mucho interés, ansioso por poder regresar a mis escritos. Encontraba que la visita del anacoreta-arqueólogo me estaba privando de la hora más fértil del día para la inspiración: la madrugada más siniestra, justo antes de romper la aurora.

—¿Y qué hay del suyo?

—¿De lo mío qué?

—De su descubrimiento.

—Mi descubrimiento está próximo.

—Pero veo las zanjas muy paradas.

—Esto lleva su tiempo.

—¿Seguro que sólo es tiempo? Tiempo es precisamente de lo que menos dispone.

—Hay que ser paciente.

—Nunca fuiste un hombre paciente...

—¿Ahora me tuteas?

—Somos viejos amigos. Y estamos en esto juntos.

Traté de no mirarlo, pero él se puso en pie y se acercó al escritorio, sentándose en la silla frente a mí. Su mano nervuda, pálida y delicada, engarzada con un sello dorado, se estiró hasta alcanzar la mía. Al primer roce sentí como si un rayo me sacudiera, y juraría que hasta un trueno se oyó; al mirarme el brazo descubrí las ramas arbóreas de la electricidad creciendo con sangre igual que aquella vez. Ahogué un bramido y luché por zafarme, pero él me retuvo con fuerza. Tuve demasiado miedo de mirarle, tan sólo podía ver su mano, ahora gruesa y cubierta de áspero vello, todavía más pálida que antes, y

con uñas afiladas y amarillentas, casi garras, aferrándose a la mía. De repente todo se calmó. El estruendo en mi cabeza cesó y la llama del relámpago se desvaneció bajo mi piel. Su mano de hielo aflojó la fuerza y se deslizó entre mis dedos, convertida en una suave caricia que me llenó de una paz extraña.

—¿Qué te pasa, Heinrich? ¿Qué ha cambiado?

Me tomó con sus dedos de la barbilla y me obligó a mirarlo. Encontré a otro hombre frente a mí. A la luz del quinqué, su aspecto ya no era el de un anacoreta montaraz, sino el de un caballero elegante, de aire europeo y antiguo perfil aristocrático. Tenía el pómulo marcado como los ángeles, una mandíbula fuerte y hermosa, una nariz delicada y los ojos ligeramente rasgados por alguna furia lejana, pero igualmente verdes y sensuales. Me sonrió revelando una dentadura también distinta —de una blancura arrebatadora—, con la calidez de un buen confesor que escucha sin juzgar y sin reprender. Entonces reconocí en él, en efecto, a un amigo. Abandoné el miedo al castigo y por tanto la necesidad de mentir.

—Estoy pensando que quizá nunca vaya a llegar al desenlace, que estoy demasiado lejos... —suspiré— y que quizá ese sea el mejor de los destinos en estos casos.

—No digas esas tonterías —me dijo con voz animosa—. Tan bien como yo sabes que no encontrarlo sería la perdición. Sólo alcanzarás la paz cuando concluya su búsqueda y encuentres Troya.

—No trates de engañarme —repliqué con un tono algo airado—. También sé que me condenaré si la encuentro, que es lo que quieres. Que se cumpla nuestra apuesta y nuestro pacto.

Mi invitado no pudo evitar mostrarme una vez más su inocente y bella sonrisa.

—Eso es cierto, reconozco que soy parte interesada en todo esto... ¡pero también lo eres tú, Heinrich! No creas que no velo por tus intereses... Y en nombre de esos intereses tuyos por los que velo, te adelanto lo que de sobra conoces: que tienes dos opciones. O te condenas a pasar el resto de tu vida buscándola, sufriendo de dolor sin hallarla nunca, viendo cada día el horizonte más lejano; o cumples nuestro pacto y encuentras lo que más anhelas, en cuyo caso, como estipulamos, pasas a pertenecerme.

—Siempre estuve entonces condenado a perder, entonces, hiciera lo que hiciera.

—¿Eso es lo que crees de verdad? ¡Ingrato! Y qué hay de lo que experimentarás cuando encuentres aquello por lo que llevas tanto tiempo porfiando. Te ofrezco el sabor de una gloria dulce como pocos hombres han conocido en la historia. ¿Te haces idea de la felicidad que sacudirá tu corazón cuando alcances Troya? ¡Será máxima!

En eso tenía razón, pero no pude evitar que mi sonrisa brotara entristecida de mis labios, que todo en mí fuera en ese momento melancolía y soledad.

—Qué engaño fatal este de las cosas conseguidas. Qué satisfacción tan demoníaca la del punto final —suspiré entre dientes.

—¡Te he oído! —me recriminó, señalándome con su dedo largo y afilado—. No te hagas de menos con esas bobadas. Tú no eres ningún pusilánime, Schliemann, por eso vine a ti en primer lugar. No trato con pusilánimes: son erráticos y están poco comprometidos, nunca llevan las cosas a término, se pierden por las curvas del camino. ¡En el camino está el diablo, te lo digo yo! Tú tienes ánimo y arrojo para ver las cosas conseguidas. Tú nunca taimarías voluntariamente tu esfuerzo por miedo de alcanzar tu meta. Y cuando desfallezcas, aquí estaré yo para darte fuerzas. ¡Eres como yo! Compartes estirpe conmigo: la estirpe de los que no se contentan, de los que no se dan por vencidos; somos aquellos a los que no asusta el fin del horizonte porque saben que no hay catarata, que la Tierra es redonda... Los que no quieren alcanzar el final de las cosas es porque temen, ¡temen sin causa ni remedio y no se permiten vivir! En nuestros corazones no existe el miedo; el temor sí que es un instrumento diabólico, Heinrich. Dios lo creó para tenernos sometidos, para impedir que estiráramos el brazo y asiéramos lo que está en nuestra mano, el conocimiento, las estrellas del universo... No, tú no eres un cobarde, no tienes miedo de lo que aguarda al otro lado de la frontera, no temes rebasar el fin del mundo y su último umbral. Allí te aguarda la inmortalidad, lo sabes, ¿no? —Asentí nervioso—. Ni lo dudes; es al fin y al cabo lo que te prometí, y yo siempre cumplo mis promesas.

—Eso lo sé. Acudí a ti porque sé que eres un hombre de palabra —dije.

—¿Entonces, a qué viene esta actitud? —repuso él—. A no ser que... —De pronto se revolvió con un conato iracundo—. ¿No irás a quedarte eternamente dando vueltas alrededor de esta colina? ¿Acomodado, víctima de tus obsesiones, como un escritor mal pagado de sí mismo que pasa la vida entera escribiendo y desescribiendo su novela para nunca llevarla a término y convencerse así de su virtud? ¡Eso nunca! —tronó, amagando con dar un golpe en el escritorio—. La gloria es fruto, y el fruto se arranca del árbol. ¿A qué gloria aspiran los que se contentan con vagar eternamente por un campo estéril? El verdadero coraje es el que nos ayuda a alcanzar el final y a evitar la peor de las tentaciones. Tú ya sabes cuál es, ya la conoces; es la que ha podrido a Calvert y lo ha convertido en un cadáver andante: la tentación de quedarte estático, lánguido ante los acontecimientos, negado a la apoteosis final para la que fuiste creado, que es lo que de verdad resume el trabajo de la vida y de donde se extrae verdadera gloria. ¡Qué desperdicio de vida humana si no, Schliemann! ¿Para eso te di un propósito, para eso te liberé de esa cárcel helada que es San Petersburgo? ¡Mejor hubiera sido dejar que te tiraras de ese puente en el que te encontré! No puedes darte la vuelta ahora: tenemos un trato y te interesa cumplirlo...

El caballero se sacó entonces del interior de su levita de paño una carta amarillenta y la dejó sobre mi mesa.

—Me pidieron que te la hiciera llegar...

En ese momento sus ojos flamígeros me miraron amenazantes, recordándome mi juramento. Por un instante, sentí que la sangre hervía en mis venas y que la piel se me atravesaba de nuevo con la marca del rayo.

—Insisto en que no te queda casi tiempo —dijo antes de marcharse—. Y todo lo que puedo hacer por ti es ayudar a que cesen las lluvias.

XXXVII

MI CONFESIÓN

Esa última noche descargó sobre Hisarlik la tormenta más violenta que ninguno de nosotros recordaba. El viento soplaba tan fuerte y los truenos caían con tal estrépito que parecía que el cielo con todos sus dioses se desplomaría de un momento a otro sobre nuestras cabezas. Pero al alba, el día amaneció fresco, sin más que unas pocas nubes deshilachadas y perdidas por las alturas. No volvió a llover en toda la temporada. El huracán, sin embargo, no había desaparecido; tan sólo mudado de latitudes: de los altos estratos celestiales a las cavidades insondables de la obsesión de Schliemann. Apenas rayó el amanecer, el doctor se encaramó a su caballo y lo espoleó con una fuerza cruel camino de Villa Thymbra. Las puertas de la casa se abrieron a su paso como golpeadas por un vendaval. Jamás le había visto un aspecto semejante; parecía que venía del mismísimo infierno. Estaba retorcido con el reflejo de algún mal endémico; su mera visión inspiraba repulsa física. Sacó de su chaqueta un sobre amarillento y lo levantó ominosamente en el aire.

—¡Aquí está, ya la tenemos! —gritó—. ¡Nuestra sentencia de muerte! Boker me informa de que los otomanos han dado con nosotros. ¡Lea, Calvert, lea usted mismo el resultado de su parsimonia y su paciencia! Han encontrado las esculturas robadas y también a los compradores. Estarán aquí muy pronto. Tenemos que

darnos prisa; dudo que dispongamos de una semana para hallar las ruinas.

Se hizo el silencio. En él se escuchaba la respiración agitada del doctor, que resoplaba un aliento feroz por las comisuras. Nadie se atrevió a moverse hasta que Calvert, despreocupado y sereno, extendió la mano pidiéndole que le diera la carta. Schliemann se la arrojó sobre la mesa. El arqueólogo no se ofendió; se colocó sus anteojos plateados y leyó la breve misiva antes de doblarla cuidadosamente y devolvérsela a su dueño.

—Si en verdad no tenemos ni siquiera una semana, lo más seguro sería que hiciéramos nuestro equipaje y huyéramos de aquí. Pero, por fortuna, ése no es el caso.

—¡Debemos ponernos a cavar de la forma más rápida posible! —aulló Schliemann fuera de sí.

—Tranquilícese —masculló Calvert—. En esta carta no dice nada de lo que usted refiere. Boker aconseja premura, pero si la invasión otomana fuera inminente, creo que el tono de esta carta habría sido distinto. —El arqueólogo se volvió hacia Sofía y hacia mí para tranquilizarnos—. En efecto, el director del Museo Imperial Otomano, Philipp Déthier, ha comprado los mármoles de Eneas y Afrodita que en su día encontramos para su exposición y tras sospechar que eran robados ha apresado a los comerciantes y éstos han confesado que los adquirieron de contrabando. Eso es todo: nadie sabe que pertenecen a las ruinas de Troya ni mucho menos saben nada de Hisarlik ni de nuestros planes.

Sentí que se me cortaba el aliento. ¿Había oído bien? Philipp Déthier. A mi mente volvió de pronto, como un fogonazo, la imagen de aquel abogado de simpáticos anteojos, nariz de patata y barba de mago al que dejé luchando contra las náuseas a bordo del vapor en el que prosiguió su ruta hacia Constantinopla. ¡De modo que aquello

era a lo que se dedicaba, aquél el origen de su recelo contra los arqueólogos a los que tenía por bucaneros de tierra! Su misión era la de incautar las piezas que los que estábamos ahí pretendíamos sacar de Turquía y llevar a Grecia. Pero no podía ser el traidor iconoclasta del que lo acusaba Schliemann: era un hombre afable y amistoso, interesado ante todo en el futuro del arte y la preservación de las piezas. No me pareció disparatado que, si se recurría a él de manera civilizada —es decir, prescindiendo de Boker y sus artimañas de bucanero—, accediera a ayudarnos, quizá incluso concediéndonos un firmán que legalizara la excavación con la condición de que una parte de las piezas pudiera ser expuesta en el Museo Imperial. Lo mismo que estábamos dispuestos a cederle a ese americano sin escrúpulos iría destinado al museo que dirigía nuestro nuevo aliado; no me parecía que el precio fuera alto, sobre todo si aliviaba la maldita aprensión de que aparecieran un día por el horizonte las legiones otomanas...

La conversación entre los dos arqueólogos continuaba más allá de mis reflexiones, acalorándose cada vez más. Schliemann acusaba a Calvert de indolente, de no ver el terrible peligro que se avecinaba, mientras que el inglés lo humillaba repasando cada palabra de la carta y retándolo a encontrar en ella el significado que le presuponía. En ese instante se apoderó de mí un instinto pacificador y hablé. Maldita sea, ojalá me hubiera guarecido tras mi silencio.

—Aguarde, doctor. El señor Calvert tiene razón. Yo he conocido al señor Déthier, es un caballero francés bien educado, con gran amor por el arte y la arqueología. No me parece en absoluto el tipo de hombre que pueda mandar a un escuadrón de sarracenos a detenernos y volar el yacimiento en mil pedazos. Es más, ¡opino que hasta sería posible colaborar con él!

Mis palabras no obtuvieron respuesta. Schliemann se quedó petrificado, mirándome como si no me reconociera, como si de pronto mi voz le hubiera recordado mi presencia en su historia. Aquel joven secretario suyo, ese ser escurridizo y sigiloso que alteraba todas las cosas sobre las que posaba su mirada irónica y fantasiosa, y con el que no había vuelto a hablar desde que lo contrató, de repente hablaba; y con la palabra reaparecía hecho carne y con toda la fuerza de un personaje principal, ¡ni más ni menos!, asegurando conocer al antagonista de la historia, haberse topado con él justo al empezar, cuando todo acababa de comenzar. Debí de sospechar que aquello volcaría sobre mí todas sus sospechas; pensaría que yo había estado detrás de todo desde el principio, saboteando su excavación, alejándolo de su meta; el hombrecillo perverso que lo había estado orquestando todo detrás del telón, ingeniando todos los obstáculos y colocando las trampas, riéndose cada vez que él caía en ellas.

—¿Ha dicho que ha hablado con el señor Déthier? —preguntó masticando con rabia cada sílaba—. ¿Que conoce ese perro traidor que se ha vendido a los mahometanos y les presta apoyo para recabar el arte griego y destruirlo?

Retrocedí, intimidado; Schliemann iba poco a poco dando pasos amenazantes hacia mí.

—Le aseguro, doctor, que en absoluto el señor Déthier me pareció...

—¡Dónde lo conoció! ¡Hable!

—En el barco que me trajo hasta Dardanelos... —contesté, atravesado por la corazonada de que mi respuesta me condenaría.

—¿Le habló de Hisarlik? —gritó, conteniéndose para no agarrarme por las solapas—. ¿Le habló de lo que veníamos a buscar? ¡Vamos, confiese!

—¡No! ¿Cómo podría?

Sofía se interpuso entre su marido y yo, temiendo que éste se me abalanzara.

—Heinrich, Yannikis no sabía nada de Troya ni de su destino, yo misma mantuve el secreto hasta que se presentó en Villa Thymbra. Es imposible que se lo hubiera dicho al tal Déthier cuando lo conoció.

Schliemann agarró a su mujer por los hombros y la hizo a un lado.

—¡No me creo nada! Déthier tiene los relieves y ahora el chico dice que lo conoció justo antes de venir a Troya.

—Doctor, cómo puede pensar que yo... —traté de defenderme.

Schliemann me propinó un terrible empujón y me tiró al suelo.

—¡Ya basta! —zanjó Calvert.

Él también se interpuso entre nosotros, pero como a todo el que trató de protegerme, de mantenerme a salvo de su visión, Schliemann lo apartó de un golpe.

—¡Que nadie se acerque o le vuelo la tapa de los sesos! —aulló el doctor, sacando su revólver de plata y encañonándome—. ¡Sabré la verdad! ¡Confiésalo ahora mismo!

Su lánguida mano temblaba, pero su expresión contraída y demente, con los dientes apretados con rabia, no dejaba dudas en cuanto a la letalidad de su intención. Estaba solo. Mis protectores no podían acercarse; permanecían desterrados en los páramos del estudio, demasiado lejos como para poder, ni siquiera de un salto, vencer la distancia que los separaba y quitarle el arma antes de que disparara. Sus gritos y los reproches le pasaban por encima, él estaba fijo en mí, con el dedo asido al gatillo, dispuesto a matarme si no oía de mis labios lo que, según vi en sus ojos enloquecidos, él ya sabía: que yo soy el narrador que guía sus pasos y que de alguna forma conozco y puedo influir en el final de ésta, su historia. Pero no

lo hice, no confesé. Acepté que ese era el destino poético que me había reservado la escritura como pena por mi cobardía: no había querido embarcarme con mis amigos a morir como un héroe por la patria en aguas lejanas; lo haría entonces como un perro, ejecutado sumariamente en el salón decrépito de una casa en medio de la nada. Mi verdugo, un arqueólogo desquiciado convencido de mi traición. Me resigné a morir con honor: levanté la barbilla y enfrenté al dueño de mi destino.

—No tengo nada de lo que arrepentirme —dije.

En ese momento, pensé en mi padre y en lo mal hijo que había sido. Schliemann era como mi conciencia, que al final de la vida volvía para castigarme.

El doctor apretó los dientes, soltó un bufido... y bajó el arma. La cólera se desvaneció en un suspiro hastiado que escapó de su boca. De pronto era un niño ante mí, un niño dolido por mi victoria. Guardó la pistola con un mohín de derrota más que de clemencia, y se dio la vuelta para marcharse. Oímos la puerta principal abriéndose con un crujido y no volver a cerrarse. Asomados al ventanal, vimos su figura hendida a lomos del caballo, alejándose con un galopar incierto e inseguro, mirando el mundo y sus cosas con desconfianza.

Calvert me tendió una mano y me ayudó a levantarme.

—Estás pálido —me dijo, dándome unos afectuosos golpecitos en la mejilla y a continuación sirviéndome un vaso de coñac para que recuperara color.

—Ha sido un brote... —susurró Sofía con la voz tomada por la culpa, como si se avergonzara de defenderlo o justificarlo—. No hay más que oír las cosas que ha dicho... No ha sido personal, Yannikis. Un mero acceso agudo de locura, tómelo así. Gracias a Dios no ha pasado nada más...

Asentí trémulamente y sonreí.

—Sí... —musité, apurando un trago—. Sin duda fue eso.

La locura es la condición perfecta para imputar a alguien a quien se quiere desacreditar; en esta ocasión no pude evitarlo. Pero estaba claro que, aun en su arranque de cólera, esta vez Schliemann había estado más lúcido que nunca. Si no acabó conmigo fue porque sabía que si disparaba sería como pegarle un tiro al espejo. Sabía que la pluma se nos caería de las manos a los dos, y que moriría él también.

XXXVIII

EL MAPA DE HISARLIK

El día siguiente nos alumbró con una de esas mañanas duras de primavera, con el cielo lechoso sobre un mar metálico a lo lejos, el aire cortante y perfumado por la tierra mojada y las flores invernales del jardín devastadas. Fui el primero en amanecer, cosa que no dejaba de ser sorprendente, habida cuenta de los rarísimos sueños —diré que casi lindaban con la pesadilla— que me habían impedido descansar con propiedad. El señor Calvert y la señora Schliemann se despertaron algo después que yo, pero con mis mismos signos de cansancio, como si les hubiera afligido el mismo terror nocturno que a mí. Era tan semejante nuestro estado que se diría hubiéramos pasado la noche yendo de aquí para allá entre nuestros respectivos inconscientes; normal que estuviéramos tan cansados. Sofía, en particular, estaba envuelta en graves preocupaciones, pero en cuanto las manifestó quedó claro que nadie recordaba lo acaecido en el capítulo anterior.

—Sí —le dijo Calvert, sirviéndole una taza de café—, los otomanos están tras nosotros. Pero una cosa son las exageraciones de su marido, o sus miedos irracionales, que el señor Boker alimenta de forma torticera, y otra negar por completo que el turco sea un problema. Además, en cualquier momento habrá de estallar otra guerra en los Balcanes y una excavación en la Tróade será el último de sus problemas.

Me pregunté si quizá aquél no era el clavo ardiente al que nos agarrábamos todos, el de creer distraído al enemigo, o al menos confiar en nuestra superior capacidad de evadirlo.

Quise reincorporarme cuanto antes a mis trabajos, por lo que salí hacia el yacimiento sin perder un solo momento. Después de la tormenta, las zanjas estaban abandonadas y la colina había perdido el color fiero de su roca y su caliza para volverse de un marrón cenagoso y corredizo. En vez de la gloriosa colina de los dárdanos, parecía una montaña de barro arrastrada por las riadas torrenciales. Un aire húmedo y salado, como de lodo marino, impregnaba el ambiente. Al entrar en el campamento, me percaté de que los mineros me miraban con espanto o recelo, como si volviera de entre los muertos. Cuando fui a bajarme del caballo, el minero Tiresias me sujetó las riendas y me preguntó: «¿Qué, todavía por aquí?». No parecía asustarle mi presencia, al contrario que al resto de los hombres. El viejo me sonreía con cierta ironía, como si compartiéramos un curioso secreto y supiéramos cosas que los demás no sabían. «Sí, todavía por aquí», contesté inseguro. «Lo celebro», dijo palmeando la grupa del caballo. «O toma usted las riendas o esto se convertirá en una auténtica locura». «¿Por qué lo dice?». El minero se acercó a mí y me lo susurró al oído, haciéndome cosquillas con su barba espectral, como roída por los ratones de la muerte: «Porque cada cual está empeñado en salvarse... y eso sólo puede llevar a que nos condenemos todos».

No pierdas el tiempo tratando de descifrar su profecía, lector. Yo lo hice sin que de nada valiera. Desde los días de Homero, los adivinos han estilado hablar con acertijos y enigmas para cubrirse las espaldas y disimular que, como el común de los mortales, no tienen ni idea de lo que significan muchas de las cosas de la vida.

Desoyendo los consejos de mi propia cabeza, que me conminaba a darme la vuelta, me encaminé hacia la tienda del doctor. Descorrí las cortinas y entré en la polvorienta penumbra atestada de libros. Lo llamé varias veces con voz trémula antes de que me contestara con un gruñido desde el otro lado de los estantes. Lo encontré vencido sobre su escritorio, con la lengua entre los dientes, reteniendo la concentración, la pluma corriendo frenética por la página del diario; con vida propia, dejando un renglón tortuoso tras otro. Redactaba con ritmo ejecutor, como si más que escribir estuviera fusilando las ideas contra el paredón blanco del papel. De las comisuras brotaban soplidos irregulares de humo, y su piel enrojecida le hacía parecer la locomotora infernal de un tren desbocado.

Fui a hablar, pero, levantándome el dedo índice, me ordenó permanecer callado. Traté de mirar por encima qué era lo que estaba escribiendo, pero no había forma de entender a simple vista aquella letra jeroglífica que se derramaba por las páginas entre sangrientos borrones de tinta. Así pasé largos minutos. Llegó un punto en el que consideré la posibilidad de que se hubiera incluso olvidado de mi presencia, de tan concentrado que estaba y tan ajenas que le parecían las cosas de su alrededor. Pero de pronto reaccionó, soltó la pluma y me miró con un aire severo y solemne que me heló la sangre. Hoy pienso si no era Schliemann el único que se acordaba de lo que nos había sucedido el día anterior. Apenas un instante después, su semblante se relajó, sus manos crispadas se aflojaron y su rostro adquirió una curiosa calma.

—Siéntese, Yannikis —me dijo amablemente, mientras me ofrecía un cigarrillo y él se encendía otro.

Fumamos en silencio. Schliemann tenía los ojos fijos en mí, pero cada vez eran menores mis temores respecto a que recordara lo que

había sucedido. En ese momento, creo que ni siquiera yo lo hacía, y que sólo después de muchos años, examinando con mucho cuidado el pasado, he sido capaz de recomponer aquel recuerdo. Los temores que acusé entonces serían, por tanto, producto de un ejercicio de memoria hecho muchos, muchos años después.

—¿Puedo confiarle un secreto? —me preguntó.

—Por supuesto, señor.

El doctor sonrió complacido y se puso a rebuscar entre los papeles de su escritorio. Puso ante mí el valioso mapa en el que venía trazado el yacimiento entero.

—He descubierto algo que habíamos pasado por alto todos, incluido el señor Calvert. Esta parte de la colina en la que estamos centrando nuestros esfuerzos, la parte oriental..., no nos dará ningún resultado. Hemos de cambiar de foco.

Lo miré sin entender lo que decía. Él agarró el mapa y lo agitó nerviosamente, señalando una serie de puntos invisibles para explicar su razonamiento.

—La zona oriental es un túmulo artificial de tierra, una elevación producto de la ingeniería del hombre, no hay más que ver la composición de la tierra. En cambio, la parte occidental, la que se asoma al mar de los Dardanelos, corresponde a la parte original y antigua de la colina. ¡Mírelo, se ve clarísimamente en el mapa!

Alargué la mano y requisé el documento. Estaba tan viejo y manido, apenas ya una pasta de pergamino polvorienta, que temí se me desmenuzara entre los dedos y se convirtiera en una nube de minúsculas polillas.

—¿No lo ve, Yannikis? —prosiguió con emoción—. ¡Es a la parte occidental donde debió de llegar el héroe Dárdano tras el diluvio y asentar su ciudad! Esas paredes no son roca impenetrable como dice

el señor Calvert. Hemos estado ciegos todo este tiempo. Son los baluartes de piedra de la acrópolis de Troya, de la acrópolis original.

Schliemann continuó relatando sus planes, sus drásticos y terribles planes para alterar el rumbo de la expedición y terminar con un solo movimiento el trabajo de años..., pero no lo escuché; su voz ya no permeaba en mis oídos, y el ruido se alejaba de mí como el eco de una perorata fantasmal. Todos mis sentidos estaban volcados en el dibujo furioso del mapa entre mis manos. De tal forma me había absorbido su contemplación que hasta creí haberme despegado del cuerpo y adherido al papel en algún tipo de extraña transmigración. El documento no era en absoluto como cuando llegué a Hisarlik. Ahora contenía una tempestad de anotaciones, de ideas arrojadas como una lluvia de flechas, de apuntes de sabiduría comprimidos con una letra minúscula en los recovecos blancos del papel; de esquemas y dibujos explicativos que hacían parecer viables sobre el terreno las más imposibles obras de ingeniería. Los contornos originales esbozados por el cartógrafo eran indistinguibles entre las furibundas marcas de Schliemann, hasta el punto de que éste parecía haberlo dibujado entero. De hecho, percibí que aquel documento descascarado desprendía el mismo tufo a huevo podrido que hieden ciertos químicos de los que se sirven los buhoneros para envejecer el papel y hacer pasar por incunables obras que acaban de nacer.

Me perdí en cientos de preguntas acerca del auténtico origen del mapa. Tan ensimismado estaba tratando de entender la manera en la que Schliemann cementaba su fantasía que no presté atención a los terribles planes con que pretendía llevarla a cabo. Debí de haberle escuchado, lector. Quizá así hubiera podido impedir la desgracia que una semana más tarde cayó sobre nosotros. Todavía hoy me avergüenzo y me engaño diciéndome que en realidad

Schliemann no reveló tanto de lo que acabaría haciendo, que en realidad había pasado a hablar, como los poseídos, en una lengua que yo desconocía —alguna de las once de las que presumía conocer—, y que por eso me fue imposible descifrar sus intenciones. Todo consuelos vanos, como también lo es decir que fue el mapa lo que me ensimismó. Creo que, oscuramente, quería dejarle hacer, comprobar hasta dónde era capaz de llegar para conseguir su propósito. Esa duda hoy me atormenta y con ella viene una culpa abstracta que sin embargo me produce un dolor muy real, terrible; que se clava como una punta de lanza entre mis costillas cada noche cuando doy vueltas en la cama.

XXXIX

EL ASEDIO DE TROYA

Al cerrar los ojos, Calvert se extravió en un laberinto de pesadillas; y cuando despertó no supo si seguía dormido. La ventana estaba abierta a pesar del frío, pero nada conseguía purificar la estancia de los humores correosos del mal sueño. Se revolvió en las sábanas empapadas de sudor y estiró la mano hacia la mesilla para alcanzar el vaso de agua, que bebió de un trago. Un mal presentimiento se le revolvía en el estómago. Miró el reloj, desconsolado: faltaban horas para el amanecer. Tras vestirse y beber el café tibio que Amir le dejaba preparado, ensilló el caballo y puso rumbo al yacimiento. La inmensa noche dárdana estaba salpicada de estrellas, fijas en la bóveda. Esas mismas constelaciones se habrían asomado a la destrucción de Troya una noche como ésa, pensó Calvert, una noche calmada, en la que ninguno de los moradores de Hisarlik adivinaba el desastre que los acechaba. Se habían creído victoriosos en su guerra, se enorgullecían de ser el pueblo más poderoso del Egeo; y los aqueos habían jugado bien sus cartas levantando el campamento, haciendo desaparecer sus naves, fingiendo la retirada. De seguro, muchos de los griegos a los que se hizo empacar las tiendas y timonear los barcos hasta una cala escondida albergaban ansias secretas de regresar, por deshonrosas que éstas fueran; debieron de sentirse terriblemente frustrados al descubrir que todo era un ardid con el que engañar a los troyanos y penetrar en la

ciudad. Ante la mención tentadora de la vuelta a casa, Troya les había dejado de importar.

Ingeniosa argucia la del caballo de madera; sin duda una trampa perfecta, digna de una mente brillante y astuta como la de Odiseo, rey de Ítaca. La *Ilíada* no mencionaba ese episodio, sino que lo hacía la *Odisea,* rememorando las hazañas del destructor de ciudades; y en la *Eneida* el último troyano recordaba la desgracia de su pasado y con ello hacía brotar lágrimas de las cosas, como si contagiara su tristeza al universo.

Calvert se hizo entonces una pregunta que nunca se había hecho: ¿con quién simpatizaba? Es decir, ¿de qué lado habría luchado él, del de los aqueos o del de los troyanos? Se lo preguntaba con la misma curiosidad con la que otros se preguntarían de qué lado habrían luchado en las guerras civiles de sus bisabuelos, pensando en lo diferentes que podrían haber sido sus vidas en consecuencia...

La visión de Hisarlik de pronto lo sacudió de su letargo: las tiendas se habían levantado y vuelto a plantar varios metros atrás, creando un perímetro de seguridad en torno a la colina. Los andamios se habían retirado y las zanjas estaban vacías. Nada parecía haber perturbado la colina desde los tiempos primigenios de la *Ilíada;* Schliemann, las trincheras, los mineros, el oro: todo lo que acontecido aquellos meses se había desvanecido. Calvert se creía aún en una de sus pesadillas cuando le pareció escuchar algo. Aguzó el oído, pero no oyó más que el aire desapacible agitando las hojas de los árboles, las olas funestas en la playa de las dunas, los grillos perdidos en el pasto negro. Y de repente, ¡ahí volvía a estar! Del otro lado de la cortina de la oscuridad, se percibía algo así como un quejido, un bramido esforzado en la distancia acortada por el viento. Otras voces se superponían sobre el lejano tintineo del metal contra la roca. Saltó del caballo y siguió las voces a tientas. Acabó

rodeando la colina, cruzando el arroyo pestilente que delimitaba el confín de Villa Thymbra y alcanzando el lado occidental del promontorio. Las voces sonaban cada vez más fuertes y claras. Al acercarse, se disiparon las dudas: el chasquido metálico era el de los picos contra la roca, y el bramido, el de los mineros forzados a trabajar en la madrugada.

Schliemann contemplaba los trabajos encaramado a una roca, apoyado en el bastón y con una mano metida entre los botones de la chaqueta, como un general maldito. Las arrugas de su empeño fruncían su ceño tempestuosa y la línea recta y severa de su boca atravesaba su cara como una navajada. Entre la multitud que se había agrupado para la sentencia, Calvert vio a Sofía: miraba de un lado a otro, aterrada, mordiéndose hasta la sangre los labios. Yo me encontraba a su lado. La tarde anterior nos habían impedido volver a Villa Thymbra para evitar que advirtiéramos de las intenciones del patrón. Ahora aguardábamos, como todos, el desenlace fatal.

Calvert no pudo contenerse. Salió de su escondite y avanzó hacia el doctor, rezumando de rabia.

—¡Schliemann! ¿Qué es todo esto? —preguntó a gritos.

El doctor ni siquiera se molestó en mirarlo a la cara.

—Ya le dije que no había tiempo que perder. La arqueología es una ciencia que exige resultados. Y los otomanos nos vienen pisando los talones.

El inglés miró a su alrededor y lo que vio disparó sus peores temores.

En ese momento, un hombre se aproximó a Schliemann.

—Ya está todo listo, doctor —le dijo.

Calvert, desquiciado, no quería entender lo que pasaba.

—¿Qué estamos haciendo de este lado de la colina? Ya le dije que de este lado solo hay roca sólida y detritus. ¡Debemos excavar por el

lado oriental, que es donde hay signo de restos!

Schliemann lo alanceó con una mirada diabólica, desafiándolo a hablar de nuevo.

—Póngalo en marcha —le ordenó al ingeniero, y a continuación extrajo de su chaqueta unos pequeños binoculares de cristal tintado.

El ingeniero de inmediato hizo sonar una corneta. En respuesta a la nota metálica, se oyeron las voces marciales de los mineros que en desbandada se apartaron de la colina y retrocedieron hasta ponerse a cubierto detrás de grandes rocas. Calvert le arrancó unos prismáticos al ingeniero y escrutó la colina: cerca de la base de la roca, captó unas extrañas incisiones en las que habían introducido unos grandes cilindros alargados y recubiertos de papel acartonado, de los que serpenteaba una red de mechas negras que se convertían en una sola, varios metros más allá.

—¿Qué diablos pretende? —inquirió. Los labios del doctor esbozaron una horrible sonrisa torcida como toda respuesta—. No lo haga. —Su voz temblaba de miedo—. La destruirá entera, y todo lo que contenga.

Schliemann chasqueó la lengua, decepcionado.

—Lo suyo es una lástima, Calvert... —murmuró, mirándolo de soslayo—. Creí que podríamos colaborar, que esta empresa nos uniría a los dos, que nos entendíamos más allá de lo que se entiende cualquier hombre..., pero está claro que no. —Lo miró de soslayo y arrojó sobre él todo el desprecio que había estado guardando durante años—. ¿Sabe cuál es su mayor falta, amigo mío? ¿Su único, gran e insalvable pecado? El miedo; la cobardía. Eso es lo que le ha impedido alcanzar la gloria: no tiene valor para dar el último paso, nunca se atreverá a rebasar la última frontera... No es usted digno de este descubrimiento...

—No sabe lo que está diciendo, Schliemann... ¡No es usted quien habla! —gritó desesperado—. Usted no quiere esto. Es su obsesión agónica la que le ha conducido hasta este punto de locura... Troya está debajo de esta colina, sólo hemos de ser pacientes para encontrarla. Si acciona ese dispositivo, la hará añicos... —Dos gruesas lágrimas rodaron hasta la comisura de sus labios—. Por favor..., no lo haga. Confíe en mí, como yo he confiado en usted. Créame, como hizo la primera vez...

Todos contuvimos el aliento. Schliemann, en silencio, se volvió hacia la colina. Sobre ella veía reflejada su vida entera, su triste recorrido de derrotas que el relato había convertido en triunfos. ¿Era Hisarlik el culmen de su vida o su propio túmulo mortal? No tenía forma de asegurarlo, y, además, rebasado el ecuador de los años, era demasiado tarde como para que saberlo cambiara en algo las cosas.

—Lo siento, Calvert —me pareció oírle decir. Y luego con voz grave —. Ya sólo podemos seguir adelante.

Algo entonces se apoderó del inglés, un espíritu de acción como nunca pensé que podía albergar en su interior. Se abalanzó sobre Schliemann, lo derribó y con un manotazo le arrebató la pistola del cincho. Calvert se irguió como un animal desesperado y herido, encañándonos a todos con su mano temblorosa.

—Ponga fin a este disparate. ¡Va a destruir el yacimiento!

Desde el suelo, incorporado sobre los codos, el alemán lo miraba sonriendo.

—Puede matarme. Sé que es lo que lleva tiempo deseando. Pero eso no impedirá que la verdad salga a la luz, que derribemos esta muralla de roca y encontremos la ciudad primitiva debajo.

Calvert bufó de rabia y lloró de cólera.

—¡Maldito loco! Así no va a encontrar nada. Tan sólo un montón de escombros.

—Ya lo veremos... ¡Adelante!

El arqueólogo martilló el arma.

—¡Por Dios, suelte la pistola! —le rogó Sofía.

Pero él no lo hizo. Apretó con toda su fuerza la empuñadura para que a la hora de la verdad no le temblara la mano. Schliemann mantenía una extraña calma, como si supiera que en cuanto disparara, la bala se detendría en el aire. No le daba miedo morir.

—Vamos, hágalo. Estoy deseando ver si es usted capaz de ser un hombre por una vez en la vida.

Calvert soltó un alarido de dolor y disparó. El cañón expelió una lenguarada de fuego y una profusión de pólvora. Un sordo estallido que enmudeció el grito de Sofía y el murmullo ahogado de los mineros. Un espectro de humo gris flotó sobre nuestras cabezas, sumiéndonos en un silencio estático y atemporal. Nadie se atrevió a moverse, ni a decir palabra mientras flotó entre nosotros esa telaraña deshilachada tras la que se ocultaba la muerte. De pronto, un exclamo de asombro rasgó la quietud sepulcral. Entre la bruma vimos erguirse lentamente a Schliemann que, con el reflejo inconsciente de los renacidos, se palpaba el pecho buscando la cavidad inexistente de su herida. Calvert miró atónito el revólver, pero no dudó ni un segundo más: de nuevo amartilló el arma y accionó el gatillo. Volvió a verse el fogonazo y a sonar el estallido sin que nada más sucediera. Schliemann se mantenía ante él, impertérrito y desafiante, con las manos abiertas en un ademán de mártir intocable e hinchiendo el pecho de hierro, inalcanzado por los disparos. Calvert no daba crédito. Abrió el tambor con desconfianza: en las seis recámaras del cilindro tan sólo había un poco de grasa y pólvora negra; ninguna tenía bala. Con una última expresión de

dignidad derrotada, arrojó el inservible revólver a los pies de su dueño. «Todo en usted es una mentira...», fueron las últimas palabras que deslizó, duras como un epitafio grabado en piedra, antes de darse la vuelta y abandonar el yacimiento, esta vez para siempre.

Schliemann se volvió como si nada hubiera sucedido más allá de una molesta interrupción y nos dedicó una mueca pavorosa.

—Tápense los oídos —nos sugirió con malicia.

Dio la orden y los hombres encendieron la mecha. La chispa corrió veloz a ras de suelo, silbando incandescente hasta alcanzar en apenas segundos las cargas en la base del promontorio. Un destello de luz ígnea prendió la colina y un viento ardiente y cargado de arena y pedrisca nos derribó justo a tiempo de ver cómo el primer estallido levantaba una inmensa columna de humo negro. No me dio tiempo de ponerme en pie cuando una nueva chispa cruzó veloz por los cables camino de la colina. En apenas un segundo, ésta volvió a iluminarse entera con el reflejo imperceptible de cien relámpagos rabiando al unísono. El estruendo de un furioso pelotón de fusilamiento disparando a bocajarro contra el paredón vacío resonó en mis oídos, dejando al cesar un pitido infernal clavado en mi cráneo como una aguja al rojo vivo. Me llevé las manos a las orejas y descubrí la sangre brotando de mis tímpanos devastados. Tambaleándome, traté de ponerme en pie. Estaba totalmente desorientado y apenas podía ver en la densa humareda de polvo y fuego que nos envolvía. Gritos de terror y espeluznantes relinchos de caballo se alzaban en el aire para de inmediato ser acallado por el estruendo de las explosiones. Supe que habíamos perdido el control de la detonación: imaginé rocas incandescentes saliendo disparadas desde la colina y cayendo sobre nosotros como los proyectiles de un bombardeo. Presa del pánico, eché a correr, ni siquiera sé hacia

dónde: puede que en mi ceguera me estuviera dirigiendo directamente hacia la colina. En eso, alguien me agarró del brazo y tiró con fuerza de mí. Me volví y encontré al minero Tiresias, resurgido de entre los muertos como un ánima protectora. Me decía algo, sus labios se movían, pero mis oídos no conseguían captar sonido alguno. Entonces entreví una nueva chispa corriendo a ras de suelo por una gruesa mecha hacia un inmenso montón de dinamita en la base de la roca. Un segundo destello abismó mis pupilas y mi retina ardió con la visión del mismo incendio que arrasó Troya tres mil años atrás. Tiresias se abalanzó sobre mí y me tiró al suelo justo cuando la roca de Hisarlik saltaba en mil pedazos entre infernales llamaradas.

La colina colapsó con una avalancha de polvo, piedra y humo incandescente. Más que un camino a Troya, lo que parecía haberse abierto era una brecha al infierno. La explosión no debió de prolongarse más de unos minutos, pero en mi cabeza duró tanto que pensé que el mundo entero se desmoronaba. Cuando el estruendo amainó, como una nube de tormenta alejándose, y volvió a oírse el viento dolorido entre los árboles, volví en mí. El agudo sonido aún perforaba mi cabeza y mi boca paladeaba un amargo sabor de hierro. Un efluvio químico me quemaba en los pulmones. Despegué los párpados con dificultad y encontré el mundo surcado por una constelación de centellas blancas. Miré a mi alrededor confundido. Los mineros, todavía desorientados por la explosión, se levantaban poco a poco, enclenques y sin fuerza en los miembros, como muertos sacudiéndose la tierra de sus tumbas. Sólo Heinrich Schliemann había resistido el impacto de la onda expansiva, apoyado en el poste de la tienda y firmemente sujeto a sus binoculares. En ese momento pensé que ése había sido su propósito desde el principio: no encontrar Troya, sino hacer añicos la pesada piedra que

lo encadenaba; destruir Hisarlik y ver satisfecha su venganza; liberarse.

XL

CASANDRA

Sofía había salido corriendo detrás de Calvert, pero la onda expansiva la derribó. Estuvo unos segundos retorciéndose en el suelo, con un pitido paralizante martilleándole el tímpano, y cuando finalmente se incorporó descubrió que había perdido de vista a Calvert. Trató de localizar la luz de su farol en la distancia, pero no se veía nada entre los quiebros de las trincheras, sobre los que además ya caía un sudario de niebla que velaba la luna. Pensó en gritar su nombre, pero una voz inconsciente la disuadió... por si la oían. ¿Quiénes? No sabría decirlo con certeza; desde el primer día notaba una presencia en Hisarlik que la vigilaba de cerca y salivaba siguiendo sus pasos. Esa noche la sentía más cerca que nunca. Es la imaginación, se consoló. La maldita imaginación. Levantó su farolillo con timidez y llamó a Calvert, pero con un susurro. Nadie la contestó. Tan sólo se oían los chillidos de los murciélagos al revolotear y el palmeo funesto del mar húmedo en la lejanía. Sofía se encogió dentro de su chal, protegiéndose del mordisco del frío, y siguió andando por el camino apenas visible. Sin las luces de las excavaciones, todo estaba envuelto en una aciaga negrura que retorcía las formas de la realidad: las zanjas parecían mucho más profundas, en algunas ni se intuía el fondo; los contrafuertes se elevaban hacia el cielo nocturno como las vigas fantasmales de edificios derruidos; y los grandes montones de piedra parecían los

toscos ídolos de religiones primitivas. Al torcer en el sendero que llevaba al antiguo campamento, Sofía vio algo. Al principio no era más que una silueta desleída, difícil incluso adivinar si era o no corpórea. Sofía agarró con fuerza el farol y lo blandió en la penumbra. Había un hombre en el camino, y no era Calvert. Su corazón se detuvo por un instante, y enseguida estalló con violentos latidos. ¿Podía ser...?

Éste, viendo una luz que se acercaba, desapareció. Sofía contuvo el aliento. Una vez más levantó el farol, aunque apenas logró alumbrar unos pocos pasos más allá. No lo veía, pero lo sentía junto a ella. «Corre», se dijo. Y de nuevo la voz prudente en su cabeza: «Sin que se dé cuenta». Poco a poco, fue acelerando los pasos. Pero ¿adónde se dirigía? Estaba demasiado lejos de Villa Thymbra y volver sobre sus pasos estaba del todo descartado. Tenía que esconderse; dar un rodeo entre las zanjas y perderlo en el laberinto. Adentrarse en la parte del yacimiento que desemboca en el olivar; refugiarse allí. Tardaría más en alcanzar la casa, pero estaría más protegida. «Anda más deprisa...». Estaba tentada de apagar el farol y evadirse. Pero entonces no vería el camino; podría despeñarse por una de las zanjas. El pecho le retumbaba con violencia. Miró hacia atrás, echando un vistazo furtivo por encima del hombro. Nadie. Se había desvanecido. De pronto, un gran cuervo la sobrevoló soltando un graznido y se posó sobre una roca derruida. Sofía contuvo un grito. «Sólo es un cuervo», se dijo. Trató de calmar la respiración y aguzó el oído: el silencio que la envolvía era su aliado, delataría cualquier cosa que se acercara. Nadie podía ser tan sigiloso. Respiró hondo y trató de serenar sus miedos. «Ya está», se consoló. «Has huido a tiempo». Pero aún sentía algo, como el pinchazo de un mal presentimiento.

Una mujer reconoce así el peligro. Es una extraña sensación que escapa a los hombres y que la avisa de la inminencia de la agresión; una suerte de don o de sentido, o de diosa protectora, de recuerdo heredado tal vez de madres lejanas que habían padecido ese destino, algunas allí mismo, entre las ruinas de Troya. Sin ir más lejos, la propia Casandra, que vaticinó la destrucción de la ciudad sin que nadie comprendiera la profecía. Esa noche, al saber dentro al Enemigo, la joven hermana de Paris y Héctor se encerró en el templo a los pies del paladión sagrado de Atenea, creyéndolo un lugar seguro. Pero las puertas igualmente se abrieron y una compañía de soldados aqueos entró. Sus corazas cobrizas manchadas de sangre centelleaban a la luz de las antorchas y los candiles; jadeaban como una manada de lobos; del otro lado de sus yelmos de óxido salivaban las bocas brillantes, degustando el festín de antemano. Uno de ellos se despojó del casco y mostró su rostro cuadrado cubierto por una poblada barba negra que se confundía con los borbotones de vello del pecho.

—Éste es el recinto sagrado de Atenea —le advirtió Casandra al ver que se acercaba—. Estoy bajo su protección, no oses tocarme o caerá su venganza sobre ti...

Sofía se detuvo en seco. Lo había oído, como si el recuerdo todavía sucediera a sus espaldas. Se volvió muy lentamente; un grito escapó de su garganta al verlo de pronto parado frente a ella, la misma figura lívida de su pesadilla.

Photidas describió una horrible sonrisa, apretando los dientes y mostrando las pálidas encías.

—Buenas noches, señora.

El griego empujó a Casandra al suelo y la agarró de los talones. Ella gritó y se aferró aún con más fuerza a la roca de Atenea, pero sus dedos resbalaron por los pliegues de su manto de mármol. Le

arrancó el peplo de lino; la luz de las antorchas, del farol, se derramó sobre su cuerpo desnudo, brillante por el sudor. Él avanzó con una parsimonia desquiciante, casi ceremonial: su miembro erecto como un cuchillo de sacrificio; ella, la res sobre el altar que patalea y araña tratando de resistirse. Él la golpeó brutalmente, hundió sus rodillas sobre su vientre y presionó su mejilla surcada de lágrimas contra el suelo. Sus dedos se enredaron tratando de abrir el escote encorsetado, en el que hundió el hocico, poseído de un ansia reprimida durante meses. Sofía notó el bigotillo sudoroso arrastrándose por su piel y su aliento ardiente y correoso. Lloraba impotente, se revolvía sin poder hacer nada, chillando de miedo, anticipándose al dolor. A través de sus lágrimas, miró a su alrededor a los muros muertos de Troya, cuyos dioses, ciegos y sordos, nunca la alcanzaron a proteger.

De pronto se oyó aquel golpe seco que arrancó a Photidas un chirrido helador. Otro golpe, esta vez blando, sobre la carne. Los ojos se le pusieron del revés y su boca entreabierta escupió borbotones de sangre sobre Sofía. La fuerza con la que le agarraba las muñecas cedió y se desplomó sobre ella, ahogando su grito.

Calvert dejó caer la piedra ensangrentada y se apresuró a empujar el cuerpo para liberarla. Luego se quitó la chaqueta y la envolvió con ella, pero Sofía se desembarazó de su abrazo: jadeaba violentamente y resistía el contacto humano. Se volvió hacia el capataz, que yacía inerte en el suelo, con la cabeza estrellada y humeante, sobre un charco de sangre al que fue a posarse el cuervo. En aquel momento la asaltó una lucidez gélida y dijo con una voz devastada: «Hay que deshacerse del cuerpo». Calvert asintió, temblando de miedo. Lo cogieron por los pies y lo arrastraron dejando un reguero de sangre hasta una de las zanjas abandonadas por los mineros. El cuerpo rodó hasta el fondo

golpeándose contra las rocas. Luego cubrieron el hoyo de tierra y salieron corriendo de allí.

XLI

LA MURALLA

Diario de excavación
Colina de Hisarlik, 19 de abril

Las Puertas Esceas, la entrada occidental de Troya; encima, la Torre de Ilión, la almena más solemne, la que se asoma al mar y a la llanura y desde la que se domina el imperio de los dárdanos... Todas ellas han salido a la luz después de que se produjera un derrumbe mientras los mineros excavaban. Los picos debieron de incidir contra alguna de las pétreas y ancianas estructuras que sostienen la colina; la tierra rugió cuando los mineros hincaron en ella sus viriles picos y se sacudió con una fiereza sísmica. Al principio creí que habíamos roto el sello de lo sagrado y desencadenado un nuevo cataclismo por nuestra soberbia. Los pájaros volaron en desbandada y luego se hizo un silencio antediluviano, pero ya sentía yo removerse el mar en la distancia, ya escuchaba poco a poco formarse la ola atroz que anegaría de nuevo la Tróade, como en el tiempo de Dárdano.

Corrimos raudos hacia el yacimiento, abandonando todo lo que teníamos entre manos. Una gran polvareda llenaba el aire, los hombres corrían despavoridos de un lado a otro sin encontrar la salida de aquel avispero. Pero en medio del caos y la niebla terral me pareció escuchar un vítor demudado. De repente otro. Silbidos enardecidos. Y aplausos. ¿Victoria? Un minero emergió de entre el humo y el polvo y me asió por el brazo. «¡La encontramos, señor, la encontramos...!». Y entonces sopló el viento hasta disipar el polvo y revelar el fruto de mi esfuerzo, esa visión imposible que desbordaría las creencias de los más crédulos: la colina se había hundido, una gran zanja la atravesaba; y en la pared del desfiladero podíamos ver los estratos que la conformaban, el segmento sedimentado de los siglos, las piedras en sillería de un impresionante muro vertical.

De inmediato, ordené a los ingenieros asegurar la estructura con vigas y contrafuertes y a los mineros comenzar a desenterrar el resto de la fortaleza. Jamás he visto murallas como éstas: ni el castillo de Odiseo en Ítaca, ni las

puertas ciclópeas de Micenas; ningún libro o grabado que jamás haya caído en mis manos describe una posibilidad semejante.

Desde el fondo de la zanja, la muralla se alzaba al menos doce metros sobre nuestras cabezas, y aún había una parte enterrada. Los salientes rotos de las torres, como colmillos prehistóricos, se clavaban sobre el azul virginal de la tarde, recortando con formas dentadas el horizonte del nuevo amanecer. No tardé en encaramarme a la cima de la muralla, a los salientes que, en cuanto ahondáramos en la excavación, descubriríamos eran las torres almenadas. Desde allí se dominaba toda la landa de los dárdanos y el mar antiguo, hoy lejano, pero que entonces poco menos que debía estrellar sus olas con las murallas. Me sentí prendido por un instinto verdadero y supe que me hallaba en el lugar donde había tenido lugar la famosa teicoscopia: *la contemplación desde la muralla. Por estos muros caminó ella, Helena de Troya, con el ánimo triste y un suspiro conjurado al viento, mientras contemplaba la llanura de los dárdanos y el campamento de los diez mil aqueos, que chocaban sus lanzas contra sus escudos y gritaban su nombre entre espumarajos vengativos.*

Al verla su suegro, el viejo rey Príamo, la llama a su lado y la consuela diciéndole que la guerra la habían provocado los dioses y no los hombres, pero ella no se lo cree y su espíritu alanceado por la culpa llora lágrimas amargas. Príamo, para distraerla, le pide que le ayude a identificar en la llanura quién es quién entre los griegos, pues desde allí arriba los ven tan lejanos y diminutos como los divinos a los mortales desde los cielos. Helena se asoma a la almena, pone las manos sobre esta misma piedra que he tocado yo, busca con la mirada azorada, aún temblorosa por el llanto, y señala inocente con el dedo: aquél, el alto y fuerte, es mi cuñado Agamenón, rey del reino dorado de Micenas, a él se someten casi todos los hombres; por allí veo los estandartes azules bordados con el jabalí de Calidón del reino de Ítaca, que comanda el astuto Odiseo; allá, al fortísimo Áyax, príncipe de la isla de Salamina; y allí... Esos que veo son los pendones púrpuras con los cuernos de toro... Han de ser los de Idomeneo, el rey de la isla de Creta, nieto del poderoso rey Minos...

Así contemplaban suegro y nuera acercarse la perdición a sus murallas, sabiendo que, aunque consiguieran repeler el ataque, serían tales el dolor y la mortandad que ningún bando podría proclamar la victoria.

Ahora soy yo quien asciende los derrotados escalones de Troya y la pendiente esforzada de la colina por donde antaño al alba bajaron los carros y los caballos y los hombres a la batalla, y por donde al ocaso regresaron sólo los carros y los caballos llevando los cadáveres; soy yo quien se asoma a estas murallas e interpreta de nuevo la teicoscopia. *Aquí arriba han de verme todos —Dios, el Diablo; todos mis enemigos—, ia mí, al doctor Heinrich Schliemann!, comandante de la expedición arqueológica de Hisarlik, el hombre que encontró las ruinas de Troya y las devolvió para siempre al dominio de los hombres.*

Hace dos mil quinientos años las murallas de Troya cayeron por el astuto ardid del caballo de madera. En aquellos tiempos remotos sí se estilaban las tretas inteligentes, sí que existían los astutos Odiseos. Ya no. Ahora el hombre está embrutecido, abandonado de la civilización; sólo es capaz de derribar los muros que lo aprisionan lanzándose contra ellos de cabeza.

Schliemann respiraba orgulloso el aire de la mañana. Parecía encontrar el perfume de la victoria en el efluvio enrarecido de la dinamita. Acababa de infligir una herida letal al Enemigo —y digo bien: desde que comenzaran las excavaciones meses atrás, había visto en Hisarlik, en la propia colina, a su adversario, el rival fatal que lo impedía de su objetivo, que era Troya—. Había disociado entre la montaña y la ciudad para hacer a la última prisionera de la primera. No iba en busca de Troya, sino que acudía en su rescate. Para ello era necesario acabar con el titán de piedra que la custodiaba, enfrentarlo en cruel batalla, darle muerte de la manera que fuese. Al fin y al cabo, aquélla era una guerra desigual contra el tiempo, la realidad y la historia.

Con la luz del amanecer, que se enredaba en las nubes de polvo en suspensión, alcanzamos a ver la dimensión del destrozo. Hisarlik ya no era más que ruina humeante. Una gran cavidad de piedra calcinada. Montones de escombro y detritus. Peñascos puntiagudos que sobresalían de la hendidura como las fauces de monstruos mitológicos. Al otro lado, la visión de la llanura, el mar: Schliemann había partido la colina en dos. Las explosiones descontroladas y los derrumbes habían abierto una inmensa brecha en el seno del promontorio, creando un vertiginoso desfiladero cuyo fondo debía seguro de alcanzar los estratos bajos de la tierra. Pero la artimaña de Schliemann había valido el efecto deseado: como si fuera un

cuerpo humano diseccionado en línea vertical, ahora podíamos asomarnos a los secretos intestinos de la colina.

Enquistados en la tierra corrida se veían rastros de piedra caliza cortada y perfectamente puesta en sillería: una construcción humana, el rastro de la ciudad. Avancé entre los escombros hacia el centro de la cavidad, oteando las altas paredes que se sacudían de encima una arenisca de escombros, con una confusión de sentimientos rabiando en mi pecho. Pasé las manos por los sillares de piedra áspera sintiendo el vello erizarse al contacto frío con la roca y dolerme las líneas del destino grabadas en la palma. Me fijé entonces en unas muescas, igual de misteriosas, sobre los pétreos bloques: pequeñas fisuras rayaban la superficie renegrida, levantando escamas pútridas de piel de dragón muerto que tiznaban los dedos con un áspero polvillo. Era la marca del fuego, lector: la huella inconfundible del incendio que habría asolado aquella ciudad en tiempos remotos. Todos los muros que encontramos compartían esta característica, lo que llevó a Schliemann a darle a Troya el último y más triste de sus epítetos: «la Ciudad Quemada». Porque para él no había duda ya de que el nivel de destrucción que reflejaban aquellas paredes carbonizadas era el resultado del saqueo salvaje que protagonizaron los griegos, y tras el que, según cuentan todos los textos, Troya quedó reducida a cenizas.

Schliemann se volvió hacia los hombres.

—¡Comenzad a cavar por ahí, junto a la muralla! ¡Hay que desentrañarla entera! ¡Y recordad, el brazalete de oro será para el primero que encuentre signos de la *Ilíada*!

La horda de mineros gritó enardecida y se lanzó hacia el punto que indicaba su amo. Empezaron a hincar los picos con saña, como si presintieran que los palacios de Príamo, llenos de oro, mármol y

lapislázuli, se encontraban ahí, a unas jornadas de esfuerzo. Todavía serían muchas.

Yo no podía estar seguro de que la ciudad fuera a ser la Troya de Homero, pero en cualquier caso habíamos pagado un altísimo precio por ella. Por doquier se veían los sórdidos estragos de la dinamita: zanjas llenas de escombro y pedrisca; agujeros que alcanzaban los pozos más negros del subsuelo; riscos y desfiladeros derribados a cañonazos; muros antiguos que quizá hasta la noche anterior hubieran estado intactos en sus silenciosos sepulcros, convertidos en escombro... En el transcurso de unas horas habíamos infligido más daño a las murallas de Troya que toda una eternidad de guerras y asedios frustrados.

XLII

ABANDONEN LAS PÁGINAS

Tardé una semana en volver a Villa Thymbra. Inmediatamente después de la explosión, y según los mineros empezaron a excavar las primeras ruinas entre los escombros, Schliemann me encomendó la tarea de documentar la fase final de la excavación. Se obsesionó con que empezara a tomar nota de los hallazgos, a describir con precisión cada objeto y cada fragmento de muro encontrado, a dibujar incluso bocetos de las antigüedades halladas. «Prepare este descubrimiento para la eternidad», me dijo. No me quitaba el ojo de encima. Varias veces al día, y sin avisar, se pasaba por la tienda donde yo trabajaba (y donde ahora también había, junto al escritorio, un camastro donde descabezaba sueños muy breves durante las noches), me arrancaba los papeles de la mano y sobre la marcha los corregía. Así pasábamos horas, yendo y viniendo en un laberinto de discrepancias por las versiones de los textos, que nunca estaban a gusto del doctor, pues cuando no encontraba mal transcritos detalles imprescindibles, recordaba elementos olvidados sin los cuales era imposible escribir la historia.

Nunca entendí el porqué de ese proceder, pues cada medianoche estaba obligado a entregarle mis escritos y en la madrugada éstos sufrían una metamorfosis dramática y definitiva. Era como si sospechara de mi naturaleza y me pensara una especie de puerta a través de la cual difundir su historia al resto del mundo. Quizá por

eso me prohibió abandonar el campamento. No mencionó expresamente Villa Thymbra, pero sé que era allí de donde quería mantenerme apartado; de Calvert, de Sofía, de *sus* versiones de aquella historia. Durante aquellos días de trabajo incansable, no pude sino imaginarlos asomados a los balcones de la vieja casa contemplando el paisaje transformado a golpe de hierro y fuego, y pensar en ellos como dos desterrados que desde el lado extraño de la frontera miran una última vez el hogar y suspiran por él.

Una mañana, muy temprano antes que comenzaran mis trabajos al alba, ensillé un caballo y crucé al galope la linde prohibida camino de Villa Thymbra. La casa ya estaba despierta cuando llegué y sacudida por un gran movimiento. Encontré tres carretas tiradas por mulos en la puerta y el carruaje listo para el viaje. Dos criados a los que no conocía, y que según supe habían sido contratados para la ocasión, salían de la casa cargando pesadas antigüedades, rebuznando y con las caras rojas por el esfuerzo. Mármoles, cerámicas, relieves, bronces, alfombras persas, baúles llenos de libros... atesorados en Hisarlik a lo largo de una vida se amontaban en la entrada listos para el traslado camino del olvido. Desde el umbral de la puerta, Calvert los vigilaba. Fumaba en silencio mientras los veía cargar los enseres. Se marchaba, pero en él no había sitio para un ápice de melancolía. Movía los labios distraídamente, como si musitara. Yo estaba lejos, pero al acercarme me pareció que recitaba aquel verso tan triste, tan resignado, pero tan solemne, de la *Comedia:* «Y ahora cumplo el contrapaso».

Al ver que me aproximaba, volvió de su ensimismamiento.

—Creí que Schliemann había amenazado de muerte a todo el que volviera a hablar conmigo.

—Así ha sido —le dije.

—Y sin embargo está usted aquí. ¿Por qué?

Bajé la cabeza, avergonzado, sin saber qué contestar.

—Pase, hablemos dentro.

Encontré gran movimiento dentro de la casa. En un turco áspero y lenguaraz, Amir le ordenaba a la cocinera y a otro mozo que descolgaran algún cuadro, bajaran los baúles del ático, empacaran la cubertería y el ajuar y embalaran una escultura. Un aire de abandono, de salitre, comenzaba a respirarse en el ambiente, y a ras de suelo se sentía correr la exhalación helada de los edificios en ruinas.

—¿Se va? —pregunté mientras cruzábamos el salón, aunque fuera obvia la respuesta. Allí, una joven musulmana de velo triste cubría con una sábana mortuoria el sofá de terciopelo y el butacón.

Calvert me sonrió de soslayo.

—No se lo diga a Schliemann.

Pasamos a su despacho. Las paredes desnudas mostraban sin pudor sus humedades amarillas y apestosas, los plúteos habían sido despojados de sus libros más valiosos y de los que lo parecían, y en los estantes de la gran vitrina de cristal ya sólo se exponían las huellas de las antigüedades sobre el fino polvo. No se habían llevado el sofá y las butacas, pero éstos ya estaban cubiertos por una mortaja blanca, al igual que el escritorio. Aparté los libros que había amontonados sobre la otomana y me acomodé como pude.

—¿Han descubierto algo? —dijo de pronto.

Lo hizo con curiosidad, sin llegar al interés. Podría haberle dicho que habíamos encontrado el mismísimo túmulo del rey Príamo con todo su tesoro intacto y su reacción no habría sido menos comedida. Se mostraba distante, como si la excavación en Hisarlik ya no tuviera nada que ver con él. No estaba dispuesto a regodearse en el dolor de su pérdida.

—Una ciudad quemada —contesté—. Así la ha bautizado el doctor Schliemann. Dice que las marcas de fuego en la piedra prueban que sufrió un duro asedio y un saqueo brutal.

—Mmm, ya veo... —murmuró, de nuevo sin interés y además esta vez con una mezcla de sarcasmo y escepticismo.

—Pero ha de ser Troya, ¿verdad? —me oí murmurar como un niño asustado—. ¿Qué puede ser si no?

Calvert me miró divertido, aleccionándome con los ojos sobre algo que era evidente.

—Una ruina cualquiera. Una ciudad desconocida y encontrada por causalidad —me dijo—. La tierra es tan honda como la imaginación, ya lo sabe, y ambas están llenas de ruinas por donde extraviarse.

Se quedó en silencio, mirándome sin parpadear, cuando de pronto se echó a reír. Fue una risa suave, triste, resignada ante la ironía desquiciante de la vida, que se me contagió. Apenas duró unos segundos, pero nos dejó a ambos una sonrisa melancólica en los labios.

—¿Volverá a Dardanelos? —quise saber.

—Sí, así es... —respondió, algo más serio—. Por un tiempo al menos. La casa permanecerá cerrada... ¡Por cierto! —saltó—. Quisiera darle algo.

Se acercó a uno de los baúles llenos de libros y volvió con un pequeño cuaderno con tapas de cuero ajado y páginas amarillentas. Lo depositó en mis manos y me invitó a hojearlo. Era un diario manuscrito con letra pequeña pero clara, con largas entradas de densos párrafos salpicadas de hermosos dibujos a lápiz y carboncillo. En la primera página de todas figuraban las siguientes palabras: *Diario, 1846-1847. Charles Maclaren.* Las fechas se remontaban treinta años, y todas las entradas fijaban los acontecimientos en las mismas localizaciones. *Colina de Hisarlik* y *Villa Thymbra.*

—Charles Maclaren fue el primero que identificó este lugar como posible yacimiento de Troya —me explicó—. Se hospedó en esta casa mientras llevaba a cabo su investigación. Yo por entonces tenía dieciséis años. Me tomó bajo su ala y me hizo acompañarlo en sus exploraciones. Lo aprendí todo de él. Es cierto que no llegamos a excavar por falta de medios y que al cabo de unos meses lo requirieron de vuelta, pero antes de marchar me dejó su diario y me dijo: «Ahora es cosa suya, amigo Calvert, desvelar cuál es el último canto de la *Ilíada*». —Una partícula de emoción le hizo temblar la voz—. Quédeselo. Yo ya lo tengo muy estudiado.

Dije que no podía aceptarlo, pero él insistió.

—Además, no puedo llevar conmigo tantos libros —bromeó.

Aquellas fueron unas palabras sencillas pero llenas de tristeza. No, no pensaba volver.

El arqueólogo me ofreció un pitillo y durante un rato no dijimos nada: fumamos en silencio, con complicidad, como supongo harían dos soldados en la trinchera antes de enfrentar una terrible derrota. En verdad era como si a nuestro alrededor se estuviera viniendo abajo el mundo y nosotros no pudiéramos hacer más que esperar pacientemente la llegada de nuestra hora para despedirnos el uno del otro para siempre.

—¿Qué va a hacer ahora, señor? —le pregunté.

Calvert me miró de reojo, como si no acabara de entender.

—¿Ahora?

Asentí. Schliemann le había robado su descubrimiento, ya no había más Hisarlik al que dirigirse, era una ruina humeante.

—El yacimiento era su proyecto... Su ilusión...

—Por el momento eso ha terminado —respondió, sereno.

Quedé perplejo. Troya había sido su vida. Yo, que había estado en la zanja, que había cavado con los demás, sabía lo que era ese

sentimiento, ese picar en la roca, empaparse de los humores de lluvia y tierra pretéritas, ahondar en la colina, sentir cerca el misterio de la ruina... Yo también había querido eternizar ese instante de búsqueda, el único en el que la vida parece adquirir un ápice de sentido...

—Pero lo cierto es que la vida no tiene ningún sentido, señor Yannikis —me interrumpió—, sin embargo... ¿significado? ¡Ah!, eso es una cosa bien distinta: es de hecho lo único que tiene. Y el significado va mutando. Hoy está en un sitio; mañana en otro. Nunca permanece. Por eso hay que irlo buscando hasta el final.

Algo en su expresión serena daba a entender que aquella situación le era familiar, como si ya la hubiera vivido en el pasado.

Con el tiempo llegué a entender qué tipo de hombre era Frank Calvert, y por supuesto también llegué a admirarlo. No era un filósofo. No quería encontrar su encaje en la vida, como, creía yo, queríamos todos. No tenía aquello de lo que adolece el hombre contemporáneo: una suerte de desorientación, de falta de rumbo debido a la crónica insatisfacción de nuestro espíritu, por otro lado insaciable. Calvert estaba satisfecho con el lugar que ocupaba en el cosmos, lo había estado siempre; un sinfín de tormentos reclamarían su descanso por las noches, pero descifrar qué tipo de hombre sería en la vida no se contaba entre ellos. Tenía eso de lo que yo carezco y anhelo en lo más hondo: un espíritu noble. Lo tenía, como a pocos hombres se lo he conocido. Una aristocracia del alma que no requería de títulos ni antepasados colgados de las paredes, ni de más símbolos para representarse que uno en sí mismo, con su estar estoico. Incluso si te hubieras topado con Frank Calvert harapiento y viviendo en un barril, habrías reconocido en él, lector, al primero de los hombres.

—¿Y usted? —me preguntó de pronto—. ¿Qué va a hacer usted?

En ese momento, se abrió la puerta y entró Sofía. Iba vestida con un traje verde largo, envuelta en un chal polvoriento y con un velo de viuda que sujetaba con un pequeño sombrero más bien infantil. No sé si le desagradó verme o si simplemente le sorprendió. Me preguntó qué había ido a hacer ahí y, de nuevo, no supe dar una respuesta. Lo cierto era que no sabía los motivos. Pero entonces me percaté de que trataba de ocultar a su espalda un pequeño bolsito de viaje.

—Puede que haya sentido la corazonada de tener que despedirme —aventuré a decir.

Sofía me miró con angustia.

—Debería venir con nosotros. Sin dudarlo un solo instante.

Aquella advertencia me sorprendió, más aún cuando me volví hacia Calvert y vi que éste parecía estar de acuerdo.

—¿Irme? —repetí—. ¿Adónde? ¿A Atenas con usted?

Ella asintió con la cabeza gacha. Era incapaz de mirar a otro lugar que no fuera el suelo y el bolsito de mano en el que llevaba unas pocas pertenencias y al que se aferraba como el talismán que garantizaba su huida. Acompañarla no era algo que hubiera contemplado. Meses antes no habría dudado en ir con ella, en escoltarla de regreso a Atenas o al fin del mundo, velar todas las noches su puerta, como un guardián de piedra. Lo habría hecho, incluso sabiendo que habría de hacerle un nudo a mis sentimientos y aprender a vivir con el pecho atravesado por la indiferencia, porque ella jamás me correspondería. Lo habría hecho de saber que lo haría. Pero ahora...

Miré a Calvert de soslayo: contemplaba la escena con distancia, comprendiéndole una lógica que yo desconocía. Nos acabó dejando a solas, cosa que agradecí.

Cuando la puerta del despacho se cerró, Sofía levantó tímidamente la cabeza; insistió en que fuera con ellos, que no la abandonara. Sentí que revivía a través de mí esa última conversación con su marido en la que le había pedido que se rindiera, que aceptara que el tiempo en Hisarlik había llegado a su fin, que confiara en que todavía había vida fuera de aquel páramo embrujado, y que existía la posibilidad de ser feliz. Pero tampoco yo pude satisfacerla. E igualmente sentí que el adarme de otra vida tiraba de mí hacia ella, pero apenas tenía fuerza comparado con la inmensa gravedad que ejercía Hisarlik. Le dije que no, que no podía marchar con ella. No podía. Por mucho que todavía encontrara el rastro del primer rubor que me embargó cuando la vi, éste no era más que eso: un rastro, una ruina —nada que pudiera compararse al inmenso amor que había sentido o creído sentir en el pasado—. Pero había algo más, lector: cuando enfrentado el dilema de partir y volver a casa examiné furtivamente mi futro, lo encontré vacío. Ya no había posibilidad de retorno a mi vida anterior, ésta se había borrado. Troya no era tan sólo un paréntesis en medio de la aleatoriedad, una guerra a la que ir y de la que volver, sino algo que había distorsionado con su inmensa gravedad tanto mi pasado como mi futuro; todos los hechos de mis años anteriores conducían a esa colina y todos los pasos que desde entonces diera partirían de ella.

—Usted no lo sabe, Yannikis. No tiene ni idea de lo que sucede aquí en realidad —me dijo con la voz a punto de quebrarse.

XLIII

A LA SOMBRA DE HISARLIK

Muchas veces es difícil saber si el hombre vive dormido o despierto, si cuando actúa lo hace de acuerdo con la realidad que percibe o la realidad que existe. ¿Alguna vez has abierto el ojo en mitad de la noche, lector, encontrándote a tu alrededor un universo de tinieblas y terribles premoniciones? Seguro que sí. Un cosmos de cosas súbitamente surgidas del caos; muchas ni siquiera las recordamos. Monstruos de la infancia a los que hace tiempo dejamos atrás. Gritos. Voces que truenan tras los muros blancos de nuestra imaginación. Llantos y lágrimas. La noche contiene la auténtica realidad del hombre, la del horror. Los sueños nos construyen tal y como somos. Por eso, cuando un ojo se nos rebela furtivo y se asoma a la oscuridad, gastamos los mayores esfuerzos para volver a dormirnos —todo menos aceptar el insomnio— y así evadirnos de nuevo de esa realidad de terrores que de pronto se nos ha hecho presente y siempre está ahí, esperando acechante a que nos despertemos, por mucho que hagamos por olvidarla o creer en ella. Cuando a uno lo privan de su sueño y lo condenan a morar en ese infierno de realidad, lo dejan sin un sitio al que volver a refugiarse. Y en la intemperie de nuestro miedo, campan a sus anchas y voraces las fieras del pensamiento.

En cuanto oyen el crujido irregular de los pasos de padre en la escalera, su hermana Martha le pone la mano en la boca para que

no los delate su respiración arenosa, y lo arrastra con ella debajo de la cama. Permanecen escondidos, aferrados el uno al otro, muertos de miedo. El aire no entra en los pulmones y el estómago se retuerce con un vómito frío. El padre entra en el cuarto y revuelve las camas vacías. Se agacha y los encuentra. Los ojos le brillan y el aliento mefítico del alcohol alcanza sus narices. Comienza a gritar como una bestia fuera de sí, tratando de alcanzarlos con sus manos como zarpas, asirlos del tobillo, sacarlos del escondite. Ya tiene preparado el cinturón para los azotes.

Heinrich despertó sujetándose el pecho.

No, gracias a Dios no se encontraba en la fría casa de la infancia, no había escalera que crujiese ni pasos irregulares, y el sentir correoso del alcohol era el de su propia copa, que se había quedado sobre la mesilla de noche. Al oír el aire furioso que soplaba en la llanura, respiró aliviado. Estaba ensopado de sudor. El calor era intenso, pero no lo suficiente como para que no se sintiese helado el lado vacío de la cama.

«¿Dónde está Sofía?».

Se lo preguntó de pronto y, enfadado, como si la ausencia de la mujer le hubiera sido presagiada durante la pesadilla. Buscó a tientas los anteojos de latón y al colocárselos lo embargó la clarividencia. Sofía se había ido. Pero no para siempre. No, de ninguna manera. Aquello había sido un arrebato. El peor de todos, sí. Pero nada que fuera a durar mucho y desde luego nada que fuera a romper su matrimonio. Su matrimonio no podía romperse. De ninguna manera. Sofía recapacitaría. Estaba seguro.

Encendió un pitillo y salió a tomar el aire. Una luz cenicienta, que podía haber sido tanto la que precede a la aurora como la que la deja atrás, hacía temblar la llanura silenciosa. Hisarlik parecía un inmenso animal moribundo, los restos de una bestia devorada por

sus predadores tendido sobre la llanura esperando a descomponerse.

Schliemann echó un vistazo a su reloj. Aún quedaban cuarenta y dos minutos para que los obreros se pusieran en pie y retomaran el trabajo. Sintió el deseo de tomar él mismo la corneta y despertarlos. «Basta ya de dormir, gandules. ¡Al trabajo! No hay tiempo que perder; ya llevamos una vida entera de años perdidos».

En ese momento, se volvió hacia el camino por el que me acercaba al campamento. Temí que sospechara de mi viaje secreto al otro lado de la finca y me castigara con dureza, por lo que traté de disimular.

—El señor amaneció temprano —lo saludé.

Él me dirigió una mirada heladora.

—La señora abandonó la finca, ¿verdad? —me preguntó.

No tuve más remedio que asentir. Tras haberlos ayudado a empacar algunas cosas los había visto marchar a bordo del carruaje.

—Y también Calvert.

El doctor aspiró con fuerza el humo de la colilla moribunda.

—Así que me abandonan, ¿eh?... —murmuró.

Schliemann parecía un hombre ajeno a la idea del abandono: era él quien dejaba atrás, él quien hacía a un lado sin remordimiento a quienes lo querían o necesitaban su amor. Sin embargo, esas palabras, que al principio pensé sólo servían para imputar un delito de traición a su socio y su mujer, en realidad escondían una desolación como nunca antes le había visto manifestar.

De inmediato, como dándose cuenta de que se transparentaban sus sentimientos, se volvió hacia mí y me ordenó con su voz de general endemoniado:

—¡Está rayando el alba y los mineros aún no amanecen! ¡Vaya a organizarlos, a palos si hace falta, Yannikis! Troya está muy cerca...

Así lo hice. Él se quedó solo, contemplando la ruina de Hisarlik en el amanecer, con el ceño fruncido. En ese momento, por su rocoso rostro de Prometeo corrió una última lágrima de desengaño. En ella se ahogaban la esperanza de redención y de volver a ver la paz del paraíso. La traición, se dijo entonces hacia sus adentros, es el precio que pagan los titanes. La traición a manos de esos seres menores que nunca alcanzarán a comprenderlos y que los temen. Así como Prometeo había enfrentado a Zeus en la soledad del Cáucaso, y Lucifer al Padre en la altura de los cielos, Schliemann sabía que él también se enfrentaría al Enemigo en un feroz combate singular, el último de su vida.

XLIV

LA CIUDAD DE LA ILÍADA

Tardamos semanas en desentrañar una gran rampa empedrada que trepaba hasta la cima de la acrópolis, la sección de una gran muralla, los cimientos de una torre y un remolino de ruinas que formaban calles laberínticas. Pero cuanto más ahondábamos, más evidente se hacía que Hisarlik no era para nada el yacimiento que habíamos imaginado. Todos habíamos pensado, guiados por Schliemann, que la colina se compondría de segmentos pertenecientes a épocas distintas —primero la romana, luego la helenística, la clásica, la arcaica, la de la Edad de Bronce—, pero nunca entró en nuestros cálculos encontrar un indescifrable maremágnum de ciudades que parecían remontarse a los orígenes tenebrosos de la historia y al mismo tiempo alcanzaban sus épocas más recientes. Ciudades de distintos periodos y órdenes arquitectónicos que se superponían unas sobre otras, se arremolinaban en espiral, se estiraban hacia los límites del barranco, de pronto desaparecían y volvían a aparecer decenas de metros más allá, como esos inmensos leviatanes que se zambullen entre las olas y asoman la cabeza en una punta del mundo y la cola en las antípodas. Había tipos de construcciones de los que nunca había oído hablar a los arqueólogos, elementos que remitían a épocas y civilizaciones que no tenían cabida en el espacio conocido del Egeo, que no correspondían a aquellos lares.

Más allá de los mareantes tecnicismos arqueológicos, de las confusas delimitaciones estratigráficas y las endiabladas dataciones artísticas, había algo que todos comprendíamos sin duda: por muchos nombres con los que Schliemann bautizara aquellos muros derruidos con los epítetos más insignes, estaba claro que el supuesto palacio de Príamo —unos cimientos apenas distinguibles entre la roca y el escombro— no tenía nada que lo hiciera diferente de la que también podía ser su regia cochiquera. Todo a lo que podíamos agarrarnos era a la marca desvaída del fuego sobre algunas de las murallas, sin que tampoco aquella evidencia real sirviera para sustentar todas fantasías que se construían sobre ella. Lo cierto es que hacía tiempo que Schliemann había fijado el criterio por el cual Troya se daría a conocer, y éste era el que más esquivo se probaba: el oro. Desde los primeros andares de la excavación, el doctor había convencido a los mineros (y a sí mismo) de que serían cámaras preñadas de tesoros, de joyas de oro y lapislázuli, las que probaran que en Hisarlik se había asentado la rica y poderosa dinastía de Dárdano, temida y envidiada en el antiguo Egeo. Inconscientemente, había ligado la existencia de la ciudad al hallazgo de grandes reservas de metal precioso, sembrando así las semillas de su propia frustración y del descontento entre los codiciosos mineros. Oro no había y, por tanto, a pesar de lo que todos nos dijéramos para convencernos, hubimos de asumir que la Troya de la *Ilíada* seguía sin aparecer.

Aquellos días, una sensación extraña se me clavó en el pecho. Sentía que algo había cambiado en Hisarlik, algo que trascendía la destrucción del yacimiento. Como si tras la explosión, aquel mundo hubiera perdido su magia. El paisaje ya no excitaba la imaginación. Todo parecía más cotidiano: los hombres excavando en la zanja, los pedazos rotos de cerámica que aparecían, las ruinas endiabladas

que se retorcían de aquí para allá; nada tenía ya el viso encantado de las primeras veces. Se habían prendido las luces y desvanecido los misterios. Antes, mirando la opaca colina, había soñado cosas maravillosas, secretos indecibles que aguardaban ser descubiertos bajo la roca. Ahora no quedaba nada de aquella vieja fantasía, lector. Ahora todo lo que teníamos ante nosotros eran unas ruinas tan primitivas que rozaban la prehistoria y que nos hablaban de unos hombres demasiado lejanos y diferentes como para que los pudiéramos comprender. A veces tenía la sensación de que nos habíamos saltado demasiados capítulos de esa historia, que romper la colina en dos había sido como abrir un libro por el final, antes de familiarizarse con los personajes, con la trama, con el propio lenguaje del autor. Deambulábamos errabundos, sin saber dónde estábamos, incapaces de volver sobre las páginas y condenados a avanzar y nunca comprender.

Fuera lo que fuera lo que había cambiado en Hisarlik, también el propio Schliemann lo acusaba. Como si hubiera tenido la ruina adentro de él y ésta también hubiera saltado por los aires, estaba totalmente desolado. Cuando pasaron las primeras semanas y desapareció la emoción de los hallazgos iniciales, volvió a sumirse en la melancolía, cada vez más aciaga y dolorosa, de la monomanía sin curar. Andaba de aquí para allá por el yacimiento, examinando cada palmo de las ruinas, nervioso. Parecía molestarle todo el mundo a su alrededor y solía ordenar a los mineros que abandonaran las zanjas cuando él las inspeccionaba. Cogió la rara costumbre de pasear por las ruinas de noche, como si la luz de la luna le dejara ver aquello que durante el día pasaba desapercibido. Para esto, claro, tuvo que desconvocar los turnos de noche, noticia que los mineros recibieron con júbilo, apartando, al menos durante un tiempo, la frustración por lo poco fructífera que seguía siendo la excavación. En alguna ocasión

pretendí acompañarlo durante esas expediciones nocturnas, pero Schliemann se negó con una virulencia desmesurada. ¿Qué era lo que hacía ahí arriba, entre los restos rotos de su obsesión y fuera de la vista de todos? A veces, en la tiniebla insomne de la madrugada, corría apenas un dedo las cortinas de mi tienda de campaña y veía la inquieta lucecita de su farol moviéndose en el yacimiento, de aquí para allá, como una luciérnaga perdida.

Una noche decidí seguirle. Me escabullí de mi tienda en cuanto lo vi salir, más allá de la medianoche. Él llevaba un farol; yo caminaba varios pasos por detrás de él, casi deshecho por completo en la noche; imposible de ver, imposible también de oír; pero aun así en una posición perfecta para verlo y oírlo todo. Mi presencia tampoco era detectable, como si los viejos dioses dárdanos me hubieran cubierto con su velo. Incluso si hubiera hablado o hecho algún ruido para descubrirme, mi voz no habría sonado más que como un eco lejano a lomos del viento, imposible de identificar como humano. Amparándome en esto, seguí los pasos de Schliemann hasta las caballerizas, y luego a lomos de un caballo hasta el sendero sinuoso del norte. ¿Podía ser que estuviera abandonando el yacimiento? ¿Que no fuera a volver?

El camino serpenteó bajo un espeso bosque de pinos húmedos y rebosantes de sabia, y luego hasta la tétrica ciénaga plomiza del Escamandro. A causa de las lluvias, los humedales se habían desbordado y un tufo a lodo marino impregnaba el ambiente. Tuve que llevarme un pañuelo a la nariz para avanzar. Schliemann conocía bien el camino: en ningún momento intuí que dudara sobre su rumbo, difícil de seguir entre la espesura de sauces y álamos temblorosos y la negrura sin luna de aquella noche. Después de largo rato —no puedo ni siquiera estimar cuánto tiempo tomó aquel trayecto de tan concentrado que iba en no perderle de vista—

alcanzamos el pantano, inmóvil como una balsa de mercurio, y la aldea arrasada por la malaria. Entre las casas había un cobertizo sin ventanas del que Schliemann tenía la llave. Aguardé escondido entre las ramas no sé cuánto tiempo, pero el suficiente para que mi mente elucubrara, como aún hoy al recordarlo, acerca de cientos de posibilidades sobre lo que podía estar haciendo ahí.

Claro que traté de ver lo que había dentro, lector; claro que, una vez Schliemann abandonó el cobertizo y desapareció, traté de forzar la puerta, de derribarla incluso. Pero fue inútil. Volví al campamento anticipando noches de insomnio y ansiedad siguiendo al doctor en su extraño cometido nocturno. Fueron siete, y todas ellas en vano. Sólo el doctor sabía lo que allí ocultaba y el motivo por el que había que mantenerlo en secreto. De todas formas, el día que me lo reveló me generó muchas más preguntas que respuestas.

XLV

LOS TURCOS

Esa noche sopló un viento feroz cargado de malos presagios. Lúgubres nubarrones ocuparon el cielo, y la landa y el mar rugieron como en los primeros tiempos. Los vigías de la colina tuvieron que abandonar su puesto y los mineros zanjar al poco de empezar las excavaciones nocturnas. Los clavos de hierro con los que aferrábamos al suelo las tiendas se retorcieron, así como los maderos de los cobertizos y casetas, y el campamento entero pareció estar a punto de salir volando. Recuerdo despertarme asustado por los aullidos de la tempestad y agarrarme con fuerza a mi almohada, temiendo que el huracán entrara y me arrancase de la cama como una pesadilla. Fue tal el estrépito de los elementos que parecía avecinarse el cataclismo definitivo. No obstante, si bien aquella tormenta no les sirvió a los dioses para librarse de una vez por todas de los mortales, al menos a otros les sirvió para escabullirse sin ser vistos hasta la finca y rodear el campamento.

Escuché voces cerca del alba, cuando amainó el viento. Al principio pensé que continuaba dormido, pues era esa hora de la madrugada en la que, por la luz metálica que cae del cielo, se puede confundir con facilidad la vigilia con el sueño, pero en cuanto agucé el oído, ya aciagamente despierto, supe que aquello estaba sucediendo de verdad: que el campamento había sido tomado por desconocidos. De inmediato, pensé en ladrones y cazatesoros a los

que había llegado el rumor de que en la colina se había encontrado el yacimiento de una gran ciudad. Me vestí apresuradamente y agarré un pico, todo lo que tenía para defenderme, dispuesto a escabullirme hasta la tienda del doctor Schliemann para dar la alerta. Pero en cuanto puse un pie fuera, un farol me deslumbró y un golpe violento me arrancó el pico y me tiró al suelo. Por encima de mí sonaron rasposas voces túrquicas, y de inmediato sentí sobre mi mejilla el beso frío del cañón de un rifle. Después de todo aquel tiempo, imposible saber cuánto había sido en realidad, los otomanos habían dado con nosotros.

En efecto, me rodeaba un grupo de soldados vestidos con uniformes de campaña color caqui y fez bermellón sobre la sien. Habían venido por la carretera de Dardanelos valiéndose del cobijo de la fatídica tempestad. De haber estado el vigía en su puesto de guardia —y de haberse mantenido clara su visión— habría oteado en la distancia un punto diminuto y parpadeante que quizá en un primer momento hubiera tildado de ilusión. Sin embargo, al poco habría visto que el punto se estabilizaba y se convertía en una mancha hormigueante que progresivamente iba ocupando la línea del horizonte y acercándose peligrosamente a la linde. Era todo un ejército el que se había aproximado pasando desapercibido, pero no uno con gruesos cañones de hierro a la cabeza ni jenízaros de turbante rojo o feroces espahíes sarracenos, como el que Schliemann había hecho aparecer en mi imaginación. De hecho, del cuerpo de doscientos cincuenta hombres que a las cuatro y treinta y tres de la madrugada de ese martes de abril había cortado la cerca de alambres de Villa Thymbra e invadido la finca, tan sólo veinte llevaban al hombro un rifle o al cincho un revólver. Los demás vestían de traje de campaña y por todo armamento llevaban aperos de excavación.

Pero por pocos soldados que fueran, se bastaron para registrarme sin clemencia, revolver todos mis libros y papeles en busca no sé muy bien de qué, y propinarme un terrible culatazo ante la primera protesta. Me revolví en el suelo, doblado de dolor y jadeando. Luego me ataron las manos y me levantaron entre dos. Apenas podía caminar por los golpes y fui arrastrando las piernas como un saco de huesos inerte. Supuse que aquel era el final. Qué caprichoso era el destino, que me había impedido embarcarme para morir en Creta con mis amigos porque lo que reservaba para mí era una muerte en soledad, lejos de casa, contemplando el resultado de mis acciones, para, supongo, enseñarme una valiosa lección que ya me sería inútil. Me ataron a un poste en medio del campamento. Di por hecho que a continuación me fusilarían. Me pregunté si tendrían la clemencia de vendarme los ojos, y también me pregunté si yo la aceptaría. Sin embargo, por allí no había ningún pelotón. La noche dio paso al alba: ¡que acabara ya esa agonía! Nada. Empecé a confiarme, o acaso a desesperar. Le pedí un sorbo de agua al joven turco que me vigilaba y éste, sin esperar un segundo, me dio de beber de su propia bota. «¿Me van a matar?», musité. No sé si entendía griego, supongo que no, pero aun así se lo volví a preguntar. Tan sólo esbozó una media sonrisa; aquel gesto bien podía significar un «no» como un «al atardecer». Hasta entonces, aguanté en una agónica incertidumbre, pensando que primero despacharían a Schliemann y después me fusilarían a mí.

Los soldados rondaron a los mineros y los pusieron en fila mientras un grupo de oficiales civiles los ametrallaba con una batería de preguntas —¿procedencia?, ¿etnia?, ¿lugar de reclutamiento?, ¿tiempo?, ¿descubrimientos en los que hubieran participado?— y requisaba sus papeles. Una legión de doscientos excavadores, todos igual de uniformados con ásperos trajes y pantalones de paño,

camisas de lino amarillentas y alpargatas de esparto, se dividió en diez grupos de veinte a lo largo de la colina, cada uno a cargo de un funcionario trajeado y coronado de fez. Éstos consultaban sabía Dios qué cosas en gruesos cuadernos que imaginé llenos de una letra apretujada e ilegible, mientras voceaban a los hombres, ordenándoles excavar allí, sacar escombro de allá, asegurar aquella pared, derribar la de más allá... En pocas horas, el yacimiento volvió a funcionar con su antiguo e industrioso ritmo de mina de carbón, pero esta vez desprendiendo una sensación de eficiencia que no había existido antes. Quizá fuera porque nosotros habíamos adelantado los trabajos más laboriosos, localizando primero la ubicación y después cavando a ciegas, azorados por la duda, pero los turcos verdaderamente se movían entre las ruinas como si las conocieran de antemano y supieran exactamente dónde cavar.

Pasé todo el día allí amarrado, aturdido bajo el resol primaveral que destellaba tras el cielo blancuzco, aguardando mi ejecución. Pensé en Calvert y en Sofía. ¿Cuánto tardarían en enterarse de nuestro destino? ¿Irían después a por ellos? ¿Le mandarían a Sofía un sobre con la bala que mató a su marido? ¿Le mandarían a mi padre la mía? Tantos pensamientos me asaltaron... Pero según fue avanzando el día y acercándose el momento de mi ejecución, éstos curiosamente cada vez tenían menos que ver con la muerte. Era la excavación lo que me afligía, ver a los turcos cavando frente a mí y desenterrando a destajo las murallas de la ciudad. Sentí la soga de la congoja apretándome al cuello, pero no a causa de un sentimiento común de derrota. No lloraba porque nos estuvieran arrebatando la gloria del descubrimiento, ni porque nos estuvieran robando de la posesión de sus tesoros o el privilegio de su belleza. Ni siquiera por los esfuerzos de todo ese tiempo, ahora derramados. Nada de eso. Te parecerá extraño, lector, incluso absurdo, pero lo que

verdaderamente me atormentaba era la velocidad con la que estaban excavando: parecía que iban a desenterrar Troya entera antes de que se pusiera el sol. Aquello me infundía una angustia insoportable, tanto que incluso llegué a sollozar «¡paren, deténganse!» sin que nadie me entendiera. Algo en mí quería mantener vivo el misterio, la falta de respuestas. Ver Troya descubierta (fuera la ciudad que fuera) sería una puñalada de rotundidad, de certeza; un asomarse al precipicio de la nada, al sinsentido más abisal, vacío y espeluznante, y arrojarse de cabeza.

En eso pensaba cuando dos soldados vinieron a por mí. Debieron de creer que mis lágrimas eran de miedo por la muerte inminente. Se rieron: les debí de parecer un auténtico cobarde. Me ataron de nuevo las manos, me pusieron en pie y me llevaron con ellos. No tuve ánimo para oponer ninguna resistencia. Pero para mi sorpresa no me condujeron al yacimiento, ni me hicieron cavar mi propia zanja en el bosque: fui empujado hasta la tienda del doctor Schliemann, por cuyas cortinas se escapaba la misma luz de todas las tardes. Me empujaron dentro y caí de rodillas, débil como estaba tras el día al sol, frente a un par de botines acharolados manchados de barro.

—¿Qué es esto? ¡Desátenlo ahora mismo! —oí decir en francés.

De inmediato sentí la soga cortándose y el escalofrío del cuchillo rozando mis muñecas, y ante mí apareció, como del cielo, una mano amiga para ayudar a levantarme. Al alzar la vista, reconocí al hombre que me la tendía: mediana edad, grasiento cabello gris, cara redonda, simpáticos anteojos de vidrio, nariz de patata y sabia barba de mago.

—Ya sabía yo que iba usted a trabajar para un diplomático o un arqueólogo. Nadie más puede necesitar un secretario en Dardanelos.

La visión de Philipp Déthier flotaba ante mí como la de una aparición espectral. Me estrechó la mano sin fuerza y me dio una palmada en el hombro, dedicándome una sonrisa.

—Lamento mucho el trato que le han dado —me dijo con pesar—. He sabido de ello hace apenas un rato, al llegar al yacimiento, pero ya he mandado disciplinar a quienes lo hicieron.

—Sus hombres son unos salvajes —masculló una voz amarga al fondo de la tienda.

Derribado en una silla, Schliemann fumaba ansiosamente mientras se llevaba un pañuelo húmedo de *whisky* a la ceja, de donde le brotaba un hilillo de sangre. Antes de que Déthier lo hubiera podido impedir, un soldado le había propinado un puñetazo para enseñarle respeto.

—Ya le he dicho que lo siento —insistió el abogado, molesto de tener que volver sobre el tema—. Pero, a decir verdad, me comentaron los hombres que usted los amenazó con un arma...

—Estaba descargada.

Déthier sonrió.

—¿Y cómo iban a saberlo ellos? —Volviéndose a mí, me guiñó un ojo con complicidad.

A continuación, se llevó la mano al bolsillo interno de la chaqueta y sacó un sobre color crema sellado con un grueso lacre. Se lo entregó al doctor, pero éste rehuyó la cabeza por lo que acabó dándomelo a mí y pidiéndome que lo abriera y lo leyera. El sobre contenía tres folios de papel amarillento. El primero de todos estaba escrito en caracteres para mí indescifrables y timbrado con los símbolos sultánicos; los otros dos, descubrí que eran traducciones al árabe y al francés. Leí la última y luego se la tendí al doctor Schliemann, pero de nuevo la rechazó.

—Este yacimiento ilegal queda clausurado por orden de su majestad imperial el sultán de los otomanos —resumió solemnemente el señor Déthier—. La finca llamada «Villa Thymbra», que va desde el surco del río Escamandro hasta la colina de Hisarlik y la playa queda, por la presente, expropiada. Doctor Schliemann, tiene obligación de entregar a la autoridad, es decir, a mí, los objetos y artefactos que haya encontrado en esta excavación ilegal sin que se prescinda de ninguna parte de los mismos, puesto que todos ellos son propiedad del Estado.

»Agradecería, doctor, que colaborara con nosotros y nos ayudara con el inventario de las piezas encontradas. Si lo hace, le doy mi palabra de que no habrá multa ni condena a prisión ni nada por el estilo. Ya le digo que nos ha hecho un favor: hacía tiempo que el Museo Imperial Otomano seguía la pista de este yacimiento.

—Antes muerto —escupió el doctor—. Si quiere colaboración, vaya a buscarla a otra parte, por ejemplo, a casa de ese otro traidor, Calvert. Seguro que está encantado de ayudarle.

—Ni me hable de los Calvert —bufó el francés—. De hecho, le debo otro favor en ese sentido también: anduve detrás de esa familia durante años tratando primero de que vendieran el terreno, sin que hubiera manera; y luego desatando contra ellos todo tipo de litigios de los que se protegían con su condición de cónsules americanos. Si no llega a ser por usted y sus maniobras..., tan evidentes, hubiera sido imposible llegar hasta este punto.

Noté cómo Schliemann se retorcía de furia; aquella estocada lo había dejado temblando. Empezaba a ser sorprendente que se mantuviera en pie.

—En fin... —acabó—. En vista de su actitud más valdrá que me ponga manos a la obra; hay mucho que hacer. Me gustaría, si son ustedes tan amables, que abandonaran el yacimiento a más tardar

mañana al amanecer. Pueden llevarse sus papeles y sus pertenencias, claro. No les pondré escolta ni vigilancia. Esto queda cerrado entre caballeros. Pero por eso mismo les pido que se vayan elegantemente. Buenas tardes.

Déthier les dijo algo a los turcos y estos abandonaron la tienda con él.

Schliemann y yo quedamos sumidos en un amargo silencio derrotado. Ahí acababa todo, me dije con resignación. Hasta allí nos había llevado su locura. Sería, creí, la última de sus derrotas. Comencé con triste diligencia a recoger los enseres de mi todavía empleador, pensando ya en el imposible regreso a Atenas, en cómo volver a la vida normal, cuando de repente el doctor se volvió hacia mí como un vendaval.

—¿Qué está haciendo, Yannikis?

Señalé lo evidente, pero él negó bruscamente con la cabeza.

—Nosotros no nos vamos... todavía. —Se levantó de un brinco y, tras echar un vistazo fuera de la tienda, corrió el cortinaje y lo cerró con el grueso cordel—. No, todavía no... —repitió.

Se abalanzó sobre el escritorio, cogió un folio en blanco, mojó el plumín tembloroso en tinta y empezó a trazar un extraño dibujo. «Venga, mire», me dijo. Me asomé al papel y reconocí el contorno de la cornisa de la colina de Hisarlik y un segmento de la ruina que Schliemann había bautizado como «Torre de Ilión». Junto a la base de dicha torre, había dibujado una especie de puerta o cueva adosada a la roca.

—Aquí —me mostró—. Aquí es donde hay una entrada, Yannikis. La descubrí hace algunas semanas en uno de mis paseos matutinos por el yacimiento. Desciende a un túnel, quizá sea una cámara mortuoria o uno de los túneles por los que escaparon del asedio los últimos troyanos. Es una compleja estructura. He estado

investigándola por mi cuenta; se encuentra tapada con piedras y grandes ramales de árbol.

Miré con fascinación el bosquejo.

—¿Qué cree que puede contener?

—Ya sé lo que contiene —dijo en voz baja—. Ya he bajado. Si no he dado antes la noticia, era para protegerlo de la codicia de los hombres. Si supieran lo que hay abajo nos cortarían el cuello para quedárselo. Pero ahora tengo que volver, Yannikis. Y usted me tiene que ayudar a sacarlo.

Sentí el corazón a punto de estallar.

—Pero ¿qué ha encontrado?

Los ojos del doctor se habían avivado como las brasas finales de un incendio cuando descubren un último aliento de oxígeno bajo la ruina y el hollín.

—Piezas de oro, Yannikis. Las que consiguieron salvarse del asedio de Troya hace más de tres mil años. El auténtico tesoro de Príamo.

XLVI

LA ÚLTIMA NOCHE EN HISARLIK

Aguardamos a tener el amparo de la madrugada para escabullirnos hasta el yacimiento. Los hombres de Déthier no seguían los ritmos draconianos que había impuesto Schliemann, y a esa hora las zanjas estaban sumidas en una inmóvil oscuridad. El pequeño farol que cargábamos apenas alumbraba lo que una vela, pero al menos la noche estaba clara y un traicionero cuarto creciente nos prestaba auxilio con algo más de luz. Cruzamos la entrada de las ruinas, cortamos la cerca de alambre de espino con la que las habían vallado y nos adentramos en el laberinto.

Las murallas temblaban en la noche. Como si fueran columnas de humo, los rayos de la luna las atravesaban formando una fantasmagoría de zanjas, quiebros en el suelo y túneles bajo las paredes. Anduvimos largo rato entre el cementerio de edificios. La torre de Ilión se encontraba en lo que había sido la parte occidental de la colina. El camino no tenía pérdida, pero confundidos en las tinieblas, y escondiéndonos y desviándonos al menor ruido, acabamos dando vueltas sin sentido por todo el yacimiento. Pasamos junto a la zanja donde se habían encontrado los huesos de aquel falso dárdano, y ascendimos por una calle empedrada que conducía hasta el pérgamo de templos, de donde Calvert había sacado la escultura de Atenea. Luego serpenteamos hasta la cornisa orientada al levante, y pasamos junto a la ruina de donde habían sido arrancados los relieves de Eneas y Afrodita, y que, después de aquello, Schliemann había apostado por abandonar. El raro símbolo (卐) que había alimentado sus primeras fantasías en Hisarlik se había quedado sin descifrar y ahora apenas era visible tras la tupida maleza que trepaba por el muro. Dejado atrás el templo, atravesamos la gran trinchera que partía en dos mitades la colina y seguimos el curso de la muralla quemada hasta alcanzar el impresionante pórtico ciclópeo de las Puertas Esceas.

—¡Vamos, no se detenga! —me chistó.

Lo seguí por la rampa empedrada, brillante bajo las estrellas, hasta la parte elevada al otro lado de la muralla, lo que Schliemann había interpretado como el primer baluarte o patio fortificado del palacio de Príamo. Allí, en el mismo saliente donde hacía no mucho había estado la higuera, antes de ser arrasada por la explosión, encontramos los cimientos de la supuesta torre. Schliemann me señaló un punto junto a la gran roca que formaba uno de los vértices, el que pendía sobre la cornisa. «¡Aquí!», indicó con un

susurro ahogado. Me acerqué a tientas: el terreno era resbaladizo y la caída severa. Pero entonces Schliemann me mostró una suerte de peldaños naturales, o tal vez excavados en la roca, por donde se descendía a un saliente. Acostumbrado a pasear entre las ruinas bajo el mediodía feroz, que engulle con su verticalidad todas las sombras y volúmenes, no había reparado en que había un gran agujero bajo el muro del supuesto palacio. Schliemann, en su precaución, lo había cubierto con maleza. Dejé el farol en el suelo y le ayudé a retirarla. Se trataba de un angosto pasadizo, por cuya entrada cabía a duras penas una persona.

—Debió de tratarse del lugar donde se refugiaron los troyanos que huían del asedio del palacio. Una especie de catacumba excavada en la roca en la que escondieron sus tesoros con la esperanza de recuperarlos algún día —dijo Schliemann—. Vamos, ayúdeme a bajar.

Con su gran hechura de hombros y su altura, me pareció imposible que pudiera introducirse por la brecha. En un arrebato de valor, me ofrecí a bajar yo.

—¡No! —tronó. El eco de su grito resonó en nuestros oídos, hechos al silencio, como un cañonazo—. Usted se tiene que quedar aquí, vigilando... —me ordenó recuperando la voz susurrante.

Cuidando sus pasos como un trapecista, se introdujo en la abertura.

—Deme la mano.

Se sujetó con tanta fuerza que casi estuvo a punto de arrastrarme con él. Un polvillo arenisco cayó sobre sus hombros.

—Tenga cuidado, señor —dije desde arriba—. Parece que puede venirse abajo en cualquier momento.

Schliemann ignoró la advertencia. Estaba dispuesto a morir en Troya, sepultado bajo sus escombros como los héroes de la *Ilíada.*

Aquélla sería sin duda una gloria mayor que la de cualquier arqueólogo de biblioteca. Ya con medio cuerpo dentro del agujero, me miró con malicia y esbozando una sonrisa altanera. ¿Qué diablos pretendía? Parecía un mago a punto de ejecutar un truco imposible, con el que sacudiría los pilares de todas mis creencias.

—Apague el farol —me ordenó, pero con un tono desafiante.

Sin pensarlo, obedecí. Justo en el momento en el que soplaba la llamita de aceite, el agujero se lo tragó, y un telón de tinieblas cayó sobre mí. Aguardé durante largo rato, con los nervios destruidos por la congoja. El universo estaba quieto, a excepción de Saturno, que avanzaba lento y voraz por el cielo, engullendo las estrellas. No se oía otro ruido salvo el martilleo cada vez más sonoro de mi pulso y un resuello pesado de mi respiración. Desconozco cuánto tiempo pude sobrevivir aquel estado de ansiedad antes de asomar la cabeza al interior de la gruta y gritar su nombre. Mi propio eco me contestó. Un sudor glacial me caló el cuerpo y volvió todavía más agitada mi respiración. Volví a llamarlo, y de nuevo fue mi voz la que oí, pero esta vez acompañada de una avalancha de terrores.

—¡Yannikis!

Tuve que agarrar el alma con los dientes para que no se me escapara por la boca. Schliemann asomaba por el agujero, con los labios temblorosos luchando con todas sus fuerzas por no entonar a gritos el heroico eureka de los grandes descubrimientos. El brillo ígneo del metal me deslumbró. En su chaqueta, asida por los pliegues como una gran sábana, Schliemann llevaba las joyas de los reyes de Troya. Decenas de piezas; un arsenal de anillos, monedas, pendientes, diademas y collares que tintineaban como una melodía celeste y que refulgían con tanta fuerza aun en la luz pálida como si fueran pedazos del sol mismo. El tesoro de la realeza dárdana. La herencia de las reinas de Troya. Las mismas alhajas con las que

Helena habría sido obsequiada a su llegada a la ciudad. Y, ante todo, la prueba final y definitiva de que la rica, riquísima ciudad descrita por Homero, la capital del imperio dárdano contra el que todos los pueblos griegos se habían unido con la excusa de una deuda de honor, había existido de verdad.

Hicieron falta tres viajes de Schliemann al fondo de la gruta para extraer todo el tesoro. Improvisamos unos sacos anudando nuestras chaquetas, echamos ahí el botín y corrimos de vuelta al campamento. No nos atrevimos a encender de nuevo el farol, y fuimos casi completamente a ciegas, guiándonos tan sólo por un frágil haz de luna. El camino era pedregoso y estaba lleno de trampas. En una ocasión, Schliemann tropezó con una piedra y cayó, y por el suelo rodaron algunas piececitas de oro que apenas tuvimos tiempo de recoger.

Entre las ruinas aún reinaba una quietud de camposanto. A mi mente acudió la siniestra advertencia del capataz Photidas sobre los sucesos extraños que acontecían al caer la noche. Temí haber desconfiado de él y vernos de pronto asaltados por las ánimas voraces de los muertos. Por suerte, logramos alcanzar el confín del yacimiento sin mayores dificultades. Fue entonces cuando la situación se volvió verdaderamente delicada: debíamos apresurarnos a la tienda del doctor, donde ya teníamos listo nuestro escueto equipaje, camuflar el botín entre nuestras pertenencias y salir disparados a por los caballos camino de Dardanelos... Ahí ya se me escapaba lo que haríamos.

Ante nosotros se abría una explanada de no más de un kilómetro, aunque sin un solo árbol o arbusto que nos pudiera prestar cobijo. Al fondo de ésta, cerca del arroyo, estaban clavadas las tiendas de campaña. No teníamos más que atravesar la explanada desnuda tan rápido como pudiéramos y escondernos entre ellas, o en su defecto

detrás de una roca o un matorral. Tuve miedo, mucho miedo; pero éste es mi momento, Nicholas Yannikis, no hay vuelta atrás, me dije mientras evocaba el espíritu de mis amigos y pensaba en cómo ellos se habrían lanzado a cruzar la landa sin dudarlo. Miré de nuevo a Schliemann, que, sin emitir ni un sonido, dibujó con los labios los números: uno..., dos..., y ¡tres! Dio un brinco y salió corriendo, pero justo entonces lo agarré por el brazo y tiré de él hacia atrás, desequilibrándolo y derribándolo encima de mí y clavándome el saco con las piezas del tesoro. Los abracé a ambos con fuerza, a él le puse la mano embarrada sobre la boca para que no hablara, y nos arrastré bajo un arbusto entre cuyas ramas, en apenas segundos, se filtró la luz de una linterna.

Se oyó hablar a tres soldados, pero quizá fueran más. Sus voces sonaban idénticas y era difícil saber cuántos podían integrar el grupo. Agachados bajo las ramas, a ras de suelo, únicamente podíamos verles las botas marciales —otrora de un negro reluciente, ahora manchadas de barro hasta las cañas— y el cañón de sus carabinas apuntado hacia el suelo. Daban vueltas alrededor de nuestro escondite con pasos lentos y suspicaces, intercambiando frases cortas y en áspera voz baja. Dirigían las linternas de aquí para allá, alumbrando el pie de la colina con una esquizofrenia de destellos, mientras sacudían los arbustos cercanos al nuestro con las culatas de sus armas. En ese momento, el rayo de una linterna se posó sobre nosotros. Con un rapidísimo reflejo, hundí la cara en el barro frío, húmedo también por mis lágrimas de pánico. Nunca he vuelto a sentir tan inminente la muerte. No podía respirar, tenía la garganta atorada de miedo, y ninguno de los músculos de mi cuerpo me obedecía. La luz estaba fija sobre nosotros; supe que nos habían descubierto, que era imposible que no nos vieran y que por ese motivo no se movía de encima de nuestros cuerpos vueltos sobre el

suelo. Pasaron minutos, los más largos de mi vida hasta que volví a notar la oscuridad tras mis párpados. La luz se había ido, tal y como el haz intenso y penetrante de un faro alumbra durante la eternidad de un instante un punto en la negrura del mar y después pasa de largo. Las voces se alejaron y con ellas el ruido de las pisadas, pero Schliemann y yo aún permanecimos largo rato inmóviles, sin atrevernos siquiera a levantar la cabeza, antes de decidirnos a reptar desde debajo de las ramas. Luego oteamos con ansiedad la explanada y, esta vez sí, echamos a correr hacia el campamento.

Por suerte no nos topamos con más patrullas. La mayoría de nuestros hombres ya habían sido expulsados de Hisarlik, o se disponían a serlo a la vez que nosotros, cuando rayara el alba. Nuestro viejo campamento, que durante meses se había parecido al de una frenética campaña militar, ahora recordaba a la ruina que deja tras de sí una calamidad: parches de hierba muerta en los lugares donde se habían asentado las tiendas; los hierros retorcidos con las que las habíamos clavado dejados a ser pasto de la herrumbre; por doquier restos de basura que ya empezaban a rapiñar las alimañas; animales de granja abandonados en su propio excremento; las zanjas de letrinas sin cubrir de tierra; y envolviéndolo todo el hedor, inconfundible aun cuando es la primera vez que se siente, de la derrota en el campo de batalla.

En la tienda del doctor, deshicimos los sacos de nuestras chaquetas y a la luz discreta de una vela volvimos a examinar el magnífico tesoro. Con apenas esa gota de luz, el oro refractaba un brillo de fuego bellísimo y hechizante sobre nuestros rostros cubiertos de barro, dibujándolos con una lívida mueca de asombro y maravilla, pero también de avidez y de locura. Nos hubiéramos quedado ensimismados contemplando nuestro botín, con las mentes perdidas en el mismo sueño, si no hubiera sonado de repente el

canto amargo de un gallo en el exterior delatando a la madrugada. Tomamos unas mantas de piel y a toda prisa envolvimos en ellas las piezas de oro para luego echarlas a nuestras valijas. Atrás dejamos ropa, libros... Casi todos nuestros enseres; cada uno cargó con una maleta y un hatillo hasta arriba de joyas de oro.

Sin perder un instante ensillamos los primeros caballos que encontramos; las pobres bestias se resintieron por el peso del contrabando, emitiendo un suave relincho quejumbroso. Ya nos disponíamos a hincar las espuelas y salir al galope de Hisarlik, cuando Schliemann palideció de horror. «Mi cuaderno —dijo—, tengo que volver». Se bajó del caballo y echó a correr hacia su tienda. «¡Doctor!», chisté, pero de inmediato me tapé la boca. Por un cuaderno estábamos arriesgándonos a que nos descubrieran.

Volví a sentir el tambor de la angustia en el pecho. El cielo nocturno ya empezaba a anunciar el alba. Lentos como pudieran sucederse los minutos, esperando a Schliemann yo los sentía disparados; y, quizá fueran mis terrores los que estuvieran jugándome una mala pasada, pero yo ya veía que la claridad era inminente.

Por fin volvió agitando el cuaderno de tapas de cuero en la mano como si fuera el auténtico trofeo de su victoria. Era su diario de excavación, me dijo mientras se lo guardaba en el pantalón. No podíamos permitir que cayera en malas manos.

—¿Qué hora es? —me preguntó azorado.

—Casi las cuatro.

Meditó un instante en silencio, escudriñando en su mente los caminos y la velocidad del sol.

—Tenemos que darnos prisa —concluyó, como si alguien nos esperara.

Azuzamos a los caballos y echamos a galopar. Antes de rebasar el confín de Villa Thymbra, volví la vista sobre mi hombro para echar un último vistazo a la colina de los dárdanos, que tímidamente empezaba a iluminarse con ese primer destello gélido del amanecer. Apenas se adivinaba el contorno umbrío de su despojo, un cadáver putrefacto del que pronto no quedaría ni el esqueleto.

XLVII

EL HIJO DEL DIOS DE LOS LADRONES

Desde nuestra salida de Hisarlik, una cólera sorda había hecho enloquecer a los elementos. Al principio, los árboles nos habían aportado cobijo, pero ahora que caminábamos por la senda de los acantilados no había nada que nos protegiera. En la lejanía, el viento aullaba ciclones y rasgaba la espuma de la superficie de las olas; mientras, en la costa, el mar masticaba su rabia y la lanzaba desesperado contra las rocas, levantando una fina lluvia salada por encima de los riscos. Me subí el cuello de la chaqueta sin que de nada sirviera: estaba calado hasta los huesos. Quise preguntarle al doctor Schliemann cuánto faltaba para alcanzar nuestro destino, pero no habíamos dicho una palabra desde que abandonamos el camino principal y me daba miedo romper ese silencio.

No habíamos llegado a tomar la carretera que llevaba hasta Dardanelos, sino que habíamos cabalgado campo a través hasta alcanzar la linde de la finca y un pequeño río, que cruzamos a caballo para que se perdiera nuestro rastro. Al instante reconocí el lugar donde nos estábamos adentrando, como si ya lo hubiera transitado a tientas en algún sueño: el bosque de pinos, álamos y sauces que discurría hasta el pantano abandonado y el misterioso cobertizo junto al que alguien había dejado un viejo carromato. «Unza su caballo al carro», me dijo Schliemann. «Y al mío libérelo». Hice lo que me ordenó, viendo de reojo cómo extraía una llave

cubierta de herrumbre y abría la puerta como tantas veces le había visto hacer en noches anteriores. «Vamos, queda mucho por cargar», me apresuró. Las joyas de Helena no eran lo único que escondía Hisarlik, lector. En aquella cabaña apartada, Schliemann había ido acumulando los tesoros descubiertos las noches anteriores: cálices de oro y plata; ritones de piedra y metal; y una vieja rodela de bronce sucio.

—Aquí es donde venía —murmuré extasiado—. Por las noches, cuando desaparecía.

Schliemann asintió.

—Cuando hallé la catacumba supe que no podía decírselo a los mineros, y que la única forma de poner a salvo mis hallazgos era trayéndolos hasta aquí. Vamos, dese prisa. Échelo al carro. Nos están esperando.

No me atreví a preguntar quién. Envolví todas las piezas en una gruesa lona que encontré abandonada en un rincón y las cargué al carromato con nuestro equipaje, de por sí muy pesado. Temí que un caballo solo no fuera a ser capaz de arrastrarlo. Pero Schliemann, ya encaramado al pescante, no tuvo piedad con el látigo y al pobre animal no le quedó otra opción. Abandonamos el pantano y continuamos a través del bosque por una senda que sólo el doctor era capaz de ver. Nos íbamos alejando cada vez más de cualquier paisaje reconocible. Al cabo de una hora, la vegetación que nos rodeaba había empezado a adoptar un color parduzco, como el de la tierra. Los árboles habían pasado a ser poco menos que arbustos aguerridos a ras de suelo. Un humor marino me llegó a los labios minutos antes de que apareciera ante nosotros la diáfana visión del mar de Dardanelos y sus precipicios.

La senda discurría prácticamente al filo del barranco. Cada vez que Schliemann tiraba de las riendas del caballo, mis ojos se

asomaban a la caída y el vértigo me trepaba desde el estómago y me cortaba la respiración. A él sin duda no le importaban nada las caídas espeluznantes ni el frío que teníamos metido hasta el tuétano. De hecho, iba fumando con una tranquilidad envidiable y echando fugaces vistazos atrás, para comprobar la seguridad de la carga que llevábamos atada con gruesas correas.

—Señor, ¿hacia dónde nos dirigimos? —me atreví a preguntar finalmente.

—¡Shhh..., nos pueden estar siguiendo! —bramó.

¿Y quién habría de seguirnos por esa senda suicida?, me pregunté. Sólo un auténtico loco se atrevería a pasear por los resbaladizos acantilados en mitad de un temporal como aquel. Las olas eran ya tan grandes que a punto estaban de arrancarnos de la roca. Me hundí de vergüenza sobre mi montura y me resigné a no volver a hablar hasta que lo hiciera él, cosa que no hizo hasta pasado un largo rato. «Alto», dijo. Detuvo el caballo y me señaló una senda que descendía en zigzag por la pared del acantilado hasta el fondo de una pequeña cala de arena gris. Allí había fondeada una vieja goleta que parecía recién resucitada del fondo de los océanos. Tenía el casco blanquecino por la sal —salvo en proa y popa, donde crecía una barba de moluscos—, los mástiles temblorosos y las velas llenas de remiendos de telas diferentes y no muy resistentes a simple vista. Se balanceaba ominosamente en las olas que entraban en la bahía —y ni siquiera éstas eran muchas, pues la entrada era muy angosta y estaba protegida por dos peñas colosales—, poniendo a prueba la cordura de los que pretendieran embarcarse en ella.

El doctor sonrió, satisfecho.

—¿Sabe qué sitio es éste, Yannikis? —me preguntó antes de responderse—: Punta Sigeo, justo en la entrada del estrecho de

Dardanelos. Esta bahía fue el refugio secreto donde fondearon las naves de los griegos al final de la guerra de Troya, cuando quisieron engañar a los troyanos haciéndoles creer que se habían hecho de nuevo a la mar. Está escondida, es fácil de proteger y, no se engañe, es de aguas muy profundas.

Echamos mano de la carga, liberamos a la bestia y comenzamos el peliagudo descenso por la senda. Íbamos casi a ras de la pared, teniendo en muchas ocasiones que poner un pie delante del otro para descender. Zarzas aguerridas de horribles pinchos me rasgaban la camisa y el viento formó un extraño vórtice intramuros de la bahía que a punto estuvo de desequilibrarme. Me asaltó el presentimiento de que la tierra sabía lo que estábamos haciendo y tratara de impedírnoslo. De modo que agarré con fuerza la maleta llena de oro, dispuesto a no perderla; sin pararme a pensar que, en caso de resbalar y no soltarla, el peso de las joyas me arrastraría al fondo. Schliemann, en cambio, andaba sin temor por el risco, ligero como una cabra montesa, y en unos pocos minutos ya estaba con los pies en la orilla y llamando con aspavientos a los tripulantes de la goleta. Enseguida vimos descender al agua un bote con dos remeros, que las olas casi volcaron al tocar tierra.

Los dos lobos de mar saludaron al doctor por su nombre —¡lo conocían!—, cargaron en un santiamén el preciado equipaje y nos hicieron a la mar. La barca navegó medio hundida por el peso de las cajas y maletas que los marineros no dejaban de mirar con terrible preocupación. Schliemann disimulaba su propio miedo con una sonrisa; yo no podía. ¿Cuánto podían pesar todas esas piezas de oro? ¿Cuánto podría aguantar esa frágil barca que el oleaje batía cada vez con más violencia? Estaba claro que el doctor no consentiría arrojar por la borda el tesoro con tal de salvar la vida. Hubiera sido un final poético, qué duda cabe: el último de los barcos

griegos que huía de Troya con su oro, hundido en la bahía escondida de Sigeo, arrastrado a las simas más negras por el peso de su codicia.

En contra de todos mis presagios, las oraciones de los marinos consiguieron mantener la barca a flote y acercarnos a la goleta. Mientras subíamos por la escala de cuerda (primero nosotros y después las maletas) divisé a un muchacho que bajaba del palo mayor y corría hacia la popa, por donde se descolgó con una maniobra vertiginosa para arriar el pabellón e izar uno nuevo, diferente, por cuarta vez en su larga travesía. Tras haber viajado bajo los raros colores de un ducado alemán sin acceso alguno a mar, una república italiana ya desaparecida y un reino berberisco del norte de África, ahora volvería a hacerlo ondeando un trapo ceniciento de barras y estrellas.

En la cubierta aguardaba el capitán para darnos la bienvenida. Era un hombre de aspecto áspero, barba azulada y manco; iba con el muñón al aire, como una vieja herida de guerra que lo llenaba de orgullo y resentimiento.

—Justo a tiempo, Schliemann. Tenemos la marea.

Estrechó la mano del doctor y, viéndonos cubiertos del barro de la huida, preguntó si habíamos encontrado algún incidente en el camino, a lo que Schliemann contestó con una gran sonrisa que no, pero que nos convendría dejar nuestro equipaje a buen recaudo en nuestros camarotes y descansar.

—Sin problema —dijo el capitán—. El señor Boker los aguarda en Atenas.

De modo que así acababa todo, pensé, con un porcentaje del tesoro en manos de nuestro aciago protector en la distancia, el embajador americano.

El *Autolycus* —así se llamaba la goleta americana—, levó anclas, desplegó sus velas raídas de barco fantasma y enfiló la boca de la bahía. No se divisaba ningún otro barco cruzando los Dardanelos; era una temeridad hacerse a la mar con ese tiempo, pero nuestra nave demostró una resistencia obstinada hendiendo las rabiosas olas y nos mantuvo a flote. No fue, sin embargo, una navegación tranquila. La marejada nos sacudía en sus fauces como un carnívoro a su presa, y los vientos del norte, que en alta mar cambiaban su grave rugido por un chillido fantasmal, nos impulsaban con tal fuerza que el casco de la nave a veces volaba sobre los riscos del oleaje. Encerrados en nuestro camarote, traté de mantener la calma y combatir los violentos accesos de vómito que trepaban por mi garganta. Estaba helado, empapado de un sudor amargo, y de una palidez amarillenta que no hacía sino aumentar cada vez que los maderos de la nave se retorcían a nuestro alrededor o cuando una ola zarandeaba el escaso mobiliario. Schliemann, sin embargo, mantenía la más espectral de las calmas. Estaba sentado en la cama, con una expresión de serenidad imperturbable, aferrado fuertemente a la maleta y apenas tambaleándose con el vaivén de un metrónomo al ritmo del barco y la tormenta. En su mirada había un signo de clarividencia: parecía haberlo previsto todo y por eso nada lo alteraba. «Aguante un poco más, que yo sé cómo acaba esto y por mal que pinten las cosas no nos vamos a ir a pique», pensé que me decía con ese mismo tono de omnisciencia que a veces empleo yo contigo, lector. Entonces me pregunté si Schliemann no sería el orquestador supremo detrás de nuestra historia; si no habría sido él quien lo había creado todo para luego destruirlo, como un dios al principio y al final del tiempo; si no habría sido él quien nos había encaminado en cuerpo, ánimo y motivo hacia el hallazgo, y a la vez sembrado de trampas el

trayecto; quien habría creado las contradicciones y las dudas, y a la vez nuestra capacidad de superarlas o dejarnos vencer por ellas; si no habría sido él quien había animado, como un solitario jugador de ajedrez sus piezas, cada uno de nuestros movimientos y los de nuestros enemigos por el tablero... En ese momento sentí que una náusea me atravesaba, me lancé sobre el cubo de cinc justo a tiempo para vaciar una bocanada de bilis. Schliemann me miró con una media sonrisa.

—Salgamos a tomar el aire.

El fresco de la cubierta y la humedad del mar ayudaron a tranquilizarme. Lo peor de la travesía parecía haber pasado. La tormenta quedaba atrás, dando furiosas vueltas sobre la costa otomana que poco a poco iba deshaciéndose como un sueño en la lejanía. El doctor echó mano de su pitillera y me ofreció un cigarrillo. Fumé con gusto, recuperando algo de color.

—Este será el mayor hallazgo de la historia de la arqueología... —murmuró, apoyado en la batayola—. El tesoro de Príamo es la prueba de la existencia de la mítica Troya. Lo hemos rescatado de su yacimiento en el último segundo, justo antes de que los otomanos clavaran sus garras en él. Esto lo cambiará todo, Yannikis. Nada volverá a ser igual. El mundo ha de saberlo. En cuanto lleguemos a Atenas y clasifiquemos las piezas del tesoro, hemos de convocar a la prensa, a todos los académicos y conservadores de museo de Europa para dar a conocer nuestro descubrimiento.

—Pero, doctor, si promociona el descubrimiento, el abogado Déthier, los otomanos... Quiero decir, sabrán del robo y tomarán acciones contra usted...

—No hemos padecido todo esto para seguir dejando que nos avasallen.

—No lo dejarán volver a pisar Turquía. No podremos volver a Troya.

Schliemann dejó ir una densa bocanada de humo mirándome de soslayo. En ese momento más que nunca encontré en él algo fascinante y perturbador: al otro lado del espectro de sus pupilas saturninas, descubrí una lejanía inasible, un páramo desolado de donde su alma atrapada nunca acababa de regresar.

—El camino a Troya ya no pasa por Hisarlik, amigo Yannikis.

El doctor miró varias veces a nuestro alrededor comprobando que los marinos estaban atareados, subiendo a la cofa o fregando la cubierta. Y fue entonces cuando me reveló nuestro siguiente rumbo.

—Micenas, la patria de Agamenón, el rey que coaligó a todos los pueblos de Grecia contra Troya. Es allí hacia donde pronto hemos de encaminarnos. Troya fue saqueada: el oro que hemos desenterrado es solamente una parte ínfima de lo que debía de ser su tesoro, que fue expoliado por los griegos y trasladado como botín de guerra a Micenas. En las cámaras secretas de los palacios ciclópeos, bajo la Puerta de los Leones que ya está a la vista... ¡Ahí será, Yannikis, donde encontraremos lo que falta del tesoro de Príamo! Tan sólo analizándolo en su totalidad podremos comprender qué tipo de pueblo era el que se asentaba en la colina de los dárdanos...

No dije nada. Nos quedamos apoyados los dos sobre la batayola, observando en el agua nuestro rugoso reflejo, iluminado por la brasa de nuestros pitillos. En el ir y venir de olas, nuestras efigies líquidas parecían la misma.

—Ahora discúlpeme —dijo—, quiero ir a escribir todo esto... Vaya haciendo el listado de periodistas y académicos a los que convocaremos en la presentación del tesoro.

Dicho esto, desapareció bajo cubierta, de regreso a su camarote.

Yo me quedé inmóvil, contemplando el océano embravecerse al ritmo de mis pensamientos. De modo que sería en Micenas donde habríamos de repetir la historia vivida en Hisarlik. Digo bien, lector: «repetir», y no «continuar». Todo volvería a empezar para acabar del mismo modo, fuera allá en la ciudad que Homero llamaba «rica en oro» o en cualquier otro yacimiento del Mediterráneo o del mundo sobre cuya tierra clavara Heinrich Schliemann el pico de sus obsesiones. Las dudas que en su momento albergué acerca de que fuera posible hallar el punto específico bajo la tierra en el que se localizaba Troya, él las había superado haciendo que Troya la contuviesen todas las tierras. Allá donde fuera se toparía con una pista, una ruina, o un tesoro que vincular a la historia de la *Ilíada,* que es la tierra donde arraiga nuestra civilización y por tanto con ella nuestro pensamiento. Así, en cada país que visitara, cada región remota donde excavara siguiendo el trazo de alguna leyenda, daría con la misma colina de los dárdanos en la que el hombre llevaba perdido desde el principio de los tiempos.

Me volví hacia la escotilla de cubierta y lo imaginé escribiendo profusamente, al lado del camastro del camarote donde habría desplegado las joyas de Helena para contemplarlas. Y no pude sino dudar también de que aquel tesoro fuera verdadero. Quizá en su obstinación por conseguir que la realidad le devolviera lo que ansiaba, el doctor lo hubiera mandado forjar a algún orfebre de Dardanelos y lo hubiera enterrado él mismo en las cuevas de Hisarlik para después poder encontrarlo y proclamar la veracidad de la historia.

Schliemann haría cualquier cosa antes de aceptar que la Troya de la *Ilíada,* la auténtica ciudad que fue morada y tumba de los héroes, no existió. Para él no había duda de ello porque así se lo había dicho su padre —hasta esa historia había acabado por creer—. Con tanto

ahínco había escrito, con tanto ímpetu se había esforzado por hacer que la realidad que veía coincidiera con la que anhelaba, que había acabado hundiéndose en la ficción, más que como un lector enloquecido, como un autor que se escribe a sí mismo dentro de su obra y que acaba olvidando en qué estrato de la historia se encuentra en realidad. Pero lo interesante de este hecho, lector, lo verdaderamente interesante, es que él mismo había sido el impulsor de su locura. Había enloquecido, por así decirlo, de forma voluntaria, aunque era difícil aseverar que tuviera conciencia de ello todavía, o que la hubiera tenido alguna vez. Había difuminado adrede, creo, las fronteras entre lo que es real y lo que no, a fin de poder quedarse a vivir en un estrecho limbo como autor y a la vez protagonista de su propia aventura.

XLVIII

LA VERDAD Y LA JUSTICIA

Ilión, así se llamaba, haciendo honor a la fantasía, la nueva residencia ateniense de los Schliemann, situada también en la avenida de la Universidad. Era un palacio urbano de reminiscencias neoclásicas, columnas y arcadas, tímpanos triangulares sobre las ventanas, muros pintados de suave amarillo con detalles de mármol pentélico, esculturas gráciles como palomas haciendo equilibrios sobre las balaustradas: un auténtico esperpento; una corrupción del gusto, de la sencillez y la limpieza arquitectónica; un monumento a la grandilocuencia (que no a la grandeza) de su morador.

Llegué a pie, rozando las siete y media de la tarde, y tratando de ajustarme con tirones el viejo frac de mi padre, que me caía demasiado ancho en los hombros y la barriga y aun así algo corto en las mangas. Un desfile de carruajes atravesaba sus verjas de hierro para dejar a los invitados. Toda Atenas parecía haber sido requerida. De hecho, durante mis paseos por la ciudad los días anteriores, había tenido la sensación de que cada persona con la que me cruzaba guardaba, como yo, el celoso secreto de su invitación; ahora nos reencontraríamos todos engalanados con nuestros trajes y nuestras máscaras, nos miraríamos y fingiríamos no conocernos.

En el salón se agolpaban los invitados, entre los que identifiqué a lo más selecto de la sociedad. Solamente faltaba el rey de Grecia, que, según supe, en el último momento había delegado su presencia

en un pariente, no sin lamentarlo. Una legión de camareros engalanados de blancas libreas marchaba de un lado a otro ofreciendo aperitivos y copas de champán. La suave luz de las arañas temblaba en las paredes pintadas al fresco con escenas de la guerra de Troya: el duelo entre Héctor y Aquiles, la *teicoscopia* de Helena y Príamo, la huida del príncipe troyano Eneas, camino de fundar una nueva ciudad; pero no sólo eran esas las pinturas que adornaban los muros. Los frescos también mostraban Hisarlik tal y como yo la conocía, el yacimiento arqueológico, los mineros con sus picos al hombro, el campamento asentado junto a la colina, a Schliemann encaramado sobre una piedra mostrándoles el tentador brazalete de oro, a su lado Sofía, sujetando un ejemplar de la *Ilíada* y los planos de la excavación. Los mineros trabajaban a su alrededor, con sus aperos de excavación y atuendos morunos. Y entre ellos, no podía creerlo, me vi a mí mismo: vestido con mi traje gris, con mis mismos ojillos emocionados y mi sonrisa concentrada mientras tomaba notas en un cuaderno. Fue como asir entre los dedos el velo casi transparente que separa lo ido de lo venido, lo acontecido de lo que aún acontece, y asomarse al instante presente en el que todo sucedió, sucedía y seguiría por siempre sucediendo. Un espejo, el espejo del tiempo.

El murmullo de unos aplausos me hizo volver en mí. El doctor Schliemann acababa de cruzar la puerta. Estaba radiante, vestido con su impoluto frac, con la medalla del mérito a las artes orgullosamente dispuesta en la solapa, saludando efusivamente a un elegante prócer, gran duque o embajador. ¿Qué es la fama?, se debía de preguntar en ese momento, sólo para contestarse: representar sobre los rostros de todos aquellos que te celebran la imagen de quienes en un pasado dudaron de ti. Nunca se logra huir de ese viso de rencor cuando se alcanza la cima de algo: siempre se

recuerdan los bajos fondos de los que uno tuvo que trepar, luchando contra todas las fuerzas del universo, soportando las muecas asqueadas, las risas y desconfianzas de los que presenciaban, divertidos, el laborioso ascenso. Pero, por fin, en los egregios semblantes de los académicos, los soberbios portes de los nobles y los militares, hasta los perfiles pintados de las señoras, Schliemann conseguía imaginar la cara de su padre, la de alguno de sus hermanos, la de su primera esposa, la de sus hijos, que lo habían olvidado... Cada enhorabuena, en su cabeza él la suplantaba con una palabra de perdón por el crimen mortal de la desconfianza.

—Díganos, doctor Schliemann —dijo este dignatario—, ¿encontró el cuerpo de Aquiles, el de Patroclo? ¿Encontró los restos fosilizados del caballo?

El doctor se rio.

—Mucho mejor, amigo mío... —Y haciendo un aspaviento de prestidigitador señaló hacia la escalinata de mármol—. Encontré a Helena de Troya.

A su orden, se abrieron las puertas y todos contuvimos la respiración.

Sofía entró en el salón con un paso lento y solemne. Iba vestida con un traje de noche totalmente negro, y cubierta por un ánimo más oscuro todavía. Sus ojos suplicaban que todo aquello acabara, sus labios torcidos no conseguían siquiera falsear una sonrisa. Pero al parecer yo era el único que veía ese matiz de sufrimiento; el resto estaba desalumbrado por el brillo de las joyas que llevaba y que, por la luz de las arañas, la envolvían en una fantasmal aureola dorada. Sus manos estaban cargadas de sortijas doradas y sus muñecas, prisioneras de brazaletes macizos. Al cuello, un collar impresionante —vueltas y vueltas de finísimas cadenas de oro precipitadas sobre el escote de piel blanca como una cascada brillante— y los lóbulos de

sus pequeñas orejas, lastrados por el peso atroz de los pendientes, que le rozaban las clavículas. Pero la pieza más inverosímil era sin duda la diadema: todas las damas se sujetaban el cabello con diamantes y piedras preciosas; pero Sofía lo hacía con una tiara de la que se descolgaban cientos de escamas de oro que le cubrían la frente hasta las cejas.

Un aplauso recorrió el salón; Schliemann, ruborizado, se llevó la mano al pecho con un agradecimiento que me resultó sórdido. Luego cogió la mano de su mujer, la besó, y le hizo dar una humillante vuelta de bailarina.

—Cuéntales a todos, querida Sofía, cómo encontraste las mismísimas joyas de Helena, adelante, cuéntalo, cuéntalo.

Todas las atenciones se posaron sobre ella, ávidas de oír la historia y vivir a través de sus labios la aventura. Pero Sofía no dijo nada. Movió los labios torpemente, haciendo el amago de musitar unas palabras que no llegaron a salir de su boca. Heinrich se impacientó.

—Vamos, todos estamos esperando a que lo cuentes... —masculló.

Ella sintió los mismo que Helena cuando su marido Menelao la sacó a rastras de Troya, cogida por el cabello.

—Está nerviosa —se excusó por ella Schliemann—. Son recuerdos demasiado emocionantes... Cuiden, caballeros, de sus señoras, no vaya a ser que alguna desfallezca durante la historia. Yo la contaré...

Los invitados ciñeron el círculo alrededor de la pareja; por encima de las cabezas coronadas de tiaras y tocados, alcancé a ver a Sofía perdida en su infeliz inmensidad. Durante la historia, a cada rato, se llevaba la mano al cuello, a las joyas, como si tratara de liberarse de una soga que la asfixiaba.

—Estas son las mismísimas joyas de Helena —proclamó el doctor —, que mi esposa, aquí donde la ven, encontró en una cueva entre las ruinas de Hisarlik... Reconozco que tengo a la mejor esposa. Se lo pregunto a todas ustedes que me escuchan, señoras. ¿Lo dejarían todo por sus maridos para seguirlos hasta el fin del mundo? No, dicen algunas. Hacen bien. Por supuesto, dicen otras, y, lo siento, tengo que pedirles que reconsideren. El matrimonio no supone poner en letargo los sueños y ambiciones de uno simplemente por contentar los del otro. No son sus sueños, señoras, menos importantes que los de sus maridos. Troya podía serlo todo para mí, pero soy consciente de que mi matrimonio no era con Helena sino con Sofía Engastromenos, que ahora llevaba mi nombre. Lo sé..., soy un mal marido, pues aun a sabiendas arrastré a mi pobre mujer conmigo a los lares orientales. Sofía hallaba en la arqueología casi más placer que yo mismo, pero —¡ay!— las noches que aun así pasé retorciéndome en crisis de conciencia, sabiendo que no tenía yo derecho a hurtar la felicidad de mi esposa y aun así rehusando abandonar Hisarlik hasta no encontrar Troya. Me debatía entre satisfacer el deseo vital, egoísta quizá, o liberarme de él; renunciar; darle la razón a la Razón. Entre tanto, argumentaba en contra y a favor de mi propio ser, morían los jóvenes días sobre la colina de Hisarlik. Casi sin darnos cuenta, la búsqueda nos arrebató otros dos años de efímera vida. En todo ese tiempo, el único rastro de oro troyano que por allí se veía era el de las matas de santolina, que tupían la landa solitaria y las partes de la colina todavía vírgenes. Y todo cambió una mañana...

No escuché la última parte del fantasioso relato de Schliemann; mi mente volaba lejos de allí, al pasado, a través de los amargos de esa Helena de Troya que, coronada con todas las joyas de Hisarlik, aguantaba con resignación la última humillación de su marido. Pensé

en cómo habría sido la vida de nuestra heroína tras haber sido arrancada de Troya y de Paris, cómo habría sido ese horrible regreso a la realidad de la que huyó, provocando con ello una guerra de desastre. Aunque el narrador incierto de la *Odisea* relate que el joven Telémaco, errabundo por el Mediterráneo, siguiendo rumores de su padre, había encontrado en Esparta a una Helena arrepentida de la locura de su juventud y amante de Menelao, algo me dice que la realidad fue bien distinta. Yo no imaginaba a esa Helena afable y contrita tan conveniente al relato de los hombres, sino a una Helena combativa en su rencor: avejentada y dolida, que nunca había vuelto a hablar tras la tragedia y que al saber a Telémaco hijo de Odiseo, quien con su ingenio había propiciado la caída de Troya, lo había maldecido con el mayor de los odios. Una Helena sin más atributos que los de su pérdida y aun así no resignada; que si no bebía la pócima del olvido, el nepente que a los demás dispensaba, era porque se negaba a que también la arrebataran el recuerdo de Paris.

Me la imaginaba tal y como a Sofía en ese momento, ahogada, alanceada por cada palabra de falsa historia, con el oro al cuello fundiéndose sobre su piel. Traté de invocarla con el pensamiento para que se volviera hacia mí, pero no lo hizo. Estaba perdida en la nada y cuanto más avanzaba Schliemann en su historia, más se retorcía ella presa de un invisible dolor.

Cuando ocho meses después el señor Déthier, representando al Imperio otomano, se puso delante de un tribunal y señalando al doctor Schliemann con su largo y afilado dedo de ángel exigió que se devolvieran las joyas al grito de «¡justicia!», pensé en aquella fiesta y en el silencio de Sofía.

¿Justicia?, me dije, hundiéndome en mi asiento, en la parte trasera del salón de vistas. ¿Qué justicia? La justicia, la auténtica justicia, no residía en quién se quedaba con las joyas de Helena. Eso

era irrelevante, porque las mayores injusticias cometidas por Schliemann en la aventura de Troya no tenían nada que ver con el expolio del yacimiento ni con el contrabando de antigüedades, ni siquiera con la destrucción de gran parte de la ruina. Los crímenes que cometió por el camino, los que eran auténticamente merecedores de una justa reparación, tenían por víctima no al Imperio otomano sino a dos personas: a su socio, Frank Calvert, y a su propia mujer, Sofía.

A Calvert, sin el cual jamás habría hallado el promontorio de Hisarlik, lo había borrado por completo de la historia, no ya negándole el crédito merecido, sino directamente obviándolo, obliterando su nombre del tiempo y de la memoria futura de los hombres. Puede que lo hiciera por celos, desquiciado de saber que nunca sería ni la mitad, no ya del arqueólogo, sino del hombre que era Calvert; por afán de protagonismo, por no querer compartir la gloria de tamaño descubrimiento; o simplemente porque Calvert representaba esa misma realidad contra la que Schliemann se rebelaba. Después de todo, nunca hubiera podido ser la Troya de la *Ilíada,* la de Homero, mientras por allí anduviera el empírico caballero maltés insistiendo, con su método científico, en desacreditar todo aquello de lo que no se tuvieran pruebas fehacientes o que desprendiera mínimamente el lánguido aroma a papel envejecido al que huelen los sueños.

El caso de Sofía fue todavía más humillante. A ella le concedió el privilegio de ser la protagonista del descubrimiento de cara al mundo y a la posteridad, tras negarle la posibilidad de serlo en la vida real. En sus memorias, en los relatos de salón, en los libros que luego escribió, Schliemann puso a Sofía en mi lugar la noche que se descubrieron los tesoros de Príamo y las joyas de Helena, aunque ella hubiera huido del yacimiento tres semanas atrás. Sofía no sólo

regresó de Hisarlik sin haber podido participar de la excavación o del gran descubrimiento, sino que aun durante el resto de su vida tuvo que soportar con dolor y vergüenza que se la considerara artífice de aquél. En esencia, Schliemann la convirtió en una impostora, la obligó a vivir acosada por la culpa de no haber hecho lo que el resto del mundo creía ciegamente que sí. Ella nunca descubrió el secreto, se lo llevó a la tumba, quizá esperando convencerse con los años de que había sido real, aunque segura de que nunca podría hacerlo.

¿Quiere justicia, señor Déthier? Adelante. Cuente la verdad. Toda la verdad. De ser justa, la justicia sería para ellos, no para el Imperio otomano, y sólo podría obtenerse cuando la luz de la realidad penetrase hasta en los últimos rincones del oscurantismo novelesco de Schliemann: no era un arqueólogo, sino un farsante, y había eliminado a Calvert de la historia y forjado la coartada de su mujer para escapar sin pena del terrible crimen que había cometido: el de lesa realidad. Pero —¡ah!—, señor Déthier, usted y todos los hombres del mundo somos cómplices de ese delito. Esas mentiras son precisamente las que queremos conservar porque nos han dado esperanza: han resucitado el mito de la guerra de Troya que creíamos perdido, la han hecho más real que nunca, nos han salvado de la mortal falta de romanticismo de nuestro tiempo, de la apatía de la realidad; nos han dado un cometido, un significado. Esa ficción ha sido el único hilo que se ha prestado a sacarnos del laberinto. Porque no todos tenemos una Creta que liberar de los otomanos. Por regla general, las aventuras sólo vienen a quienes las buscan, es más: diría que, en este mundo falto de mitos, de héroes y de ilíadas, las aventuras ya sólo vienen a quienes las ingenian. ¿Renunciaríamos al mito con tal de hacer justicia? No. Antes pagamos el precio de ser injustos con los demás, y por ende también con nosotros mismos. Luego no diga que quiere justicia,

señor Déthier. El oro por el que pugna no tiene más valor que decirse custodio del tesoro del rey Príamo y la mítica Helena. A nadie le interesa la realidad, y por tanto a nadie le interesa tampoco la justicia, que por estar íntimamente ligada a la realidad, es enemiga de la literatura. Tampoco a mí, lo confieso, por mucho que me avergüence. Si durante todos los años que siguieron me negué a poner por escrito mis recuerdos de lo acontecido en Hisarlik, si me prohibí bajo todo concepto escribir sobre Schliemann, sus desmanes y su locura, fue porque en el fondo los entendía, y temía que, de escribir, la verdad se derramara por todos los poros de mi historia. Me sentía culpable y temía que los que me leyeran me acusaran de simpatizar con su causa o, mucho peor, de ser un impostor como él.

XLIX

EL FUGITIVO DE LA REALIDAD

Schliemann fue condenado por el Tribunal Real de Atenas y también por el Tribunal Supremo del Areópago (después de que interpusiera recurso) por el robo y vilipendio del yacimiento de Troya y del llamado «tesoro de Helena».

Dos noches después de conocerse la sentencia, una batería de golpes sacudió la puerta de mi casa al filo del amanecer. Por entonces vivía yo en una pequeña buhardilla del barrio de los artistas, modesta pero con una espectacular vista de la acrópolis. Desperté en medio del sueño y, al abrir la puerta, apenas una pequeña rendija, un escuadrón de la policía irrumpió con un funcionario judicial al frente. Era un tipo espigado y siniestro, con el aspecto fiero de un matón de bajos fondos.

—¿Nicholas Yannikis? —preguntó con voz nasal.

Asentí, muerto de miedo.

—Tengo orden de registrar su casa.

—¿Con qué pretexto? —demandé saber mientras asistía, con espanto, a aquella invasión que superaba en descaro la de los turcos en Hisarlik.

—Usted ha sido un hombre cercano al doctor Heinrich Schliemann, su secretario, según figura en mis informes. Y tengo severas sospechas de que las joyas hurtadas al Estado griego, que según sentencia judicial habían de ser entregadas, se hallan aquí.

Envalentonados por sus palabras, los policías se ensañaron con mis pertenencias. Rompieron las patas de los muebles, abrieron cada cómoda y cada armario; barrieron todos los papeles que había sobre mi escritorio, vaciaron los cajones, la alacena de la cocina, y rajaron el colchón y las almohadas, levantando una tempestad de plumas. Ni uno solo de mis libros quedó en su estante: todos los revolvieron para asegurarse de que no había escondido nada entre sus páginas. Les sugerí que buscaran en su mansión, donde hacía pocos días toda Atenas había tenido ocasión de ver esas joyas, pero con aquello sólo conseguí airar aún más a mis represores. El funcionario dio la orden y de pronto un porrazo tras las rodillas me derribó. El agente que me había golpeado descargó su peso sobre mí, como si yo fuera el más peligroso de los ladrones. Me advirtió de que no jugara con ellos. «¿Tú sabes adónde han ido?». Dije no saber de qué me estaba hablando. «¿Ir adónde?». Al instante recibí un puntapié que me pulverizó las costillas. «Tú le has ayudado a sacar las joyas, ¿verdad?». Dije que no y de nuevo recibí una patada. En esta ocasión sentí que perdía el aire. «¡Contesta!». No lo hice, no pude, y una vez más, la bota embetunada impactó sin piedad contra mi cuerpo.

No sé cuánto duró aquel interrogatorio, aquella paliza, pero cuando se fueron ya era casi de día. Me retorcí dolorido en el suelo, incapaz de levantarme, sintiendo todos mis órganos y mis huesos sacudidos por la tempestad de golpes. Me arrastré por el suelo, con mil punzadas de dolor atravesándome, y conseguí, a duras penas, encaramarme a mi silla. La tinta regada impregnaba mis papeles. Con las pocas fuerzas que tenía rescaté lo que pude del estropicio. Haciendo una pinza con dos dedos, cogí el diario de Charles Maclaren, que Calvert me regaló, y escurrí unos goterones azules densos como la sangre de un soberano. Traté de secarlo con mi

propia camisa. El daño, afortunadamente, no era insalvable. Apreté el cuaderno contra mi pecho y sentí el calor de los primeros rayos de sol por la ventana. ¿Debería haberles dicho la verdad?, contemplé. ¿Debería haber confesado lo que sabía, que las joyas de Helena seguramente fuesen falsas, como todo cuanto había rodeado a Heinrich Schliemann? Quizá les consolara saber que con aquel robo Grecia no habría ganado más que ficción, y que por lo tanto no era tanto lo que había perdido. ¿O sí...?

Aun molido por los golpes, y medio aturdido, conseguí vestirme, calzarme y salir a la calle. Tenía que alcanzar el palacio *Ilión,* advertirles de lo que había pasado para que estuvieran precavidos. El aire frío del amanecer me sentó bien, me desinflamó un poco los golpes y disipó las nieblas confusas de mi mente. Atravesé cojeando la ciudad desierta hasta alcanzar las verjas imperiales de la casa. Me abrió la puerta el viejo mayordomo. «¿También han ido por usted?», me preguntó con la voz lastimosa. Los habían interrogado con la misma violencia que a mí. Me hizo pasar dentro para que me curasen las heridas con gasas frías y alcohol. La casa estaba igual de revuelta y los criados, brutalmente interrogados uno por uno, ya la preparaban para un cierre que se adivinaba definitivo. Sentado en la soledad gélida del salón, donde estaban apagadas las chimeneas y cerrados los postigos, supe que los Schliemann habían abandonado Atenas una semana antes de que se conociera el veredicto del juez. Nadie, salvo el mayordomo y los dos sirvientes que habían partido con ellos, tuvo conocimiento de su marcha hasta la misma mañana en la que, bien pasada la hora del desayuno, los criados, preocupados, asomaron la cabeza por la puerta de sus alcobas y las descubrieron arrasadas por el torbellino del exilio apresurado. Por un momento, me dolí de que no me hubieran llevado con ellos, pero el viejo mayordomo, que pareció adivinar mis sentimientos, me puso la

mano en el hombro y me dijo: «Esta no es una aventura a la que los quiera acompañar». En ese momento, pensé en Sofía. Imaginé que habría partido sin rechistar, sin soltar una sola palabra, como durante aquella velada infame en la que la disfrazaron de lo que querían que fuera; y me pareció que aquélla era la mayor prueba de que lo había hecho con su voluntad.

Los Schliemann, y con ellos el célebre tesoro de Helena, pasaron mucho tiempo desaparecidos del mapa, no así de la mente obsesiva de muchos personajes de esta historia. El señor Déthier movió cielo y tierra desde sus oficinas en el brumoso estrecho del Bósforo para tratar de localizarlos: recurrió a contactos en Londres, París y Viena, capitales de la arqueología, para que los gobiernos amigos ayudaran a localizar al fugitivo y su botín; convocó en Constantinopla a los directores de museos de media Europa, a académicos, anticuarios y miembros de las sociedades arqueológicas, a fin de sonsacarles alguna información, llegando incluso a prometer la expedición de firmanes con condiciones muy ventajosas para los que ofrecieran el más remoto rumor sobre el paradero de las joyas y los ladrones. Cuando todos esos esfuerzos se probaron estériles, acaso porque no tenían recorrido o porque se topaban con la inefable ley del silencio, Déthier sondeó los fondos más bajos del mercado internacional del arte, dando a conocer que el Imperio otomano pagaría por ellas el triple del precio por el que se hubieran comprado. Otro de los que también los buscó con ahínco para cobrarse su parte fue George Henry Boker. Tremebundas desavenencias con los otomanos habían acabado en su destitución como embajador en Turquía y un destino de destierro en la gélida Petersburgo. Desde la ciudad que un día fue la prisión maniática de Schliemann, el americano trató de localizar a su traicionero esbirro para recordarle su compromiso. Pero nada surtió efecto. No fue hasta varios meses después, cuando los

Schliemann hicieron su aparición triunfal en Berlín, capital de la flamante nueva Alemania, para anunciar la donación íntegra del tesoro troyano a los Museos Reales de dicha ciudad. Recibieron el aplauso del pueblo y del káiser en persona.

El escándalo fue mayúsculo y sacudió Europa. La prensa amarillista de Grecia lo acusó de ladrón, recordándole que durante el juicio había prometido, en un alegato muy solemne, que su intención era donar el tesoro al museo de Atenas. Déthier preparó los papeles para un nuevo pleito, al tiempo que el Imperio otomano preparaba los cañones para la guerra. El asunto se resolvió de una manera salomónica: Schliemann pagó una reparación desorbitada a los otomanos —doscientas mil liras— pero no devolvió una sola joya; acosado en los frentes del campo de batalla por sus enemigos, y a punto de perder las provincias balcánicas ante los rusos, la Sublime Puerta aceptó el trato y Déthier hubo de tragarse su orgullo mientras otro país al que había entregado su vida, lo traicionaba. La rabia acabaría matándolo pocos años después. En cuanto a Grecia, Schliemann manifestó públicamente su amor y respeto por aquel país que lo había acogido y del que decía que la mayor desgracia de su vida era no haber nacido en él. Con oportunos sobornos por aquí y coacciones por allá, logró que el Gobierno griego patrocinase su excavación en el yacimiento de Micenas, que, como recordarás, lector, ya venía siendo objeto de sus fijaciones desde que abandonamos Hisarlik.

Esta vez un supervisor gubernamental vigiló de cerca sus pasos, temiendo que se repitiera la historia del vilipendio. Aquella vez no pasó nada, pero otra, en cambio, se repitieron los hechos con tanta precisión que demostraba, trágicamente, que la vida siempre se muerde la cola. Detrás de la famosa Puerta de Leones, descubrieron un círculo de tumbas pertenecientes a la arcaica realeza micénica.

Allí excavaron durante meses, años estériles, sin encontrar nada, ahondando en cada vez más negras desesperanzas, hasta que un día, cuando todo estaba perdido, Sofía descubrió la entrada oculta de una tumba preñada de riquezas, de la que se extrajo una magnífica máscara mortuoria de oro puro que Schliemann dijo que era la del mismísimo Agamenón. Me consta, sin embargo, que eso no fue lo que sucedió. Por mucho que de nuevo se promocionara a su esposa como gran descubridora de aquel tesoro micénico, Sofía estuvo tan apartada de la acción como en Troya. Las excavaciones en las que participó fueron las que llevó a cabo ella misma, en una zona alejada del recinto central del yacimiento y con una simple pala de jardín.

Y qué decir de aquella «máscara de Agamenón», que Schliemann no dudó en colocarse sobre la cara, sintiendo en los labios su sabor metálico mezclado con el polvo hojaldrado de la piel del muerto; aquella hermosa, hermosísima máscara, quizá demasiado hermosa, demasiado bien tallada —con la nariz triangular elevada mientras que otras eran planas, barba poblada coronada por un espeso mostacho de puntas retorcidas, los ojos abiertos pero los párpados cerrados, y boca carnosa y pómulos elevados— que más que de caudillo micénico parecía de condotiero renacentista. Unos lo celebraron, otros lo acusaron de fraude; sin que ninguno acertara en el veredicto de su personalidad. Schliemann era —como yo, lector, como tantos otros que lo son sin saberlo— un novelista, un inventor de historias, alguien a quien la realidad no lo satisfacía, no lo explicaba, no le daba libertad, y que necesitó de la ficción para salvarse. Unos podemos intentarlo en las páginas de un cuaderno, desafiando la blancura desquiciante del folio; otros, como Schliemann, para los que la literatura no es suficiente, lo intentan sobre el vacío de la realidad. Viven su novela. E igual que un diestro

escritor elaboraría los presagios, giros y motivos de su historia, él elaboró minuciosamente cada uno de los detalles de sus aventuras a fin de hacerlas todavía más reales.

Para él, la novela no era bastante; quería que la novela se reflejara en la realidad. Quería que su relato perdurase en el tiempo con el viso de la verdad, para que el futuro tomara por cierta la novela que él había inventado. Buscaba hacer que Troya y sus héroes fueran reales para incrementar hasta el infinito los poderes hechizantes de la *Ilíada,* haciendo que ese poema único y mítico sobre el que hemos cimentado nuestra civilización refiera hechos, algo tangible y auténtico, como si así fuera a tener más fuerza. Quizá fue precisamente ahí donde Schliemann cayó, seguro que involuntariamente, en la mayor traición a sí mismo, pues si perseguía de forma tan obstinada que Troya fuera real, fue porque la ficción de la *Ilíada* no le parecía suficiente; o bien porque, sintiéndose culpable de vivir en la ficción, quería que Troya fuera real para así no saberse loco. Quizá lo único que ansiaba, ahora que me percato, era volver a la cuerda realidad... Sólo que a una que fuera distinta.

Me pregunto si lo logró, si al cierre de su existencia, aquel húmedo 26 de diciembre de 1890 en el que la fiebre lo derribó en la cama de la ruinosa *suite* del Gran Hotel de Nápoles, adonde había viajado siguiendo el rastro de una magnífica antigüedad, miró hacia atrás y examinó su pasado con la clarividencia de la muerte, o si aún se resistió a ella y se afanó tras los vapores mefíticos en los que había pasado la vida envuelto. Me pregunto si creyó todavía que la *Ilíada* había sido verdadera como él había demostrado con todo lujo de pruebas; si consiguió convencerse de que todos sus recuerdos habían sido tal y como los había soñado o si habría habido un asomo, un ínfimo asomo, de duda al final.

Dudo que en la muerte encontrara algún tipo de descanso. La obstinación no es una enfermedad del cuerpo, sino del espíritu. Almas incansables como esas no encuentran reposo ni traspasando esa última frontera: la separación de las partes al morir simplemente libera al cuerpo, pero el alma continúa rabiando con sus tormentos allá donde va. Me pregunto adónde habrá ido tu alma, Heinrich Schliemann. Quizá se haya convertido en uno de los muchos fantasmas que aún hoy veo vagar de noche por la colina de los dárdanos.

L

EL RESUCITADO

—¿Está entonces Troya en Hisarlik o no lo está? —Alvarado, mi viejo amigo y editor, tenía los dientes amarillentos de fumar y la mirada vidriosa después de tantas copas. Habíamos vaciado, como si de dos viejos bucaneros nos tratáramos, una botella cada uno, y fumado tanto que habíamos dejado casi vacías nuestras pitilleras y sin chispa nuestros encendedores—. ¿Es real o falsa? —insistió.

Esbocé una sonrisa y apuré el último trago que me restaba.

—La única respuesta segura es que fue ambas cosas a la vez.

—Vaya una respuesta.

—¿Qué prefiere? ¿La certeza absoluta? ¿Para qué?

Troya existe y no existe a la vez, Alvarado, quise decirle. Troya es a la vez la ciudad de una guerra lejana, el escenario del poema de Homero, el yacimiento que localizó Calvert en el promontorio de Hisarlik y la ruina abrasada que desenterró Schliemann. Todos necesitamos creer en algo, algo que tenga significado para consolarnos de la falta de sentido de la vida. El significado es lo único tras lo que andamos en la vida; estamos inmersos en una lucha inefable por imponérselo a la realidad, puesto que ésta no lo tiene. Un esfuerzo imposible, lo sé, condenado al fracaso, y aun así me pregunto por qué si lo sabemos de antemano, seguimos luchando contra los mares indómitos y los leviatanes que lo desbordan, contra la blancura obstinada de las páginas rebeldes que

nos niegan una historia, o contra la colina prehistórica que de contener unas ruinas serían las de nuestra imaginación.

Mi viejo editor se levantó tambaleándose por la cogorza. Rozaba la medianoche.

—¿Por qué no escribes esta historia?

—Precisamente porque no sé qué partes son reales y qué partes ficción.

—¡Son reales todas! ¡También las ficticias! —exclamó Alvarado, estallando después en carcajadas. Sin duda, habíamos bebido demasiado y hasta el «usted» con el que respetuosamente nos tratábamos se nos había caído de los labios.

—Uno nunca debe escribir porque sus amigos lo animen; se arriesga a estar siendo el sujeto de una broma pesada.

—Vamos, vamos, ¿qué necesitas de mí? —me preguntó con la lengua resbalando entre los pálidos labios—. ¿Un adelanto? Todos los escritores pedís lo mismo...

Me reí entre dientes.

—Dame otro cigarrillo, anda.

Alvarado esbozó una sonrisa victoriosa, como si pensara que por apropiarme de su último cigarrillo accedía a su propuesta. Me apresuré a corregir su entusiasmo.

—Jamás podría escribir sobre lo que sucedió en Hisarlik... Ni sobre Heinrich Schliemann.

—¿Por qué no? —demandó saber, tratando de fijar en mí sus ojos de lechuza.

Era una pregunta sencilla, la pregunta de un borracho, pero no la pude contestar.

Habían pasado más de cuarenta años de aquello (veintidós desde la muerte de Schliemann); tiempo hacía que mis músculos se habían resentido con el peso de la vejez, que mis sentidos erraban

envueltos en una fétida niebla; mi memoria era ya una ciénaga turbia de la que habían desaparecido muchos recuerdos; sólo a veces regresaban en forma de sueños inverosímiles. Maldita sea: estaba doblando, en definitiva, el último cabo antes de la vejez, y de pronto me asolaba el mutismo bisoño de mi juventud, que siempre trababa mi lengua ante preguntas para las que tenía respuesta, sí, pero que dolían demasiado.

—Anda, Alvarado. Es muy tarde. Vuelve a casa. Nos veremos en otra ocasión.

Le di una palmada en la espalda y lo acompañé hasta su carruaje a la entrada del hotel.

Alvarado asomó una última vez su cabecilla calva por la escotilla del carruaje.

—La tienes dentro y te atormenta, amigo... —me dijo—. La única forma de salvarte ya sabes cuál es... —Y con la mano garabateó unas líneas invisibles en el aire.

—Vamos, largo de aquí— le dije, y le indiqué al cochero que arreara a los caballos.

El carruaje se perdió en la neblina de la ciudad y con él, las risotadas de mi viejo editor.

Volví a casa paseando. Era una fría noche de noviembre, de cielo despejado lleno de estrellas. Un inmenso plenilunio iluminaba la ciudad y los mármoles de la lejana acrópolis. En mi dulce deambular por las calles, me perdí. Podría decirse que fue porque iba andando entre contemplaciones; pero es cierto que cada vez con más frecuencia me sucede que extravío el rumbo de mis pasos y no veo las huellas que dejé por la mañana sobre el adoquín. Atravesaba una plaza cuando se me cruzaron tres jóvenes. Tendrían unos dieciocho años, eran fuertes, lozanos y tenían una chispa de ardor guerrero que supuse avivada por su inminente ingreso en la Academia para

realizar el servicio militar. No los conocía de nada, pero su imagen rescató de los abismos de mi memoria un recuerdo muy lejano, tiempo ha hundido, y que ni siquiera supe si correspondía con una vivencia real o inventada. Venían saltando, ebrios de felicidad, ondeando la bandera griega y entonando, con cierto desafine, nuestro Himno de la Libertad.

—¡Celebra, viejo amigo, celebra la patria! —me gritó uno, por poco abalanzándose sobre mí para abrazarme.

—¿Y qué habría de celebrarle? —pregunté con cierta curiosidad.

Los tres se detuvieron, mirándome llenos de asombro.

—¿Cómo? ¿Es que no te has enterado? —dijo el segundo.

—¿De qué?

El tercero me agarró por los hombros, extático de alegría.

—¡Los otomanos han entregado Creta! ¡La isla por fin se ha unido a Grecia!

Los tres muchachos proclamaron un vítor al unísono, me sonrieron, casi animándome a seguirlos, y cogidos del hombro se alejaron cantando por la plaza. Y en efecto, de pronto unos fuegos artificiales con los colores helenos estallaron en el cielo y empezaron a oírse toques lejanos de una fanfarria patriótica que pronto desvelaría a toda la ciudad. En ese momento, y sin saberlo explicar, me palpé el pecho en busca la herida que lo atravesaba. No por la isla, claro, no por su unificación ni por nuestra victoria nacional, sino por esos tres muchachos a los que de pronto me parecía ver de nuevo entre las ruinas submarinas de mi memoria.

Finalmente conseguí recuperar el rumbo y volver a casa. Arrastré los pies por el suelo de madera, calenté café en la cocina y me dejé caer ante mi escritorio, atestado de papeles. Tenía todavía bastante trabajo acumulado de la oficina de correos en la que trabajaba como funcionario legalista, pero me sentía demasiado cansado como para

llevarlo a cabo. Por allí andaban también las cuartillas de mis últimos escarceos narrativos, abandonados a la deriva. Las páginas en blanco de los libros que ya nunca escribiría por falta de tiempo, y que representaban todos esos misterios de la vida que no conseguiría resolver jamás. Me invadió de pronto una angustia inexplicable, como si en el desorden encontrara un reflejo de la futilidad de mi existencia en Atenas y la señal, premonitoria y acuciante, de una última necesidad de aventura. Un instinto tembloroso me arrebató el control de mis dedos, que lentamente, casi a escondidas, abrieron el último cajón del mueble, revolvieron entre los papeles polvorientos de toda una vida y sacaron a la luz un viejo cuaderno de tapas de cuero carcomidas por el salitre y el olvido. El diario de Charles Maclaren volvió a caer en mis manos cuarenta y un años después de que Frank Calvert me lo diera.

Partí, lector, a la mañana siguiente. No di explicaciones ni inventé excusas o justificaciones. Tampoco me preocupé de dejar en orden los asuntos que me ataban ni explicaciones a mi sirviente ni a mis familiares. Desaparecí de repente, como desaparecen de un día a otro los parientes lejanos que caen en el olvido, o los amigos de vidas anteriores. Ni tan siquiera me despedí de Alvarado. ¿Qué sentido tenía, dado que no iba a volver? Un suicidio sin mensaje; eso sería mi partida. Un regreso a la antigua omnisciencia, sin que tuviera que mediar explicación.

Compré un pasaje para el vapor de mediodía y ya con poco o ningún dinero en mi bolsillo me hice a la mar, con tan sólo un hatillo al hombro y una bolsa cargada de blancos cuadernos. Fue agradable la travesía; leí, gané partidas de ajedrez a hombres mucho más lúcidos que yo, recuperé viejos recuerdos mirando simplemente el ir y venir de las olas...

Dardanelos continuaba siendo lugar de encuentro de todas las decadencias. Sus calles cenicientas seguían desleídas en la bruma amarilla de la tarde, el puerto aún apestaba a salitre y pez, las mismas chimeneas se clavaban en el cielo de la tarde, pero algunas no exhalaban humo ya; como si la vida también allí se estuviera agotando. Con el dinero que me había sacado en el vapor con portentosos jaques mate sobre rivales ingenuos, arrendé una diligencia con un cochero. Éste era un joven turco recién llegado a la ciudad, procedente de provincias lejanas del Imperio. No conocía bien el camino, de modo que tuve que encaramarme al pescante con él e írselo indicando yo mismo —pues ese recuerdo sí resistía en mi memoria, indeleble—. Enfilábamos ya la salida de la ciudad hacia la carretera del sur cuando, escondido entre los edificios areniscos, pasamos junto a la cerca de piedra vista con una reja de metal a través de la cual se veían calles de tumbas silenciosas desleídas por el sol. A la entrada, unas letras cinceladas sobre un panel de mármol rezaban: *British Cementery.* De inmediato le di el alto al cochero y me apeé de la diligencia. Me abalancé sobre la reja, pero fue inútil abrirla. Alertada por el chirrido metálico, una mujer ajada salió cojeando de la casita de piedra, que supuse capilla, haciendo aspavientos con manos para ahuyentarme. «¡Está cerrado, está cerrado!», dijo. «Si es para un funeral de la marina, tendrá que esperar al mes que viene, en san Nicolás». «No, no, señora, no es el caso», repuse, «estoy tratando de encontrar a un amigo. Por favor, le aseguro que será sólo un momento». La vieja me miró de primeras con algo de suspicacia, decidida a no transgredir la norma, pero al cabo de unos segundos algo ablandó su obcecación. Farfullando con fingida molestia, extrajo del bolsillo de su mandil una llave de gran tamaño y cubierta de herrumbre. «Dese prisa», me dijo, abriendo la chirriante cancela.

Aquel camposanto de aires de olvido no tenía el orden ni la grandeza helenística del cementerio de Atenas, donde los grandes mausoleos eran tan fáciles de identificar como la acrópolis en el horizonte. La tumba de Schliemann, en particular, resaltaba sobre las demás. Recuerdo sus funerales, a los que asistí junto con otros cientos de personas. No conseguí siquiera acercarme al sepelio de tan espesa que era la muchedumbre congregada, pero perfectamente pude, desde varios metros de distancia, divisar el grandioso mausoleo de mármol pentélico, blanco y refulgente, como una vasta tarta de nata montada bajo el sol de Atenas, en el que se pudriría. El cementerio británico de Dardanelos, por el contrario, no contaba con esos sepulcros espléndidos; de hecho, estaba casi vacío. Apenas unas cuantas tumbas se arremolinaban en la parte izquierda del cercado, algunas bajo la fresca umbra de una gran higuera cuya sabia rebosante tupía los nombres con musgo y verdín. El resto de la explanada permanecía virgen, como en previsión de los muertos que traerían los combates por el control de los estrechos en una guerra futura.

Deambulé entre las lápidas sencillas, coronadas de cruces celtas, y los sarcófagos decorativos en piedra, buscando a alguien que en verdad no sabía si se encontraba allí. Me guiaba una corazonada, una suerte de instinto, que sin embargo según fueron pasando los minutos acabó debilitándose. Al cabo de un rato, la vieja del cementerio asomó de su cobertizo. «¡Venga, que ya ha estado mucho tiempo!», dijo, recuperando la aspereza inicial. «Ya voy», respondí con una voz sin esperanza que resonó hueca entre las tumbas desconocidas. Volví camino de la reja, que la celosa guardiana ya me tenía abierta, cuando de pronto la encontré. Había estado tan a la vista, tan cerca de la entrada, que me había pasado desapercibida. Una lápida de piedra pálida sin cruces ni ornamentos.

Tan sólo unas graves letras mayúsculas evocaban la memoria de Frank Calvert, nacido en Malta el 3 de septiembre de 1828, muerto en Dardanelos el 12 de agosto de 1908, sobre un breve versículo del oscuro Juan de Patmos que recordaba: «Yo soy la resurrección y la vida... Y el que crea y viva en Mí, no morirá para siempre».

LI

REGRESO A HISARLIK

El cochero me abandonó en la bifurcación de la carretera. Alegó que mi dinero no daba para ir más lejos y que además sería una locura meter las frágiles ruedas de su diligencia por senderos tan pedregosos. Todavía nos encontrábamos en medio de la campiña; a pie, serían horas de viaje. Pensé en apelar a mi avanzada edad y a la peligrosidad de la ruta para apiadarlo; pero cuando reconocí en mi actitud la mancha del victimismo, volví sobre mis palabras, le estreché la mano y le deseé buena fortuna antes de darme la vuelta y marcharme.

Anduve lento por el camino, gozando a cada paso, deteniéndome de cuando en cuando a recuperar el aliento bajo alguna encina, bebiendo agua de los arroyos. La última vez que anduve por esos caminos llevaba a cuestas algo muy valioso, y peligrosos enemigos me perseguían. Una nostálgica sonrisa prendió mis labios: el tiempo era tan lejano, tan inverosímiles los años que habían pasado, que aquellos recuerdos parecían no soñados sino leídos en una novela de juventud —hechos que les habían sucedido a personajes ficticios que no eran yo, pero que de leerlos tan apasionadamente habían terminado por parecer vivencias propias y, como tal, se habían quedado a vivir en mi memoria—.

Estaba más cerca de lo que creía y en apenas unas horas de caminata, alcancé la entrada de la finca y el carril polvoriento. El sol

empezaba declinar, llenando el cielo de arreboles y avivando con colores cobrizos la calidez otoñal del campo. Noviembre era un mes templado en la Tróade; todavía atravesaban el crepúsculo bandadas rezagadas de golondrinas, se percibían los perfumes veraniegos del lentisco y la santolina, y se veía resentirse al pasto agostado por la falta de lluvia.

Atravesé el cercado y retomé el camino que ya conocía, cuando de pronto me salió al paso un hombre a caballo que a voces —intentándolo primero en alemán, y consiguiéndolo en francés— me preguntó quién era y qué quería.

—Mi nombre es Nicholas Yannikis —le dije—. Solía trabajar aquí.

El jinete —un hombre de mi edad, con la cara redonda, los rasgos rudos, y el bigote retorcido, enfundado de una polvorienta casaca de botones cruzados que le hacía parecer un amenazante mayor de caballería— frunció el ceño.

—¿Aquí? Imposible —bramó.

—Ya lo creo que sí.

Mi interlocutor se bajó del caballo y se acercó amenazante.

—Llevo trabajando en este lugar desde 1882 y no recuerdo haberle visto nunca.

Sonreí con cierta malicia.

—Eso es porque yo ya estaba aquí mucho antes que usted. Vine con el doctor Heinrich Schliemann y su mujer, y con el señor Frank Calvert, cuando esto no era más que un páramo olvidado que a nadie le interesaba.

El hombre me miró entonces con una mezcla de fascinación y recelo, como si viera a un resucitado.

—¿Conoce a la señora viuda de Schliemann?

—Claro que la conozco. Fue ella quien me contrató.

—Venga conmigo —dijo de pronto.

Nos subimos al caballo, que se resintió bajo el peso de los dos, y emprendimos el camino. Pasamos por los olivares abandonados, los bosques de robles valonios y enormes castaños... Encaramada a un cerro vi de nuevo las ruinas de Villa Thymbra.

—¿Sigue viviendo alguien allí? —pregunté.

El misterioso hombre, que no había dicho palabra salvo para decirme que se llamaba Wilhelm Dörpfeld, negó con la cabeza.

—Hace años que está abandonada. Solía ser de..., en fin, usted lo conoció.

Recordé la tumba blanca del cementerio británico, al muerto que allí dormía.

—Sí... —musité—. Era un buen hombre.

De la antigua Hisarlik no quedaba más que una leve elevación en el suelo, el cuerpo enterrado de un animal descompuesto, sobre el que ya empezaba a crecer hierba nueva. Un nuevo campamento de tiendas y cobertizos de madera se asentaba a los pies del yacimiento, mayor que cualquiera que hubiera habido en mis tiempos y a simple vista mucho mejor organizado, con ritmos de trabajo que no eran industriosos, sino científicos y pausados. Mineros de todas las naciones continuaban yendo y viniendo desde las zanjas, acompañados esta vez por hombres de porte académico que dirigían los trabajos. En medio de aquel gentío, la reconocí. Llevaba el mismo traje largo de color negro, las mismas botas de charol; con un bastón de anciana reconvertido en una vara de mariscal, señalaba puntos en las zanjas y comandaba a los obreros. Todas las directrices partían de ella y todo lo supervisaba en la distancia. Daba la sensación de que el yacimiento entero orbitaba a su alrededor por fuerza de su gravedad, como una vasta estrella en el centro de un universo desordenado. Quizá por eso, al menos a lo lejos, parecía que se encontraba sola en medio de la multitud. Al

acercarme un poco más, fui consciente de cuánto había envejecido. Aquello me sorprendió no por el hecho en sí, sino porque me hizo caer en la cuenta de que, sin saber bien por qué, aquello era algo que nunca había creído que pudiera pasar. Sus pómulos se habían afilado, su piel se había vuelto más áspera y sus ojos habían perdido el brillo. Por su frente y sus mejillas caían cabellos canos que se confundían con sus arrugas; estaba encorvada y envuelta en los aires de soledad de una matriarca mediterránea. Allí no estaba la Helena inmortal que tantos habían imaginado, sino la Sofía humana, mucho más real.

Dörpfeld me condujo hasta ella. Nada alteró su serenidad al verme. Tal vez no me reconociera, o tal vez sí, pero no quisiera regresar sobre el pasado a esas alturas de la vida.

—Lo encontré merodeando por la entrada de la finca, señora —refirió Wilhelm Dörpfeld—. Dice que se llama Nicholas Yannikis, que la conoce y que estuvo con usted por aquí hace mucho tiempo.

Sofía me miró de arriba abajo sin decir palabra, como si a ella también le extrañara mi vejez y le costara reconciliar al secretario joven de su recuerdo con los rasgos duros y arrepentidos de ese hombre ante ella, que estaba a punto de alcanzar los últimos estratos de la madurez. Entonces me tendió la mano, una mano pequeña envuelta en un mitón de viuda, para que se la besara como si fuera la primera vez que la veía, y me dijo, sonriente: «Bienvenido al yacimiento, señor Yannikis. Ha llegado en el momento adecuado. Queda mucho trabajo por hacer». Le sonreí de vuelta y ambos nos volvimos hacia la colina de los dárdanos, partida en trozos y aristada de ruinas, dispuestos a culminar el último canto de esa odisea inversa, ese camino que nos había llevado desde Ítaca hasta Hisarlik, en un viaje de regreso que en realidad era de partida y que, felizmente, nunca arrancaría su comienzo ni llegaría a su final.

Epílogo

Sofía entró a mi tienda cargando en brazos una pesada ristra de cuadernos. Al dejarlos caer sobre mi mesa, levantaron un antiguo exhalo de polvo. Cuando quise mirarla, había desaparecido. Avivé la llama del farol de aceite y comencé a pasar las páginas hojaldradas por la humedad y el tiempo. Pasé horas leyendo. Después, movido por una inspiración que nunca había sentido, una necesidad que brotó de la sima más profunda de mi ser, agarré un cuaderno nuevo y empecé a trazar las primeras frases de esta historia, sabiendo que como Schliemann y como Calvert, me habría de pasar toda la vida escribiéndola, buscando en ella la Troya de mi interior.

Lejos de angustiarme, ese pensamiento me libera. Al fin y al cabo, qué engaño fatal es ese de las cosas conseguidas, qué satisfacción tan demoníaca la del punto final... No pretendo volver más la espalda a lo que de mí demandan el corazón y la conciencia. Me hago de nuevo al ponto indómito de las novelas en el que, como el Ulises de la Comedia, *sé que antes o después he de naufragar. Llevo mucho errando por esta historia, vagando a tientas por sus noches ciegas en busca de las constelaciones con las que sueñan mis párpados cerrados. Miro tras de mí y veo que me siguen las huellas de pasos ajenos. Miro hacia delante y veo que esas huellas son de pasos que he dejado yo... Jamás he experimentado nada parecido con una obra. Siento que me separo de mi cuerpo conforme la*

compongo, que me convierto en una suerte de voz muda y ordenadora. No alcanzo a saber si me hundo en el folio inferior sobre el que escribo, o si por el contrario me elevo hacia un folio superior, ese en el que estamos escritos tú y yo, lector. Mientras trazo en un cuaderno los esquemas de la novela, me veo obligado a anotar en la primera página: el narrador (y mi nombre entre paréntesis), para distinguirme del de mi novela y mantenerme así asido a mi realidad, anclado en ella. Esta es una extraña, extraña obra —tan arbitraria y aleatoria como la excavación de sus protagonistas— y seguramente sea una absoluta locura; un sinsentido en el que he acabado cayendo después de años buscándole las vueltas a la historia del descubrimiento de Troya. Pero aun así sigo adelante por la única senda que me queda. El recorrido es arduo, sí; pero una fuerza ardiente que sacude ahora mi viejo cuerpo hace imposible que me aparte de mi cometido. Qué sería del hombre, oh dioses, sin esa fuerza; y qué sería de vosotros si el hombre la supiese conjurar.

F I N I S

Nota del autor sobre el destino del tesoro de Troya

El llamado «tesoro de Príamo» lo componían (además de las famosas «joyas de Helena», a saber: dos diademas, ocho mil anillos, botones y pendientes, seis brazales y dos cálices de oro) espadas, escudos, cálices, copas..., y un número imposible de especificar de objetos fabricados con metales preciosos. Durante la celebración del juicio, Schliemann mantuvo los artefactos escondidos en una cámara de su banco en Atenas y cuando el juez dictaminó en su contra y a favor de los turcos, obligándolo a su devolución, el doctor envió la mayor parte de los tesoros a Alemania y los donó a los Museos Reales de Berlín, donde permanecieron hasta 1945. La entrada del Ejército Rojo en la capital alemana tras la Segunda Guerra Mundial comportó atrocidades de todo tipo, también artísticas. Las llamadas «brigadas del arte» tenían la misión de recabar cuadros, joyas, esculturas y cuantos tesoros poseyera el régimen nazi para trasladarlos a la Unión Soviética en concepto de reparaciones de guerra. Las piezas de oro del tesoro troyano desaparecieron durante el saqueo de Berlín. Muchos pensaron que jamás habían llegado a Moscú, que los soldados encargados de su traslado se las habrían echado al bolsillo, o cosido en el forro de sus uniformes. No volvió a saberse de ellas hasta casi medio siglo después.

En el año 1988, en medio de las reformas aperturistas del líder soviético Mijaíl Gorbachov, corrió el rumor de que las famosas joyas

troyanas que todos creían perdidas estaban en realidad en las cámaras secretas del Museo Pushkin de Moscú, donde habían permanecido escondidas desde el final de la guerra. Las autoridades soviéticas se negaron a confirmar o desmentir la información, que sin embargo no tardó en convertirse en un secreto a voces. Años después, en 1995, la directora del Pushkin no tuvo más remedio que confesar la verdad. Las joyas de Helena continúan allí y, aunque tanto Grecia como Turquía hayan desempolvado los viejos papeles del juicio a Heinrich Schliemann a fin de determinar qué país tiene más derecho sobre el tesoro, todos siguen asumiendo que perteneció a un misterioso pueblo llamado «los troyanos».

No obstante, son ya muchos los estudios que han demostrado que, en efecto, es del todo imposible que las magníficas piezas de oro puedan pertenecer al tiempo en el que supuestamente tuvo lugar la guerra de Troya (alrededor del 1200 a. C.). Las joyas son, en realidad, casi mil quinientos años más antiguas: pertenecen al periodo denominado Bronce Antiguo (año 2600 a. C.), cuando ni las Helenas habían salido del huevo de cisne ni los dioses del Olimpo subido a los cielos. En la mente de Schliemann, sin embargo, siempre resistió el convencimiento de que aquel tesoro pertenecía a la última reina de Troya. En su mente... ¿y en la de quién no? ¿Quién puede preferir la realidad teniendo la belleza del relato? Aún hoy las llamamos las joyas de Helena, el oro troyano del rey Príamo, aunque sepamos que ninguno de los dos existió. Preferimos la inventiva de Schliemann, la de Homero, a la cruda realidad que nos asomaría al abismo del desconocimiento —tan oscuro, tan profundo —. Preferimos buscar un mito para darle un significado al hallazgo. Para dárnoslo, en definitiva, a nosotros mismos.

Notas

1. Escribe Javier Cercas eso que le dijo Roberto Bolaño. No me ha sido posible descifrar si la frase fue dicha por el escritor chileno en la realidad o si sólo se pronunció dentro de la ficción de Cercas.

El sueño de Troya
Alfonso Goizueta

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Alberto Aragón

© Alfonso Goizueta, 2025
Autor representado por EDITABUNDO, S. L., Agencia Literaria

© de la ilustración del mapa, Àlvar Salom

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2025

ISBN: 978-84-08-30887-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



Está lloviendo y te quiero

Mercero, Antonio

9788408308850

504

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

ANTONIO MERCERO, UNO DE LOS AUTORES DE CARMEN MOLA, SORPRENDE CON UNA IMPACTANTE SAGA FAMILIAR

Cuando Paula le regala a su hermano un **antiguo reloj de pared creado por su bisabuelo**, la madre de ambos sufre un infarto al verlo y termina hospitalizada.
Paula comienza a indagar, porque su intuición le dice que **no ha podido ser una simple casualidad**, y descubre un mensaje enigmático dentro del reloj: **«Está lloviendo y te quiero»**. ¿Y eso qué significa?
Su búsqueda la llevará a desenterrar la **historia de su familia en el País Vasco**: cuatro generaciones marcadas por el hambre, el amor y la templanza. Desde las luchas políticas que desembocaron en la Guerra Civil y atravesaron la feroz época del franquismo hasta el presente. Una gran metáfora sobre el tiempo, un hermoso tapiz de emociones sobre aquello que heredamos, **una estremecedora saga familiar que recorre el último siglo de España**.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El último secreto

Brown, Dan

9788408306870

832

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Dan Brown, autor de El código Da Vinci, regresa con una nueva y trepidante aventura de Robert Langdon.

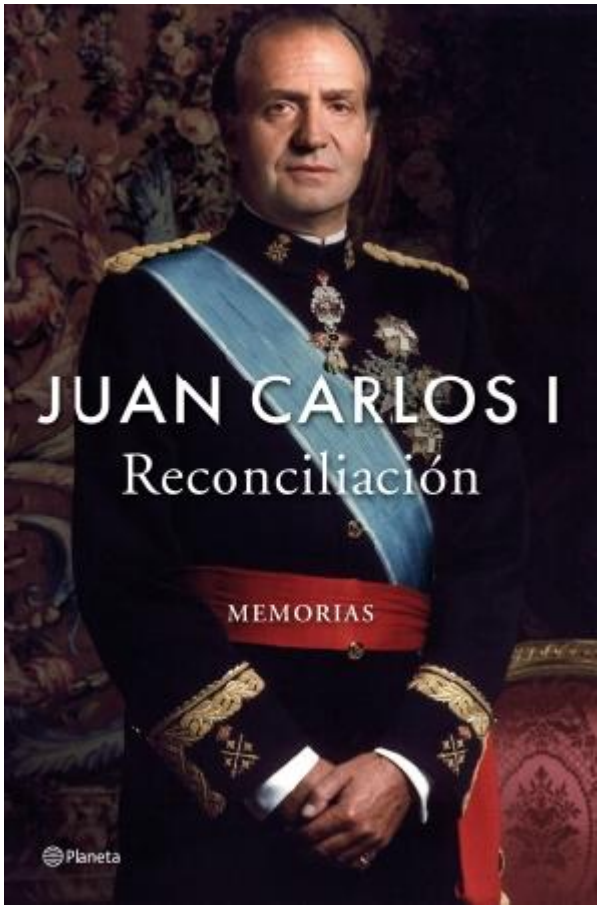
La novela más trepidante del maestro indiscutible del *thriller*. Una novela de acción, llena de giros inesperados y enigmas por descifrar capaz de entretener a los lectores como solo Dan Brown puede hacerlo.

Robert Langdon, el célebre profesor de simbología, viaja a **Praga** para asistir a una conferencia revolucionaria impartida por Katherine Solomon, una brillante científica noética con quien ha iniciado una relación. Katherine está a punto de publicar un libro cuyos asombrosos descubrimientos sobre la naturaleza de la conciencia humana prometen desafiar siglos de creencias consolidadas. Pero un **brutal asesinato** desata el caos, y Katherine desaparece sin dejar rastro junto con su valioso manuscrito.

Desesperado por encontrar a la mujer que ama, Langdon se embarca en una **carrera contrarreloj** por el paisaje místico de Praga, mientras es perseguido por una poderosa organización y por una figura inquietante surgida de antiguas leyendas. En la Ciudad de las Cien Torres, un escenario fascinante donde la ciencia más avanzada convive con la tradición, Langdon deberá desentrañar símbolos y códigos para **desvelar una verdad sorprendente** sobre un proyecto secreto que podría transformar para siempre nuestra comprensión de la mente humana.

«*El último secreto* es, con diferencia, la novela más meticulosamente trazada y ambiciosa que he escrito hasta ahora, y también la más entretenida. Escribir esta historia ha sido un inolvidable viaje de descubrimiento.» Dan Brown

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Reconciliación

Juan Carlos I

9788408310792

512

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

EL LIBRO MÁS ESPERADO DEL AÑO Las memorias en primera persona de Su Majestad el Rey Don Juan Carlos.

«Mi padre siempre me aconsejó que no escribiera mis memorias. Los reyes no se confiesan. Y menos, públicamente. Sus secretos permanecen sepultados en la penumbra de los palacios. ¿Por qué le desobedezco hoy? ¿Por qué he cambiado de opinión? Porque siento que me roban mi historia».

Esta obra, escrita en primera persona y cuya publicación es en sí un acontecimiento histórico, viene, en efecto, a reparar esa situación. Si Su Majestad ha decidido dar cuenta de su historia después de casi cuarenta años de reinado, es porque el traslado a Abu Dabi, parte de la opinión publicada y, por qué no, los propios errores han acabado por ensombrecer su trayectoria y sus aportaciones fundamentales al éxito de la democracia española.

Reconciliación relata en detalle la parte privada de una vida pública. Son unas memorias ricas en anécdotas que no eluden los episodios más significativos de nuestra historia reciente, pero tampoco las alegrías ni los malos momentos de su vida íntima y personal. Un recorrido que empieza en un país inmerso en una guerra cainita y con un joven Juan Carlos anclado a un destino que no le pertenece, pero que paso a paso, eludiendo mil complots y ganándose la confianza de unos y otros, acaba convirtiéndose
en el actor principal de la transformación radical de España en el estado moderno y próspero que es hoy.

Escrita a corazón abierto y sin concesiones, la obra navega entre los dos exilios que marcan el principio y final de su vida —el obligado, en Estoril, y el voluntario, en Abu Dabi— y por ella transitan muchos de los protagonistas más destacados de la historia contemporánea. El monarca, en el crepúsculo de su vida y lejos de su familia, se

dispone a hacer su última confesión. «No tengo derecho a llorar», dice. Pero tiene derecho a buscar su anhelada reconciliación con el país que tanto ama y añora.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Los secretos de los asesinos del emperador

Posteguillo, Santiago
9788408123606
162

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Cuál fue el papel que desempeñó la esposa de Domiciano en la conjura contra su marido?

¿A quién se contrató para intentar asesinar al mismísimo emperador?

¿Por qué Roma decide elegir como emperador a Trajano, un hispano no nacido en Roma?

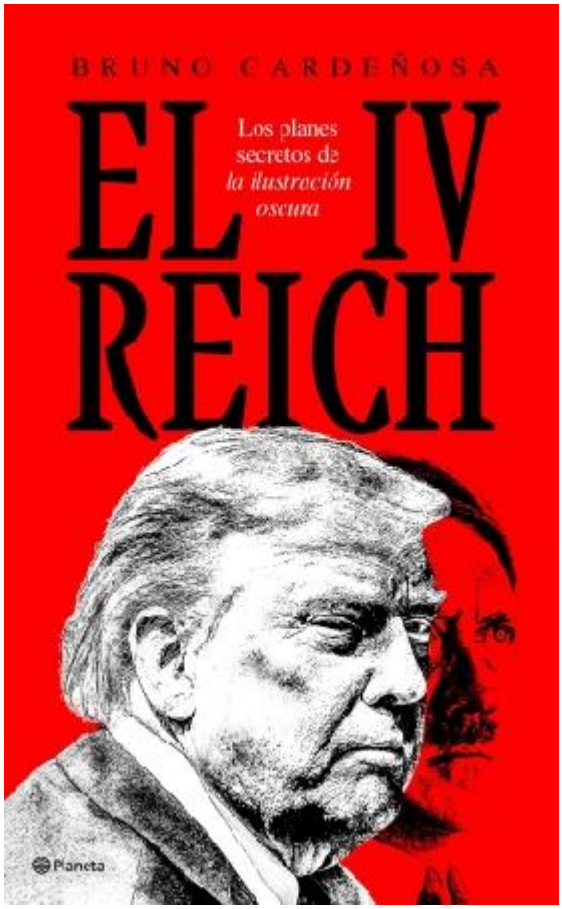
¿Existieron las gladiadoras?

¿Por qué Domiciano se volvió tan paranoico?

Santiago Posteguillo nos desvela en estas páginas todos los secretos de *Los asesinos del emperador*, su nueva novela.

¿Qué es ficción y qué realidad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El IV Reich

Cardeñosa, Bruno

9788408310617

276

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cuando Hitler se suicidó, dejó dicho que en el futuro llegaría un IV Reich… ¿Ha llegado ese tiempo? ¿Es Donald Trump el líder de esa nueva corriente de Ilustración oscura?

Después de su llegada al poder, en abril de 2025, creyéndose un nuevo dios del mundo, Trump puso en marcha el mayor ataque al comercio que se ha efectuado tras la segunda guerra mundial. Aunque se ha echado atrás en algunas cosas, ya ha sembrado lo que acabará siendo una gran crisis a todos los niveles.

Vivimos en un tiempo distópico. El mundo está girando hacia el autoritarismo y el fascismo. Se utilizan la mentira y la posverdad para lograr el engaño masivo en el que estamos inmersos. Bruno Cardeñosa, periodista de largo aliento, ha documentado esta obra con las mejores fuentes y voces autorizadas en política, historia y sociedad. El resultado es este libro imprescindible, escrito con el pulso de un gran reportaje: comprometido, divulgativo y de ágil lectura, que interpela directamente al lector.

No es historia, no es pasado, no es otro tiempo: es el asalto al mundo y está ocurriendo ahora mismo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)